

Drácula desencadenado

Brian W. Aldiss

Lectulandia

Son los dueños del espacio y del tiempo. Sigilosos e implacables, los Voladores recorren la Tierra y la historia para cumplir un único objetivo: saciar su sed de sangre. El científico Joe Bodenland es el único que puede detenerlos, pero para hacerlo precisa ayuda. Su aliado se encuentra siglos atrás, en la Inglaterra victoriana: un escritor irlandés atormentado por el sexo y la muerte. Su nombre es Bram Stoker y todavía no ha escrito una novela que le hará famoso, *Drácula*. En esta secuela de *Frankenstein desencadenado*, Aldiss nos ofrece una delirante y deliciosa combinación de ciencia ficción y fantasía gótica.

Lectulandia

Brian W. Aldiss

Drácula desencadenado

ePub r1.0

Horus 10.10.13

Título original: *Drácula Unbound*
Brian W. Aldiss, 1991
Traducción: Juan José Pulido y Paloma Gil Quindós
Diseño de portada: Horus

Editor digital: Horus
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

*Para Frank, que se sentaba a nuestra mesa
cuando se presento el espectro*

nicht sein kann, was nicht sein darf

Gondwana Ranch
Tejas - 75042
EE.UU.
18 de agosto de 1999

Querida Mina:

Pronto entraremos en un nuevo siglo. Quizá descubramos en él la existencia de desequilibrios mentales que hoy desconocemos. Tú, que has regresado de entre los muertos, estás mejor preparada que yo para enfrentarte a ellos.

En lo que a mí se refiere, estoy más dispuesto que antes a reconocer que mucha gente sufre, a lo largo de su vida, alguna enfermedad mental extraña —sin por ello ser ni neuróticos ni psicóticos— que la ciencia, en la actualidad, no se muestra inclinada a admitir. También soy consciente de esos inefables estados psíquicos que muchos individuos que se rebelan contra la sociedad valoran tanto. No me interesan. En el relato que viene a continuación —en el cual los dos jugamos un importante papel— encontrarás terror, horror, acontecimientos increíbles, y algo que carece de cualquier tipo de nombre. Una especie de nostalgia por lo que jamás nadie ha llegado a experimentar.

¿Ocurrió en realidad? ¿Había perdido yo la cabeza? ¿Llegaste a atravesar aquellas terribles puertas que están al final de la vida? Todavía puedo contemplar, cuando cierro los ojos, pero con una nítida visión mental, aquellos entes malditos que hicieron su aparición. Y creo que antes preferiría volverme loco que permitir que campen a sus anchas por el mundo.

Sé paciente y conserva la esperanza. Aún nos queda un largo camino por recorrer juntos, amor mío.

Te quiero. Joe

En la sala de subastas de Christie, Manson & Woods, en Park Avenue, Nueva York, el día 23 de mayo de 1996, se vendieron diversos libros.

Un anónimo comprador adquirió una primera edición de la novela de Bram Stoker *Drácula*, y pagó por ella 21.700 libras. Fue publicada en octavo marquilla por Constable & Co., Westminster, en mayo de 1897, encuadernada en tapas amarillas estampadas en rojo. Este ejemplar se encontraba en muy buen estado.

En la hoja de guarda se leía, escrito en una diluida tinta Stephens, el siguiente texto:

*A Joseph Bodenland,
Que les dio a los mamíferos su gran oportunidad...
Y a mí el título...
Afectuosamente*

Este sorprendente mensaje estaba fechado en mayo de 1897, en Chelsea, y lo firmaba y rubricaba el autor del libro, Bram Stoker.

Introducción

EN LA REGIÓN DEL PLANETA donde el crepúsculo es permanente se erguía el Bastión.

Todo el territorio circundante era rugoso y mustio como piel ajada. Crecían allí arbustos aferrados al suelo; de inteligencia rudimentaria, algunas de esas plantas podían llegar a beber sangre humana —como las criaturas que habitaban el Bastión.

Seis hombres cruzaban este peligroso paraje caminando en fila india hacia los negros flancos del Bastión. Una cadena de hierro los ataba unos a otros con un grillete en el brazo. En el calor del perpetuo anochecer apenas llevaban ropa. Iban descalzos.

Avanzaban sin acelerar el paso, la cabeza y los hombros encorvados, sus miradas sin vida fijadas en el suelo. La rigidez con que se movían se debía menos al peso de los grilletes que al desaliento que reinaba entre ellos, patente en cada músculo de sus cuerpos.

A ras de ellos volaba el vigilante de esta hilera humana. Había algo majestuoso en ese ser que batía las alas lentamente, impulsándose en el aire viscoso. También él, como los seis hombres que vigilaba, era esclavo de la costumbre; su único cometido era escoltarlos hasta los laberintos del Bastión.

En el pasado, antes de perder su espíritu de lucha, esos seis hombres habían tramado la huida muchas veces. Se decía que en algún lugar todavía quedaban ciudades derruidas donde vivían tribus de hombres y mujeres que habían logrado resistir a los Voladores con el declinar de los siglos: que en algún lugar, pese a la acometida de la noche, existían aún esas virtudes que los humanos tanto valoraron en otro tiempo.

Pero ninguno de los presos del Bastión sabía cómo llegar a esas ciudades de leyenda, y pocos tenían la resistencia necesaria para afrontar largas marchas por tierra.

Lo único que querían los seis hombres era volver a su prisión. Su turno de limpieza en el Mecanismo había terminado por ese día, les aguardaba la sopa y el descanso. Hacía mucho que el espanto de su situación les había embotado los sentidos. En los establos subterráneos, donde los humanos se hacinaban sin distinción, los esbirros de los Voladores les traerían sus raciones. Luego los dejarían dormir.

En cuanto al tributo semanal que habían de pagar en sangre durante el sueño... hasta esa pesadilla se había hecho rutinaria.

Sorteando las plantas sedientas de sangre, llegaron por fin con cierto alivio al enorme estoma abierto al pie del Bastión, que esperaba para engullirlos. El escolta se posó en el suelo, plegó las alas y los llevó hasta la cavidad. Los recibió un aire cálido

y pestilente como el de un aliento enfermo.

La formación rocosa en la que se internaron subía tanto que se perdía en la atmósfera amarillenta, dominando el paisaje. Parecía un descomunal hormiguero. Nunca penetró en las estrechas mentes de sus arquitectos ningún concepto de simetría o elegancia: la construcción era azarosa. Algo parecido a una torre circular se elevaba en el centro, y daba la impresión de que la estructura entera era una especie de falo bestial que se había clavado en el cuerpo del planeta, atravesándolo.

De los costados del Bastión salían protuberancias laterales. Algunas parecían órganos deformes, retorcidas hacia el cielo o ladeadas; otras se arqueaban hasta la tierra agostada y se hundían de nuevo en ella, a modo de contrafuertes del edificio principal.

La mayor parte del Bastión estaba bajo tierra, en sus innumerables laberintos, criptas y establos. En el interior, la estructura era ciega; desde fuera no se veía ni una ventana. A los Voladores la luz no les gustaba.

Pero en las partes más elevadas había orificios toscamente tallados. Las idas y venidas por esos respiraderos eran continuas; los Voladores los usaban para lanzarse mejor al aire. Lo habían hecho al comienzo del tiempo, y lo hacían ahora en el final.

Sólo se libraba del siniestro tráfico el orificio en lo más alto de la mole, el mayor de todos: estaba reservado al propio Príncipe de las Tinieblas, el conde Drácula, señor del castillo. Desde esa prodigiosa altura se lanzaba al mundo cada vez que salía en una misión, lo que se disponía a hacer en ese mismo momento.

Mientras la cuadrilla de los seis hombres emprendía su tortuoso descenso a los subterráneos para descansar sumidos en la fatiga de los esclavos, en el Mecanismo otros cuatro hombres muy distintos se preparaban para salir.

En tiempos mejores, estos cuatro hombres habían sido todos científicos. Aunque eran prisioneros, los dejaban sin grilletes para que pudieran moverse sin trabas por el edificio. La especie que los mantenía cautivos estaba por genética incapacitada para la ciencia y los había secuestrado de distintas épocas de la historia pasada. Estaban vigilados. Pero eran necesarios para el mantenimiento del Mecanismo, lo que les aseguraba el bienestar dentro del Bastión: sólo tenían que trabajar hasta que les llegara la muerte.

El líder del cuarteto bajó del observatorio mirando la hora en su reloj.

Elegido de común acuerdo, era un hombre de elevada estatura bien entrado en los treinta. Los Voladores lo habían raptado del Siglo Obsidional.

Su inteligencia y su espíritu indomable infundían valor a los demás. Alguien dijo una vez que su cerebro representaba el mayor logro de la especie del *homo sapiens*. El plan que en unos instantes pasaría de la teoría a la práctica era producto de su pensamiento.

—Quedan dos minutos, compañeros —dijo ahora, mientras cerraban sus

instrumentos.

El Mecanismo —nombre que los Voladores le daban por ignorancia— era una mezcla de observatorio y central solar. Hacía mucho tiempo que la acción hostil del sol había destruido todos los observatorios espaciales.

Lo más importante era la central energética. Desde las plataformas del Mecanismo se controlaban los satélites solares, que se ladeaban como hongos gigantes para captar la energía del sol. La energía se empleaba para cubrir las necesidades de los Voladores; concretamente, las necesidades de su única forma innovadora de transporte.

Los científicos, forzados a trabajar para sus peores enemigos, perdían tiempo y hacían mal su labor. Como el Mecanismo estaba bien iluminado a fin de que los humanos pudieran trabajar, los Voladores no entraban. Pero afuera apostaban sus vigilantes: el colosal perímetro estaba rodeado en todo momento.

—Quietos aquí —dijo el líder bruscamente. Estaban los cuatro en el vestíbulo, listos para dejar su turno y ser conducidos de regreso al Bastión. Volvió a mirar el reloj—: Según nuestras predicciones, falta un minuto.

Por las puertas de cristal contemplaron el paisaje de siempre, macilento como el rostro de un anciano. A lo lejos, las truncadas lomas, los cauces destrozados, todo se perdía en una rara geometría de luces y sombras. En primer plano, veían la prodigiosa estocada del Bastión. Los correosos seres alados que lo rodeaban, zarandeados por un repentino viento de tormenta, parecían hojas muertas cayendo al dictado del otoño; desdeñando la luz, nada sabían del fenómeno que se avecinaba desde el espacio.

El jefe de los vigilantes de servicio bajó aleteando como un murciélago y aterrizó tambaleante ante ellos, al otro lado de las puertas. El viento de frente le hizo tensar el cuerpo.

Protegiéndose el rostro con la mano, miró a los científicos a través del cristal, los ojos rojos incrustados en mitad de su peludo y negro semblante de afilados colmillos. Les hizo una señal para que lo siguieran.

Los científicos hicieron como que iban a las puertas, pero torcieron hacia el mostrador metálico de recepción.

Quedaban treinta segundos.

El sol ocupó por poniente toda la parte baja del cielo como una enorme corola; ese círculo achatado era la flor que ya había destruido todas las flores de la Tierra. Estambres de relámpago agrietaron su corazón rojo, y el viento solar esparció su ignominioso polen por los planetas. Giraban a su alrededor las cuatro estaciones solares que captaban su energía y la enviaban a los depósitos subterráneos del Mecanismo. En el monumental quemador de helio brotaron torbellinos que podrían engullir mundos enteros: parecían ronchas infecciosas que sajaran un inmenso órgano inflamado.

En medio de la vorágine solar —como habían previsto en el observatorio— floreció una erupción blanca como el magnesio.

—Ahora —gritó el líder. Los treinta segundos habían transcurrido.

Se echaron, al suelo tras la barrera metálica, protegiéndose la cabeza con los brazos y cerrando los ojos.

En el preciso instante que habían calculado, el sol emitió una descarga que inundó el mundo de luz y de furia. A continuación, la onda expansiva bajó aullando por la garganta del sistema hasta que, muchas horas después, traspasó la heliopausa girando como una broca y se perdió en el espacio exterior. Irradiaba luz a su paso, lamiendo con su lengua abrasadora las atmósferas de los inermes mundos que se cruzaban en su camino.

Los cuatro científicos eran los únicos preparados para este acontecimiento.

No se movieron de la barrera tras la que se habían refugiado, cuerpo en tierra, mientras el mundo se calcinaba lentamente afuera. Su vigilante había caído como un árbol carbonizado.

Al cabo de un rato, incorporándose poco a poco, se pusieron en pie. Se miraron unos a otros y miraron afuera, donde el Bastión se mantenía intacto en el paisaje renegrado. Después, siguiendo el plan, enfilaron hacia las escaleras que subían a las plantas superiores.

El pelo les brillaba y zumbaba al moverse. La electricidad estática del fuerte viento de tormenta había inutilizado los ascensores.

El oxígeno era escaso, pero no se detuvieron: era el momento de actuar, aprovechando que los Voladores seguían aturridos.

Respirando con dificultad el viciado aire, fueron atravesando oleadas de un calor cada vez más agobiante. Recogieron una pieza que sería un ala del armario de un rellano y otra del siguiente. Para improvisar partes del fuselaje, también fueron cogiendo cascotes desprendidos del Mecanismo según subían. Cuando llegaron al observatorio, arriba del todo, sólo les faltaba armar las piezas y tendrían un planeador lo bastante grande como para llevar a un hombre.

En el paisaje que contemplaron desde allí, una gran cortina de humo avanzaba a toda velocidad, rompiendo como una marea viva contra los edificios del Bastión y del Mecanismo.

Observaron un detalle: las plantas sedientas de sangre sacaban las fauces del suelo poco a poco. Eran lo bastante inteligentes y a la vez tenían el suficiente instinto natural como para notar la inminencia de la descarga y buscar protección metiéndose bajo tierra. Pero los hombres no perdieron tiempo observando el fenómeno.

—¿No hace mucho viento para volar? —Preguntó al líder un hombre bajo y con barba—. ¿Y si el fuego hubiera destruido todas las ciudades de los hombres?

—No hay más remedio que intentarlo —dijo el líder—. Es nuestra única

oportunidad, faltan muchas vidas para la siguiente explosión.

Pero se detuvo antes de subir al planeador para oír lo que sus compañeros quisieran decir en la solemnidad del momento.

El hombre de la barba quizá lamentara su vacilación ante el coraje del otro.

—Sí, claro que has de ir —dijo—. Como sea, tenemos que comunicar lo que sucede aquí a un pasado muy lejano: hay que informar a Stoker.

Los demás científicos objetaron, desalentados:

—Todas las leyendas antiguas dicen que Drácula destruyó a Stoker.

La emoción de la despedida les oprimía el pecho. El líder respondió con vehemencia, dirigiéndose a todos ellos.

—Ya hemos hablado de esto. Puede que esas leyendas antiguas sean falsas; ahora ya sabemos que la historia se puede cambiar. El espacio tridimensional que nos viene dado no es más que una dimensión del espacio de cuatro dimensiones del universo, del que el tiempo es un elemento flexible. Como afirma el principio de la incertidumbre, las partículas no tienen una trayectoria definida. Nos han esclavizado aquí, en el fin del mundo, para que generemos el colosal voltaje con que los Voladores regulan esas trayectorias. Iré en busca del otro extremo de su estela; es allí donde creo que se halla el legendario Stoker. Al fin y al cabo, Stoker, uno de los héroes de la Tierra, es el fogonero que —como su nombre indica— grabó con fuego una gran oportunidad para toda la humanidad.

—Es verdad —dijeron los demás casi a coro, y el más joven añadió—: Además, según las leyes del caos, este presente horrendo es sólo una probabilidad, no una realidad; la historia puede cambiarse.

El líder subía ya al aeroplano. El hombre de la barba volvió a detenerlo.

—Espera un poco a que cese el viento, será más fácil para el planeador.

—Los Voladores pueden volver al ataque, he de irme ya.

Los miró a la cara, directamente.

—Sé que vais a sufrir, y lamento que no hayamos podido montar un avión lo bastante grande para los cuatro. Pero recordad esto: o lo consigo o muero en el intento.

—Hay estados mucho peores que la muerte, estando por medio los Voladores —comentó el hombre de la barba forzando una sonrisa. Iba a estrechar la mano de su líder, pero en el último momento lo abrazó con calor.

—Adiós, Alwyn, que Dios te guíe.

El líder se subió al aparato.

Tal como habían acordado, los demás empujaron el planeador al borde del precipicio... El aeroplano fue descendiendo hasta que sus alas lograron sostenerle en el aire y se estabilizó. Comenzó a volar describiendo círculos, logró incluso ganar altura y luego viró hacia el este.

Los científicos que habían quedado en tierra se quedaron mirando hasta que el planeador se diluyó en las tinieblas.

También sus voces se extinguieron en el viento.

—¡Adiós, Alwyn!

I

LA CARRETERA ESTATAL 18 sale hacia el norte desde St. George y, atravesando las Iron Mountains, lleva al desierto de Escalante; pero un día de 1999 llevó también a un pasado tan remoto que nadie jamás había podido ni siquiera imaginar.

Bernard Clift ya había trabajado otras veces en esta parte de Utah; solían ayudarle los alumnos del Dixie College más interesados por la paleontología. Este verano, el instinto había llevado a Clift a excavar en la falla pedregosa que los estudiantes llamaban Old John por las letrinas de madera que construyó allí un anónimo buscador de oro del siglo XIX.

Clift era un hombre delgado, desgarbado, de piel muy tostada y estatura media; sus rasgos angulosos y sus penetrantes ojos grises eran conocidos mucho más allá de su círculo profesional. Hoy estaba un poco tenso, como si supiera que se aproximaba un descubrimiento que le haría aún más famoso, y que abriría al mundo nuevas perspectivas y un nuevo terror.

Clift y sus ayudantes habían tendido sobre las excavaciones una lona azul —de un azul más profundo que el cielo de Utah— para protegerse del sol. Una docena de vehículos diversos se arracimaban aparcados al pie de la pared rocosa en la que trabajaban: la caravana de Clift y la de Enterprise —que servía comida y bebida durante todo el día—, y los coches y caravanas de estudiantes y compañeros.

Un camino de tierra llevaba del campamento al desierto. Todo era soledad y silencio, salvo la actividad localizada en Old John. Allí, arrodillado con sus vaqueros llenos de polvo, Clift cepillaba la tapa de madera fosilizada que habían desenterrado, limpiándola de restos de piedra y tierra.

En la roca habían hallado un túmulo de huesos de un dinosaurio del orden auriquiano; los habían etiquetado y clasificado provisionalmente como pertenecientes a un gran terópodo, y ya estaban embalados en fardos. Ahora, en el estrato siguiente al de la tumba del dinosaurio, quedaba al descubierto un nuevo hallazgo.

Varias personas se apiñaban sobre la cavidad recién abierta en la que Clift trabajaba con un ayudante. Cavando con cuidado habían dado con la madera fósil que ahora emergía en forma de féretro. En la tapa del féretro, había un signo tallado:



Por encima de ellos, un buitre volaba en círculos. Se posó en un montículo cerca de los yacimientos: esperaba.

Clift hizo palanca sobre la vieja tapa, que se resquebrajó y se partió en dos de repente. El paleontólogo volvió a levantarla. Un hedor demasiado antiguo para llamarlo el aroma de la muerte salió serpenteando al aire seco y caliente.

Al ver lo que yacía en el féretro, una chica que llevaba una camiseta con la insignia del Dixie College soltó un grito y se fue corriendo.

Clift retiraba una capa de óxido rojo con el cepillo. Su ayudante recogió frágiles restos de flores muertas y los metió con reverencia en una bolsa de plástico. Quedó al descubierto un esqueleto de forma humana tumbado de lado. Suavemente, Clift limpió con el cepillo las placas superiores del cráneo. Estaba boca arriba, y parecía que miraba hacia afuera, hacia el mundo de la luz, con sus ojos redondos llenos de óxido rojo.

Las oficinas y laboratorios centrales de la boyante Bodenland Corporation estaban recubiertos de paneles neocubistas en cristal opaco desde los que se dominaba la carretera de acceso a Dallas, Tejas.

A esa hora de la mañana, el sol reflejado en la fachada cegaba a cualquiera que llegara a la corporación desde el aeropuerto, como era el caso de la imponente dama que ahora se bajaba del avión del Gobierno en el que había volado desde Washington. La tela del traje que llevaba devolvía reflejos del brillo de la corporación.

Se llamaba Elsa Schatzman, iba por su tercer divorcio y era hija de Eliah Schatzman. Ocupaba la Secretaría de Estado del Departamento de Medio Ambiente de Washington. Tenía todas las trazas de ser alguien que ejerce el poder, y lo era.

Joe Bodenland sabía que Elsa Schatzman estaba en lontananza. Pero por el momento no pensaba mucho en ella, enzarzado como estaba en una discusión con la compañera de su vida, Mina Legrand. Mientras ellos hablaban, la secretaria de Bodenland no dejó de trabajar discretamente en su mesa.

—Lo primero es lo primero, cariño. —Bodenland usó el tono paciente que a ella le sacaba de quicio.

Mina Legrand era también una dama poderosa, aunque la amabilidad de sus facciones no lo proclamara. Era alta pero se movía con elegancia, y en la actualidad tenía problemas de peso aunque llevaba una vida activa. Los amigos comentaban cariñosamente que soportaba demasiado de Joe; amigos todavía más íntimos decían que últimamente era él quien soportaba demasiado de Mina.

—Joe, tus prioridades están patas arriba; tienes que dedicarle tiempo a tu familia —dijo ella.

—Y lo voy a hacer, pero lo primero es lo primero —repitió él.

—Lo primero es que es el día en que se casa tu hijo —dijo Mina—. Te lo advierto, Joe, voy a coger ese avión a Gondwana sin ti. Y un día de estos te dejaré

para siempre, te lo juro.

Joe tamborileaba con los dedos de la mano izquierda sobre el tablero de su mesa de trabajo. Eran dedos largos y cuadrados, con uñas en forma de espátula, combadas y duras. El propio Bodenland recordaba a sus dedos: también él era largo y cuadrado, y poseía cierta dureza que le había permitido llevar una vida aventurera y triunfar, además, en el competitivo mundo de la investigación científica internacional. Con un gesto suyo, inclinó la cabeza hacia el hombro derecho y preguntó:

—¿Cuánto tiempo lleva Larry prometido a Kylie? Menos de un año. ¿Y cuánto tiempo llevamos tras la idea de la eliminación inercial? Más de cinco años. Nos jugamos millones de dólares en la demostración de hoy, todo depende de que logremos crear una impresión favorable en Washington. Tengo que estar aquí, cariño, y no hay más que hablar.

—Larry no te lo perdonará nunca. Ni yo tampoco.

—Tú sí, Mina. Y Larry también, porque los dos sois humanos; pero Washington no.

—Muy bien, Joe: tienes la última palabra, como siempre. Pero a partir de ahora te vas a enterar. —Dicho esto, Mina se dio la vuelta y salió del despacho. La puerta se cerró tras ella silenciosamente; el muelle de freno impidió que diera un portazo.

—Estaré allí en cuanto pueda —gritó Bodenland, con una punzada de angustia de última hora.

Se volvió a su secretaria, Rose Gladwin, que no se había levantado de su asiento ni había dicho nada durante toda la acalorada conversación, con la mirada puesta en su mesa de trabajo.

—El nacimiento, la muerte, el gran espíritu de investigación científica: ¿cuál de ellos es más importante para el ser humano, Rose?

Ella alzó los ojos con una leve sonrisa.

—El gran espíritu de investigación científica, Joe —dijo.

—Siempre sabes la respuesta.

—Acaban de comunicarme que la señora Schatzman viene ahora mismo para acá desde el aeropuerto.

—Avísame en cuanto llegue; estoy con Waldgrave.

Miró el reloj al irse, y recorrió el pasillo con energía echando pestes de Washington y de sí mismo. Le molestaba la sola idea de que Larry fuera a casarse. El matrimonio era una antigualla y, sin embargo, ahora que empezaba otro siglo volvía a ponerse de moda.

Bodenland y su investigador jefe, Waldgrave, ya estaban en el vestíbulo para recibir a la señora Schatzman cuando ésta llegó con su séquito. La pasearon por toda la planta técnica, donde todo el mundo había recibido instrucciones de seguir trabajando como siempre, hasta llegar a un laboratorio en el que las palabras

«investigación inercial» se leían en el cristal de la puerta en letras doradas.

Las respuestas sensatas de Bodenland a las preguntas de ella indicaban que Schatzman había sido bien informada. Eso le gustó, y también su figura que rondaba los cuarenta, un poco llena y enfundada en un traje a medida que le hablaba de un rastro de humanidad bajo la fachada oficial.

Diversas personalidades acudieron al laboratorio para la demostración, entre ellas un avalista del Banco Bull-Brunswick. Bodenland les presentaba a la señora Schatzman mientras los técnicos ponían todo a punto. Cuando ella daba la mano al Banco, uno de los auxiliares de Bodenland entró y le dijo algo al oído.

—Joe, tienes una llamada urgente de Utah, de Bernard Clift, el arqueólogo; dice que ha hecho un descubrimiento importante.

—Vale, Mike. Dile a Bernard que le llamaré cuando pueda.

En el centro del laboratorio había una vitrina de cristal parecida a una cabina de ducha. Los cables corrían a su interior desde la zona de los ordenadores y otras máquinas, donde dos ayudantes controlaban el tablero de mandos. El zumbido de la electricidad flotaba en el aire, sumándose a la tensión del encuentro.

—En el paquete de información impresa y de video tiene todas las especificaciones técnicas del principio de eliminación inercial, señora Schatzman —dijo Bodenland—. Si no hay preguntas, pasamos directamente a la demostración.

Al hablar, hizo una seña a un ayudante de laboratorio que llevaba bata, y éste trajo a rastras una bolsa de plástico negro en la que podría caber un hombre.

Waldgrave explicó:

—La bolsa contiene arena, nada más; representa una partida de residuos nucleares o tóxicos.

Metieron la bolsa en la vitrina. Podían seguir viéndola perfectamente tras el cristal. Entretanto, los ordenadores generaban rápidamente sus tablas de cálculos.

—Los índices de consumo de energía son elevados en este momento. Como ve, esto es sólo un prototipo. Esperamos bajar las tolerancias en la siguiente fase del programa, cuando contemos con el visto bueno de su Departamento —dijo Bodenland—. Evidentemente, la energía que se precisa depende del volumen de materia que se quiera eliminar.

—Y por lo que veo, parte de la energía que utilizan es solar —dijo Shatzman.

—La corporación tiene su propio satélite, que envía la energía a nuestras parabólicas de aquí, en Dallas.

Waldgrave recibió el movimiento afirmativo de la cabeza de su jefe e hizo una seña al técnico de mandos, que pulsó la tecla Transmitir.

El interior de la vitrina comenzó a brillar con una luz de un malva azulado.

Había dos grandes relojes analógicos con segunderos, uno dentro de la vitrina y otro en un artilugio montado fuera, frente al primero. El segundero del reloj de la

vitrina se paró a las 10:16. En ese mismo momento, el propio reloj comenzó a desaparecer. Pasó lo mismo con la bolsa de plástico negro: en un instante se había esfumado, la vitrina estaba vacía.

Un breve aplauso llenó la sala. Bodenland estaba mucho menos serio.

La comitiva pasó a tomar algo a la sala de juntas de al lado, toda de tapicería en piel tostada y palmeras en macetas de bronce. Ni siquiera el júbilo que se respiraba en el ambiente contrarrestaba la formalidad de la ocasión.

Sorbiendo Perrier de su vaso, Schatzman dijo:

—Bueno, señor Bodenland, parece haber inventado nada menos que la ansiada máquina del tiempo.

El bajó los ojos a su vodka. Al final resultaba que la mujer era una estúpida; se había hecho otra idea de ella. Esta mujer iba a presentar su caso ante el Comité de Washington; si había llegado a una conclusión tan errónea después de haber estudiado toda la documentación que previamente le habían enviado por ordenador, no era muy probable que el Gobierno le aprobara el invento.

—No es una máquina del tiempo, señora Schatzman. Como hemos dejado bien claro, lo único que hace nuestro nuevo proceso es detener la entropía... De forma muy parecida a la congelación, pongamos, ralentiza o detiene la acción bacteriana. Hemos hallado un agujero en el tiempo real. La bolsa de la vitrina desapareció porque de pronto quedó estacionaria respecto a la entropía universal. Siguió existiendo: existe a las 10:16 de esta mañana. Somos nosotros los que avanzamos en el tiempo, a una velocidad de veinticuatro horas al día. La bolsa seguirá siempre donde la pusimos, a las 10:16. Podemos volver atrás y recuperarla si hace falta, aunque el gasto de energía aumenta en proporción geométrica a medida que nos alejamos del punto de entrada.

»El proceso de eliminación inercial dista mucho de ser una máquina del tiempo. Es casi lo opuesto.

A la señora Schatzman no le gustaba mucho que la trataran con superioridad. Quizá su comentario había sido humorístico.

—El Departamento tendrá que averiguar qué sucede con la materia aislada a las 10:16 o a cualquier otra hora. Sería totalmente irresponsable aislar en el tiempo grandes cantidades de residuos tóxicos sin tener una idea precisa de las posibles consecuencias.

—¿Cuánto tiempo calcula que podría llevar esa investigación?

—Estamos hablando de algo sin precedentes, de algo que altera el orden natural.

—Mmm... no, si tiene conocimientos de la ciencia del caos.

Ella se dio por ofendida.

—Sin duda la investigación llevará varias semanas.

Bodenland dio un generoso trago a su vodka e inclinó la cabeza en su dirección.

—La eliminación de residuos tóxicos constituye uno de los problemas más acuciantes del mundo, señora Schatzman; nadie quiere saber nada de ellos. Hace tan sólo una década, los costes de la eliminación de residuos nucleares conforme a las leyes de nuestro país ascendían a 2500 dólares por tonelada. Ahora son veinte veces mayores, y siguen subiendo. No hace más de una semana nos llegó de Bulgaria la noticia de la muerte de todo un pueblo por el vertido de un pesticida fabricado ilegalmente, el Lindane.

»Y ahí es donde entramos nosotros. Bodenland Industries han elaborado un método infalible para librar al mundo de estos males: sólo nos falta la aprobación de su Departamento. Tiene que convencer a su Comité de que no se interponga en el camino del progreso.

Ella pronunció la última palabra al mismo tiempo que él.

—Progreso —dijo, haciéndole eco con ironía—. El «progreso» no puede conseguirse a expensas de la seguridad, usted conoce el concepto; es lo que llamamos Síndrome de Frankenstein —ensayaba un tono ligero—. Sabe que el Departamento hará lo que deba, señor Bodenland. También sabe que este nuevo avance tendrá que estudiarse muy detenidamente. Tenemos nuestras responsabilidades: hay también aspectos de seguridad. ¿Me deja sugerirle que mientras tanto dedique su capacidad inventiva a otros temas?

—Claro —dijo él, posando su vaso y poniéndose en pie—. Voy a dedicar mi capacidad inventiva a ser un invitado que llega tarde a la boda de su hijo.

Una banda de jazz tocaba un arreglo de «Who's Sorry Now?» cuando Joe Bodenland entró en los espaciosos salones de visitas del Gondwana Ranch, la casa en la que él y Mina vivieron diez años. En este momento estaba llena de flores e invitados.

Unos invitados bailaban, algunos bebían y otros estaban claramente dedicados a otras cosas. Los camareros de la empresa de hostelería contratada para la ocasión iban de un lado para otro con bandejas de dulces y canapés, mientras el estampido de los corchos que salían despedidos de las botellas de champán se oía por encima de la música.

Bodenland intercambió cumplidos y felicitaciones con diversos amigos de la familia, abriéndose paso hacia donde Larry Bodenland recibía enhorabuenas junto a la novia.

Kylie saludó a Joe calurosamente y le echó los brazos al cuello besándole en la boca. Kylie era guapa, con una cara redonda de facciones agradables y bien marcadas que le hacían parecer una chica extraordinariamente abierta. Joe ya había descubierto que Kylie no era todo inocencia. Poseía —aparte de la gran fortuna procedente de la empresa de transporte de su padre— una inteligencia viva y curiosa. Pero ahora le bastaba sentir su cuerpo esbelto contra el suyo y admirar su radiante belleza, y le

deseó la máxima felicidad futura.

—Ocúpate sólo de que Larry se comporte —dijo, dándole otro abrazo.

Larry alcanzó a oír el comentario. Estrechando la mano de su padre, le dijo:

—¿Y qué tal si te comportas tú, Joe? ¿Cómo es que llegas tarde a mi boda, lo has hecho a propósito? Ya sabemos lo absurdo que te pones con el tema del matrimonio.

—No empecéis otra vez los dos —dijo Kylie—. Y menos hoy —alzó la mano señalando el crucifijo que le colgaba de la garganta—. Ya conoces mis particulares principios religiosos, Joe, y deberías aplaudir a Larry por respetarlos.

—Bueno, os felicito a los dos, y me odio por haberme perdido la ceremonia. Pero no me echéis la culpa: la culpa la tiene el Departamento de Medio Ambiente de Washington, que me lo ha impedido con la cita de esta mañana.

—Queda claro que la familia no puede competir con todo un Departamento de Medio Ambiente —dijo Larry, de mal humor.

—Joe tiene que perseguir sus fantasías —dijo Kylie, guiñando un ojo a su suegro.

—¿Qué fantasías son esas? —preguntó Larry.

—Vamos, Larry... tu padre es un tecnófilo de la vieja escuela. Tienes que concederle eso, las máquinas le vuelven loco.

—No más que a ti la religión, si me permites decirlo.

—La religión sigue teniendo un lugar, incluso en esta era científica y...

—¡No, gracias! —gritó Larry—. Quiero otra copa; es el día de mi boda. — Cuando se dio la vuelta, apareció su madre. Dedicó a Joe una frágil sonrisa.

—Te pierdes la ceremonia pero llegas justo al champán —dijo enfadada—. Larry y Kylie no te lo perdonarán.

—Lo siento, Mina. —La cogió de la mano, mirando con ternura sus ojos verdes. Pese a la particular ceguera apresurada que le caracterizaba, sabía muy bien en qué pensaba ella en ese momento. Habían tenido otro hijo, Dick, hermano mayor de Larry, que había muerto en un accidente de coche con su joven esposa Molly. Dick siempre había sido el preferido de su padre, un chico brillante, atlético, con un gran interés por la ciencia, sobre todo por la física de partículas. Molly también era despierta y alegre, una pelirroja cuyo cuerpo, a la edad de veintidós años, se había fundido en un amasijo con el de su marido en el fatal accidente. Era Molly quien volvía a Joe en sueños, no Dick. Dick se había marchado más allá del recuerdo, sin dejar hueco para su hermano menor en el afecto de su padre.

La prolongada costumbre de las parejas que llevan años juntas hizo que Mina intuyera lo que a Joe le pasaba por la cabeza. Su humor se suavizó.

—Es curioso que Kylie tenga esa fe religiosa, como Molly —dijo. Era la primera vez en años que mencionaban el nombre de Molly entre ellos—. Espero que por eso no...

—Molly no era religiosa, simplemente tenía mucho interés por lo sobrenatural.

—Ya no te acuerdas, Joe. Y quizá sea mejor. —Le cogió del brazo—. Vamos afuera a dar una vuelta, no hace mucho calor. Antes me pasé, perdona. Pero ahora no tenemos más hijos que Larry y Kylie. Deja que los muertos entierren a sus muertos.

Cuando llegaban al porche, él se volvió a medias hacia ella, sonriendo.

—Esa expresión es un poco tonta, si lo piensas, ¿no?: «Deja que los muertos entierren a sus muertos...». ¡La escena es macabra! Tendrían problemas con las palas, ¿eh?

Ella rio. El porche daba a la piscina y tenía un tejado de cristal reforzado; adornaban sus columnas enredaderas de distintos tonos de rojo, rosa y lila. El cogió a Mina de la mano y echaron a andar, contentos de dejar atrás el alboroto de la casa.

Un teléfono de pared sonó cuando pasaban junto a él. Ella lo cogió automáticamente, y después se lo tendió a su marido con ojos irónicos.

—Te reclaman, Joe. El mundo te necesita.

De pie entre el sol y la sombra, él la miraba a la cara mientras escuchaba a su viejo amigo Bernard Clift, que hablaba lentamente intentando ocultar la emoción.

—Bernie, eso no puede ser —dijo Bodenland—. Es imposible. Ahí hay algo que no va, y tú lo sabes. Tu prestigio...

Escuchó otra vez, negando con la cabeza y luego afirmando. Mina miraba divertida cómo se le encendían los ojos.

—Voy para allá ahora mismo —dijo por fin—. Y puede que lleve conmigo a parte de mi familia.

Cuando colgó, Mina dijo:

—¡Se está cociendo la última locura! Sea lo que sea, Joe, no cuentes conmigo. Mañana quiero participar en el espectáculo aéreo de Austin.

—Puedes hacer caída libre en cualquier otro momento, Mina: pero esto es fabuloso. ¿Te hubiera gustado estar pescando en las Bermudas mientras la Revolución Americana estallaba en el continente?

—¿Era Bernie Clift?

—Clift no se dedica a hacer el tonto; ha hecho un descubrimiento en Utah.

Le explicó que Clift llamaba para contarle que había hallado un esqueleto de aspecto humano; había sometido los huesos al análisis de carbono para datar su antigüedad. Los restos eran de 65,5 millones de años antes de la era presente. Eso concordaba con su descubrimiento de rocas del Cretácico superior: se remontaban a más de sesenta millones de años antes de que la forma más primitiva de humanidad pisara la tierra.

—Eso no tiene sentido —dijo Mina.

—Es una revolución en el pensamiento. No me preguntes lo que significa, pero tenemos que verlo, de verdad. Es... bueno, es increíble. —Silbó—. Y para que veas que pienso en Larry y Kylie, nos los llevamos también con nosotros.

Ya se dirigía hacia la casa. Mina lo agarró por la manga con impaciencia.

—Joey, tranquilo. Eres muy impulsivo. Larry se va en un par de horas a Hawai en luna de miel. No van a querer posponerla para venirse a Utah a ayudarnos.

Él miraba su reloj.

—Les encantará, y a ti también. El paraje desértico donde está Bernie es maravilloso. Lo llamaban el Utah sureño. Si nos vamos ya, podemos estar allí al anochecer. Y acuérdate de no decirle a nadie por qué nos vamos. El descubrimiento de Bernie tiene que seguir siendo un secreto por ahora. Si no, se le echarían encima los medios de comunicación del mundo entero. ¿Entendido?

Ella rio, no sin una pizca de amargura.

—Vale, pero dame un rato para hacer la maleta.

Joe la besó.

—Coge el cepillo de dientes. Y dile a Kylie que se sacuda el confeti del pelo.

II

EL HELICÓPTERO DESCENDÍA EN CÍRCULOS sobre el desierto de Escalante, alcanzado por el reflejo del sol poniente en el parabrisas de un coche aparcado. Mirando hacia abajo, Joe Bodenland vio coches y caravanas estacionados en torno a un cuadrado de lona azul. Cuatro minutos después, aterrizaban allí al lado en medio de una nube de polvo.

Joe bajó primero del helicóptero y ayudó a bajar a Mina, seguida de Kylie, que miraba a su alrededor, nerviosa; Larry, que había pilotado, salió el último. Bernard Clift los esperaba para darles la bienvenida.

—Aquí flota algo raro en el aire —le dijo Kylie cuando los presentaron—. Es algo que se presiente, Bernie, pero no puedo explicarlo. No me gusta. Es opresivo.

Clift soltó una carcajada:

—Es la familia Bodenland, Kylie, todavía no estás acostumbrada. Oye, Joe, gracias por venir tan pronto, pero la verdad, no esperaba que aparecierais todos. Habrá que buscaros un sitio para dormir. —En un gesto de apuro, se pasó la mano por el pelo—. Este descubrimiento es muy importante... y alto secreto. He cortado la única línea telefónica con Enterprise. Los estudiantes no pueden marcharse, al menos no sin mi permiso. Nada de hablar por radio ni ninguna otra forma de comunicación con el exterior. Les he obligado a todos a jurar secreto hasta que yo diga.

—Por curiosidad, Bernie —dijo Bodenland—, ¿por qué les hiciste jurar?

Clift rio.

—Por la virginidad de su madre. Por algo que les importara mucho; hasta por la Biblia.

—Yo hubiera dicho que esa costumbre ya estaba en desuso —dijo Joe.

—No para todos, Joe —dijo Kylie riendo.

Clift la miró con aprobación, y luego dijo:

—Bueno, os llevo a verlo antes de que se vaya la luz, que para eso habéis venido. Hablaba a empujones, como impulsado por los nervios.

Mientras le seguían por un sendero que ascendía ondulante entre matorrales de salvia, iba diciendo:

—Joe, tú eres un hombre instruido y sensato, me interesaba saber tu opinión sobre este descubrimiento. Si es lo que creo que es, toda nuestra visión del mundo se vendrá abajo: seres humanos habitando el planeta sesenta millones de años antes de lo que hasta ahora indicaban todas las pruebas. Una especie humana en Norteamérica mucho antes de que los primeros reptiles se arrastraran por el desfiladero de Olduvai...

—¿No podría ser un visitante de algún otro lugar del universo? ¿Sólo hay esa

tumba?

—Por eso quiero guardarlo en secreto. Mis hallazgos toparán con muchos detractores. Todos se me echarán encima, ya lo sé. Pero si encontráramos una segunda tumba... Por eso no quiero que intervenga nadie... al menos por unos cuantos días.

Bodenland gruñó:

—Nuestra empresa tiene en Dallas una unidad de seguridad... Podría ponerte guardas aquí fuera mañana mismo a primera hora, si quieres. Pero esto tiene que ser un error, Bernie. Lo que dices no puede ser.

—No, es lo que salía siempre en todos los tebeos —comentó Larry con una carcajada—. Hombres primitivos coetáneos del brontosaurio y del tiranosaurio. Debe de ser la memoria de la especie o algo así de ancestral.

Haciendo caso omiso del sarcasmo de su hijo, Mina dijo:

—Bernard, un momento. No entiendo nada de esa antigua tumba de la que hablas. No soy más tonta de lo normal, pero eso de sesenta y cinco millones de años no me dice nada, son sólo palabras.

Clift detuvo la subida bruscamente.

—Pues yo te lo enseñaré —dijo.

Bodenland echó un breve vistazo al rostro de su amigo, pero en él no vio impaciencia, sino sólo la pasión que uno sentiría por el tema que lo poseyera y diera sentido a su vida.

Ante ellos se erguía un abrupto cerro surcado a esa hora por las acechantes sombras de la noche. La erosión de la roca imprimía en sus estratos formas que recordaban a ruinas de un edificio inconcebible. La salvia crecía por todas partes; pinos y chopos enanos coronaban la cima.

—Para quien sepa mirarlo, este cerro encierra la historia del mundo —dijo Clift a Mina—. Lo interesante es esa línea sedimentaria discontinua debajo de la arenisca; es lo que llamamos la frontera K/T.

Señaló una quebrada línea arcillosa que discurría por debajo de los estratos de arenisca como una hilada de impermeabilización alrededor de una casa.

—Esta capa sedimentaria marca la división entre la piedra cretácica inferior y la piedra terciaria de arriba, y en ella se inscribe uno de los avatares más misteriosos de toda la historia de la Tierra: la extinción de los dinosaurios. Su grosor es de sólo unos centímetros, y debajo yacen kilómetros de roca que son, por decirlo así, tiempo petrificado: los largos milenios de las eras de los reptiles. Está totalmente demostrado que la línea sedimentaria K/T se formó hace sesenta y cinco millones de años. La tumba está justo bajo esa línea.

—Pero por aquel entonces no había seres humanos —dijo Mina cuando reanudaban la marcha por un camino a la izquierda.

—En la capa K/T están depositados los restos de un desastre ecológico de escala planetaria: fragmentos minerales sometidos a ondas dinámicas, aluviones de gigantescas inundaciones, hollín de tormentas de fuego continentales y demás fenómenos naturales. Por aquel entonces se produjo un colosal impacto... los científicos creen que pudo tratarse de un meteorito de gran tamaño que dejó un enorme cráter, pero en realidad no se sabe.

»Lo que sí se sabe es que una gran catástrofe puso fin a la regia era de aquellas raras e impresionantes criaturas.

»Nuestra tumba indica que al final del periodo cretácico —o era mesozoica, que abarca todos los periodos reptilianos— desaparecieron no sólo los dinosaurios, sino también una raza parecida a la humana, quizá tan dispersa que no se han hallado restos... hasta ahora.

—El *homo Cliftensis* —dijo Kylie.

Se detuvieron ante la excavación de roca arenisca, donde había indicios de actividad humana: andamios de madera, cepillos, taladradoras y una carretilla que parecía abandonada. Las dunas proyectaban largos dedos de sombra sobre el desierto que desde allí se dominaba. Sumida en la penumbra del anochecer, la excavación que contemplaban era como una negra charca bajo la antigua corteza de la frontera K/T.

Kylie se estremeció. El aire refrescaba y el azul del cielo se volvía más intenso.

Dos estudiantes que montaban guardia junto a la excavación, un chico y una chica, se apartaron al aparecer los recién llegados. Clift saltó al hoyo y retiró la lona que cubría la vieja tumba. El esqueleto, encogido en el ataúd desde tiempos inconcebibles, seguía tumbado de lado. La familia Bodenland lo miró sin decir palabra.

—¿Qué es todo eso rojo? —preguntó Kylie en voz baja—. ¿Son manchas de sangre?

—Ocre rojo —dijo Clift—. Era una costumbre primitiva enterrar a los muertos con ocre rojo. Los hombres de Neanderthal lo usaban... con esto no quiero decir que sea un hombre de Neanderthal. En la tumba también había flores, las hemos llevado a analizar. Todavía queda mucho trabajo por hacer. Me da un poco de miedo tocar nada...

Miraron hacia abajo en silencio, invadidos por oscuros presagios. Cayó la noche. El esqueleto semienterrado en ocre se sumió en la oscuridad.

Kylie se arrimó a Larry.

—Profanar una tumba antigua... Sé que es parte del trabajo de los arqueólogos, pero... hay supersticiones sobre estas cosas. ¿No te parece que aquí hay algo... en fin, algo maligno?

El la estrechó cariñosamente.

—Maligno no, quizá patético. Pero claro, que el pasado o el futuro entren a saco

en el presente nos desconcierta; ya ves cómo ha trastocado este brote del pasado el día de nuestra boda. —Viendo que la expresión de Kylie se nublaba, añadió—: Dejemos en paz a los muertos. Te invito a tomar algo.

—Hay una cantina al pie de la ladera —dijo Clift agachado allí, sin apartar la vista de su descubrimiento, tan inmóvil casi como el esqueleto que había desenterrado.

El sol se hundió en el desierto y el frío cayó sobre el mundo. Kylie Bodenland, a la puerta de la caravana que les habían prestado, miraba las estrellas. Había algo en este remoto paraje que le producía un desasosiego desconocido, y estaba intentando averiguar qué era.

Más allá, sentados en corro al calor de una hoguera, los estudiantes resucitaban viejas baladas de vaquero en un falso arranque de nostalgia.

Puede que las damas de ciudad estén muy bien... Pero yo prefiero a mi chica...

Larry se acercó a Kylie por detrás y la metió en la caravana, cerrando la puerta con el pie. Ella notó el sabor a whisky en los labios de él, y le gustó. Estaba educada para ver en esto una perversión; pero había más perversiones que le gustaban, y mientras Larry la abrazaba, ella le deslizó la mano por los vaqueros. Al sentir su respuesta, empezó a despojarse de sus pocas prendas hasta pegarse a él sin nada encima salvo su cadena con el crucifijo de plata, que Larry besó. Besó también los senos de Kylie y siguió más abajo.

—Eres un animal —dijo ella—. Ah...

Le cogió la cabeza, pero él se levantó y la subió a la litera.

Más tarde, tumbados uno junto a otro, él murmuraba casi para sí:

—Es curioso hasta qué punto una boda puede irritar a Joe. No ha sido capaz ni siquiera de presentarse... Tenía que pasar por esto de casarme para jorobarle... y por complacerte a ti, claro.

—No sé por qué tienes que jorobar a tu padre. Es un cielo.

Larry soltó una risita.

—¿Papá un cielo? Siempre ha sido terco como una mula. Ahora que soy adulto lo veo de otra manera, más positiva que antes. Pero aun así... para él, la palabra «comestibles» es una palabrota: le revienta que me dedique a los comestibles, da igual que haga una fortuna. Tengo mi propia cabeza, ¿no? Pequeña, pero la mía. Que se vaya a la mierda... somos diferentes. Te voy a preparar una copa.

Levantándose de la litera, se dirigió desnudo a su bolsa de viaje, por la que asomaba una botella de whisky. Kylie se puso boca arriba y dijo:

—Bueno, mañana estaremos en Hawai. Te vendrá de maravilla alejarte un poco de Joe. Acabará por darte la razón, ya lo verás. Puede que sea terco como una mula, pero aun así es una buena persona.

Larry dejó de verter el líquido por un momento para reírse.

—Ya basta de Joe, ¿vale? Vamos a dejarlo. Seguro que él ya ni se acuerda de nosotros. Bernie Clift le ha dado algo nuevo en que pensar.

A pocos metros de allí, Clift y Bodenland caminaban juntos por el desierto hablando en voz baja.

—Esa jovencita que acabas de echarle por nuera... llama la atención, no hay duda. Y no le gusta lo que hago, deduzco.

—La visión religiosa del hombre y la económica siempre han estado reñidas. Puede que de jóvenes todos seamos religiosos. Yo me quedé sin nada que se le parezca al morir mi otro hijo. Ahora me atengo a la razón: odio pensar en los millones de personas de este país que contribuyen a todas esas religiones de chiflados. Y ahora también nosotros nos enfrentamos al tiempo en nuestros laboratorios. No milenios enteros, como tú: sólo unos cuantos segundos. Estamos aprendiendo a detener el tiempo. Como era de esperar, es caro. ¡Vaya si lo es! Ojalá consiguiera respaldo de Washington... Bernie, podría hacerme... bueno, más rico que... No digo...

Clift le interrumpió, impaciente:

—Racionalidad. Significa sobre todo codicia... Falta de imaginación. Creo que Kylie es una chica imaginativa, aparte de...

—Te ha gustado. Me di cuenta al bajarnos del helicóptero.

—Mira Joe, déjalo. No tengo tiempo para las mujeres. Aquí he encontrado algo de más peso que ninguna de tus empresas financieras. Esto afectará a todo el mundo, a todos los habitantes de la Tierra... Cambiará totalmente el concepto que tenemos de nosotros mismos, ¿es que no lo ves?

Echó a andar hacia la negra mole de la montaña. Bodenland lo siguió. Desde allí se oía hablar al único grupo de estudiantes que todavía no se había acostado.

—Estás loco, Bernie. Siempre lo has estado, aunque no lo pareciera.

—No me duermo jamás —dijo Clift, sin mirar atrás.

—¿No es eso lo que alguien dijo de la Iglesia? «Jamás duerme». A mí me suena a neurosis.

Subieron a la excavación. Una sola luz eléctrica brillaba bajo el toldo azul, donde uno de los estudiantes hacía guardia. Clift intercambió unas palabras con él.

—Tétrico, señor —dijo el estudiante.

Clift refunfuñó. El comentario no le había hecho ninguna gracia. Bodenland se agachó a su lado mientras el paleontólogo retiraba la lona.

De pronto subió del campamento un clamor de aullidos masculinos y voces femeninas, seguido de unos golpes que resonaron en el sutil aire del desierto.

—Me cago en la mar —dijo Clift tranquilamente—. Van a ponerse a beber. Ahora vuelvo.

Salió corriendo cuesta abajo hacia el grupo de estudiantes que hacía unos

momentos cantaban. Les recordó con autoridad que los demás podían estar durmiendo.

Bodenland se quedó a solas con la cosa que había en el ataúd.

A la débil luz, una capa de piel parecía cubrirla ahora. Era una piel en mal estado, pero al menos la acercaba un paso al mundo de los vivos. Bodenland sintió la absurda tentación de hablarle. ¿Pero qué podía contestarle?

Venciendo cierta repulsión, bajó la mano y la metió en el ocre. Sabía que podía estar destruyendo pruebas arqueológicas de gran valor, pero la curiosidad le espoleaba. Se le había ocurrido que, al fin y al cabo, la locura de su amigo podría haberle llevado al extremo de amañar pruebas en la roca: podía tratarse de una tumba moderna que el propio Clift hubiera escondido en el estrato cretácico... quizá el año anterior, cuando trabajaba aquí él solo.

Buena parte de la fama de Bernard Clift se debía a una serie de artículos divulgativos en los que hablaba de la escasez de restos humanos primitivos y de su carácter fragmentario, en todas partes menos en unos pocos lugares del mundo. «¿Tiene la humanidad diez millones de años?» había sido uno de sus titulares más sonados.

Según la ortodoxia, el *homo sapiens* apareció como mucho hace dos millones de años: era imposible que esta *cosa* fuera de sesenta y cinco millones de años atrás. Clift falseaba las pruebas; y si convencía a su pragmático amigo Joe, podría convencer a la prensa de todo el mundo.

—A mí no me engaña nadie —dijo casi en voz alta. Se volvió para asegurarse de que no lo mirara el estudiante de guardia, que observaba la escena de abajo.

Al agacharse sobre el féretro, se raspó el hombro contra la pared de piedra y la línea manchada que constituía la frontera K/T.

Le sorprendió la calidez del ocre al tacto; era casi como si un cuerpo vivo le hubiera transmitido su calor. Bodenland tentó el polvo con sus dedos de espátula, haciendo un orificio para ver mejor el tórax. Era absurdo pensar que ese polvo llevara milenios intacto. Crujía y se desmigaba como un bizcocho seco.

No sabía qué buscar. Hizo una mueca en la oscuridad: le bastaría con una pegatina de «made in Taiwan». Trataría al pobre Clift con delicadeza; no sería el primer científico que falsifica pruebas.

Tocó suavemente con el dedo la costilla flotante izquierda, y siguió hacia arriba. En la siguiente costilla notó un obstáculo.

Entre sus dedos se deslizaba la arenilla. Había tocado algo, pero no lo veía. ¿Un trozo de hueso? Tirando suavemente, lo soltó y lo sacó del hoyo. A la luz de la bombilla despedía un débil brillo.

No era hueso. Era metal.

Bodenland lo frotó en su camisa y lo alzó de nuevo.

Era una bala de plata.

Tenía un dibujo grabado: una hiedra u otra enredadera enroscada en una cruz. Lo miró sin dar crédito, un malestar lo recorrió entero.

¿Sesenta y cinco millones de años?

Oyó a Clift tranquilizar al guarda a su regreso. Apresuradamente, borró las marcas que había dejado en el féretro fósil. La bala se la guardó en el bolsillo.

—La clásica bronca —dijo Clift tranquilamente, en su vena académica—. Dos chicos disputándose el favor de una chica. El sexo es una forma de perpetuar la raza humana bastante problemática. Si yo estuviera al cargo, ya me inventaría algo mejor... Les he aconsejado a los dos acostarse con ella y olvidar sus diferencias.

—¡Les habrá encantado la sugerencia!

—Se arreglarán.

—Quizá también nosotros deberíamos irnos a la cama.

Pero se quedaron bajo las estrellas, hablando del descubrimiento Bodenland trató de ocultar su escepticismo sin conseguirlo.

—Mañana vienen unos especialistas de Chicago y Drumheller —dijo Clift—. Ya verás lo que dicen. Ellos saben que la prueba de los estratos no engaña.

—Venga, Bernie, sesenta y cinco millones de años... No puedo ni imaginar ese periodo de tiempo.

—En la historia del universo —e incluso de la Tierra, del sistema solar— sesenta y cinco millones de años es prácticamente como quien dice ayer mismo.

Bajaron por la pendiente sin hablar, una barrera se había interpuesto entre ambos. Todos los estudiantes se habían acostado, juntos o por separado. Reinaba en el desierto el silencio de los tiempos anteriores a la llegada del primer hombre al continente.

La luz vino por el oeste. Bodenland fue el primero en verla, y con un ademán detuvo a su amigo para mirarla. Parecía como si la luz se desplazara rápidamente hacia ellos. No emitía ningún sonido. Se alargó hasta tomar la forma de un cometa que sobrevolara el suelo a gran velocidad. Era difícil fijar bien la vista en ella. El asombro los clavaba al suelo.

—Pero si el ferrocarril está a kilómetros de aquí —exclamó Clift intentando dominar el temblor de su voz.

Fuera lo que fuera, el fenómeno avanzaba hacia el campamento a velocidad de vértigo.

Sin perder tiempo en palabras, Bodenland echó a correr cuesta abajo llamando a Mina. La luz de su caravana se encendió de inmediato. Aliviado al verla, se dirigió hacia la caravana de su hijo. Llamó a Larry a gritos dando golpes a la puerta.

El escándalo despertó también a los demás, se abrieron otras puertas. La gente salía a toda prisa de las tiendas de campaña, sin siquiera vestirse. Clift pedía calma,

pero los gritos de asombro ahogaban su voz. La cosa emergía del horizonte desierto. Parecía siempre distante y siempre cercana, como si el propio tiempo quedara suspendido para darle paso.

Mina salió, y Bodenland le pasó el brazo por los hombros en un gesto protector.

—Súbete a un alto.

Cuando Larry y Kylie aparecieron, con el pelo revuelto, les dio las mismas instrucciones, pero él se quedó donde estaba, sin poder apartar la vista de la imposible trayectoria.

Era como una nave aerodinámica vista a través de una gruesa lente de distorsión. Ni el más leve sonido. Pero en un instante sobrevolaba el campamento, traspasándolo por el centro como un proyectil... en total silencio. Los estudiantes de Dixie se tiraron al suelo gritando.

Sin embargo, no siguió impacto alguno: la cosa no parecía estar hecha de materia, sino de luz; era tan inmaterial como la luminiscencia que iba dejando a ras de suelo y luego se extinguía en un chisporroteo.

Bodenland vio cómo aquella especie de fantasma atravesaba una duna de parte a parte para al fin alejarse, perdiéndose en la distancia de la noche de Utah. Se diría que su objetivo era destruir el campamento, pero éste estaba intacto. Había atravesado la caravana de Larry sin causar, sin embargo, ni el más mínimo destrozo.

Larry subió dando tumbos hasta su padre y le ofreció un trago de su petaca de plata.

—Acabamos de ver el genuino tren fantasma, Joe —dijo.

—Ahora ya me creo lo que haga falta —dijo Bodenland, aceptando la petaca agradecido.

El amanecer despejaba las sombras y convertía el desierto en un horno, pero en el campamento de Old John seguían comentando el fenómeno de la noche. Los estudiantes más dados a la metafísica decían que el tren fantasma —todos habían adoptado la denominación de Larry— no tenía realidad objetiva. Era sorprendente ver cuántos jóvenes de formación científica, la flor y nata de su promoción, daban crédito a variadas explicaciones, a cual más absurda. Bodenland, escuchándoles mientras tomaba un café en el bar, hubiera dicho que la mayoría pertenecía a algún culto religioso. Prácticamente todos defendían explicaciones acordes con su particular sistema de creencias.

Larry enseguida dejó la discusión llevándose consigo a Kylie, que claramente hubiera preferido intervenir en el debate.

Uno de los estudiantes envueltos en la refriega de la noche anterior monopolizaba cada vez más la discusión.

—Tíos, estáis todos locos si pensáis que era un arma secreta enemiga. Si la hubiera, Estados Unidos sería el primero en tenerla, y la conoceríamos. Y tampoco es

nada que se haya inventado la Cienciología o lo que sea para que os integréis en la Iglesia si vuestro coeficiente intelectual no encuentra la explicación. Lo que ha pasado no puede estar más claro: todos nos hemos visto de repente recluidos en este desierto, sin poder comunicarnos con nuestros padres ni con el mundo exterior, nos hemos sentido angustiados. Intranquilos. ¿Y adónde nos podía llevar eso? Es normal que hayamos sufrido una alucinación colectiva. Anoche en Old John no pasó nada de nada, sólo que alucinamos todos como si nos hubiéramos colocado. Lo mejor es dejarlo. Probablemente esta noche vuelva a suceder, y así hasta que estemos todos chalados y nos lleven al loquero.

Bodenland se levantó.

—Oye, la gente no enloquece así como así. No sabes lo que dices. Me gustaría saber por qué te empeñas tanto en negar lo que has visto y sentido.

—Porque es imposible que ese objeto sea real —contestó el estudiante.

—Ahí es donde te equivocas, quieres amoldarlo a tu propio sistema de valores, y no encaja. Pero lo que falla son tus valores, no tus sentidos. Todos vimos ese puñetero chisme. Existe. Vale, no tenemos explicación; aún no. Tampoco podemos explicar la vieja tumba de ahí arriba, en la pared de roca. Pero la ciencia acabará por distinguir la verdad de la mentira... si no falseamos nuestras observaciones.

—¿Y entonces qué era ese tren fantasma? —le increpó una de las chicas—. Conteste.

Bodenland volvió a sentarse junto a Mina.

—Pues eso digo, que no lo sé. Pero no voy a negar que existe sólo por eso. Negando todo lo que no se entiende a la primera por mantener un sistema de valores, seguiríamos en la Edad de Piedra. En cuanto podamos hablar con el mundo exterior, me pasaré por los centros de investigación de por aquí a ver si alguien más ha visto esto que llamamos tren fantasma.

Clift dijo con calma:

—Llevo quince años trabajando en este desierto, Joe, y jamás había visto algo así. Ni he oído de nadie que lo viera.

—Bueno, llegaremos al fondo del asunto.

—¿Y cómo lo hará, señor Bodenland? —preguntó la misma chica de antes.

Sus amigos la apoyaron con un murmullo.

Bodenland hizo una mueca.

—Si el tren vuelve esta noche, me subiré a él.

Los estudiantes montaron tal alboroto que casi no oyó lo que le decía Mina, que estaba a su lado:

—Por Dios, Joe, estás aún más loco que ellos...

—Puede... pero nosotros tenemos helicóptero y ellos no.

Al atardecer, Mina subió con Bernard Clift a un alto sobre el campamento. Desde

allí miró al oeste.

Joe había estado ausente casi todo el día. Tras convencer a Larry y a Kylie de que no se fueran todavía, había salido con ellos a buscar rastros del tren fantasma.

—¿Qué hay por allá? —preguntó Mina, protegiéndose los ojos del sol.

—Unos cuantos coyotes, el clásico loco que rechaza el siglo en el que vive y que está dispuesto a rechazar el que viene, y no mucho más —dijo Clift—. Ah, probablemente darán con un antiguo camino que lleva a Enterprise City.

Ella rio.

—¡Enterprise City! Clift, a Joe le encantará el nombre. Se lo tomará como una señal de buen augurio.

—A Joe no le convence nada lo que tengo aquí, ¿verdad? Por eso se entretiene con el tren, ¿no?

Mina todavía miraba hacia el oeste protegiéndose los ojos.

—Tengo un problema con mi marido y con mi hijo, Bernard. Joe consigue todo lo que se propone. No puede evitar eclipsar a Larry. Lo siento mucho por Larry. Intentó sustraerse a la influencia de su padre rechazando toda actividad científica. Por desgracia, tiró hacia el sector de los productos alimentarios, y entiendo que a Joe le fastidie. Es igual que el aspecto financiero le haya ido bien y que suministre a un área considerable del sudeste de los Estados Unidos. Ahora que ha emparentado con la empresa de transporte de la familia de Kylie, tendrá todavía más éxito. Más dinero, diría yo.

—¿No le gusta eso a Joe?

Ella negó con la cabeza, dudosa.

—Joe será de todo, pero no un mercenario. Creo que de momento lo único que espera es que una chica guapa como Kylie saque a Larry de la bebida.

—Efectivamente, la chica es guapa. Pero ¿puede lograr eso?

Ella miró a Clift a los ojos:

—Hasta intentarlo es peligroso. Pero bueno, todo es peligroso. Yo lo sé muy bien, soy aficionada a la caída libre.

—Lo recuerdo, he leído artículos sobre ti en revistas de moda; parece algo estupendo.

Ella lo miró con recelo, le pareció que en él había envidia.

—Tú te diviertes cavando surcos en la tierra. A mí lo que me gusta es estar por encima de ella, suspender el tiempo y la gravedad.

Clift señaló abajo, hacia el camino por donde venían tres figuras en mula envueltas en una nube de polvo.

—Ahí vuelve tu marido. Me ha contado que en sus laboratorios también han logrado suspender el tiempo.

—El tiempo no es inmutable, es algo que la ciencia del caos ha demostrado. El

sistema de eliminación inercial de Joe es sobre todo una forma de desestabilizar el tiempo. Hace diez años, apenas se vislumbraban sus principios. Eso me gusta. Ante todo, Bernard, estoy con Joe, así que es tontería intentar engatusarme.

El rio, pero no se dio por aludido.

—Si el tiempo no es inmutable, ¿se puede saber qué es? Tengo que saberlo, me traigo entre manos millones de años.

—El tiempo es como una niebla con estructura de onda. Todo son ecuaciones, si quieres te envío un artículo sobre el tema. Manipulas los datos, y nadie sabe qué resultados obtendrás.

Clift volvió a reírse.

—Como la vida misma, en realidad.

—Sometida también al caos.

Descendieron la loma por el sendero para reunirse con Bodenland y sus acompañantes, cubiertos de polvo tras el paseo en mula.

—Ha sido maravilloso —dijo Kylie, bajándose de su montura y abrazando a Mina—. El desierto es un lugar maravilloso. Ahora lo único que falta es una ducha.

—Una ducha y una docena de latas de cerveza —añadió Larry.

—Ha sido maravilloso, pero no hemos logrado nada —dijo Bodenland—. Eso sí, hemos ido dejando un bonito reguero de banderines. Espero que el tren fantasma vuelva esta noche.

—¿Qué tal Larry? —preguntó ella, cuando se quedaron solos.

—Mañana se va con Kylie, pase lo que pase esta noche.

—No te enfades tanto, Joe. Se supone que están de luna de miel, pobrecillos. ¿Tú dónde preferirías estar: en una playa de Hawai o en este rincón de Utah dejado de la mano de Dios?

Él sonrió, burlón pero cariñoso.

—Yo preferiría estar en ese tren fantasma... y ahí es donde voy a estar esta noche. Pero a Bodenland lo esperaba una decepción.

La noche les trajo estrellas nítidas como diamantes sobre el desierto, pero ningún tren fantasma. Bodenland y su grupo se quedaron junto al bar móvil, que no cerró hasta tarde para servirles. Bebían café y hablaban, esperando con el helicóptero cerca, mirando de vez en cuando hacia la oscuridad.

—Ni un indio —dijo Kylie—. Ni una diligencia de John Wayne. El tren hizo su aparición y eso fue todo. Eh, Joe, una estudiante me contó que vio figuras fantasmales saltar del tren —no, dijo salir flotando— y aterrizar en la excavación, eso dijo. ¿Qué te parece?

—Podría ser la primera de toda una serie de contribuciones a lo que sin duda será una leyenda. Bernie, estos estudiantes van a traer a los medios... o por lo menos a la prensa local. ¿Qué piensas hacer?

—Confío en ellos —dijo Clift—. Ya saben cómo está la cosa. De todas formas... Joe, si ese chisme aparece esta noche, quiero subir al helicóptero contigo.

—Por Dios, allá viene —gritó Mina, antes de que Bodenland pudiera contestar.

Allí estaba en la oscuridad, como surgido del espacio exterior: un viajero, un pasajero, un invasor. Veloz y lleno de una luminiscencia que parecía esparcir a su paso, virando por el desierto de Escalante. Sus luces sólo desaparecieron al estallar atravesando las dunas. Esta vez estaba lejos de la estela de banderines plantados durante el día, a varias millas del campamento en dirección norte.

Bodenland encabezó la carrera hacia el helicóptero. Tras él, Larry saltó al asiento del piloto. Rápidamente ayudaron a los demás a subirse. Mina llevaba la cámara de vídeo. Clift montó el último de un salto cuando el aparato ya se elevaba.

Larry aceleró todavía en el suelo, y el helicóptero pasó casi rozando los techos de las caravanas al elevarse en el aire de la noche ganando velocidad.

—Tranquilo —dijo Kylie—, ¡esto no es una maqueta, Larry!

—Más deprisa —dijo Mina—, o lo perderemos.

Pero no lo perdieron. Aunque el tren fantasma corría mucho, el helicóptero salió a su encuentro atajando. Todavía no se había situado sobre él cuando Joe ya bajaba por el cable, balanceándose de un lado a otro mientras el aparato se ladeaba.

Ese insólito objeto luminoso con forma de babosa fosforescente —que de cerca parecía extrañamente apagado— estaba justo debajo de ellos. Estabilizándose, Bodenland se deslizó por el cable para pisar el techo del aparato al coincidir la velocidad de ambos... y su pie atravesó la nada.

Se revolvió en la oscuridad, soltando imprecaciones. No había materia bajo sus botas. Fuera lo que fuera, era tan intocable como silencioso.

Bodenland quedó colgando del helicóptero, zarandeado por los rotores. El enigmático objeto abrió un túnel en la noche y desapareció.

Los primeros planos del tren fantasma eran tan chocantes como lo había sido el encuentro con él. Se veían figuras —aparecían y desaparecían de la vista— sentadas como maniqués en lo que podrían ser vagones. Las grises figuras estaban inmóviles, y las sustituían momentáneamente fugaces visiones de árboles, quizá bosques enteros, en remolinos de imágenes; pero el verde parpadeaba y se desvanecía nada más aparecer.

Mina apagó el vídeo.

—¿Alguna pregunta? —preguntó con frivolidad.

Hubo un silencio.

—Quizá los árboles eran reflejos de algo... en las ventanas, quiero decir —dijo Larry—. Bueno, no. Pero árboles...

—Era como un tren de la muerte —dijo Kylie—. ¿Eran gente o cadáveres? ¿Creéis que puede ser...? No, no sé qué es lo que hemos visto.

—Sea lo que sea, yo me vuelvo a Dallas mañana —dijo Joe—. Con tanto tren fantasma y tanto hueso antediluviano, tendrás que dar muchas explicaciones, Bernie, amigo mío.

A la mañana siguiente sus caminos se dividieron en el aeropuerto de St. George. Bodenland y Mina volvían a Dallas, Larry y su flamante esposa volaban al hotel de Hawai. Al despedirse en el vestíbulo de recepción, Kylie cogió la mano a Bodenland.

—Joe, he estado pensando en lo sucedido en Old John. Has oído hablar de experiencias de muerte, ¿no? Creo que tuvimos una de esas experiencias. Hay alguna relación entre lo que llamamos el tren fantasma y esa tumba de sesenta y cinco millones de años de Bernard Clift. Si no, es demasiada coincidencia, ¿no te parece?

—Mm, suena bien.

—Pues eso. La impresión del descubrimiento, la vieja tumba, la sensación de muerte que impera en el campamento —los buitres sobrevolándolo por si fuera poco—, todo eso nos catapultó a una experiencia de muerte colectiva. Adoptó la forma convencional de ese tipo de experiencias. El efecto de túnel, la sensación de viaje. Los cadáveres en el tren, o lo que sean. ¿No ves que todo encaja?

—No, yo no veo que nada encaje, Kylie, pero eres una preciosidad muy interesante; espero que Larry te cuide como mereces.

—Como haces tú conmigo, ¿eh, papá? —dijo Larry—. Cuidaré de Kylie... es cosa mía. Tú cuida de tu reputación, ¿vale? Y ten cuidado, no vaya a ser que esa vieja tumba de Bernie sea un cuento.

Bodenland apretó la bala de plata en su bolsillo y dirigió a su hijo una mirada larga y fría, sin decir nada. Se separaron sin darse la mano.

No había habido noticias de Washington en ausencia de Bodenland. En cambio, recibió una llamada telefónica del *Washington Post*, que quería publicar un artículo sobre los titubeos y retrasos de los poderes públicos. Llamando al coordinador de publicidad, Bodenland organizó otra demostración.

Un distinguido grupo de comentaristas políticos acudió al laboratorio, apelonándose en torno a la cabina de eliminación inercial. Bodenland habló en un tono distendido:

—El principio que actúa aquí es nuevo, y los departamentos ministeriales tardan en digerir las novedades. Pero nosotros queremos ir por delante; de lo contrario, la competencia de Japón y Europa llegará antes que nosotros y Estados Unidos habrá vuelto a quedarse atrás. Antes siempre íbamos en cabeza en todo lo referido a inventos. Desde pequeño, mis héroes siempre han sido hombres como Alexander Graham Bell y Thomas Alva Edison. Voy a hacer un número al estilo de Edison para demostrarles lo seguro que es nuestro nuevo principio de eliminación de residuos.

Miró a Mina, que le sonrió dándole ánimos.

—Mi mujer tiene miedo de que me pase algo, y eso dice mucho en su favor. Pero

los motivos del retraso de Washington son muy distintos.

Esta vez, Bodenland ocupaba el lugar de la bolsa de plástico negra. Hizo una seña a los técnicos y se metió en la cabina. Waldgrave cerró la puerta tras él.

Bodenland miró los dos relojes —uno junto a él en el interior de la cabina, y el otro en el laboratorio— mientras se iba formando a su alrededor el campo de energía. El segundero del reloj de la cabina comenzó a ir más lento, hasta detenerse. Inmediatamente, la luz azul se hizo más intensa, y vio cómo cesaba todo movimiento en el mundo exterior. La expresión de Mina se quedó fija en su cara, su mano quedó suspendida en el aire cuando se la llevaba a la boca. Luego todo se desvaneció. Todo desapareció en un destello deslumbrante. Lo rodeaba una penumbra sin sustancia.

Sin embargo, podía moverse. Dándose la vuelta vio, poco detrás de él, una bolsa de plástico negro en un limbo intemporal. Intentó tocarla, pero no pudo. Notó que el aire se hacía más denso.

El reloj parado se puso en marcha de nuevo, cada vez más rápido. Entre jirones de la neblina gris comenzaron a distinguirse los contornos congelados del laboratorio y del público. El reloj de la cabina alcanzó al otro y todo volvió a la normalidad. Waldgrave lo sacó de la cabina.

El público aplaudió con un murmullo de alivio.

Bodenland se enjugó la frente con un pañuelo.

—He estado atrapado en el tiempo durante sólo cinco minutos, ocupando el lugar de un contenedor de residuos nucleares. La única diferencia es que Max Waldgrave me ha traído de vuelta, pero nunca recuperaríamos los residuos: seguirían estando en el tiempo en que fueron eliminados, y el pasado iría llevándose los cada vez más allá, como una tumba.

»Esta cabina es aún un prototipo. Si el Departamento de Medio Ambiente da su visto bueno, Bodenland Enterprises construirá enormes hangares de manipulación de residuos para almacenarlos por camiones en el pasado, y se hará con el monopolio mundial de esta nueva actividad comercial.

—¿Podríamos recuperar los residuos si quisiéramos? —preguntó alguien—. Quiero decir, si en épocas futuras mereciera la pena recuperar lo que hoy consideramos residuos.

—Claro, de la misma forma en que yo he vuelto al presente. Pero no olvidemos que por el momento la tecnología exige ingentes cantidades de energía: y es cara, porque la seguridad tiene su precio. Como ustedes saben, en la actualidad Bodenland Enterprises tiene su propio satélite que le suministra energía solar por onda ultracorta. Cuando el Departamento de Medio Ambiente dé su aprobación, si es que lo hace, podremos permitirnos investigar métodos aún mejores de canalizar la energía del espacio.

Los dos hombres del *Post* habían estado conferenciando. El mayor de ellos dijo:

—Le agradecemos mucho su imitación de Edison, señor Bodenland. Pero ¿no es usted demasiado modesto? ¿No acaba usted de inventar la primera máquina del tiempo del mundo? ¿No se equivoca de departamento al solicitar ayuda? ¿No tendría que dirigirse a los peces gordos de Defensa del Pentágono?

Un coro de risas recibió esta última pregunta, pero Bodenland parecía irritado.

—Estoy en contra de las armas atómicas y, además, soy un ecologista convencido y detesto las centrales atómicas. De ahí nuestra investigación en los PBS: satélites de energía solar. Por fin este tipo de energía, al cabo de muchas décadas, empieza a hacer valer sus méritos. Si tomo parte en esto, será para sustituir la energía nuclear en un cuarto de siglo.

»Respondiendo a su pregunta —como ya lo he hecho muchas veces con anterioridad—, le diré que no: rechazo de plano la idea de que el principio inercial tenga nada que ver con los viajes en el tiempo, al menos tal como los entendemos desde los días de H.G. Wells.

»Aquí hablamos de una modalidad de detención temporal. Podemos procesar lo que sea —no sólo residuos tóxicos, claro— y dejarlo para siempre justamente donde está, a la hora exacta de hoy, mientras todo lo demás y nosotros mismos seguimos sujetos al reloj. Esto vale hasta para el Departamento de Medio Ambiente.

Cuando salieron los últimos periodistas —no sin antes coger un puñado de almendras con sal—, Mina miró a Bodenland.

—Estás mal de la cabeza, Joe. Ya has tenido que volver a arriesgarte sin necesidad de hacerlo; podrías haberte matado.

—Venga, mujer, funcionó con los ratones.

—Deberíais haber probado con ratas.

El rio.

—Cariño, mientras estaba en el limbo se me ocurrió una idea. Kylie me dijo algo que no se me va de la cabeza: que el tren fantasma y el descubrimiento de Bernie Clift están relacionados. Suponiendo que la conexión sea temporal... Este tren o lo que quiera que sea ha de tener por fuerza sustancia física, no es un fantasma. Como el resto del universo, se rige por las leyes de la física. Puede que la conexión sea temporal. Si usáramos el principio inercial en un sistema portátil... acoplándolo a un helicóptero...

—¡Ah, no! —exclamó ella, leyéndole el pensamiento—. No, más cosas raras no, por favor. No querrías subirte a esa cosa ni aunque pudieras; está llena de zombis que sabe Dios adónde irán. Joe, no te dejaré.

El le puso las manos sobre los hombros para tranquilizarla.

—Mina, escucha...

—¿Durante cuántos años te he escuchado? ¿Y qué he conseguido? Más estrés y tensión, más tonterías tuyas.

—Tengo que subirme a ese tren. Estoy seguro de que se puede. No es más grave que tu caída libre. Saltar a lo desconocido... en eso estamos todos, cariño.

—Vete a la porra —dijo ella.

III

EN TIEMPOS PASADOS HABÍAN ENCALADO la celda por higiene. Ahora estaba mugrienta: por el suelo de piedra había paja, polvo, hojas de periódicos viejos, una pila de excrementos humanos.

Un ratón la recorrió a toda mecha pegado a uno de los muros. Su pelo gris era rojizo y más largo en el lomo. Se movía con impecable gracia, las canicas de sus ojos fijas en el lunático que tenía delante, y concretamente en su boca abierta.

Tendido en el suelo, el loco llevaba una camisa de fuerza. La camisa era de lona, con férreas correas de cuero que le inmovilizaban los brazos.

De una patada, había mandado a un rincón el sucio colchón manchado de semen, para estirarse en la piedra empotrando la cabeza en la otra esquina.

No se movía. Sus ojos brillaban mirando al ratón fijamente, sin pestañear. Abrió las fauces de par en par, pegó la lengua al paladar. Un hilo de baba resbalaba despacio hasta el suelo.

El loco había sorprendido al ratón hurgando en busca de comida en un agujero del viejo colchón. El ratón se había quedado muy quieto devolviéndole la mirada, tenso y sin saber qué hacer. Luego sus miembros se crisparon y empezó a moverse. Asustado, trastabilló chillando y emprendió la carrera hacia la boca abierta.

No había marcha atrás. Estaba escrito. Sin despegar el costado del muro, corrió al rostro que lo esperaba. De un salto final se metió en la boca abierta. La mandíbula del loco se cerró de golpe.

Sus ojos eran saltones. Yacía inmóvil, un cuerpo inerte. Sólo la mandíbula se movía al masticar. Un chorrito de sangre fluía, despacio, de sus labios al suelo.

Con profusión de chasquidos de huesillos, engulló su bocado. Luego lamió el charquito de sangre de la sucia piedra.

Fuera había un largo pasillo de limpieza ejemplar comparado con la celda donde estaba el loco. Al final del pasillo estaba el despacho del doctor Kindness, que daba a un pequeño quirófano.

Láminas de frenología y anatomía decoraban el despacho. En el revestimiento de madera de la pared, colgaba un calendario por días del año en curso, 1896, con citas de Carlyle, Martin Tupper, Samuel Smiles y otras eminencias.

El mobiliario era recio. Los dos combados sillones parecían pequeños baluartes, el cuero verde manchado de crin, la caoba calzada en remaches de latón.

Flotaba en la habitación el aire cargado de los lugares donde, en pro de la ciencia médica, se cierra la entrada de oxígeno: tras consumir lo poco que quedaba, el fuego de carbón se había extinguido en su oscura rejilla de plomo. Sólo brillaba la negra pipa del doctor, pilar del manicomio, al aspirar el oxígeno de sus pulmones. Las

volutas de humo subían de la cazoleta de la pipa al techo y se quedaban flotando por los soportes del gas, buscando una salida.

Sobre el fuego apagado y contribuyendo a lo inhóspito de la estancia, encima de la gruesa repisa de mármol de la chimenea, había una fila de máscaras de muerte en las que podían distinguirse diversos grados de agonía. Eran máscaras de hombres y mujeres que, a juzgar por la prueba de escayola que involuntariamente habían dejado tras de sí, habrían preferido la vida y todos sus horrores a lo que se cernía inexorablemente sobre ellos.

El doctor se sentía totalmente a sus anchas en este ambiente. Salió del quirófano fumando y, con toda tranquilidad, dejó un bisturí ensangrentado entre los papeles de su mesa antes de volverse hacia su visitante.

El doctor Kindness era un hombre pálido y arrugado, su bata blanca manchada de sangre lo tapaba casi por entero. En el gris predominante de su estampa, la pipa era el único signo claro de vida.

Su visitante era muy distinto. Lo primero que llamaba la atención en él era una poblada barba pelirroja que, al cubrir totalmente las solapas de su grueso traje de *tweed* verde, impedía ver si llevaba corbata. Tenía el aire de quienes pasan mucho tiempo a la intemperie, sólido y con la afabilidad pintada en el ancho semblante. En ese momento, con el humo, el bisturí y la atmósfera opresiva del manicomio, parecía más amilanado que otra cosa.

—Bueno, ya está —dijo el doctor Kindness, quitándose la pipa por un momento—. Venga a echar un vistazo si quiere. No es una visión muy agradable.

—Claro, claro que quiero... —Pero el hombre pelirrojo se levantó con desgana del sillón dejando la chimenea apagada a sus espaldas, y no hubiera entrado en el quirófano de no ser porque el doctor Kindness lo empujaba.

Ahora era evidente el motivo por el que el doctor generaba esa densa humareda. Un nauseabundo hedor inundaba todos los rincones del quirófano. El corazón daba un vuelco al respirarlo.

En una gran mesa de madera muy parecida a una tabla de carnicero yacía el cuerpo de un hombre desnudo lleno de churretes de roña. Tenía costras en los genitales, y enormes sarpullidos y llagas cubrían su estómago y su pecho, que parecían zonas de la superficie lunar.

El doctor le había seccionado la parte superior del cráneo, dejando el cerebro al descubierto. De la cavidad todavía rezumaba sangre, que se deslizaba hasta una pila.

—Acérquese y lo verá mejor —dijo el doctor Kindness—. Aquí apenas hay luz. No mucha gente tiene ocasión de ver un cerebro humano. Receptáculo de toda sabiduría y toda maldad... ¿Qué ve?

El hombre pelirrojo se inclinó sobre el cráneo y miró adentro.

Débilmente, dijo:

—Veo que el pobre hombre está muerto y bien muerto, doctor. Supongo que tendrá un entierro decente, ¿no?

—El sanatorio se encargará de deshacerse del cadáver.

—También he observado que el cerebro parece bastante pequeño, ¿no?

El doctor Kindness asintió.

—Tantéelo si quiere, tome esta espátula. Tiene usted razón. Es un efecto de la sífilis terciaria. En muchos casos, el cerebro se consume, como una naranja al pudrirse. Luego sobreviene la PGD, parálisis general demente.

El doctor se golpeó el pecho con fuerza y le salió una tos ronca. Recobrándose, dijo:

—Los médicos luchamos contra un viejo azote de la humanidad, señor. Satán y sus legiones caen hoy sobre nosotros bajo la forma más actual de minúsculos protozoos. Como usted seguramente sabe, esta enfermedad amenaza los mismísimos cimientos del Imperio británico. De hecho, la legislación sobre enfermedades infecciosas de la década de 1860 se dictó para proteger a los jóvenes de nuestro ejército y de nuestra marina de las prostitutas que propagaban enfermedades venéreas.

Ante la mención de las prostitutas, el hombre pelirrojo sacudió la cabeza dando grandes muestras de desaprobación.

—Terrible, es terrible. Y las prostitutas seguramente se contagian de los hombres.

—Las prostitutas contagian a los hombres —dijo severamente el doctor Kindness. Se hizo un breve silencio, en el que el doctor Kindness se aclaró la garganta.

—¿Y no hay cura una vez que se ha contraído? —dijo el hombre pelirrojo con cara de terror.

—Si se coge a tiempo... Porque si no... —El doctor se quitó la pipa para soltar lo que pretendía ser una carcajada—. Muchos internos de esta institución mueren de PGD. Hombres y mujeres. Si quiere volver mañana, le enseñaré un cadáver excelente de una mujer de sesenta y tantos años. Loca como un cencerro los ocho últimos.

—Gracias, doctor, pero mañana tengo mucho que hacer. Siento haberle ocupado tanto tiempo. —Hundió las manos en los bolsillos en un intento de calmar su temblor.

Al salir apresuradamente del desolado edificio cargado de alas de piedra y muros de piedra y ventanas de piedra, murmuró para sí un verso del Salmo 26: «No cierres mi alma a los pecadores, ni mi vida a los sedientos de sangre...».

Al subir al carruaje que lo esperaba, dijo en voz alta:

—Por Dios santo, necesito una copa. Es un final terrible para un hombre.

Bodenland y Waldgrave hablaban con los jefes mecánicos en el ala de producción cuando llegó el mensaje de Rose Gladwin, la secretaria de Bodenland: Bernard Clift quería verlo urgentemente.

—Voy para allá, Rose.

Vio a Clift por el cristal de la puerta antes de que Clift lo viera a él acercarse. El más joven de los dos hombres aún no se había quitado la ropa polvorienta que llevaba en Old John, Utah. Su sola imagen transmitía agitación: recorría la sala de espera de un lado para otro dándose puñetazos en la palma de la mano y hablando consigo mismo con la mirada baja, como si estuviera ensayando un discurso.

—Te preguntarás qué hago en Dallas —comenzó sin más preámbulos al entrar Bodenland—. Voy camino de Houston, al Congreso PAA 99: Progreso en Arqueología Avanzada. Todavía tenemos que enfrentarnos a un puñado de retrógrados que creen que Darwin era el demonio. Hace varios meses me comprometí a dar una charla allí. En fin, voy a anunciar que he descubierto una criatura humanoide cuya existencia se remonta a unos sesenta y cinco millones de años. Todo el mundo se me echará encima, ya lo sé.

—Pensaba que venías a ver nuestro proyecto inercial —dijo Bodenland, sonriendo.

Clift puso cara de no entender.

—Quería verte porque en las últimas cuarenta y ocho horas he cambiado de opinión en cuanto a guardar el secreto. Nuestra seguridad se quebró. Los estudiantes fueron con el cuento a una emisora de radio local. No quiero que se difunda un mensaje desvirtuado. Vengo a pedirte ayuda, Joe... ayuda económica. Mi universidad no me financiará esto.

—¿Se lo has pedido y te han dicho que no? —Por la cara de Clift, vio que había acertado—. ¿Te dijeron que estabas loco? ¿Y qué te hace pensar que yo no pienso que lo estés? Venga, vamos a tomar un café, Bernie, y déjame que te convenza para que dejes esto.

Clift movió la cabeza irritado, pero se dejó llevar al despacho de la secretaria, donde se hundió en una silla y pidió un café solo.

—Los expertos de los que ya te hablé —dos jóvenes promesas del departamento de investigación de los museos arqueológicos de Chicago y Drumheller— vinieron a ver las pruebas. Por supuesto, son prudentes al respecto. Tienen que redactar informes. Pero creo que me he ganado su apoyo. Estarán en Houston para el PAA 99. No muevas la cabeza, Joe. Mira esto.

Se puso en pie de un salto, y a punto estuvo de tirar la taza. Volcó el maletín esparciendo sobre la mesa fotografías en blanco y negro de la excavación y de la tumba tomadas desde todos los ángulos.

—Esto no es una patraña, Joe —giró bruscamente—. Tu empresa saldría beneficiada si participara en este trascendental descubrimiento. Estoy convencido de que hubo una especie... al menos pseudohumana que fue coetánea de los dinosaurios palmípedos y otros herbívoros gigantes y también, claro, de grandes predadores como el *Tyrannosaurus rex*. Voy a echar por tierra el conocimiento científico igual que

Lyell y Darwin y otros echaron por tierra el poder de la falsa religión en el siglo XIX. ¿No ves que, a fin de cuentas, todo lo que se sabe del cretácico cabe en un camión de huesos viejos? El resto es un enigma. Pura inspiración.

Bodenland frenó su elocuencia.

—Ve más allá de tus sentimientos. Supongamos que en Houston te tomaran en serio. Piensa en el efecto que tendría sobre la Bolsa y...

Clift se levantó de un salto, derramando el café sin darse cuenta.

—¿Yo cambio el mundo y tú te preocupas por el índice Dow Jones? Joe, ¡no me lo esperaba! Abre los ojos.

—Mis accionistas me fusilarían si...

—Estamos hablando de una especie humana de costumbres funerarias similares a las nuestras: flores en la tumba, óxido, incluso una especie de símbolo en la tapa del féretro... pero está debajo de la frontera K/T Quizá proceda de alguna derivación de los primeros dinosaurios. No lo sé, pero te digo que es... es más importante que el descubrimiento de otro planeta, es...

—Un momento, Bernie —dijo Joe, riendo—. Veo que podría ser todo lo que dices y más... si se demostrara que es cierto. ¿Pero cómo puede serlo? Tú lo deseas. Pero supón que sea una patraña, como el hombre de Piltown. Algo que tus mejores estudiantes han amañado para divertirse... Me es totalmente imposible embarcar a la empresa en esto tan pronto. Tenemos responsabilidades. Si quieres unos cuantos cientos de dólares, estaré encantado...

Clift parecía enfadado.

—Joe, ¿es que no me oyes? Te lo acabo de decir, esto no es una patraña. ¿Cuántos de los grandes descubrimientos del mundo no fueron recibidos con escarnio en el primer momento? ¿Recuerdas que no se creía que fueran posibles los aparatos voladores... y siguió sin creerse incluso después de que hubiera despegado el primero de ellos? ¿Recuerdas que el gran Priestley descubrió la función del oxígeno en la combustión... y aun así siguió creyendo en la vieja teoría del Phlogiston?

—Vale, vale —Bodenland levantó las manos en son de paz—. A diferencia del caso de Priestley, aquí la mitología popular nos avala totalmente. Los cómics y las películas siempre han presentado un mundo en el que la humanidad coexistió con los dinosaurios. Lo que en definitiva vienes a decir es que Pablo Picapiedra existió en la realidad.

Viendo que el comentario no le sentaba muy bien, prosiguió sin dilación:

—De verdad, Bernie, me gustaría poder tragármelo. Me encanta echar por tierra la ortodoxia. Pero aquí no hay nada que hacer. Vuelve al puñetero desierto de Escalante; si das con una segunda tumba en ese mismo estrato, te tomaré en serio.

—¿Sí? Vale —hizo una pausa teatral y señaló a la mesa—. Echa un vistazo a las fotos, apenas las has mirado. Eres como las autoridades italianas negándose a mirar

por el telescopio de Galileo. Das por sentado que ya has visto las fotos. Son instantáneas de una segunda tumba, Joe. Dimos con ella cuando te fuiste al avión.

Bodenland dirigió una mirada desconcertada a su amigo, y luego miró las fotos.

La tumba se parecía mucho a la primera, por eso antes apenas les había prestado atención. Los restos estaban en un féretro parecido, con el mismo signo misterioso en la tapa. En este caso, habían podido abrir la tapa sin deteriorarla mucho.

El esqueleto, hundido en óxido rojo, yacía de costado, en la misma postura que el otro. En las fotos tomadas de lejos, se veía que la tumba estaba a menos de cincuenta metros de la primera, todavía justo debajo de la frontera K/T, pero más hundida en la loma, donde el estrato se curvaba hacia adentro.

—Mira —dijo Clift, y en su voz sonó ahora una gélida calma—. La segunda tumba. No hay más que dos diferencias significativas con respecto a nuestro primer descubrimiento. En este caso, el esqueleto es de mujer. Y yace con una estaca de madera clavada en lo que fue su corazón.

»Seguro que tu bella y joven nuera te diría que no sabes nada de la naturaleza humana, Joe —añadió, mientras recorrían el interior del edificio hacia la salida—. No puedo seguir guardando el secreto, estallaré con él. Y está el aspecto científico, que es lo más importante. El descubrimiento provocará ondas expansivas. Chocará con una gran oposición. Todos se me echarán encima, lo sé; pero también sé que puedo defender mi descubrimiento.

»Pero hay algo más en juego. En su día, conseguiste mucha publicidad gracias a aquella historia de Victor Frankenstein y Mary Shelley, y todo eso. Yo también necesito publicidad. Necesito reconocimiento, como cualquiera si es sincero. La publicidad me proporcionará la financiación que requiero.

»Harán falta millones de dólares. Millones. Tendrán que levantar toda el área de las Iron Hills. Se abre ante nosotros una nueva civilización que explorar... esto supera todos nuestros sueños. ¡Figúrate, la civilización empezó aquí, en los Estados Unidos, mucho antes de que los primates salieran de la jungla africana!

—Sí, y cuando salga en los medios de comunicación, el mundo entero invadirá tu campamento. No te dejarán trabajar. Arrasarán los yacimientos. Y yo no podré coger el tren fantasma.

—Ahí es donde puedes ser de ayuda. Si tu empresa me respalda, quiero que me envíes inmediatamente un ejército de personal de seguridad allá abajo, a Old John.

—¿Quieres quedarte a dormir esta noche? Llamaré a Mina, si no está a siete mil metros del suelo.

—No, gracias, Joe, la llamaré yo. Y Joe... un millón de gracias. Sé que tú también te estás metiendo en un lío. Algún día te devolveré el favor.

Se dieron la mano.

Joe dijo:

—Mina te atenderá. Puede que yo no esté localizable por una temporada.

—¿Y eso?

—No importa. En guardia y a por ellos, Bernie. ¡Haz temblar al mundo! Estoy contigo.

Las grandes olas verdes y blancas del Pacífico llegaban rizándose a la bahía de Hilo, en Hawái. El sol hacía brillar la espuma pulverizada, el agua perdía fuerza, reptaba por la arena volcánica y volvía a retroceder para revivir milagrosamente en un nuevo asalto a la playa.

Larry y Kylie salían del mar escurriéndose el agua del pelo.

—Sólo sé que algo va mal, Larry. Por favor, vamos al hotel —dijo ella.

—No hay nada que vaya mal, cariño. Déjate de presentimientos, habrás comido algo que no te ha sentado bien. ¿Qué puede ir mal? Sólo llevamos una hora en la playa.

—Lo siento, Larry —dijo Kylie cogiendo una toalla—, estoy nerviosa. Voy a volver al hotel a ver si hay algún mensaje o lo que sea. Tú no vengas si no te apetece, voy yo sola.

—Mierda, voy contigo; al final vas a lograr que yo también me ponga nervioso.

Al volver a la habitación del Palacio Bradford, donde llevaban tres días, todo parecía normal. Llamaron a recepción, pero no tenían ningún mensaje. No había pasado nada.

—Lo siento, querido —dijo Kylie, abrazándole—. Ha sido una tontería. ¿Quieres que volvamos a la playa?

—No, no quiero volver a la playa. Imagínate que te da otro ataque de esos nada más llegar. No podemos pasarnos todo el día dando botes de acá para allá como dos yoyós. Me voy al balcón a tomar el sol con un paquete de cervezas. Déjalo.

—No seas así, Larry. Me gustaría que no bebieras tanto.

El se dio la vuelta e hizo una mueca, dirigiéndose al frigorífico.

—¿Tienes alguna objeción religiosa o algo así?

Ella se quedó en medio de la habitación, mordisqueándose el índice. No le dijo nada cuando él volvió y puso la tele demasiado alta camino de la mullida tumbona del balcón. Ella miró más allá de él, más allá de las altas palmeras, del bullicio de la calle y de los otros hoteles y de todo el fragor comercial y turístico de la Bahía de Hilo, hacia el verde horizonte del océano, más allá de la orilla donde chapoteaban los nadadores y los surfistas, un horizonte que ofrecía al menos la perspectiva del infinito.

Se dio la vuelta tristemente, se puso una túnica suelta con mangas, y se llevó un ejemplar de *Drácula*, la novela de Bram Stoker, a un sillón apartado de la pantalla de la televisión.

El envoltorio de una chocolatina Hershey señalaba la página por la que se había

quedado.

Casi sin darse cuenta, Kylie oyó por la televisión un anuncio de Hedge, la cerveza local. Si quieres adelgazar, tómate una Hedge. A continuación venían las noticias.

Absorta en la lectura, apenas se había fijado en el televisor encendido hasta que oyó a Larry gritar en el balcón:

—¡Bernie Clift!

La cara de Clift apareció en pantalla.

Contra un fondo de imágenes de archivo en las que se veía el desierto, el locutor decía:

Las declaraciones del famoso paleontólogo Bernard Clift han conmocionado al mundo científico, por lo menos a la representación presente ayer en la conferencia de Houston. Clift afirma haber descubierto una estirpe de seres de apariencia humana que vivieron millones de años antes de la Edad de Piedra, en la noche de los tiempos.

Se vio a Clift al micrófono, apartándose el pelo de la frente e intentando hacerse oír entre el tumulto de voces.

—Las únicas pruebas de que disponemos son un par de tumbas en Utah, y no se pueden hacer demasiadas generalizaciones. La técnica de construcción de los féretros es sorprendentemente moderna, lo que sugiere un elevado nivel cultural. Las pruebas para determinar su antigüedad indican sin lugar a dudas una fecha de unos sesenta y cinco millones y medio de años. Esto sitúa los féretros y los cuerpos que contienen claramente en el mismo periodo en que el tiranosaurio y otros dinosaurios gigantes todavía vagaban por los continentes.

Terminó la toma. Volvió el locutor, diciendo:

—Más tarde, Clift reveló que el examen preliminar de los dos cuerpos fosilizados permite hablar de un considerable crecimiento dorsal, con omóplatos muy desarrollados, lo que lleva a la hipótesis de que los cuerpos descubiertos por Clift podrían descender quizá de una especie voladora, como el pterodáctilo o pteranodonte, tal como muestra esta ilustración.

La voz prosiguió con el dibujo en pantalla:

—Una lógica oleada de escepticismo acogió el anuncio de Utah...

En ese momento, Larry y Kylie, cogidos del brazo ante el aparato de televisión, se agitaron, nerviosos.

—¡Escepticismo! —exclamó Larry—. ¿Y qué más?

—... y estas protestas no vienen sólo del Cinturón de la Biblia. En esta última hora, el catedrático Danny Hudson, del Instituto Smithsonian, ha pedido a Bernard Clift que muestre todas las pruebas o se calle. Al parecer ha dicho que espera que las pruebas sean sometidas, según sus palabras textuales, a un examen científico objetivo.

La cara de Mina apareció en pantalla.

Estaba en mitad del discurso. Se veía que era sólo un fragmento de una entrevista en defensa de Clift. Le dio tiempo a decir:

—Todos se burlaban de Cristóbal Colón, ¿recuerdan? Colón creía que el mundo era redondo, el muy idiota.

Se rio y se fue la imagen. El locutor de televisión reapareció.

—No hemos podido localizar al catedrático Clift para más aclaraciones. Esta era la atractiva Mina Legrand, de 46 años y ojos verdes, socia y amiga íntima del legendario Joe Bodenland, que una vez afirmó haber retrocedido en el tiempo para dar la mano a Frankenstein. Actualmente, Bodenland dirige la multinacional Bodenland Enterprises.

»Nuestras fuentes nos informan de que el propio Bodenland está ilocalizable. Mina Legrand no supo añadir nada más, aparte de que Bodenland está interesado en este nuevo y sorprendente descubrimiento. Entretanto, esperemos que todos los monstruitos de Utah estén bien extinguidos de verdad...

—Dios... —Kylie apagó el aparato antes de que salieran los anuncios, y se volvió a Larry.

—Tenías toda la razón, cariño; algo va mal. Mi padre necesita ayuda. Tenemos que coger el próximo avión.

—No, Larry. Tu padre sabe cuidarse; tú mismo dices que él siempre te deja en paz con tus asuntos. Sólo te expones a un desaire si te metes ahora. No le pasará nada. A Joe no le pasará nada. Volvamos a la playa.

—Por Dios —se llevó los brazos a la cabeza—. ¿Quién quería irse de la playa hace un momento? Mujeres... no las entenderé nunca. Haz las maletas, Kylie. Nos vamos. Utah. Ahí es donde tiene que estar Joe. Old John.

Ella le bloqueó el paso al dormitorio, enfadada y agresiva.

—Yo no me vuelvo a Old John. Ni tú tampoco. A la mierda Old John. Piensa un poco, ¿vale? Te has casado conmigo, no vas a seguir viviendo a la sombra de tu padre. Quiero al viejo, pero te arruinará la vida si te dejas. ¿Es que no lo ves? Todo el mundo lo ve.

—¿Que yo me dejo? Ya lo veremos —la cogió por la muñeca retorciéndosela hasta que ella bajó al suelo—. Chica, soy pura acción una vez que empiezo, y estoy empezando ahora mismo.

Fue corriendo al dormitorio, y Kylie se arrodilló y gritó:

—Mira, tío: si te vas, te vas para siempre, ¿vale? Tus padres ya han estropeado una vez nuestra luna de miel. No estoy dispuesta a aguantarlo por segunda vez. Si tan preocupado estás por tu padre, llama a tu madre. Pero si te vas del hotel, te irás solo, y nuestro matrimonio habrá terminado.

Pasando junto a ella a grandes zancadas con un neceser hecho a toda prisa, la miró con amargura y le dirigió un gesto amenazador.

—«Adiós fue todo lo que escribí» —dijo. Dio un portazo tras él.

Kylie caminó unos minutos por la habitación. Se metió en el dormitorio y fue recogiendo la ropa de su marido de los armarios y de todas partes, y metiéndola en su maleta de viaje. Cuando ya no quedaba ninguna de sus cosas en la habitación, llevó la maleta a la ventana y la tiró a los jardines de abajo.

Se desnudó dejándose sólo el crucifijo y se metió en la ducha. Después se puso la túnica y se sentó un rato a leer *Drácula*. Pero su mente estaba en otra parte.

A la hora de cenar, se puso un vestido de noche para bajar al restaurante al aire libre del Bradford, donde tomó langosta en salsa de nata y media botella de vino blanco australiano.

Habiendo recobrado fuerzas de este modo, fue al salón de baile, donde un joven rubio de Alaska que pasaba las vacaciones allí la sacó a bailar inmediatamente.

Y bailó.

IV

EN LA OSCURIDAD DE LA NOCHE de Utah, Larry estaba medio borracho.

—Este helicóptero es más fácil de pilotar que una de mis maquetas —dijo a Bodenland.

Ni Bodenland ni Clift respondieron nada, si es que lo habían oído.

—Tengo un Boeing de la Segunda Guerra Mundial que acabo de armar —gritó Larry—. Es una belleza de cuatro metros y medio de envergadura. Tendríais que verlo. ¡Vuela más rápido que el de verdad! —rugió riéndose.

Debajo de ellos, la sombra del tren fantasma avanzaba veloz despidiendo su misteriosa luminosidad por el techo y los costados.

Bodenland descendió despacio, seguido muy de cerca por Bernard Clift, que le rozaba el casco con las botas. A la señal de Bodenland, Larry encendió el haz inercial que habían montado. La intensa luz azul, enfocada hacia abajo, iluminó a los dos hombres y el techo del tren. Larry los vio desaparecer desde su puesto en la ladeada avioneta.

—¡Ya no estáis! —Gritó al viento—. ¡Os habéis ido! Los hombres invisibles... Vosotros y Kylie... os habéis ido todos. —El tren se alejaba cada vez más. Maldiciendo, trató de inyectar más potencia en los forzados motores, pero no había manera.

El tren se alejó de un tirón, y ya no intentó darle alcance. Al apagar el haz inercial, el cable estaba vacío. Bodenland y Clift habían desaparecido de verdad. Enrolló el cable.

Larry estaba aturdido. No había tenido ocasión de decir nada sobre su pelea con Kylie, tan absorto estaba su padre en la aventura. Al llegar, vio con una mezcla de alivio y decepción que todos habían dado por sentado que vendría. Old John estaba rodeado de vehículos y de personal uniformado de Bodenland Enterprises. Los estudiantes se habían ido. El yacimiento de las dos tumbas, más que una excavación, parecía ahora un campamento militar.

En esos momentos, cuando regresaba solo al campamento con la idea de tomarse otra copa, fue cuando se le ocurrió que quizá su madre sentía hacia Joe la misma ira de Kylie hacia él.

—Bah, ya la llamaré por la mañana, a la porra —dijo. Sabía del cariño de Joe por Kylie, y temía sus recriminaciones.

En cuanto el haz los iluminó, el mundo exterior desapareció. Agarrándose al techo del tren, se metieron con cuidado por una escotilla y bajaron a un pequeño compartimiento.

Ni Bodenland ni Clift tenían idea de lo que cabía esperar, sólo vagos

presentimientos que giraban en torno al hecho de ir a bordo de lo que habían bautizado como el tren fantasma.

Jamás habrían podido imaginar el espeluznante lugar donde se hallaban; sobrepasaba la imaginación... es decir, la imaginación cotidiana de la vigilia. Pero el lugar era como una escena de pesadilla sacada de algún escrito de Edgar Allan Poe. Algo horrible, pero en cierto modo anticipado.

Era un claustrofóbico cuchitril rodeado de vitrinas. Las vitrinas estaban repletas de instrumentos de hierro celosamente guardados tras sus puertas de cristal. Mirándolos por separado, un profano en la materia apenas habría sabido decir lo que era ni siquiera uno de ellos. Todos en fila, su significado era inequívoco: eran instrumentos de tortura. Instrumentos de tortura del tipo más primitivo y brutal. Tras las lunas de cristal, las aristas de las sierras, prensas, clavos y tornillos reflejaban la tenue luz con melancolía.

Una mesa de madera llena de incisiones ocupaba la mayor parte del compartimiento. Apresado contra el tablero de la mesa por un complicado sistema de barras, había un hombre desnudo. Bodenland y Clift retrocedieron instintivamente ante el espantoso prisionero.

La presión de las barras que le atenazaban la carne había deformado sus miembros. En la boca, una varilla de metal apretaba la mordaza; sus amarillentos dientes caninos se cerraban sobre ella.

El color de los ahogados teñía todo su cuerpo: los miembros no hundidos o inflamados eran pálidos y verdosos; las mejillas y los labios, blanquecinos. De los férreos grilletes salían unas garras de dedos rotos y ensangrentados.

Tenía la cabeza afeitada y cubierta de cicatrices que parecían hechas con una navaja abierta por descuido. Le habían pintado una raya roja alrededor de la cabeza, por encima de las cejas.

Bodenland y Clift tardaron un momento en darse cuenta de que el prisionero aún vivía. Pese a su mirada apagada, se removi6: en su boca hundida, los colmillos chasquearon voraces contra la varilla que los oprimía; sus extremidades temblaron, un pie amoratado se crispó.

Clift sintió náuseas.

—Vámonos de aquí —dijo—. No deberíamos haber venido.

Bodenland no hablaba. Rodearon la mesa seguidos por la mirada acuosa de la víctima, allí tendida, los globos de los ojos pálidos e hinchados.

Accionando el extraño picaporte de la puerta, salieron a un pasillo. Bodenland se tapó los ojos y la cara con su ancha mano.

—Siento haberte metido en esto, Bernie.

El pasillo estaba todavía más oscuro que el compartimiento de tortura. No tenían sensación de movimiento, pero a veces el pasillo hacía un recodo y les costaba

mantener el equilibrio, como si estuvieran doblando una curva a toda velocidad.

No había ventanas al mundo exterior. A la izquierda del pasillo, unas puertas de cristal daban cada cierto trecho a unos compartimentos.

Ocupaban los compartimentos unas figuras inmóviles, sus cuerpos oscuros y apáticos casi empotrados en los asientos curvados. La atmósfera era antigua y subterránea, como la de una tumba egipcia largo tiempo olvidada donde se hubieran confinado espíritus de muertos. Las molduras de las pesadas puertas de madera, la recargada ornamentación, todo remitía a otra era. Sin embargo, la tenebrosa escena estaba salpicada de diminutos pilotos que brillaban en todas las puertas. En ellas, un panel de indicadores alojaba un código de datos.

Avanzando por el pasillo, Bodenland y Clift llegaron con alivio a un compartimento vacío en el que entraron a toda prisa. Cerraron la puerta, pero no había cerradura.

—No hemos venido armados —dijo Bodenland, con pesar.

Cuando sus ojos se hicieron a la oscuridad, distinguieron los asientos, una especie de nichos de felpa con forma de sarcófago. Al sentarse, quedaron frente a un cuadro de mandos electrónico que claramente procedía de otra era, de un material de aspecto adiposo. Bodenland empezó a toquetear las teclas.

—Joe, imagínate que estás llamando a alguien...

—No vamos a quedarnos aquí sentados como simples pasajeros.

Comenzó a pulsar todos los mandos con el dedo corazón.

Una tapa se abrió como un párpado en la pared de enfrente, y se encendió una pantalla. Vieron un torbellino de colores del que surgió bruscamente un rostro masculino, aguileño y carnosos, que parecía haberse conservado en un congelador. Apretando la nariz contra la pantalla de cristal, el rostro abrió la boca y dijo:

—Agentes del grupo 16, prepárense para partir hacia... Agentes del grupo 16.

—¿Adónde ha dicho? —preguntó Clift.

—No había oído nunca ese lugar. ¿Por qué no se ve nada por la ventana? — Bodenland pasó la mano por un panel de placas. La ventana de la izquierda se hizo transparente. Tenía barrotes, pero dejaba ver en tonos de gris una imagen deformada del mundo exterior. Con la imagen volvió la sensación de movimiento, visiones de áridos campos desfilaron ante ellos a gran velocidad.

Al mismo tiempo, unas borrosas figuras fantasmales saltaron desde el tren al terraplén de hierba por el que pasaban.

—Ahí van los agentes del grupo 16 —comentó Bodenland—. O lo que coño sean. El tren pareció ganar velocidad de nuevo.

Pulsando más teclas del cuadro de mandos, se disparó un dispositivo del que salió un pequeño globo terrestre. Una línea luminosa fina como un hilo dibujaba con toda probabilidad su trayectoria, en dirección noroeste. Pero había ciertos cambios en los

continentes. Florida se extendía abarcando el Caribe. La bahía de Hudson no existía. Según los indicadores, el tren atravesaba ahora lo que debían de ser las aguas de la bahía de Hudson; sólo se veían bosques y onduladas sabanas.

Una rápida sucesión de cifras cruzaba la pantalla. Clift la señaló, agitado. Parecía haberse recobrado del susto.

—Lee esas cifras, Joe. Podrían ser fracciones de millones de años. Desde luego, no son velocidades ni latitudes.

—¿Crees que dicen dónde estamos... o cuándo? Desplazándonos no sólo en el espacio, sino también en el tiempo, antes de que se formara la bahía de Hudson...

—Antes de que la bahía de Hudson... cuando el clima era más suave... en los tiempos remotos de algún arcaico interglacial... ¿Es posible?

Bodenland dijo:

—Entonces viajamos en... ¡un tren del tiempo! Bernard, qué suerte tan maravillosa.

Clift lo miró sorprendido.

—¿Suerte? ¿Quién te dice adónde vamos? Y lo más importante, ¿quién controla el tren?

—Tendremos que controlar el tren nosotros, Bernie, tío. Nosotros.

Al levantarse, vieron bajarse del tren un último grupo de zombis. Mecidos por el aire como telas de araña con los brazos extendidos, cayeron indemnes entre las altas hierbas, desvaneciéndose en la noche.

En ese mismo momento, el tren viró de golpe hacia el este, lanzando a Bodenland nuevamente a su asiento. El indicador de trayectoria también giró hacia el este, manteniendo la latitud. Los números electrónicos de la pantalla descendían cada vez más.

—Bueno, ya es algo —dijo Clift—. Nos acercamos al presente en lugar de desaparecer en un pasado remoto. Si nuestra teoría es cierta.

—Vámonos de aquí. Tiene que haber una cabina o algo así en la parte delantera.

Al levantarse, la cara aguileña volvió a la pantalla.

—Agentes enemigos han abordado el tren en el punto 656. Hay que eliminarlos. Se cree que son sólo dos. Hay que eliminarlos. El grupo 3 organizará también batidas de destrucción contra sus familias.

—Mierda —dijo Clift—. Ya lo has oído. Hay que salir de este chisme.

—¿Quieres saltar? A mí tampoco me hace ninguna gracia, pero creo que nuestra mejor baza es secuestrar el tren, si podemos.

—¿Y que nos maten?

—Esperemos que no sea necesario. Vamos.

Abrió la puerta. El pasillo parecía vacío. Tras un momento de duda, se deslizó por la puerta. Clift lo siguió.

Larry se compró un gran sombrero blanco de vaquero en Enterprise, tras tomarse varias copas en un bar. Volvió en su coche alquilado a los yacimientos de Old John.

Era increíble el cambio que aquello había dado en sólo tres días, desde que se difundió la noticia de la extraña tumba. Los vigilantes de seguridad de Bodenland ya no bastaban para contener a todo el mundo. Tal como Bodenland había predicho, una avalancha de gente había invadido el apacible paraje del sudoeste de Utah. Los medios de comunicación habían llegado en masa, no sólo de todos los rincones de los Estados Unidos, sino también de Europa, Japón, la Unión Soviética, el mundo entero. Allí se mezclaban macarras, vendedores ambulantes y curiosos. Grandes restaurantes móviles habían llegado rodando desde St. George y Cedar City. Los bares proliferaban. Era como una fiebre del oro. Se vendían como rosquillas simples trozos de piedra.

Habían instalado unidades móviles de televisión, servicios prefabricados, iglesias sobre ruedas, todo tipo de carpas y puestos de refrescos. La policía estatal protegía las barricadas que ahora rodeaban la zona excavada.

Larry conducía entre el tráfico asomándose a la ventanilla para gritar alegremente a los otros conductores. Por fin aparcó y se abrió paso entre la gente en dirección a la caravana que había alquilado.

Allí lo esperaba Kylie, el sol brillaba en su pelo rubio.

Ella le abrazó.

—Llevo aquí todo el día. ¿Dónde has estado?

—Ahogando mis penas en Enterprise.

—¿Tienes allí una chica?

—No tengo tanta iniciativa. Oye, Kylie, perdóname, cariño. No tenía que haberme ido así, desde entonces me he sentido mal.

A ella le alegró oírle decir esto.

—Los dos nos pasamos —le metió la lengua en la boca.

—Vamos a la cama —dijo él—. Quiero enseñarte lo que siento por ti. Llevo aquí plantado tres días sintiéndome mal.

—La cama más tarde. He llegado con Mina esta mañana. Cogí un vuelo a Dallas, y he venido con ella en su avioneta.

—¿Esa vieja Bandierante? Un día saltará en pedazos por el aire.

—Ven a ver a Mina, está muy preocupada por Joe. Tienes que contarle, y a mí también, dónde está exactamente y qué ha pasado.

El puso cara de circunstancias, pero no tenía ganas de discutir.

Bandierante era la avioneta que usaba Mina Legrand para hacer caída libre. La había dejado en un improvisado campo de aterrizaje al borde del desierto, a ocho kilómetros de allí. Para poder moverse, había pagado más de la cuenta por un viejo y herrumbroso Chevy. Se encontraron con ella en el atasco de lo que ahora era la

avenida principal de Old John. Mina se había bajado del coche para discutir mejor con un poli que intentaba dirigir el flujo de coches, uno de los cuales, como no podía ser menos, se había averiado.

Se dirigió a su hijo con cara de enfado.

—¿De dónde sales? ¿Qué has hecho con tu padre?

Larry le explicó que Joe y Clift habían desaparecido en el haz inercial. Todo indicaba que habían conseguido abordar el tren.

—¿Y dónde están ahora? —soltó ella.

—Oiga, señora —dijo el poli—, ahora es usted quien para el tráfico.

—Usted se calla —le contestó.

—Llevo tres días aquí, mamá. Llevo tres días y tres noches esperando en el desierto junto a nuestros banderines —dijo Larry—. Ni rastro de nada.

—Eres tan idiota como tu padre.

—Vale, mamá, gracias. Pero yo no soy el responsable. Tú eres responsable... tú saliste por la tele dando la noticia.

—Pero tú cuándo has sido responsable. ¿Tú qué dices, Kylie?

Con el tacto de siempre, Kylie intentó calmar a su suegra diciéndole que se diera una ducha, y que después podría ir a hacer caída libre un rato, ya que tenía allí la avioneta. Joe sabía cuidarse.

—Pues yo me estoy volviendo loca de preocupación —dijo Mina—. Si me queréis para algo, estaré en el Motel Moonlite de Enterprise. No puedo volverme a Dallas.

—A Dallas o a donde sea, señora —dijo el poli—. Por favor, muévase, ¿quiere?

Mina se puso al volante de un salto y aceleró de golpe, dando a otro coche al irse.

El poli miró a Larry con enojo, como si fuera por su culpa.

—Gracias por la ayuda, agente —dijo Larry.

V

LA INSTITUCIÓN ESTABA EN EL CAMPO, lejos de la ciudad. Era un edificio de cuatro plantas; todas las ventanas tenían barrotes, y muchas estaban también encaladas. Con sus grandes tejados de pizarra, presentaba un aspecto pétreo y poderoso.

Si el frente del edificio tenía la majestad de Piranesi, su parte trasera era insignificante, atestada de lavanderías, salas de calderas, almacenes de carbón y carbonilla, y un patio de hormigón para hacer ejercicio, como una cárcel. Las ruinas de una vieja abadía contrastaban a cierta distancia tras el manicomio. Sólo quedaban una torre oculta por la hiedra y una capilla casi entera: el ábside y la nave se abrían a los vientos. Construcción antaño grandiosa, había sido derruida por fuego de cañones en tiempos de Cromwell. En la actualidad, la institución usaba ocasionalmente su cripta como depósito de cadáveres, sobre todo cuando una epidemia arrasaba salas y celdas —lo que sucedía con cierta frecuencia.

En esta época del año, a finales de verano, la hiedra de las ruinas, floreciente, atraía un hervidero de abejas, avispa y moscas. Dentro de la institución —donde el color dominante no era el verde, sino el blanco y el gris— había un único visitante, un hombre pelirrojo de aspecto elegante, con sombrero y bastón.

Este visitante seguía al doctor Kindness por un largo pasillo. La atmósfera helada y el eco de las baldosas parecían hechos expresamente para subrayar la naturaleza inexorable del mundo visible. El doctor Kindness fumaba, el visitante seguía dócilmente su rastro de humo.

—Es muy amable de su parte hacernos una segunda visita —dijo el doctor Kindness, en un tono que sugería lo contrario de lo dicho—. ¿Tiene usted un interés médico especial por las enfermedades venéreas?

—Eee... no, por Dios, señor. Sólo que me dedico al teatro, y en estos momentos escribo una novela y necesito información de primera mano. Sobre el infortunado tema de... de las enfermedades venéreas...

—Ha venido al lugar idóneo.

—Eso espero yo también —se estremeció.

El doctor llevaba su bata de siempre, con manchas de sangre. El visitante llevaba una capa sobre su velludo traje de lana verde, y se iba dando nerviosos tirones de barba al andar.

Una escuálida mujer con el camisón desgarrado salió inesperadamente por una puerta a la derecha. Abría los ojos, fijos y grises, casi tanto como la boca, tartamudeando en un débil graznido que pretendía ser un grito de libertad.

En la institución, la libertad estaba tan prohibida como el alcohol o la fornicación. Dos jóvenes y corpulentos ayudantes corrieron tras ella, la cogieron por los brazos y

el consumido cuerpo y se la llevaron a rastras, aún tartamudeando, al pabellón del que había escapado. La puerta se cerró de un portazo.

Por todo comentario, el doctor Kindness señaló vagamente al techo agitando la pipa y volvió a encajársela en la boca apretando bien los dientes, como conteniéndose para no dar un par de mordiscos a alguna otra cosa.

Llegaron al final del pasillo. El doctor Kindness se detuvo marcialmente.

—¿Está usted seguro de que quiere pasar por esto?

—Si no es molestia. «Unos confían en sus carros...». Yo confiaré en mi suerte — le dedicó la sonrisa más alegre que podía—. La suerte de los irlandeses.

—Como usted guste, desde luego.

Se echó a un lado, indicándole con la mano que se acercara a la puerta de la celda ante la que se habían detenido.

Una nebulosa mirilla de cristal del tamaño de un plato de postre adornaba la pesada madera de la puerta. El hombre pelirrojo se acercó y miró por ella con un ojo.

—«Ahora vemos por un espejo y oscuramente» —murmuró.

La desnuda celda era espaciosa, quizá por ocupar una esquina del edificio. Toda la luz procedía del alto ventanuco de un muro exterior. El único mueble que había era un colchón arrugado, tirado en una esquina como un saco viejo.

Había un loco sentado en el colchón. Se peinaba con las uñas, pensativo. Llevaba una camisa de percal, pantalones y tirantes.

—El tipo responde al nombre de Renfield. Lleva una temporada con nosotros. Mató a su hijo, un bebé, y le pillaron intentando comerse la cabeza de la criatura. Puede ser bastante agradable, depende de su estado de ánimo. Cierta nivel educativo, supongo. Venido a menos.

El hombre pelirrojo retiró el ojo de la mirilla para volverse al doctor.

—¿Sifilítico?

—Fase terciaria. Peligroso cuando le molestan.

El hombre pelirrojo bajó la vista a sus lustrosas botas.

—Disculpe la pregunta, doctor, pero me preguntaba si sus pacientes le inspiran pena.

—¿Pena? —Preguntó el doctor con cierta extrañeza, sopesando la palabra en su mente—. ¿Pena? No, ninguna. Ellos se han buscado el castigo. Salta a la vista, ¿no?

—Bueno, usted dice «castigo» —se dio un tirón a la barba—. Pero suponga que el hombre quería de verdad a una mujer e ignoraba que tuviera ninguna enfermedad. Puede que errara una sola vez, cediendo a sus pasiones...

—Ah, ahí está la cuestión —dijo el doctor, quitándose la pipa para sonreír con fiereza—. Ceder a las pasiones es la raíz del problema, ¿no? Deje que yo también le haga una pregunta, señor. ¿No cree usted en el fuego del infierno?

El hombre pelirrojo volvió a bajar la vista a sus botas, y movió la cabeza.

—No lo sé, la verdad. No lo sé. Desde luego, *temo* el fuego del infierno.

—Ah, la mayor parte de los habitantes de este sanatorio mental saben bien la respuesta. Ahora, si se siente preparado para entrar...

El doctor sacó una llave, la metió en la cerradura, descorrió dos grandes cerrojos y con la mano indicó al hombre pelirrojo que entrara.

El loco, Renfield, estaba sentado inmóvil en su colchón, sin hacer nada. El único ruido procedía de una mosca que zumbaba por allí sin rumbo fijo, como un pensamiento atribulado. Dando vueltas en espiral, se posó sobre una mancha del colchón.

El hombre pelirrojo tomó posiciones contra la pared, junto a la puerta. Después de que ésta se cerrara tras él, se fue agachando lentamente hasta quedar sentado sobre los talones. Sonrió y saludó a Renfield con la cabeza, pero sin decir nada. El loco tampoco dijo nada, giró los ojos. La mosca alzó el vuelo y se puso a zumbar contra el recuadro de la ventana, por el que se vislumbraba el claro cielo.

—Afuera hace un día precioso —dijo el hombre pelirrojo—. ¿Le gustaría dar un paseo? Yo podría acompañarle. Hablaríamos.

Tras un largo silencio, Renfield habló en voz ronca:

—Nadie se lo ha pedido, buen hombre, dijo ella. Estoy completamente sola. Hubo un tiempo en que éramos diez. Nadie sabe dónde o cuándo estamos.

—Debe de sentirse muy solo.

El loco se incorporó, aunque seguía sin mirar a su visitante directamente.

—No estoy solo, no crea. Siempre hay alguien mirando. —Levantó un dedo a la altura de su cabeza, señalando al techo. Luego, como avistando un extraño trozo de comida, se echó hacia delante rápidamente y se dio un mordisco en el dedo, haciéndose sangre.

El hombre pelirrojo siguió agachado mirando.

—¿Sabe usted lo que tiene? —preguntó suavemente—. El nombre de la dolencia, quiero decir.

Renfield no contestó. Pero comenzó a zumbar.

—Zzz. Zzz.

La mosca azul volvió a bajar en espiral. El no le quitó el ojo de encima durante todo su recorrido. Nada más posarse en su camisa, la atrapó y se la metió en la boca.

Sólo entonces se volvió y sonrió a su visitante.

—La vida —dijo locuazmente—. Nunca se tiene bastante, ¿no cree usted, buen hombre? Es comer o ser comido, ¿no?

El pasillo se iba haciendo más y más oscuro y cada vez había más humo. Bodenland y Clift intuían que sus posibilidades de supervivencia eran escasas.

Las dimensiones del pasillo se transformaban de una manera alarmante. El camino se retorció como una serpiente. Era como si el infinito apareciera ante ellos:

grandioso, con algo de imponente, pero ante todo desmesurado.

De pronto, en el infinito, el aire se cuajó como leche en una tormenta, se formó un remolino atmosférico. Surgió una espeluznante figura que avanzaba al galope hacia ellos.

—¡Joe! —gritó Clift. El sonido resonó en los oídos de ambos. Una cosa inmensa, correosa y alada se les venía encima. En la cabeza de zorro llevaba un penacho de plumas, como un ser de algún cuadro de Grünewald. Por delante le restaba una distancia infinita, pero avanzaba a una velocidad portentosa pese al entorchocar herido de sus alas, como a cámara lenta. Tenía los ojos muertos, echaba fuego por la boca. Sus escamosas garras eran como las pezuñas de un pájaro gigante, y en ellas llevaba una rotunda y brutal metralleta de metal mate. Alzando el arma a la carrera, abrió fuego contra los dos hombres.

Aquel monstruo parecía un fantasma, pero sus balas eran de lo más real. Llegaron en una ráfaga, gritando. Bodenland se metió de un salto en una garita de guardia del pasillo. Clift cayó al suelo, moviendo las piernas, con un balazo en el hombro.

Apenas consciente de sus actos, Bodenland se puso en pie rápidamente en mitad de la garita. Allí había un volante, algo que podía ser un freno y poco más, salvo una urna de cristal de emergencia cuyo contenido no distinguía en la oscuridad. ¿Un hacha? Rompió el cristal de un puñetazo. Dentro de la vitrina no había más que una triste linterna.

En esos segundos en los que la muerte se le echaba encima, el cerebro de Bodenland aprovechó la última oportunidad para activarse. De sus más recónditos recovecos, de debajo del nivel consciente, le llegó una imagen. Era clara y fría, como si estuviera hecha de vidrieras de una antigua capilla.

La imagen era una gran arteria que recorría el cuerpo del tiempo planetario. Hacia la garganta, allí donde Bodenland se agazapaba arriba, unas terribles criaturas surgidas de las mismas entrañas de la existencia nadaban voraces, ansiosas de una nueva vida, apestando al olvido que las había amortajado.

Esta cosa vengadora con alas de pterodáctilo —así se le aparecía en la imagen— era al mismo tiempo mitológica y real. Extraña, pero perfectamente reconocible. Una de sus zarpas chirrió en el suelo de madera al frenar por el pasillo, para abatirse sobre él. Tan colosal era que parecía que el tren no bastaría para contener el rígido batir de sus alas, ardiendo en oscuras llamas.

Lanzándose sobre su presa, entonó una nota estridente y fúnebre.

Jirones de tinieblas inundaron con ella la garita. Bodenland estaba agachado sobre una rodilla. Con el brazo izquierdo levantado para protegerse la cabeza, blandió ante el predador la linterna que sujetaba en la mano derecha.

El rayo de luz atravesó las tinieblas hasta los ojos rojos. El canto subió abruptamente a un tono más agudo, fuera de control. Se calcinaba en guirnaldas de

humo marrón. Retrocedió. Las correosas alas se agitaron, chocando rígidas contra las estrechas paredes. Arreció el batir de alas. Las enormes y venosas garras se abrieron convulsas, soltando el arma.

Sólo por un instante, en lugar del espanto apareció la visión de una bella mujer rubia que bailaba desnuda, gimiendo y retorciéndose, recostándose en unos llamativos almohadones como abandonada al sexo. Luego se disolvió, se desvaneció, se fue, dando paso al monstruo de nuevo, que se desplomó echando humo en el suelo.

Un ala descomunal se levantó, se agitó y se quebró, sumándose a las cenizas que cubrían como un chal todo el pasillo del tren.

Bodenland apagó la linterna. Siguió donde estaba por un momento.

Al instante siguiente se obligó a levantarse. Con la mano sobre el corazón, como para calmar sus latidos, fue a ver a su amigo.

Clift se había sentado arrastrándose. Su camisa rezumaba sangre.

—¿Sabes lo que era? —jadeó.

—Sé que era muy viejo y asqueroso. ¿Estás bien, Bernard? Fue como si se convirtiera en una... bueno, en una mujer. Una ilusión, pero de lo más real. Terrorífica.

—Era una lamia, un monstruo femenino. Hay literatura sobre ellas.

—A la mierda la literatura. Hay que salir de este pasillo. Prepárate, amigo.

Tuvo que ayudarle a ponerse en pie. Clift se levantó jadeando de dolor. Agarrándose el hombro, forzó una sonrisa.

—Sabe Dios dónde nos hemos metido, Joe. Quizá no debería pronunciar el nombre del Señor en vano...

—Nos hemos metido en algo peor de lo que esperábamos —dijo Bodenland. Sujetando a su amigo, echó a andar por el pasillo, que había recobrado sus dimensiones normales.

Dando traspies, lograron llegar a la cabeza del tren.

Bodenland dejó a Clift apoyado en el pasillo y se abalanzó a las sombras de la cabina, donde un hombre trabajaba vestido con mono.

Manejaba los mandos desde su banqueta giratoria. Era lúgubre, de una edad imposible de adivinar. Bodenland ya saltaba sobre él cuando éste se dio la vuelta y exclamó atónito:

—No, no... ¡Usted es el hombre de la bomba!

Bodenland frenó en seco.

El conductor levantó las manos, diciendo:

—Todavía tengo miedo, no me ataque. —No hizo intento de huir.

—¿Me conoce usted? —preguntó Bodenland. Pero justo al hablar, oyó que alguien se acercaba por el pasillo. Temiendo otra monstruosa visión, arrebató el revólver al conductor, que no había hecho ademán de sacarlo.

Clift se asomó al interior de la cabina.

—Joe, vienen por docenas. Segunda línea de defensa. ¡El revólver, rápido!

Empuñando el revólver que Bodenland le tendía, empezó a disparar hacia el pasillo sin perder un segundo. Las balas enemigas pasaban volando. Se oyeron gritos en el pasillo, luego silencio.

Bodenland se asomó a mirar. Quienesquiera que fueran los asaltantes, habían desaparecido. Dos muertos yacían a unos metros. Clift se incorporó sobre un codo.

Arrodillándose a su lado, Bodenland le preguntó suavemente cómo estaba.

—La tumba... —dijo Clift, y ya no pudo decir nada más. Dejó caer la cabeza, Bodenland lo sujetó. Lo incorporó para que estuviera más cómodo. Del pecho del paleontólogo manaba sangre. Alzó los ojos a la cara de Bodenland, sonrió, y luego su rostro se contrajo en un rictus de dolor. Con las fuerzas que le quedaban, trató desesperadamente de levantarse, pero volvió a caer, sin vida. Bodenland lo contempló, sin habla. Sus lágrimas salpicaban las mejillas del amigo.

Arrastrándolo, metió el cuerpo de Clift en la cabina.

—Os cogeré, cabrones, aunque sea lo último que haga —dijo.

VI

LA AVIONETA DE FABRICACIÓN BRASILEÑA, una antigua Bandierante que sobrevolaba a gran altura el erosionado paisaje de Utah, soltó a su pasajera por la escotilla trasera como una hipotética ave de presa que lanzara su embrión al viento.

Mina se alejaba del avión flotando con los brazos extendidos y las rodillas flexionadas, subida al invisible corcel del aire, controlándolo con su pelvis, guiándolo con los músculos de los muslos. Aquí estaba en su elemento, éste era su poder, remontarse por encima de la tierra cubierta de neblina.

Allí arriba no había fechas de caducidad. Era un territorio neutral. El propio mono que llevaba, verde y ajustado, lo había elegido como una segunda piel que la convirtiera en una visitante ajena al planeta.

Si había alienígenas en otros planetas de la galaxia, que se subieran a su propio cielo. Que no descubrieran la Tierra; que no se presentaran, pensó, ante los pueblos de la Tierra. Ya era bastante difícil hallar sentido a la vida en una era alejada de la religión; cuánto más difícil si se supiera que había millares de planetas más, abarrotados de seres vivos que, a semejanza de los humanos, se enfrentaban a la lucha cotidiana por sobrevivir... ¿para qué?

Como solía pasarle cuando se guiaba con el pubis por la atmósfera, volvió a su mente su propia imagen de cuando era una niña desaliñada, la hija primogénita de una familia pobre de Montana, y un día su madre le pidió que saliera a tender las sábanas recién lavadas. Hacía viento y la niña luchaba con las sábanas, que tiraban de ella. En una extraña y súbita ráfaga, una sábana aún húmeda se curvó sobre su cuerpo liviano y la llevó en volandas cuesta abajo. ¿Fue entonces cuando por primera vez deseó una libertad accidental?

La embriaguez de las alturas borraba todos sus recuerdos, hasta los más recientes. Allí no la tocaba el sentimiento de vacío que invadía su vida, ni los pensamientos de cómo eran las cosas con Joe.

Allí aquellas sábanas al viento la envolvían de nuevo. No sabía del dolor. Pero la tierra de Utah se iba acercando, tostada, intrincada, nítida. Era imposible saltarse por mucho tiempo los imperativos de la gravedad, la condición humana.

Mientras metía el cuerpo de Clift en la cabina, Bodenland se sentía fuera de su propio cuerpo. La parte consciente de su ser flotaba como un pez de colores que observara la actividad de la habitación donde estaba su pecera, mientras su cuerpo se movía para enderezar el de su amigo muerto, fingiendo que la comodidad era una delicadeza para con un cadáver. La muerte y el ataque de la aparición, por no hablar de la espeluznante novedad del vehículo en el que estaba atrapado, habían provocado en él esa indiferencia. Aquel susto de muerte le había hecho salir temporalmente de

su cuerpo.

Se irguió a cámara lenta y se volvió al conductor, que estaba tenso contra la pared, con las manos a los costados. Su hundido rostro, gris y polvoriento, miraba a Bodenland alerta. No hizo ninguna tentativa de ataque ni de huida. Todo en él era pura pasividad salvo los ojos. «Zinc fundido», pensó Bodenland, regresando en el recuerdo a los experimentos de laboratorio.

—¿Me conoce? ¿Me reconoce?

—No, no. —El hombre habló sin mover la cabeza. Al pronunciar estas dos sílabas, dejó caer la mandíbula, que se abrió mostrando los largos colmillos de su mandíbula superior y una lengua blanquecina.

—Usted dijo que yo era el hombre de la bomba. ¿Qué quiso decir con eso?

—No, nada. Por favor...

Bodenland vio cómo su mano derecha se alzaba y agarraba al conductor por el cuello, sacudiéndolo. Los dientes del hombre castañeteaban. Levantó las manos para protegerse. Su piel parecía estar hecha de algún material viejo y sucio, era como una muñeca de trapo cosida con destreza.

—Dígame qué es este tren en el que vamos. ¿Dónde estamos? ¿Quién es usted?

Su mano soltó la cosa aquella, el conductor cayó de rodillas. Bodenland le había hecho más daño del que pretendía.

—Los no-muertos... los no-muertos, señor. No le haré daño...

—Por supuesto que no. —Se inclinó sobre él notando, al jadear éste, el tufo a carroña de su aliento—. ¿De qué está hablando?

—En vida, yo era piloto aéreo —dijo el conductor débilmente—. Usted acabará siendo uno de nosotros. Viaja en el tren de los no-muertos, y nuestro Señor le cogerá.

—Ya veremos. Levántese y detenga el tren. —Subiendo al hombre de un tirón, lo lanzó sobre los mandos. El conductor se quedó quieto con la cabeza gacha, lamentándose—. Pare el tren. Muévase, rata. ¿Dónde estamos? ¿Cuándo estamos?

El conductor se movió. Con repentino brío, se abrió la túnica y desgarró su camisa en dos, poniéndose frente a Bodenland.

Señaló su pecho desnudo. Su decrepitud era tan extrema que los huesos de las costillas le sobresalían, blanqueando como de escarcha su forro de piel azulada.

—Mire —dijo—. Mire bien, imbécil. ¿Acaso ve algún latido en mi corazón?

Con repugnancia, Bodenland miró fijamente aquella caja torácica muerta. Cruzó la cara del hombre de un bofetón que lo hizo tambalearse hacia atrás.

—¿Sigue sintiendo dolor? ¿Miedo? En eso es humano, al menos. Como no pare el tren, le abro el pecho y le arranco ese corazón muerto.

Tocándose la cara, el conductor dijo:

—La próxima parada está programada en lo que ustedes llaman el 2599 d. de C, en el Imperio del Silencio. No puedo alterar la programación.

—Pero en Utah frenó.

—¿Utah? Ah, el punto 656, sí... Es un lugar sagrado para los no-muertos. El tren tenía que dejar a agentes allí.

—Muy bien, entonces lléveme para allá, es donde quiero estar. ¿Cuántos trenes hay?

—Uno, señor, sólo éste.

—No me mienta.

—Sólo hay uno. —Habló sin énfasis, inclinándose un poco sobre el tablero de mandos, tocándose la cara. En la penumbra, su cuerpo parecía una carcasa abandonada—. Este tren hace el recorrido de ida y vuelta en rutas temporales programadas. Todas programadas. Yo apenas soy más que un supervisor. No es como pilotar un avión de pasajeros.

—Tiene que haber otros trenes.

—Sólo hay éste. Desplazarse por cuantos de tiempo consume grandes cantidades de energía. Energía solar. Carísima. Relatividad inversa. En el mundo exterior los vagones no se ven... a menos que frenemos para dejar a agentes.

El conductor sonrió, mostrando mejor los colmillos. No había calor en su sonrisa. Los labios simplemente se despegaron recordando algo que alguna vez quizá fue gracioso.

—La oveja pregunta al lobo qué hace...

La parte indiferente de Bodenland observó desde fuera cómo éste atacaba al conductor cayendo con él al suelo. En la lucha, chocaron con el cuerpo de Clift, que rodó quedando boca abajo.

Bodenland preguntó quién había inventado aquel puñetero tren. La respuesta fue que, por lo que el conductor sabía, el tren era un invento de los Voladores.

—Los Voladores, señor, son los no-muertos —los vampiros—, que dominan el mundo en sus últimos días. Este es su tren, señor, y usted ha osado montarse en él.

—Lo he cogido prestado para que me lleve a casa, en 1999. Usted me enseñará cómo.

El punto de vista indiferente vio cómo aquella criatura iba a morder a Bodenland en la parte superior del brazo. Pero Bodenland lo sujetó con fuerza por el cuello y lo arrastró hasta los controles.

—Empiece a explicármelo —dijo.

—Zzz, zzz, zzz. La luna y Mercurio, la luna y Mercurio, romance y remedio... Zzz.

El loco Renfield se balanceaba hecho un ovillo y zumbando como si estuviera lleno a reventar de moscas azules.

Impasible, el hombre pelirrojo se puso en cuclillas en su rincón junto a la puerta de la celda, observando, moviendo la cabeza al ritmo del zumbido, consciente de que

Renfield, en su balanceo, se le estaba acercando. Arriba, frente al recuadro de la ventana por donde se veía el cielo azul, una araña colgaba de un hilo, fuera del alcance del loco.

—Zzz, usted es uno de los nuestros, buen hombre, dijo ella, uno de los caídos. ¿Puedo preguntarle si cree en Dios?

Le dio un ataque de risa al pronunciar el nombre del Altísimo, como si la sagrada sílaba encerrara todo el júbilo del mundo.

—Sí, sí que creo —dijo el hombre pelirrojo—. Creo.

—Entonces cree en el infierno y en el fuego del infierno.

—En eso desde luego que creo. —Sonrió débilmente, y el loco volvió a reír.

—Yo soy Dios. Soy Dios y el fuego del infierno. ¿Y dónde están los dos? Eh... ¡en la sangre! —Pronunció la palabra con un ansia atroz, golpeándose el cráneo con violencia—. En la sangre, en la cabeza, la cabeza, buen hombre, la chola. La chola está llena de sangre. Cosas que espían ahí en la noche... cosas que gritan y aúllan por un poco de sangre. Ya ve usted, es científico, buen hombre, dijo ella, porque... Porque la sangre es necesaria para ahogar el pensamiento. Muerto no le hace falta pensamiento, ni campanas de plata ni olores a polla o bellas doncellas todas en fila, porque muerto podrá hacer lo que sea. Podrá hacer lo que sea, buen hombre, se lo aseguro. Los muertos viajan rápidamente. Zzz.

El hombre pelirrojo suspiró como si estuviera de acuerdo, al menos en parte, con estos sentimientos descabellados.

—¿Sabría decirme cómo eran esas cosas que le espiaban de noche?

Renfield se le había acercado mucho en su balanceo.

Puso un sucio dedo en la pared, como si señalara algo que los demás no vieran.

—Ahí, ¿lo ve? Vienen de planetas muertos, buen hombre. De la luna y de Mercurio. —Los dientes le rechinaban con tal violencia que parecía querer comerse su propia cara—. Zzz, son una enfermedad, arrollados por una plaga, imitando la vida. Vida, sí, eso es, vida, zzz. Y todos nosotros seremos como ellos, todos nosotros, a no mucho tardar, si Dios lo quiere. En la última palabra, se abalanzó sobre el hombre pelirrojo, gritando:

—¡Deme un beso que me vuelva a la vida, buen hombre, dijo ella! Pero el hombre pelirrojo estaba prevenido y tuvo tiempo de ponerse en pie de un salto, ahuyentando al loco con su bastón de empuñadura de plata.

—Atrás, perro. A tu caseta, bestia, Calibán, o llamo al guardia y hago que te cubran de moretones de una paliza.

El loco retrocedió un solo paso y se quedó allí enfurecido o fingiendo furia, mostrando los dientes, blandiendo las garras. Pero en cuanto el hombre pelirrojo le rozó la espalda con el bastón, desistió y se arrastró a cuatro patas hasta el rincón más alejado, junto al colchón. Allí se sentó mirando hacia arriba, inocente como un niño,

con un dedo bien metido en la oreja.

Se acercaba el mediodía, un rombo de sol reptaba por la pared hacia al suelo, lento como el tiempo e igual de continuo. El hombre pelirrojo seguía junto a la puerta, sin moverse, en una actitud menos amenazadora, aunque con el bastón aún preparado.

Casi tan sigilosamente como el rayo de sol, el loco comenzó a rodar sobre el suelo de piedra. Sus movimientos se hacían más convulsos, y gemía retorciéndose sobre sí mismo.

La compasión tornó grave el rostro por lo general afable del visitante de Renfield.

—¿Puedo ayudarle en algo? —preguntó.

—¿Por qué busca usted mi compañía en esta fortaleza?

—Es una buena pregunta, pero no puedo responderla. Dígame si puedo servirle en algo.

Renfield lo miró fijamente, con la cabeza vuelta del revés en el suelo.

—Tráigame cajas de arañas para comer. Arañas y gorriones. Necesito sangre. Es vida, buen hombre. Periódico de vida. Siete periódicos viejos son una semana en Fleet Street. Los Voladores pueden comerse una semana con sus deditos, este dedito de la derecha.

Mientras hablaba, comenzó a arañar la pared dibujando una figura de afilados dientes.

—No diga sandeces, hombre —dijo el pelirrojo, severamente.

—Pronto llegará un científico que dirá cosas aún más raras sobre el espacio y el tiempo. No podemos abarcar el infinito, pero sin embargo está en nuestra mente.

—¿Junto con la sangre? —rio impaciente, volviéndose a la puerta para que le abrieran.

Llamó golpeando el tabique con los nudillos, y el loco dijo:

—Sí, sí, con la sangre, con un buen río de sangre. Ya lo verá. Está en sus ojos, buen hombre, dijo ella. Un río de sangre que corre más allá de la tumba, más allá de la sangre.

Saltó hacia la distante araña cuando la puerta se cerraba de un portazo, dejándole solo.

El hombre pelirrojo caminó con el doctor de la bata manchada de sangre. El doctor lo acompañó con gravedad hasta la puerta del sanatorio, donde esperaba un coche de caballos. Dándole una guinea, el hombre pelirrojo dijo en tono despreocupado:

—Supongo, pues, que no hay cura para la demencia precoz, ¿no es así?

El doctor se puso serio, inclinó la cabeza, miró distraídamente al aire y sentenció:

—Me temo que una noche en Venus equivale a toda una vida en Mercurio.

—Ustedes, desgraciados, que viven en la oscuridad —dijo Joe Bodenland—, ¿no

odian su propia enfermedad?

No esperaba respuesta, hablaba distraído mientras pasaba los dedos por el teclado del principal tablero de mandos del tren. El conductor seguía a su lado, en silencio, sin ofrecer respuesta. Le había sacado la información como se saca la pasta de un tubo medio vacío.

—Si me lo ha dicho bien, deberíamos estar de vuelta en 1999 de un momento a otro.

Bodenland escudriñó en la penumbra las cifras diseminadas por la pantalla esférica.

El tren frenaba y la luz gris se hacía más luminosa. El conductor gritó de miedo, era su primera muestra de emoción real.

—Sálveme... soy fotofóbico. Todos nosotros somos fotofóbicos. Sería el fin...

—¿Y no sería un alivio? Métase bajo la lona.

Aún señalaba la lona apilada en una balda junto a un equipo contra incendios cuando ya el conductor tiraba de ella para meterse debajo, tendiéndose tembloroso cerca del cuerpo de Clift.

La luz parpadeó, se hizo más intensa. El tren dio un tirón y se detuvo. Los generadores se extinguieron. Cayó el silencio.

La lluvia tamborileaba suavemente contra el tren. Caía despacio, vertical, filtrándose por el dosel de hojas que lo cubría. Poderosos troncos de árbol, fuertes como columnas de piedra, rodeaban el tren por todas partes.

—Cómo... —Bajando una palanca, Bodenland abrió la puerta corrediza y se asomó al exterior.

Se habían materializado en un pantano. En el agua oscura de fuera, las burbujas subían lentamente a la superficie. Todo era verde. El aire bullía de criaturas aladas que parecían lentejuelas. Se quedó mirando atónito, la admiración mezclada con el asombro.

La lluvia no era más que unas gotas, constante, confidencial. El cálido aire húmedo lo reconfortó. Se asomó e inspiró profundamente, volvía a su antiguo ser.

Mientras contemplaba perplejo el inmenso bosque, notó el aire que entraba y salía por las ventanas de su nariz. Su caja torácica no había dejado de moverse, funcionaba a su propio ritmo bombeando el aire a sus pulmones. Este acto reflejo, que continuaría hasta el fin de sus días, formaba parte del placer biológico de estar vivo.

Una serpiente, quizá una anaconda, se desenrolló de una rama y se deslizó entre los helechos. Miró sin moverse. Parecían los pantanos de Luisiana, pero... una libélula de metro y medio de envergadura se le echaba encima, con un blindaje verde irisado en el cuerpo. Se la apartó de la cara de un manotazo. No, esto no era Luisiana.

Saliendo de su asombro, volvió a la cabina. El tren se volcó a un lado.

En la pantalla de cristal líquido las coordenadas ya no giraban. Bodenland las

miró sin dar crédito, comparando otras lecturas. Se habían materializado en unos 270 millones de años antes de su presente, en la era carbonífera.

El suelo de la cabina se balanceó inclinándose varios grados más a un lado. Le llegó a los pies el agua negra que entraba a lengüetazos por debajo de la puerta. Asomándose, vio que el tren se hundía rápidamente en el pantano por su peso.

—Oiga —dijo, sacudiendo al conductor tendido bajo la lona—, si no me dice cómo salir de aquí ahora mismo, le hundo en la ciénaga.

—Es el seguro manual secreto. Se me olvidó hablarle de ello... le ayudaré si puedo, ha tenido tanta piedad conmigo...

—Muy bien, pero ahora recuérdelo. ¿Qué hacemos?

El agua oscura lamió el suelo de nuevo, y el conductor dijo:

—El seguro manual sirve para impedir que personas no autorizadas toquen los controles temporales. Los únicos controles que respondieron a sus instrucciones fueron los espaciales, el resto funcionó al revés.

Mientras hablaba, el tren volvió a inclinarse; el cuerpo de Clift resbaló hacia la puerta.

—¿Qué hacemos, aparte de ahogarnos?

—El tren está programado para su próxima parada y eso no se puede cambiar. Lo mejor es completar ese viaje hasta que el programa finalice; entonces el seguro manual se desactivará. Enciéndalo, se cancelarán las coordenadas que tecleó antes.

El agua ahora les salpicaba. Entró una mosca brillante que se puso a girar alrededor de la cabeza de Bodenland.

—¿Adónde nos lleva este viaje preprogramado?

Levantando una oleada de agua, una forma cubierta de verrugas surgió del pantano y apoyó un pie torpemente en el umbral de la puerta para mantener el equilibrio. La plana cabeza anfibia se volvió a ellos. Dos ojos de sapo miraban fijamente, como sin ver. La amplia boca se abrió por su hendidura. En la garganta amarilla palpitaba un bocio. La cabeza se echó hacia delante y, sin pensarlo, Bodenland dio un salto atrás, agarrándose a la pared.

La boca sin labios del batracio apresó el cuerpo de Clift. Moviéndose pausadamente, el anfibio se retiró con su alimento a las profundidades de la ciénaga. La negra superficie se abrió para cubrirlo y desapareció de la vista.

Bodenland cerró de un portazo la puerta corrediza y, tambaleándose, se dirigió al tablero de mandos. Pulsó la tecla de arranque y oyó rugir los generadores, que se apagaron cuando el motor parecía a punto de arrancar.

El mundo exterior con sus majestuosas columnatas de árboles se hizo borroso y desapareció en un resplandor, se desvaneció en la penumbra al descender el espectro de color, hasta que la luz llegó a cero cuantos de tiempo. Sentándose, el demacrado conductor se asomó por debajo de la lona en medio del charco de agua sucia.

Agotado por la emoción de las últimas horas, horrorizado por la pérdida de su amigo, Bodenland miraba cómo los números hacían juegos malabares en las grasientas celdillas de la pantalla. Se despertó de repente, dándose cuenta de que casi se duerme del todo.

No sin esfuerzo, bajó un trozo de cable fino y ató con él al conductor antes de cerrar la puerta que daba al pasillo.

Siguió sobre su prisionero, que comenzó a suplicar piedad.

—No tiene usted grandes reservas de valor.

—No necesito valor. Usted lo necesita, sé que diez mil adversarios le persiguen.

Bodenland miró hacia abajo venciendo el impulso de pegarle patadas a aquel ser.

—¿Hacia dónde estamos programados ahora? —pregunto, pensando que casi cualquier sitio era preferible al periodo carbonífero.

—Tenemos que ir a Transilvania —dijo el conductor—. Pero el programa sólo llega hasta Londres en el año 1896, donde dejamos a una poderosa agente femenina.

—¿Ah, sí? ¿Y en qué está metida?

—Tiene algo que hacer en la casa de un hombre que vive cerca de Londres, un hombre que responde al nombre de Bram Stoker.

VII

SE ACERCÓ A MIRAR EL PEQUEÑO PANEL de cristal del aire acondicionado; el aparato funcionaba perfectamente, pero después de volar por el aire, la habitación del motel le parecía seca, sin vida, sin oxígeno.

La habitación de Mina Legrand estaba en la segunda planta. La costumbre de los años pasados en Europa le hizo abrir la ventana, por la que entró la fresca brisa del desierto vecino. Vio el perfil irregular de Enterprise, la entrada y el letrero del Moonlite Motel, y más lejos, paralela a la autopista, una hilera de casas de una planta con un par de tiendas, un recinto de coches de segunda mano y un bar de comida mexicana que marcaba las lindes de la ciudad. Circulaban camionetas con pasajeros dispuestos a exprimir todo lo que la noche diera de sí. Oscurecía.

Alejándose de la ventana, se quitó el mono verde y la ropa interior y entró en la ducha.

Pese a la agradable sensación del agua caliente deslizándose por su cuerpo, la invadió la tristeza. Odiaba estar sola, últimamente odiaba más la soledad. Últimamente puede que Joe se hubiera ausentado más tiempo, y ahora también vería menos a Larry. Además, siempre estaban las muertes en lo más profundo de su ser; nunca desaparecerían. Hacer caída libre era otra cosa; paradójicamente, la sacaba de su soledad.

Estaba en una edad en la que no es difícil que la insatisfacción rezume por las fisuras de la existencia. Un amigo le había recomendado que fuera a un psicoanalista. Pero no era eso lo que quería; quería más de Joe, a quien ella pensaba que había dado tanto.

Se sorprendió cantando en la ducha:

«Bueno, qué es lo que hice mal para que te fueras tanto tiempo».

La canción había surgido espontáneamente, sin que la eligiera: a la porra con ella, dejó de cantar. Joe la había decepcionado; ahora lo que le apetecía era una aventura apasionada, muy apasionada. Los hombres tenían mil maneras de ser una auténtica pesadez; por lo que ella sabía, todos se quejaban. Todos salvo Joe, y eso sólo por su falta de comunicación...

Incapaz de llegar a ninguna conclusión, salió de la ducha y se metió bajo la lámpara de infrarrojos.

Después, poniéndose el albornoz, fue al minibar a prepararse un margarita, se sentó y empezó una carta a Joe en un papel con membrete del Moonlite Motel: «Joe, cabrón...». Se quedó allí sentada, recordando todos los años pasados.

Al terminar la copa, se sirvió otra y descolgó el teléfono.

Llamó a casa y cortó en cuanto oyó su propia voz en el contestador. Marcó el

número de Bodenland Enterprises, habló con Waldgrave: nadie sabía nada de Joe. Llamó a Larry, pero no había nadie. Aburrida, llamó a París, a casa de su hermana Carrie, en Francia.

—Por Dios, Mina, estamos acostados, ¿qué quieres? —oyó la aguda voz de Carrie, una voz que venía de la infancia.

Se lo explicó.

—Joe siempre estuvo loco —dijo Carrie—. Ya te dije que te libraras de él, Minnie. Hazme caso, vale lo que pesa en materia de pensión. Esto no es más que otro episodio suicida que podrías ahorrarte.

Oír de labios de su hermana lo mismo que ella acababa de pensar enfureció a Mina.

—Seguramente conozco a Joe mil veces mejor que tú, Carrie, y suicida no es. Valeroso sí, pero suicida no. Lo que pasa es que se cree protegido por una especie de magia, no piensa que nada en la vida le vaya a hacer daño.

—Mira a ver divorciándote, a ver cómo reacciona.

—Sus padres no deseaban tenerlo, lo rechazaron; ahora me necesita, y no voy a dejarle colgado. Se ha volcado mucho en su trabajo, con la ambición del poder, la aventura, la fama: vale, es un antídoto contra el dolor que sufrió de pequeño, yo lo comprendo.

La voz dijo en la distancia:

—Suena a que has estado hablando con su psiquiatra.

Mina subió los ojos, distraída por un momento con algo que revoloteaba en la ventana; era tarde para tratarse de un pájaro. Se hacía de noche rápidamente.

—Su nuevo psiquiatra es muy bueno. Joe es depresivo, como tantos hombres célebres de la historia: Goethe, Lutero, Tolstoi, Winston Churchill..., y no sé cuántos más. Su enorme vitalidad lo lleva a entregarse a una actividad constante para huir de su melancolía innata. No me queda más remedio que asumirlo, tiene un carácter depresivo.

—Suena a que deberías dejar a Joe y casarte con el psiquiatra. Un auténtico pico de oro.

Mina pensó en la mente hueca del marido de Carrie, Adolphe, siempre persiguiendo a las mujeres. Decidió no hacer ningún comentario al respecto.

—Joe tiene algo que yo también tengo, y eso me gusta. Es una especie de fantasía en la que se mezclan la omnipotencia y la impotencia; y es muy difícil de desarticular, incluso para un buen psiquiatra. Yo tengo eso mismo, válgame Dios.

—Pero venga ya, Mina, Adolphe dice que todas las americanas son iguales; piensan...

—¡Oh!, vaya, Carrie, perdona, se ha colado un murciélago en la habitación; no soporto los murciélagos.

Colgó el teléfono y se levantó. Sólo entonces percibió la oscuridad del cuarto. Afuera brillaba el neón rojo del letrero del Moonlite. El murciélago había entrado aleteando por la ventana.

Algo antinatural en la forma de volar del bicho la paralizó de miedo. Se quedó quieta en la oscuridad, sin poder moverse, mientras se iba formando en el aire la desvaída silueta de un hombre. El murciélago ya no estaba; en su lugar había un hombre de aspecto seductor y vestido de etiqueta, el pelo negro peinado hacia atrás, la frente despejada.

Al miedo siguió la perplejidad: «¿Ya he vivido este momento? ¿Lo habré visto en una película? ¿Un sueño...?».

Respiró hondo, sintiendo una inexplicable oleada de atracción hacia el desconocido, pese a que él no decía ni una palabra.

Inconscientemente, dejó el albornoz abrirse sobre su cuerpo desnudo. El hombre no le quitaba los ojos de encima; pero no miraba su cuerpo ni sus senos ni la oscura mata de pelo de su sexo, sino su garganta.

¿Habría una emoción verdaderamente nueva, algo desconocido e increíble, como lo que busca Joe? Si es así..., si es así, llévame.

Era una voluptuosidad distinta a la del vértigo de lanzarse al aire desde las entrañas del avión.

—Hola —dijo.

Él sonrió, mostrando una buena dentadura, blanca y fuerte, de ostensibles colmillos.

—¿Quiere una copa? —preguntó ella—. Yo me estaba emborrachando aquí solita.

—No, gracias —dijo él, avanzando un paso—. Alcohol no. Tienes algo mucho mejor que el alcohol.

—Siempre lo supe —dijo Mina.

Ausencia de movimiento. Calma. Silencio.

—Más puñeteros árboles —exclamó Bodenland.

Por lo menos esta vez no era un pantano.

Pasando por encima del conductor, que seguía encogido bajo su lona, abrió la puerta. Tras un momento, salió y pisó tierra firme. Un pájaro trino en algún sitio y luego se calló.

Estos árboles no eran de la era carbonífera: eran abedules y avellanos, pequeños y más viejos, bonitos, bien espaciados y con algún roble o alguna higuera entremezclados. La luz se filtraba hasta Bodenland casi en horizontal, pese a la verde espesura que lo envolvía. Parecía finales de verano. Cerca de Londres, Inglaterra, 1896, según el conductor y las coordenadas. ¿Qué pasaba en Inglaterra en 1896? Y pensó: «¡Ah sí, la reina Victoria!...».

Vaya, la reina tenía un bosque precioso; era como si representara toda la

normalidad que no encarnaba el tren del tiempo, con su espantosa carga. Saboreó el aire limpio y su fragancia a vida. Escuchó el zumbido de una abeja y le gustó.

Parado y visto desde fuera, el tren parecía pequeño, casi insignificante, no mayor que un furgón de carga. Su exterior estaba tachonado de refuerzos de metal que formaban dibujos; no se veía ninguna de las ventanas que él conocía. No sabía cómo, pero el tren se expandía en la relatividad de los cuantos de tiempo y se contraía al parar. Admirado, lo miró con curiosidad, diciendo para sí: «Llevaré esta caja mágica a mi propio tiempo y lo averiguaré todo. Su poder supera cualquier sueño de codicia».

Ensimismado, le pareció ver una figura femenina que salía del tren envuelta en un velo y desaparecía flotando como una hoja. El bosque se oscureció de golpe y se volvió hostil.

Bodenland se estremeció, extraños temores le pasaron por la mente. El aislamiento al que su propia imprudencia lo había llevado se le hacía cada vez más grande. Aunque siempre se había considerado protegido por la cordura —¿no era el mundo de la ciencia su bastión más elevado?— la pesadilla que había vivido en el tren le hacía dudar si aquel ser atado al banco de tortura no habría sido otra cosa que el sadismo de su imaginación trastornada.

Se forzó a volver al tren y a registrarlo. El tren se había encogido como un acordeón; como ojos cerrados, los compartimentos no se dejaban abrir. Escuchó por si se percibían gritos, pero no oyó nada. Esa misma calma era una sustancia que bajaba el ánimo.

—Mierda —dijo, mirando hacia el bosque. Habían recorrido millones de años para llegar a este lugar, aguzó el oído para escuchar el sonido de los siglos—. Será mejor que averigüe dónde demonios estamos —dijo en voz alta—. Y tengo que comer algo, no he probado bocado en todo el cretácico...

Se puso en marcha.

Levantando al conductor por el brazo, le dijo:

—Tú también te vienes, compañero; puede que te necesite.

Con voz ahogada dijo:

—Caerá sobre ti la maldición eterna.

—¿Maldición? ¿Quieres decir algo así como que estoy condenado al castigo eterno? No creo en todas esas tonterías. En realidad ni siquiera creo en ti, así que mueve el culo.

Ayudó a aquel ser a bajar del tren.

Subió por un sendero serpenteante flanqueado por helechos. Más allá, crecían azaleas a ambos lados; las oscuras hojas adelantaban la llegada de la noche. Alerta, escudriñó ante sí embargado por el asombro y la emoción.

Cada vez había menos árboles. Una polilla de alas empolvadas se internó

revoloteando en el tronco de un abedul. Distinguió algo más lejos una casa de ladrillo. Mientras miraba, una tenue luz se encendió en una de sus ventanas, como si abriera un ojo.

Remolcando a su cautivo, salió desde la arboleda a un césped salpicado de margaritas ya medio cerradas. Iba en pendiente hasta la casa, en lo alto de la cuesta. Tras los tejados y chimeneas asomaba una fila de pinos. Cómodamente asentada en su altura, la casa dominaba el gran estanque decorativo, el cenador y los bonitos arriates de flores por los que Bodenland pasaba.

Asombrado al verlo venir, un joven jardinero en mangas de camisa y chaleco dejó caer su azada y echó a correr dando la vuelta hacia la parte trasera de la casa. Bodenland se detuvo para dar un tirón a su reacio cautivo.

Estatuas clásicas decoraban el jardín, que ocupaba todo el largo de la casa. El sol se ponía proyectando largos dedos de sombra sobre Bodenland. Éste se detuvo, dentro se encendió otra luz.

Indeciso por una vez, echó a andar hacia la puerta de atrás y asíó la aldaba.

El hombre pelirrojo volvió a mirar y a escuchar, los prismáticos en su mano derecha; con la izquierda se acariciaba la corta barba roja cariñosamente, como si se tratara de un gato.

Estaba entre bastidores en el teatro Lyceum junto a la deliciosa Ellen Terry, ataviada para la función y con la mirada fija en el escenario iluminado.

En escena, ante un lleno de público, Henry Irving interpretaba a Mefistófeles en una representación de *Fausto*. Vestido de negro, con negra barba de chivo y la cara empolvada de blanco, la capa del célebre actor se abría como las alas de un murciélago gigantesco. Paseaba majestuoso de un lado para otro declamando su parte, amenazando a un Fausto amedrentado:

Tan grande es su fe cristiana, que no puedo arrebatarse el alma..., pero atormentaré su cuerpo con sufrimientos, y esparciré sobre él todos los males...

Tronó el aplauso del público, que también se sabía en cierto peligro de condenación.

Al acabar la obra, Irving salió a saludar al público ante el telón.

Andando hacia el camerino, pasó entre bastidores junto al hombre pelirrojo y le dirigió una triunfal sonrisa de satisfacción.

Tanto Irving como el hombre pelirrojo iban elegantemente vestidos de etiqueta cuando al fin salieron del teatro. El pelirrojo se ajustó la chistera con coquetería, dejando asomar unos rizos por el borde del sombrero en su perfil izquierdo.

El portero de la entrada de artistas les saludó servilmente desde su garita.

—Buenas noches, señor Irving. Buenas noches, señor Stoker.

Sin detenerse, el hombre pelirrojo le puso una propina en la mano. El carruaje de Irving aguardaba en la oscuridad de la calle, bajo la aureola de la farola de gas.

—¿Al club? —preguntó Irving.

—Te veo luego —dijo en un impulso el hombre pelirrojo—. Y se metió rápidamente por un callejón lateral que daba a la vía pública principal.

Irving subió a su carruaje.

—Al Garrick Club —ordenó a su conductor.

En las calles aún reinaba el bullicio pese a la intempestiva hora. Elegantes y harapientos taponaban por igual las aceras al paso de calesas y otros carruajes. En los portales y en las entradas a los lúgubres callejones, se apoyaban los desfavorecidos de un mundo despiadado, personas que habían fracasado o habían nacido en el fracaso, hombres, mujeres, niños. Estos seres sombríos, de rostros macilentos siempre en sombras, mendigaban y vendían baratijas: cerillas, cigarrillos sueltos, flores robadas del cementerio... o se recostaban en sus nichos, esperando un giro de la fortuna o acaso un pez gordo al que robar la cartera.

El hombre pelirrojo miraba con atento interés a todas aquellas criaturas de las sombras que pasaban a la deriva. Una delgada jovencita con una gastada gorra de punto bajó unos escalones y le dijo algo. Él le volvió la cabeza a la luz para verle la cara: no tenía más de catorce años.

—¿De dónde eres, chiquilla?

—De Chiswick, señor. Toque aquí, señor, por un penique, Dios le bendiga, sólo aquí.

El rio, despreciando el placer que le brindaba. Pero, echando una rápida ojeada atrás, retrocedió con ella a la penumbra de la escalera. Sin mirar a los dos niños enmudecidos en los últimos escalones, la niña se subió el vestido y dejó que él la agarrara por la espalda con una mano y la tocara rápidamente con la otra, palpando todo su cuerpo.

—¿Le gusta, señor? ¿Un polvo rápido por seis peniques?

—Bah, vuelve a Chiswick, chiquilla.

—Mis hermanos pequeños, señor, están medio muertos de hambre.

—Y tú tienes sífilis. —Se limpió los dedos en el vestido de la chica, y le puso en la mano una moneda de seis peniques. Luego se fue con la cabeza baja para que nadie lo reconociera.

Los chicos de los periódicos gritaban:

—*Standard*. Tres días de masacre. Léalo todo.

El hombre pelirrojo siguió andando a grandes zancadas. Se zafó de un travestido que lo abordó a la entrada de un teatro de mala muerte.

Sólo al girar por Glasshouse Street volvió a pararse en la puerta del cabaret Alhambra, del que brotaba el estruendo de una juerga. Varias prostitutas mejor vestidas charlaban entre sí. Separándose al ver venir a un ricachón, adoptaron una simpatía profesional.

Una de ellas, reconociéndole, se acercó y le cogió del brazo con familiaridad. Llevaba la cara muy maquillada, como para actuar.

—Eh, ¿no se irá ya, tan rápido? Llevaba siglos sin verle. —Pestañeó. Su aliento olía a medicina.

Era una mujer carnosa de cerca de treinta años: no la birria de chica a la que acababa de tocar. Era cándida y basta, de grandes pechos, alta para ser una buscona. Aunque barata, su ropa era vistosa y de los canosos lóbulos de sus orejas colgaban pendientes centelleantes. Le miró de frente, sonriendo descarada; su experiencia de puta le decía que ella le parecía vulgar y que eso a él le gustaba.

—¿A qué te has dedicado, Violet? ¿Comportándote?

—*Pos claro*. Ya me conoce. Ahora estoy mejor *instalá*, tengo un cuarto a la vuelta de la esquina. ¿Qué tal un *bocao*, qué dice? Podíamos pedir un plato de cordero o algo así.

—¿Tienes el periodo? —Su voz era baja y apremiante.

Ella le miró y guiñó el ojo:

—No he *olvidao* que le gusta ver sangre. Venga, está de suerte. Es una libra, le aviso.

Él se apretó contra ella.

—Eres una furcia mercenaria, Violet, para que te enteres —dijo bromeando, dejando que en sus palabras se colara su entonación irlandesa—. Y yo que pensaba que me querías.

Metiéndole en la siguiente calle trasera, ella dijo pícaramente:

—Me encantará lo que tiene, *señó*. —Le metió la mano por la parte frontal del pantalón.

Él sabía que ella lo haría mejor con la promesa de un plato de cordero. Las furcias de Londres siempre tenían hambre. Con o sin hambre, ahora le tocaba a él: primero la vaca y después el cordero.

—Deprisa —dijo irritado—. ¿Dónde está ese puñetero cuarto tuyo?

La aldaba era un armatoste de hierro en forma de cabeza de zorro. Cayó como un trueno sobre la puerta trasera.

—1896 —dijo Bodenland en alto, para animarse—. La reina Victoria en el trono..., es un sueño. Bueno, ahora... con un poco de suerte, habrá comida y descanso, y luego regresaré a la pobre Mina. Ni siquiera puedo telefonarla desde aquí. —El pensamiento le hizo reír.

De cerca, la casa se cernía amenazadora ante él, poco proclive al acercamiento de un extraño.

En la maciza puerta había una mirilla redonda de lente abombada. Notó que alguien lo miraba por ella. Pese a que era cada vez más de noche, vio que se trataba de una mujer. Oyó el ruido de cerrojos descorriéndose. Apareció una mano que

llevaba una palmatoria con la vela encendida y, por encima de ella, la cara rellena y huraña de una mujer.

—¿Quién es usted, por favor? —le sorprendió ver que al hablar sostenía frente a ella un pequeño crucifijo. Con una cauta explicación, Bodenland preguntó por el señor Stoker y si podrían darle alojamiento allí para pasar la noche.

—¿De dónde es usted? ¿Quién es ese que trae ahí?

—Señora, yo soy de los Estados Unidos de América. Éste es un criminal a mi cargo que espero devolver a mi país. Podríamos encerrarle en uno de sus cobertizos durante la noche.

—Ustedes los actores... ¡son todos iguales! No aprenderán a dejar en paz al pobre señor Stoker. Aun así, sé que él no le echaría. Tiene buen corazón, como todos los irlandeses. Pase.

Pasaron por el vestíbulo del servicio hasta una despensa donde había una gran pila de piedra y una bomba con un manillar de hierro largo y curvo. Una doncella con cofia colocaba torpemente en la ventana una ristra de flores de ajo. La mujer, evidentemente la señora Stoker, le ordenó coger la llave del cobertizo de las herramientas.

Llamaron a un criado. Él y la doncella acompañaron a Bodenland al cobertizo exterior donde guardaban herramientas, al fondo del jardín trasero. El criado había encendido un farol. Ya era muy de noche.

Lloriqueando, el conductor rechazó la comida y la bebida.

—Yo me iré por la mañana —dijo—. Y usted habrá dejado la vida humana.

—Que duerma bien —dijo Bodenland, y cerró la puerta de un portazo.

Una vez cerrada la puerta trasera y corridos los cerrojos, la pequeña doncella de manos inexpertas volvió a coger las flores.

—¿Qué hace? —le preguntó Bodenland por curiosidad.

—Es ajo, señor. Contra las criaturas de la noche.

—¿Es una costumbre inglesa?

—Es una costumbre del señor Stoker, señor. Pregúntele a la cocinera, María.

La señora Stoker volvió. Era una sólida mujer de mediana edad, muy bien vestida, con un traje de tafetán gris que llegaba al suelo. Sobre él tenía un pequeño delantal de volantes blancos, que ahora se quitaba. Llevaba el pelo, castaño con vetas grises, pulcramente recogido en un moño. Ahora sonreía, todo su recelo se había esfumado.

—Tendrá usted que disculparme, señor Borderland.

—Es Bodenland, señora. De origen alemán, alemán e inglés por parte materna.

—Señor Bodenland, perdone que dudara en dejarle entrar. La vida es difícil en los tiempos que corren. Por favor, pase a reunirse con mi marido. Nos complacería mucho que se quedara esta noche.

Dándole las gracias, la siguió por un pasillo hasta la parte delantera de la casa. Ella le dijo en voz baja:

—Mi pobre Bram trabaja tanto para el señor Henry Irving..., es su representante, sabe usted, y muchas más cosas. Además, ahora está escribiendo una novela que yo creo que daña su salud. El tema no es alegre; no estoy nada convencida de que deban fomentarse las novelas lúgubres. Mi querido padre nunca nos dejó a las chicas —tengo cuatro hermanas, señor— leer novelas, excepto las de la señora Craik. El pobre Bram está bastante deprimido, cree que unas extrañas fuerzas rodean la casa.

—Qué mala suerte.

—Pues sí. Menos mal que yo heredé el temple de mi padre, Dios le bendiga. Fue héroe en Crimea, ¿sabe usted?

Le hizo pasar a un gran salón. Su primera impresión fue la de una abigarrada sala de museo, con las paredes llenas de cuadros —casi todos muy teatrales—, macetas de plantas en soportes que apenas resistían el peso, muebles de caoba repujada, tapetes en los respaldos de unas sillas con demasiado relleno, filas y filas de libros y pesados cortinajes en las ventanas. Numerosos trofeos se repartían por las distintas mesitas bajas. Parecía imposible abrirse paso hasta el hombre corpulento que colocaba flores de ajo en la ventana del fondo.

Ya familiarizado con la estancia, Bodenland apreció su encanto, su amplitud y su aire acogedor, aunque recargado, donde pasar largas horas de ocio.

El hombre de la ventana se dio la vuelta y comentó que ya casi era de noche. Avanzó sonriendo y mesándose la barba pelirroja como para ocultar su timidez, y le tendió la mano.

—Bienvenido, señor, bienvenido de verdad. Soy Abraham Stoker, y amigos y enemigos me llaman Bram, como en bramido. Ésta es mi esposa, Florence Stoker, veo que ya la conoce.

—He tenido el placer, gracias. Mi nombre es Joseph Bodenland, y me llaman Joe, como Júpiter.

—¡Ah, luego es usted hijo de Júpiter, estrella propicia! ¿Es usted militar, señor Bodenland?

—No, qué va.

—Tanto Florence como yo descendemos de militares, por eso le pregunto. Mi abuelo, Thomas Thorley, perteneció al Regimiento 43. Luchó contra Bonaparte, y después participó en la conquista de Birmania, en el año 1824. El padre de Florence, el teniente coronel James Balcombe, sirvió en la India y en Crimea, con grandes honores.

—Ya veo. ¿Sobrevivieron?

Para salvar la torpeza de su huésped, Florence Stoker preguntó:

—¿Es próspera su familia? Ustedes los americanos son expertos en los negocios,

por lo que tengo entendido.

—Conozco a Mark Twain, compatriota suyo —dijo Stoker, dándose la vuelta nervioso para correr las cortinas—. Me pareció un tipo muy divertido, intenté convencerle de que nos escribiera una obra.

Cogiendo a Bodenland cordialmente por el codo, lo llevó hasta un alegre fuego de leña por el laberinto de mesas con pilas de reliquias y álbumes de recuerdos.

Sobre la chimenea había un gran óleo de erotismo no del todo discordante con el lujo general de la estancia. En él, una sonrosada mujer desnuda acariciaba a un cupido, o se dejaba acariciar por él. Otra figura le tendía un panal, con un agujón de escorpión en la otra mano. Al fondo, la figura del Tiempo iba a echar el telón sobre esta escena amorosa. Bodenland miraba el cuadro con cierto asombro.

—¿Le gusta? —Preguntó Stoker, notando su mirada—. Una bella muestra de arte clásico. La famosa *Alegoría del amor*, de Bronzino. Un título que lo abarca todo. —Rio y echó una mirada a su esposa—. Es una copia, claro, pero es buena.

Sentados ya en los sillones, la señora Stoker tocó la campana para llamar a la doncella, y cuando ésta corrió las cortinas a gusto de todos —«Esta chica no tiene sentido de la simetría de los *pliegues*», dijo la señora Stoker severamente—, empezaron a conversar tomando el jerez.

Por fin, Bodenland dijo:

—Por supuesto, su nombre me es más conocido como el del autor de *Drácula*.

—¿Está hablando de una obra?

—Un libro, señor Stoker, una novela. Es famosa en el mundo entero, del que yo vengo. —Tras una larga pausa, añadió—: Todo sobre los vampiros.

—Permítame la pregunta, ¿qué sabe usted de vampiros? —Le miraba desconfiado.

—Bastante, supongo. Diría que tengo uno encerrado en su cobertizo del jardín.

Ante esta noticia, Stoker volvió a tirarse de la barba; es más, también se tiró del labio. Luego se levantó rápidamente de la silla y, murmurando, cruzó la habitación para mirar por las cortinas.

Aún murmurando, volvió con el ceño fruncido, su ancha y tosca cara muy crispada.

—Después me ocuparé de eso. De todos modos, permítame decirle que está usted en un error. El caso es que en estos momentos estoy escribiendo una novela sobre vampiros, que tengo intención de titular *El no-muerto...* Mm, de todos modos, me gusta la rotundidad de ese título: *Drácula...* Mm...

—Trabaja demasiado, señor Bodenland —dijo la señora Stoker—, nunca llega a casa hasta después de medianoche. Hoy ya está aquí porque mañana es un día especial para el señor Irving.

Se levantó.

—Disculpe, señor. Voy a hablar con María, nuestra cocinera. La cena, a la que espero nos acompañe, estará lista justamente a las ocho en punto.

Los dos hombres se quedaron solos. Inclinandose adelante para atizar el fuego, Stoker dijo mirando las llamas:

—Dígame, ¿tiene usted alguna teoría sobre los vampiros?

—Pienso que son producto de la imaginación, como supongo que también lo es usted.

Stoker le dirigió una penetrante mirada, con un atizador al rojo vivo en la mano.

—¿Es una broma? No me hace gracia.

—Lo siento, discúlpeme. Lo que quería decir es que estar aquí charlando con usted, un hombre famoso, me parece una fantasía descabellada.

—¿Wilde? ¿Oscar Wilde? Estuvo prometido a mi Florence. Bueno, ahora se ha metido en un auténtico lío, desde luego... Permítame la pregunta: nos enseñan a sentirnos culpables por la parte sexual de nuestra naturaleza, ¿no cree usted que el sexo, la culpa, la enfermedad y los vampiros están relacionados?

—Nunca lo había pensado.

—Yo tengo razones para pensarlo, buenas razones. —Acompañó estas palabras, dichas con obsesivo énfasis, de golpes de atizador igualmente enfáticos, como si estuviera dirigiendo los últimos compases de una sinfonía.

—Déjeme ponerle un acertijo. ¿A qué se refiere esto, sino a los planetas: «Una noche en Venus equivale a toda una vida en Mercurio»?

Pese al evidente buen carácter de su anfitrión, Bodenland comenzaba a desear haber buscado una simple posada para pasar la noche.

—No sé de qué me habla.

—Sífilis, señor Bodenland, de eso hablo. VD, como la llaman los soldados. La sífilis, el vampiro de nuestra naturaleza amorosa, eso es lo que es. «Sondeas mi corazón y de noche me examinas»: eso dice el salmo, y no dirá que no es espantoso... Pero quizá quiera usted asearse un poco antes de cenar.

Bodenland vio que era un buen momento para explicarle cómo había llegado y que su país era más lejano de lo que incluso el imaginativo Stoker adivinaría.

Stoker escuchó con mucho tirón de barba, mucho escéptico meneo de cabeza, muchos «que me lleve el diablo» y «por todos los santos». Al término del relato, sin apearse de su incredulidad, dijo haber soportado muchas inverosimilitudes en escena, pero nada semejante. Algunos ocupantes de los pabellones del manicomio vecino creían ser Napoleón, pero ni siquiera allí nadie se imaginaba que venía de un futuro en el que sus madres aún no habían nacido.

—Yo vengo de una era en la que todo parece posible —dijo Bodenland, a medio camino entre la diversión y la irritación—. Y está claro que usted vive en una era en la que nada es posible, ni siquiera teniendo pruebas.

—¿Qué pruebas tiene usted?

—Mañana verá usted el vehículo que me ha traído hasta aquí.

Asintiendo bastante ceñudo, Stoker se levantó de su sillón.

—Muy bien, pero hasta ese momento me veo obligado a hacer de anfitrión desconfiado que duda de la veracidad de su huésped y se toma su relato como una mera historia fantástica contada antes de cenar.

—Espero, señor, que mientras tomamos la sopa vea que mi sinceridad es prueba de mi honestidad.

—... ¡Y cuando llegemos a los quesos me habré tragado todas sus palabras!

Con una explosión de risa, Stoker sacó a su huésped de la habitación. Su buen humor logró disipar en gran medida la irritación de Bodenland. Sólo más tarde pensó que los seres humanos están equipados con un mecanismo de defensa que les impide aceptar de inmediato nada que rebase su experiencia cotidiana, ya que así probaría su propio caso.

El comedor estaba decorado en carmesí, y había menos profusión de muebles que en el salón. Sentados a la pesada mesa, el calor que despedía la gran araña del techo oprimía a Bodenland. Los aparadores, alacenas y mesas de caoba tallada que rodeaban la sala brillaban reflejando la luz borrosamente.

Todo parecía próspero, seguro, confortable, represivo. Stoker miró por las cortinas y murmuró al oído de Bodenland:

—Me preocupa el rehén que metió en mi cobertizo.

En todo lo demás, hizo el papel del cordial anfitrión.

Abriendo una botella de vino tinto, dio la bienvenida a su médico y le invitó a sentarse con ellos. El doctor Abraham van Helsing era un hombrecillo remilgado de cara afilada y tersa, y manos frías y huesudas. Llevaba un traje de terciopelo y olía a colonia. Rio y sonrió cuando le presentaron a Bodenland.

—Debería retirarse a descansar, Bram, amigo mío —dijo señalando a Stoker con el dedo—. No le convienen las cenas pesadas.

Bodenland pensó que algo de verdad había en el comentario, por mucha mala gana con que lo recibiera su anfitrión. Ante ellos había un enorme jamón de curación casera, pata de cordero, perdices blancas y un gran pudín de gelatina de carne que temblaba levemente pidiendo a voces que lo comieran. Una pequeña doncella servía la sopa de pollo y apio.

—Esta noche hay luna llena —anunció Stoker, ajustándose la servilleta blanca bajo la barbilla—. Los lunáticos estarán inquietos. —Mirando a Bodenland, añadió como explicación—: Tenemos el manicomio puerta con puerta... Me alegra decir que a un buen paseo por el bosque. En los días anteriores a Oliver Cromwell era un priorato; es bastante bonito, para lo que suelen ser esos sitios. A propósito, antes me pareció ver a alguien o algo en el jardín, pero no seguiré por ahí para que no se nos

quite el apetito.

—Eres igual que mi padre, qué te quitará a ti el apetito —dijo Florence Stoker sonriendo cariñosamente a su marido.

—Soy grande, bruto e irlandés..., y no puedo evitarlo.

—Ni se toma nunca un respiro —añadió Van Helsing—. Se vuelca usted demasiado en su trabajo.

—Y en Henry Irving —dijo la señora Stoker.

Llevándose a la boca una cucharada de sopa, Stoker guiñó el ojo a Bodenland con humor.

—Bueno, fue el Mefistófeles de Henry el que me inspiró la idea de mi conde Drácula. Estoy seguro de que el puñetero libro será todo un éxito, si es que consigo terminarlo.

—¿Cuándo espera terminarlo?

Haciendo caso omiso de la pregunta y bajando la voz, Stoker dijo:

—Quizá las fuerzas misteriosas han sitiado la casa por estar yo escribiendo esta novela. Van Helsing no lo entiende...; de hecho, sólo los lunáticos de al lado lo entienden. Yo mismo debo de estar volviéndome loco, no me extrañaría.

—Está usted cuerdo, vivimos en una maravillosa era científica, y la sopa está deliciosa —dijo Van Helsing, con ánimo apaciguador—. Pronto tendremos una solución científica a todos y cada uno de los problemas del mundo. Igual que estamos acogiendo a los pueblos salvajes del mundo en los brazos de la civilización, el mundo ya civilizado pronto se convertirá en una meritocracia utópica.

La conversación se dispersó. La señora Stoker habló de los felices matrimonios de cada una de sus hermanas. Los criados trajeron más comida. Se sirvió mas vino.

Bodenland contemplaba los enormes flanes de fruta de color verde, las tartas de ciruelas decoradas con hojaldre, los cuencos de crema, las gelatinas y los pasteles borrachos con adornos de hierbas aromáticas, y mientras, Stoker volvía al tema de los manicomios, que parecía obsesionarle.

—Muchos de los desgraciados del manicomio sufren fuertes dolores. La demencia y sus llagas se tratan con mercurio. He oído que es muy doloroso. Da que pensar que el dolor visite así a la humanidad, señor Bodenland. ¿Le gustaría acompañarme al manicomio? Bodenland negó con la cabeza.

—Me temo que lo único que me interesa es volver a mi casa.

Stoker dio un respingo en su silla y fue otra vez a mirar por la ventana.

—Es una noche serena —declaró, con la voz de quien anuncia lo peor—. Sería ideal para jugar al criquet, si fuera de día, claro —añadió riendo.

—Ven a tomar el postre, Bram —dijo su esposa con severidad.

Era cierto que la noche era serena. El brillo de la luna llena sobre los bosques que ahogaban el valle arrancaba destellos de los tejados de pizarra del manicomio. La

campana de la pequeña torre del reloj que coronaba la institución dio la medianoche con notas que parecían a punto de extinguirse. La gélida luz resplandecía en las filas de cristales de las ventanas, algunas con barrotes. Un puñal de luz de luna bajó por el estrecho orificio de la claraboya de Renfield, dibujando un cuadrado en la piedra junto a su jergón de paja. Ese día había atacado a un enfermero, por eso le habían metido en una camisa de fuerza y tenía los brazos inmovilizados.

Se entretenía rechinando los dientes y zumbando como una mosca encerrada en un tarro.

—*Zzz, zzz, zzz.*

Los ojos parecían salirse de las cuencas. Miraba sin pestañear el cuadrado blanco del suelo. Deslizándose minuto a minuto, cada vez más cerca, el cuadrado de leche rancia se tiñó de un pálido rosado. Luego el color se hizo más intenso, hasta hacerlo parecer un recipiente de sangre.

Estiró el cuello para beber de él. En ese momento, la luz de la luna inundó la celda entera y se oyó un gran zumbido de gozo que fue como si hubieran soltado a mil avispones.

Dando un grito triunfal, Renfield saltó en la pose de un buceador, con los brazos por encima de la cabeza, desnudo como el día que nació. Dándose impulso, salió por la claraboya y aterrizó con agilidad en las extensas y heladas pendientes del tejado del manicomio, que a lo lejos parecían pistas de esquí.

Mientras bailaba, una gran cosa alada daba círculos por encima de su cabeza. La llamó silbando, con un ruido agudo, tocando una flauta imaginaria. La cosa bajó más, sus rojos ojos fijos en el bailarín desnudo.

—Conozco sus secretos, mi señor, los conozco. Baje, baje. Sé que la sangre humana le pone enfermo... le pone enfermo, pero de ella depende, depende, profundo final. Salte al profundo final, mi señor...

Aún describía círculos, batía en el aire las vibrantes alas que reflejaban la luz de la luna.

—Sí, viene usted de los tiempos en los que toda la sangre era fresca y densa y lenta, con sabor a lagarto. El tiempo de las grandes cosas, lo sé. Han desaparecido y sólo le quedamos nosotros, mi señor. Por eso, tome al fin mi sangre, su chapoteo resuena sólo para usted en esta jarra de carne..., yo le envenenaré. *Zzz, zzz.*

Hizo una pirueta en la viga del tejado y la gran cosa alada bajó en picado y lo agarró, abrazándolo con lascivia y mordiéndole la carne, cremosa como manzana caramelizada, envolviéndolo en sus grandes alas secas, mordiéndole otra vez, bebiendo bien adentro, con un amor más terrible que la furia... Después, asqueado, se fue volando, su vacía cara vomitando sangre.

Renfield reía en sueños. Seguía con los ojos abiertos e inmóviles como botones de cristal de un juguete infantil, pero había soñado este terrible sueño.

El ojo de la luna se cerró al correr Van Helsing las cortinas rojas tras un vistazo al jardín. Los Stoker salían del comedor igual que habían entrado, del brazo. Bodenland los seguía cuando el doctor le retuvo tirándole de la manga.

—Permítame que le pregunte... ¿Existe una bella señora Bodenland allá en su hogar? —Se miraba las nerviosas manos al hablar, como si se avergonzara de su intromisión.

—Estoy casado, sí, doctor. Es una buena razón para desear volver a casa cuanto antes.

Hizo ademán de seguir andando, pero el doctor volvió a retenerlo.

—Comprenda que le pregunte, estoy a cargo de la salud del señor Stoker. Las relaciones conyugales no van bien en esta casa. El resultado... el resultado directo... —Calló, para seguir en un susurro—: Desgraciadamente, lo que los franceses llaman *una filie de joie*, una mujer de la noche, ha contagiado al señor Stoker una horrible enfermedad. ¿Entiende?

A Bodenland no le gustaban los remilgos del doctor y no replicó, pero se quedó a oír el final.

Van Helsing se dio unos toquecitos en la sien.

—Ha afectado a su cerebro. O él lo cree así, lo que, hablando de cerebros, viene a ser lo mismo. Cree..., bueno, él cree que la humanidad ha acogido en su seno a seres de una especie de parásitos, vampiros que vienen de algún lugar remoto. Hablo como científico, entiéndame: pongamos que de un planeta. Él lo considera el secreto del universo, y cómo no, está a punto de desentrañarlo. No se fíe nunca de nadie que crea conocer el secreto del universo.

Por qué no, doctor. El secreto del universo..., si es que existe algo así, está abierto a todo el que quiera indagar en él, a cualquier interesado, como los secretos de la personalidad.

—¿Los secretos de la personalidad?

—Por ejemplo, la razón de que usted se frote los índices al hablar... No, espere, doctor, perdone. Ha sido una impertinencia.

Ofendido, el doctor ya se marchaba, pero Bodenland le hizo volver y le preguntó cómo estaba tratando la enfermedad de Stoker.

—Le curo las llagas con unguento de mercurio. Es doloroso, pero eficaz.

Bodenland se rascó la barbilla.

—Seguirán un tiempo sin saber de la penicilina, pero yo podría conseguirles un poco. Y en muy pocos años tendrán el Salvar san.

—No entiendo nada de lo que me dice, señor.

—¿No conoce el Salvarsan? Vamos a ver, ¿saben ya de las «balas mágicas» del doctor Ehrlich por estas fechas?

—¡Oh! —El doctor ahogó una carcajada y asintió—. Empiezo a entenderle. Bram

Stoker fabrica sus propias balas mágicas... para matar a sus vampiros imaginarios.

En ese momento, el propio Stoker asomó la cabeza por la puerta del comedor.

—¡Ah!, están aquí, pensé que estaban en el estudio. Señor Bodenland, ¿quiere ver mi taller? Después de cenar, suelo pasar una hora revolviendo por allí.

Se metieron por un pasillo lateral, y Stoker le pasó el brazo por los hombros.

—No haga demasiado caso de lo que dice Van Helsing. Es un buen médico, pero... —Se llevó un dedo a la sien, imitando sin saberlo el gesto que acababa de hacer Van Helsing—. Para ciertos temas tiene un tornillo suelto.

El cartel de la puerta decía: «Taller. No pasar».

—Mi guarida privada —dijo Stoker, con orgullo. Al entrar, se sacó del bolsillo interior un estuche de cuero, ofreciendo uno de sus grandes puros a Bodenland, que declinó la oferta moviendo la cabeza enérgicamente.

Estudió a Stoker mientras éste se entregaba al ritual de encender el puro. Tenía la cabeza grande y bien formada, el pelo rojo sin canas, aunque en la parte posterior del cráneo asomaba una calva. Tenía una cara agradable, aunque, sobre todo por el cuello, su piel parecía áspera y con manchas.

Notando la mirada fija de su visitante, Stoker miró a ambos lados entre el humo.

—Es mi guarida. Siempre tengo que hacer algo, no puedo estar sin hacer nada.

—Yo tampoco. —La vida es demasiado corta.

—Es verdad. Siempre he aspirado a ser algo en la vida.

—Eso es, pisar fuerte, como digo yo. Pero hace falta valor. —Valor, sí, tiene razón. ¿Usted cree que es valiente?

Stoker lo pensó, cerrando mucho los ojos.

—Digamos que soy un gran cobarde que se ha portado como si fuera valiente. Me gusta el criquet. ¿Ustedes los americanos no juegan al criquet?

—No. Los negocios y los inventos: ésas son mis ocupaciones. Y muchas cosas más, el mundo está lleno de posibilidades.

—¿Quiere ser un héroe?

No se esperaba la pregunta.

—Qué pregunta más rara. Mi psiquiatra está convencido de que sí... Lo que es cierto es que busco lugares desolados. Echándole una mirada de escepticismo, Stoker dijo:

—Mm, nada más desolado que el Lyceum en una interminable noche de lunes... ¿Qué piensa de usted su familia?

La pregunta le habría irritado de haber venido de otros labios. Pero Stoker tenía algo, algo esquivo y burlón pero simpático, que despertaba afecto en Bodenland, y le contestó con franqueza:

—Como no pueden amarme, me respetan.

—Yo, como nunca me veré como un héroe, quiero que los demás me vean —le

dio una palmada en el hombro—. Usted y yo congeniamos, lo supe nada más verlo, aunque venga de finales del próximo siglo, como usted dice. ¿Quiere echar un vistazo a esto?

El taller estaba atestado de objetos: era la versión masculina de una sala decorada por una mujer. Torcidos bates de cricket, antiguas escopetas de cañones lisos, un esqueleto de rata montado, animales disecados, maquetas de locomotoras, máscaras, carteles de teatro, prendas de ropa interior femenina enmarcadas, una carta planetaria y una colección de herramientas bien ordenadas en unas estanterías que había sobre un pequeño torno. Bodenland lo miraba todo cuando Stoker volvió a hablar con vehemencia, encendiendo una lámpara de gas.

—Creo cristianamente que fuerzas oscuras se enfrentan a la civilización. Retrocediendo en la historia, vemos que hubo millones de años en los que la Tierra estaba... cómo decirlo, ¿desgovernada? Andaban sueltos seres de todo tipo, los seres más monstruosos. Sólo en los últimos dos mil años, desde Jesucristo, la humanidad ha emprendido la acción, ahuyentando a los monstruos. —Previendo una interrupción, añadió—: Puede que los monstruos sean reales o puede que estén en nuestra mente. Sólo la piedad puede enfrentarse a ellos, hemos de luchar sin tregua contra ellos. Si Jesús viviera hoy, ¿sabe qué creo que sería?

—Eee... ¿el Papa?

—No, no, nada de eso. Un lancero bengalí.

Tras un momento de silencio, Bodenland señaló el banco de trabajo.

—¿Qué está haciendo aquí?

—¡Ah!, quería enseñárselo. Forma parte de mi lucha contra las fuerzas de la noche. A veces desearía volver el arma contra mí mismo. Sé que tengo el mal dentro..., soy consciente de ello. Alguna vez le preguntaré sobre sus relaciones con el llamado sexo débil.

Le mostró una caja de puros llena de balas de plata cuidadosamente fabricadas. Todas ellas estaban decoradas con un motivo celta enroscado en el signo de la cruz. Se las enseñó con evidente orgullo de artesano. Un malestar se apoderó de Bodenland. La luz pálida de la lámpara de gas brillaba amarilla y malva, y la habitación daba vueltas.

—Las he fabricado yo mismo —dijo Stoker y luego, viendo la cara de Bodenland—: ¿Qué le pasa, muchacho? ¿Le molesta el humo del puro?

Bodenland recuperó el habla y dijo:

—Señor Stoker, puede que tenga razón con lo de las fuerzas de la noche que se enfrentan a la civilización, y puede que yo tenga la prueba. ¿Qué le parece esto?

Se sacó del bolsillo de la chaqueta el objeto que había cogido en la antigua tumba de Clift, en el desierto de Escalante. Le mostró en la palma de la mano una bala de plata de nariz dentada, pero idéntica por lo demás a las que Stoker tenía en su caja de

puros.

—Encontrada —dijo tembloroso— en una tumba que, según las pruebas científicas, se remonta a sesenta y cinco millones y medio de años.

Stoker estaba menos asombrado de lo que Bodenland esperaba. Se mesó la barba y dio una chupada al puro antes de decir:

—El universo no es tan antiguo, mi querido amigo. ¿Sesenta y cinco millones y medio de años? Permítame decirle que eso son tonterías. Según las estimaciones de Lord Kelvin y las más estrictas matemáticas, el sol puede emitir calor como máximo durante veinticinco millones de años. Puede que el cómputo no sea exacto. —Dice usted matemáticas estrictas, pero ahora hay sistemas matemáticos más flexibles que han aportado muchos conocimientos nuevos sobre el universo. Lo que antes parecía cierto se ha hecho dudoso, más abierto a la interpretación subjetiva.

—A mí eso no me suena a progreso.

Bodenland reflexionó antes de contestar, y añadió tacto a su argumento:

—El gran progreso de la ciencia en su época será la base de la que partan las futuras generaciones, señor. Debería recordarle lo que sin duda sabe: que sólo tres generaciones antes de la suya, a finales del siglo XVIII, la revelación de que el sistema solar llegaba a los seis mil años se recibió con desdén.

»El tiempo lleva expandiéndose desde entonces. A la luz de perspectivas posteriores, sesenta y cinco millones de años no suponen gran cosa. Conocemos mejor que lord Kelvin las fuentes de energía que alimentan el sol.

—¿No será que ustedes los americanos se equivocan? ¿Admite usted la posibilidad?

Con una breve risa, Bodenland dijo:

—Bueno, hasta cierto punto, claro. Por ejemplo, esta bala prueba lo poco que realmente hemos encajado las piezas de la evolución de las diversas formas de vida del pasado remoto.

Haciendo rodar la bala en su mano, Stoker dijo:

—Juraría que la he hecho yo, desde luego. Lo mejor será que me diga cuál es esa tumba extraordinaria, y yo procuraré creer lo que me cuenta.

—Es totalmente increíble..., aunque no más que yo esté aquí hablando con usted.

Relató todos los pormenores del descubrimiento de Clift, explicándole cómo se había datado el esqueleto.

Stoker no se inmutó durante la explicación, limitándose a escuchar y fumar. Sólo se agitó cuando Bodenland comenzó a describir el ataúd donde estaba enterrado el esqueleto. Le preguntó cómo era el signo que había en el féretro, poniéndole en la mano un papel y un lápiz de carpintero. Bodenland dibujó los dos colmillos con las alas encima.

—Es el mismo, estoy seguro: es el signo del conde Drácula —dijo Stoker triunfal.

Cogió la mano a Bodenland y se la estrechó—. Es usted un hombre con el que congenio, sí señor. ¡Al fin alguien que cree, que tiene pruebas! Escuche, esta casa ha atraído el mal, y usted ha traído más con ese tipo en el cobertizo del jardín, pero lo combatiremos juntos, tenemos que luchar juntos. Seremos héroes, los héroes que soñábamos...

—Usted es un gran hombre, señor Stoker, pero ésta no es mi guerra. Yo no soy de aquí, he de volver a casa. Pero desde luego le invito a ver el vehículo que tengo aparcado allá abajo, en el bosque.

—Escuche, quédese un día más —agarró a Bodenland del brazo como si fuera a escapársele en ese mismo momento, y soltó humo como un dragón irlandés—. Sólo un día más, mañana es un día especial. Vamos a tomar un par de oportos con el cretino de Van Helsing, podemos hablar en plan guarro... si mi mujer no anda por ahí. El bueno de Henry Irving, el gran actor a quien represento, mañana será nombrado caballero por su majestad la reina Victoria en el palacio de Windsor. Es la primera vez que un actor recibe ese honor. Bueno, ¿qué le parece? Venga con nosotros..., como americano que es, a su corazón republicano le vendrá bien presenciar el acto. Y después sale pitando a Utah o a donde quiera. ¿Qué dice?

Bodenland no pudo evitar que le contagiara el entusiasmo.

—Vale, hecho.

—Excelente, excelente. Vamos a brindar con oportos, y así me habla más de su aventura.

VIII

EL SOPOR ERA UN PROFUNDO BANCO DE NIEVE acumulado por la ventisca, frío y cálido al mismo tiempo, reconfortante, e invitaba a perderse en él, a dejarse caer, sin oponer resistencia, en profundidades aún más fastuosas, hasta algún lugar anterior al nacimiento, posterior a la muerte.

Mina vio su propia muerte como el banco de nieve. Cuando abrió los ojos, el viento que entraba por la ventana henchía largas cortinas de muselina. Estaba demasiado débil para levantarse. Vio las cortinas como veía su vida: la vida envuelta en una suave gasa que la esperaba una vez que la muerte se hubiese consumado.

Como si de una ilusión se tratase, a su memoria vinieron tiempos pasados, recordó el nombre de Joe, su Joe. Pero ahora había otro amante, el legendario amante del mundo de los sueños. Había venido de nuevo, estaba en la habitación y avanzaba hacia la cama.

Trató de incorporarse, de separar la cabeza de la almohada. Extendió el cabello a su alrededor, pero no tenía fuerza en el cuello. El se inclinó sobre ella, elegante, poderoso, destilando un aroma que ella aspiró por la nariz como un narcótico. Cuando él abrió su roja boca, ella halló la fuerza suficiente para abrir las piernas, pero él sólo prestaba atención a la carne de su garganta. Ella sintió su lascivia y respiraba con más fuerza, después sufrió un desvanecimiento y, finalmente, se revolvió en ella el deseo de experimentar una vez más el mordisco de aquellos colmillos, de aquella dulce evacuación de la vida.

El, envuelto en sus negras ropas, era algo diferente. La locura de su fantasía se desparramaba a través de los callejones de sangre que unían a ambos. Ella vio, sintió, vivió el mundo secreto de los no-muertos, al cual pronto pertenecería.

Estaba recibiendo su regalo de bodas...

La enorme bestia herbívora, resollando, se precipitó desde la margen del río, dando la alarma a otros hadrosaurios que pastaban cerca de allí. Estaba moteada de verde, el tierno vientre era blanco y amarillo y tenía una elaborada cresta. Balanceaba su poderoso cuerpo sobre gráciles patas y, al tiempo que corría, lanzaba una llamada melancólica. Mina se oyó a sí misma gritar, vio que sus compañeros se dispersaban y que pájaros blancos salían volando, asustados, de los pantanos del cretácico.

Trataba de huir y corría en zigzag, pero no dejaba de oír el aliento caliente de su perseguidor.

—¿Cómo te llamas y dónde está Joe?

—Debes olvidar a Joe. Ahora tienes un amante inmortal.

Lo cierto es que oía sus pasos muy cerca. Una sucesión de ruidos sordos. Gritando, se internó en un bosquecillo de ginkgo, creyendo que así despistaría al

gigantesco depredador. Tras ella, demasiado cerca de su rastro, percibía el terrible ruido de las ramas que, al romperse, sonaban como si fuesen los dientes de un gran maxilar que estuviera bajo sus pies.

—¿De dónde vienes? Dime quién eres, así podré conocerte.

—Más allá de tu imaginación yace el antiguo lugar de enterramiento, en una tierra que una vez fue verde. Ha sido destruido. Se ha perturbado el descanso de remotos ancestros.

—¿Qué tiene eso que ver conmigo? ¿Por qué no puedo respirar?

—Los vivos han profanado esas tumbas y han causado una crisis entre nosotros, los no-muertos. Si lo prefieres, puedes considerarlo una crisis religiosa.

Oyó algo fantasmagórico, demasiado seco como para llamarlo risa. Llegó de nuevo, desde el cielo. Anunciaba un nuevo peligro. Porque había dejado atrás a la bestia. La habían apartado de su familia. Ahora se cernía sobre ella otra amenaza. Una sombra cayó sobre su cabeza y miró hacia arriba, estirando el cuello, la garganta. Un pteranodonte bajaba volando en picado hacia ella, con las alas plegadas para acelerar su descenso.

—¿Por qué no me coges? ¿Por qué esperar tanto? ¿Seré inmortal cuando me abracés?

—Serás inmortal cuando te abrace.

—Es lo que siempre soñé...

Y al mirar aquellos colmillos, ella se dejó caer y se tumbó entre los helechos; él desplegó sus alas...

Y con las últimas fuerzas que le quedaban, se despojó de sus ropas para quedar desnuda por completo...

Y él cerró sus mandíbulas en torno a su cuello...

Y al entrar su boca en contacto con su carne y comenzar a fluir la corriente...

Y al luchar ella con la muerte...

Y Mina comenzó a retorcerse y a gemir y finalmente llegó... A través...

—Sí, señor Bodenland, eso fue cuando estábamos con el duque. Y más tarde nos sentimos realmente orgullosos, ya que el Príncipe de Gales vino a los camerinos y le estrechó la mano a Bram.

—Fue en la representación de *Los hermanos corsos*.

—Edward. Su Alteza Real. Es encantador... y muy popular entre las mujeres, según tengo entendido. —Florence Stoker se abanicó las mejillas con la mano al pensar en ello.

—S.A.R. trabaja duro, y por eso supongo que se siente con derecho a jugar fuerte también. ¿Trabaja usted duro cuando está... en casa?

—Algunos dirían que demasiado. Pero el trabajo de un hombre es la forma de consolidar su identidad.

Ella suspiró.

—Quizá por eso nosotras, pobres damas, no tenemos identidad de la que hablar.
—Y lanzó una mirada fugaz a su marido.

Bodenland hubiese preferido estar solo para pensar en las implicaciones de los acontecimientos del día. Escuchaba a medias la charla de la señora Stoker. Estaban tomando oportito y fumando unos puros, sentados junto al fuego, bajo una pintura de Bronzino; Van Helsing apenas hablaba.

Stoker saltó de pronto, para hacer una imitación de Henry Irving en el papel de Mefistófeles.

—¡Oh, eso es una locura! ¡Bram, no lo hagas! —gritó su esposa.

—Por favor, señor... su corazón —dijo Van Helsing—. Vuelva a sentarse.

Pero Stoker no estaba dispuesto a detenerse, cojeando por la alfombra que había ante la chimenea, cómico y siniestro al mismo tiempo, recitando con una melodía espléndida completamente distinta a su propia voz:

—Grande es su fe —no puedo tocar su alma—. Pero aquello que pueda afligir su cuerpo utilizaré, Haré que la enfermedad lo abrase...

Un repentino ataque de tos lo interrumpió.

—¿Qué diría Henry? ¡Y a punto de ser nombrado caballero! —exclamó la señora Stoker.

—Le suplico que se vaya a la cama de una vez, señor —dijo Van Helsing—. Se hace tarde.

—No, no, debo continuar con mi novela. Debo hacerlo. Más capítulos. Lucy Westenra está en peligro mortal... —Y salió disparado de la sala.

Tras su salida se produjo un silencio sombrío. Van Helsing se sentó ante un escritorio y escribió algo de forma ostentosa, refunfuñando mientras lo hacía. Florence Stoker estaba sentada, sin despegar los labios, prácticamente apuñalando su bordado hasta que, con un suspiro, lo dejó a un lado y se levantó, se acercó al fuego y miró, abstraída, la chimenea.

—Es un hermoso cuadro, señora Stoker —dijo Bodenland, refiriéndose al Bronzino, con el objeto de romper el silencio.

—Su título original era el de *Una alegoría* —dijo—. Aunque no alcanzo a comprender de qué alegoría pueda tratarse. Algo desagradable relacionado con... la enfermedad, podemos suponer.

La monotonía de su tono de voz no invitaba a responder; Bodenland aprovechó para tomarse un respiro y reflexionar acerca de las delicias y los sinsabores de la vida familiar antes de que, inquieta, ella regresara a su silla.

Quería desahogarse. Miró al techo y dijo:

—A veces se encierra en su estudio durante horas.

—Debe de sentirse muy sola, señora Stoker —dijo Bodenland.

Ella se levantó, dando a entender que se retiraba para dormir, y dijo, con tono grandilocuente:

—Puedo soportar cualquier cosa, excepto el mal gusto.

Minutos más tarde, Van Helsing dejó su labor de escribano. Cogió una vela con candelabro de plata y se ofreció para guiar a Bodenland hasta su habitación.

—Da usted la impresión de ser un soñador, señor —remarcó mientras subía las escaleras—. Su presencia altera claramente al señor Stoker.

—¿No le importa que su alma se esté consumiendo?

—Ja, ja, puedo presumir de ser un hombre de ciencia. Estamos en 1896, después de todo, y ya se ha demostrado la inexistencia del «alma». Los hombres se las apañan de maravilla sin alma. Al final de las escaleras, torceremos a la izquierda.

—Bien, suponga que fuera posible viajar en el tiempo, hacia el futuro, y obtener las medicinas que curen el mal de Stoker.

Otra risa seca.

—Es usted un soñador, sin duda. Por aquí. En la actualidad se conoce la mayor parte de la realidad gracias a la ciencia. El vuelo con alas quizá sea posible dentro de un par de siglos, pero viajar por el espacio o el tiempo es totalmente imposible. Totalmente imposible. Me juego mi reputación. Hemos llegado. Le dejaré la vela. Comprobemos que todo está en orden y las ventanas cerradas.

Bodenland entró el primero en la oscura habitación, consciente de la fatiga que los sucesos de las últimas horas le habían causado.

El dormitorio era cálido. En la chimenea ardía un pequeño fuego de gas. Con la vela encendió la lámpara que había sobre la repisa y, al mismo tiempo, incrédulo, pensaba: Estoy encendiendo una auténtica lámpara de gas.

El toque femenino era evidente. Las cortinas y el lavamanos estaban embellecidos con volantes. Sobre el cabecero de la cama había un texto, grabado a fuego y con un marco de madera de Oxford: «No deberás tener miedo de los horrores de la noche. *Salmo XCI*».

Mientras hacía inventario de todos estos detalles, el doctor revisaba los cierres de las ventanas y ajustaba ristras de ajos a lo largo de los cristales.

Junto a la puerta, colgado en la pared, había un mapa del mundo según la proyección de Mercator, rodeado por las banderas de todas las naciones e ilustrado con dibujos de batallas. El Imperio británico estaba pintado de rojo y ocupaba la cuarta parte del globo.

Señalando al mapa, en cuyo cristal se reflejaba la luz de gas, Bodenland preguntó:

—¿Cree usted que hubo un tiempo en el que la bahía de Hudson no existía, doctor?

Van Helsing miró con recelo, como si sospechase que la pregunta encerraba alguna trampa.

—La bahía de Hudson no existió... hasta que fue descubierta por un inglés en el siglo XVIII.

Deseó buenas noches a Bodenland, salió de la habitación y cerró la puerta sin hacer ruido.

Bodenland se despojó lentamente de la chaqueta y trató de asumir la situación en que estaba. A pesar del gran tamaño del dormitorio, lo encontró agobiante. Viejas pinturas de ganado de las Tierras Altas de Escocia, con cuidados marcos dorados, ocupaban la mayor parte de las paredes. Sobre la mesilla de noche había una garrafa de agua y un ejemplar del Nuevo Testamento encuadernado en negro. Se sentó en la cama para quitarse los zapatos y, después, se tumbó con las manos unidas tras la cabeza. Comenzó a pensar en Mina y en su nueva y guapa nuera, Kylie. Pero, ¿sería capaz de hacerse con el control del tren del tiempo para volver a verlas?

Sus ojos se cerraron.

Los procesos mentales continuaron sin que se produjera ningún punto de inflexión aparente. Lo llevaron a abandonar la casa en la que estaba y a descender unos escalones. Los escalones estaban en el exterior y conducían a una ladera de densa vegetación, flanqueada por altos cipreses; de pronto, los escalones, rotos y peligrosos, describieron una curva y llegaron a una cripta. El aire allí era espeso y húmedo. Buscó un lugar para dejar el pesado bulto que acarreaba. Aquel espacio subterráneo parecía enorme. A través de una vidriera penetraba un rayo de luna, que colgaba como un visillo en un ambiente de cera.

—No hay problema, hasta el momento —dijo él (¿o no había sido él?), mientras se sentaba en una silla.

Tres doncellas, vestidas con ropas transparentes, estaban de pie bajo la luz de la luna. Le hacían señas. Eran todas hermosas. La del centro era la más bella. Los colores de la vidriera arrojaban cálidos tonos encarnados sobre su pecho desnudo.

Fue ella la que avanzó en dirección a Bodenland, al tiempo que se quitaba el blanco manto. Su sonrisa era remota, su mirada no parecía fija en nada.

El la reconoció y gritó su nombre:

—¡Kylie! Ven a mí.

Vio —con los ojos cerrados pero con una aguda visión mental— a la pálida y adorable mujer que hacía poco tiempo se había convertido en su nuera. Y aquellos hermosos rasgos, aquellos dulces miembros, aquel sensual cuerpo que encerraba secretos deleites, hicieron que la lujuria se apoderase de Joe.

Cuando le abrió los brazos, ella se inclinó con ansia sobre él y dejó caer del todo el largo vestido. El percibió su aroma como en un sueño olvidado.

Ahora ella tenía los brazos casi completamente enredados en su cuello. Notó la intensidad de su abrazo y se sintió invadido por el éxtasis. Entonces sonó un disparo.

Kylie había desaparecido. La pétrea estructura de la cripta se desvaneció.

Estaba de nuevo en la cama, con calambres en los brazos, que seguían tras la cabeza. Las reses de grandes cuernos lo miraban fijamente desde las paredes de la habitación.

Se incorporó con un frío malestar. ¿Había oído un disparo de verdad?

Se levantó, se dirigió a la ventana sin hacer ruido y apartó un poco la cortina.

Dos lunas brillaban en el inquietante paisaje del siglo XIX, una en el despejado cielo nocturno, la otra, su hermana, su reflejo, en el estanque. El cenador tenía un aspecto fantasmal, sus campanas chinas estaban inmóviles.

En el patio, las estatuas permanecían en actitud dramática, proyectando sus sombras sobre la fachada del viejo caserón.

Entre las estatuas había una figura humana. Era Stoker, con su rojizo tono de pelo blanqueado por la luna.

Bodenland abrió la ventana tras romper la ristra de ajos y sacó la cabeza.

—¿Qué ocurre? Creí haber oído un disparo.

Stoker miró hacia arriba. La difusa iluminación daba a sus rasgos un aspecto brutal.

—Baje la voz. No se preocupe, Bodenland. Tengo que llevar a cabo una misión de soldado. Cuando volvía para entrar oí un golpe, entonces cogí el arma y salí para ver qué demonios había sido.

—El piloto...

—Eso es: su piloto. Apareció atravesando la puerta, como un fantasma. ¡Un no-muerto, hijo mío! Le he disparado una bala de plata para defenderme. Es lo único que puede detenerlos.

—Voy a bajar.

La ventana que estaba junto a la de Bodenland se abrió de golpe y Van Helsing asomó la cabeza al aire de la noche. Llevaba puesto un gorro de dormir.

—Ahora sí que nos hemos metido en un lío... en un buen lío, ¿no se dan cuenta? ¿Qué van a hacer con el cuerpo? Los acusarán de asesinato.

—Voy a bajar, Bram —dijo Bodenland. Era la primera vez que utilizaba el nombre de pila de su anfitrión.

—Será mejor que se quede donde está. Hay otra presencia aquí fuera.

—¿Qué?

Stoker hizo una pausa antes de responder y miró a su alrededor.

—Una presencia de mujer. Entraré enseguida, no se preocupe. Meteré este maldito cadáver en el cobertizo. Nos ocuparemos de él por la mañana.

—¿Tiene usted miedo?

—Heroísmo, Bodenland, ya sabe... eso de lo que estuvimos hablando. Váyase a la cama y que tenga dulces sueños. Y usted también, doctor.

Bodenland metió la cabeza y cerró la ventana, pero se quedó mirando el

silencioso patio. Cuando Stoker hubo desaparecido, arrastrando el cuerpo, volvió a la cama. Pero cualquier esperanza de retomar el sueño se había desvanecido.

A pesar de la admiración que sentía por Stoker, aún se resistía a creer en los vampiros. La experiencia le decía que existían, su intelecto se negaba a aceptarlo. Por supuesto, tal paradoja jugaba a favor de los vampiros en caso de que existieran. Pero existían... y, de alguna manera, estaban situados por debajo de la inteligencia humana.

Anduvo de un lado para otro en la habitación, tratando de dar con una respuesta. El intelecto humano se originaba en el neocórtex, la materia gris del cerebro. Debajo había capas más profundas, mucho más antiguas que el neocórtex dentro de la escala evolutiva: capas de cerebro que eran comunes a otros mamíferos, el cerebro primitivo, alimentado por instintos tales como la agresividad, la sumisión y la respuesta sexual: los auténticos instintos que daban impulso a los procesos vitales en el planeta.

Se podía pensar en un tipo de criatura sujeta a una evolución diferente. Una criatura como el vampiro, sin intelecto y, por lo tanto, casi a salvo del acoso de los humanos. Sin lugar a dudas, la especie humana terminaría con todos los vampiros, como habían estado a punto de acabar con los lobos, si estuvieran realmente convencidos de su existencia. Si se pensaba bien, a los vampiros no era difícil matarlos, exterminarlos. ¿Lo era? La bala de plata. La luz. El símbolo religioso. La estaca en el corazón.

Se paró y miró, absorto, la leyenda grabada en la madera: «No deberás tener miedo de los horrores de la noche»... Sin embargo, la raza humana tenía miedo, siempre lo había tenido...

Siempre lo había tenido...

Los vampiros, si es que existían —no podía evitar la oración condicional— eran más antiguos que la Humanidad.

¿Pero cuánto? ¿Era posible que fueran millones y millones de años más antiguos, tal y como parecían indicar los descubrimientos de Clift?

¿Por qué se les temía tanto?

Eran una plaga.

Traían consigo la muerte. Algo peor que la muerte, la existencia de los no-muertos. Siempre que la leyenda fuera cierta.

Y eligieron a los humanos como su presa predilecta, activando uno de los más fuertes instintos que había bajo el nivel neocortical, el gran arquetipo del sexo.

De la misma forma en que una flor atrae por medio de su aroma.

El sueño... El sueño incestuoso en el que se unía con Kylie, muerta o viva. Era repugnante para su yo consciente, pero obviamente delicioso para alguna región distinta de la percepción...

De repente, estableció una conexión entre el sueño y la presencia femenina que, si Stoker estaba en lo cierto, pululaba por el patio.

Al pensar en ello, en aquella sombra que, no sin razón, temía, una ola de deseo lo sacudió.

Trató de luchar contra ella. «La pestilencia que caminaba en la oscuridad...». ¿Era así como continuaba el salmo?

Para tranquilizarse, empezó a andar por la habitación contando los pasos, intentando una vez más pensar en el problema desde un punto de vista científico.

¿Por qué otra razón eran tan temidos los vampiros?

Porque eran parásitos. Los parásitos siempre han producido miedo.

Si habían precedido a los seres humanos en la escala evolutiva, eso quiere decir que antes tuvieron como presas otras formas de vida.

¿Qué habían sido —se dio cuenta de que procuraba evitar la palabra— los vampiros antes de hacerse parásitos? ¿Antes de que surgiese en ellos esa terrible necesidad de la sangre?

Existían muchos artrópodos chupadores de sangre: chinches, pulgas, mosquitos, garrapatas, todos ellos parásitos del hombre. Como demostraban los fósiles, esas criaturas ya estaban en el loco mundo mucho antes de que apareciese la especie humana. Incluso antes que los pájaros o cualquier mamífero.

Todas aquellas pequeñas plagas para la vida humana eran, en su origen, inocentes consumidoras del jugo de las frutas y las plantas. Pero el sabor de la sangre les creó adicción y el parasitismo las convirtió en sus esclavas.

La sangre era un bebedizo peligroso. Una adicción semejante a la de cualquier droga.

Y los murciélagos vampiros...

Entonces, ¿qué eran los vampiros hacía millones y millones de años, antes de convertirse en esclavos?

Había un camino muy corto entre mordisquear una herida y beberse su sustancia... Entre bajar volando en picado por el aire y abalanzarse sobre una presa... Entre suscitar el miedo y suscitar la lujuria...

Casi presa de la fiebre, pensó que había divisado un depredador aéreo transformado en la pestilencia que caminaba en la oscuridad. Descompuesto por el ruido y el olor del chorro de gas, Bodenland se dirigió a la ventana y apartó las cortinas, permitiendo que la luz de la luna entrase en la cargada habitación. Apartó la hilera de flores blancas, abrió la ventana y respiró el aire a bocanadas.

La luna aún flotaba de arriba abajo en el estanque.

De Stoker no había rastro.

La mujer estaba allí, en el patio, alta ante la figura de un querubín. Lo miró, en sus ojos había un destello de fuego frío y verde.

El corazón le dio un vuelco. Pero su mente se mantuvo serena.

A lo lejos, el reloj de la torre del manicomio dio la una.

Ella levantó los brazos y se dirigió hacia él.

Estaba en el dormitorio, entre los objetos domésticos, con sus ojos muertos, andando, deslizándose más bien. Muy cerca de él... y él no apartaba los ojos; tenía el cabello erizado.

—Esto no es un sueño, Joe —dijo. Su voz era profunda y masculina.

Un aire helado entró con ella en la habitación. Lo traía envuelto en su blancura, con algo semejante a un destello de escarcha en el pelo, y aquel manto pálido, sombrío al mismo tiempo que brillante —sí, pensó, parece más un estado febril que una persona, da miedo, sí, pero no es más peligrosa que un fantasma... Sin embargo, sentía un deseo irrefrenable de que lo tocara, de disfrutar de una intimidad que ningún hombre conocía desde este lado de la tumba.

Su intelecto no tuvo el más mínimo papel en este encuentro.

Su nombre era Bella y, al pronunciarlo, sonaba como el tañido de una campana.

—¿Qué quieres de mí?

—Yo sé lo que tú quieres de mí, Joe. —La voz seguía siendo espesa, como si en la parte posterior de la garganta hubiera sangre. Y sus labios eran rojos.

Comenzó a hablar y él, en trance, escuchó.

Su gente era antigua y había sobrevivido a muchos avatares. Cuando los robles murieron, ellos se mantuvieron firmes contra la tormenta. Las palabras exactas que ella utilizó entonces no volvieron a su memoria jamás; sólo recordaba —intentaba recordar— que quería darle la impresión de que los no-muertos no estaban al margen de la Naturaleza, sino que formaban parte de ella. Habló de los humanos como los auténticos exiliados, desgajados del mundo antiguo, incapaces de incorporarse a las corrientes de continuidad que emanaban del pasado distante y fluían hacia futuros lejanos. Hablaba, y lo hacía con imágenes.

Por todo ello la Humanidad tenía escrito su destino. Los hombres debían ser sacrificados en aras de la supervivencia del viejo planeta. Pero ella, Bella, tenía en sus manos el poder para salvarlo a él, a Joe. Más que salvarlo: darle el premio de la vida eterna, de pertenecer a la gran corriente de vida de la que su condición humana lo apartaba. Ella hablaba, y él percibía la imagen de varios glaciares de los que surgían purísimos ríos precipitándose en ingentes océanos, no contaminados por la acción del hombre.

—¿Qué debo hacer? —El susurro sonó como las hojas movidas por el viento.

Bella dirigió toda la fuerza de su mirada hacia él. Sus ojos eran rojos como los de un perro, o amarillos como los de un gato, o verdes como los de un oso polar —más tarde, no sería capaz de recordarlo. Lo traspasaban, seguros, sin conciencia ni rastro de inteligencia.

—Todos los Voladores debemos acudir a una gran reunión convocada por nuestro Señor. Hemos sido citados, todos. Tenemos que ir a la región que vosotros llamáis bahía de Hudson. Allí decidiremos, en última instancia, el destino de la especie humana.

—No podéis existir sin nosotros.

—Tal y como ya existimos en el pasado, así existiremos de nuevo. Vosotros no sois... más que un simple momento en el tiempo.

De nuevo, algún tipo de imagen telepática, con altas montañas asomadas sobre glaciares, lentos glaciares rebosantes de nieve. Y, en sus agrietados flancos, crecían arbustos llenos de espinas, reciamente dispuestos contra el viento.

¡Oh!, era hermoso. Suspiraba por ello. Sentía dolor.

—El gran Señor Drácula guiará nuestras decisiones. Todos nosotros tenemos voz. Quizá la exterminación, quizá la esclavitud total. Todos vosotros confinados en...

Dijo un nombre. ¿Había dicho «la tierra verde» o Groenlandia?

—¿Lo entiendes, Joe? Somos mucho más fuertes de lo que puedes imaginar. Poseemos el pasado, por tanto somos dueños del futuro más remoto.

—¿Y el presente? No sois nada, Bella.

—Debemos recuperar el tren del tiempo. Tienes que entregarlo. Eso, y sólo eso, es lo que tienes que hacer para que seamos amantes inmortales que cabalgarán en la tormenta de los tiempos, como Paolo y Francesca.

Al tiempo que pronunciaba aquellas palabras y profería tan inhumanas promesas, deambulaba suavemente por la habitación con movimientos de tigre.

Él observaba. Ella no se reflejó en el espejo del aparador al andar, ni tampoco en el acristalado mapa del Imperio británico, ni en ninguna de las pinturas.

El se sentó al borde de la cama; no podía dejar de temblar.

—¿Qué significa eso: ser dueños del futuro?

—Basta de charla. Eso es cosa de los humanos. Olvida el futuro. Podemos saborear el presente.

La oscura voz calló. La figura desplegó unas enormes alas y se encaminó hacia él.

En sus movimientos había algo que despertó en Bodenland el recuerdo de un sueño olvidado. Hasta él vino la imagen de aquello que lo había atacado en el corredor del tren del tiempo, aquella cosa que era capaz de recorrer una distancia infinita a una velocidad infinita. Tuvo tiempo de apreciar la tenebrosa habitación en la que, eso es lo que parecía, el resplandor del fuego resaltaba todas y cada una de las líneas verticales con un tono ceniciento, como barrotes que lo enjaularan en aquel segmento de existencia pasada, hasta que el aroma de ella y el agradable aspecto de sus ropas ahogaron cualquier otra sensación.

Se detuvo junto a él, sobre él, mientras él permanecía sentado al borde de la cama, con los brazos echados hacia atrás para adelantar el torso, mirándola a la cara.

Los rojos labios se movieron y ella habló de nuevo.

—Conozco tu fuerza. La vida eterna está aquí, si la deseas. La vida eterna y el amor eterno.

El tenía la boca demasiado seca para hablar. Fue incapaz de darle a su voz un tono sarcástico:

—Amor prohibido.

—Prohibido por los tuyos, Joe, no por los míos.

Y con un poderoso susurro de alas, lo abrazó, hundiéndolo entre los pliegues del edredón.

Al tiempo que la sangre corría por sus venas, con fuerza, densa a causa del placer, tuvo una visión. Era algo antiguo, aunque imperecedero, como grabado en piedra. Fluía desde Bella hasta él.

El recuerdo de Bella se situaba en lo que un día se conocería como bahía de Hudson, una fría región de Canadá. Ahora las nubes se retiraban con rapidez después de su descarga, semejantes a la piel que se separa del cuerpo, y el calor producía un sonido cercano al de la respiración. En aquel cálido clima de setenta millones de años atrás, lo que con el tiempo se convertiría en hielo y agua surcada por témpanos a la deriva, era tierra firme, sabana moteada de arbustos o bosque. La hierba, que hubiese llegado por la rodilla a un hombre, era la sabrosa comida de enormes y torpes herbívoros: hadrosaurios que pastaban junto a ríos de curso lento, brontosauros que caminaban pesadamente por las regiones pantanosas.

Los Voladores, llegados a pie y por aire, los encerraron, junto con otros ornistiquios, en terrenos cercados y en jaulas de pinchos. Condujeron a sus cautivos, gordos de sangre y grasa, a improvisados campos de exterminio, donde poco a poco iban siendo sacrificados.

La sabana está repleta de ellos. Las bestias se debaten y chillan. El suelo tiembla. La cama tiembla. Bodenland grita con fuerza.

Larry estaba fuera de sí. La ira le hacía estremecerse. El empleado de la funeraria le había dicho: «Creo que no debería actuar así ante el fallecimiento de su madre, señor. Debemos respetar a los muertos», y Larry apartó de un empujón a aquel hombrecillo.

Salió de la sala y llegó a la acera, maldiciendo y gesticulando. Kylie lo siguió, renuente, con la cara pálida y el ceño fruncido.

La mañana era alegre y soleada, y la calle principal de Enterprise se encontraba atestada de tráfico, sobre todo mirones que venían a ver qué ocurría en Old John, atraídos por la noticia de que la historia de la Humanidad había sufrido un vuelco completo. Los coches se movían tan despacio que tanto conductores como pasajeros tenían tiempo más que suficiente para contemplar a aquel hombre que, bajo el cartel de la funeraria, se movía de un lado a otro de la acera. Muchos de ellos lo insultaban,

pensando que reconocían a un borracho cuando lo veían.

—Basta ya, Larry, ¿quieres? —Kylie lo agarró del brazo—. Vamos, te llevaré de vuelta al motel.

—¿Qué he hecho, Kylie? ¿Qué he hecho? Me voy a tomar una copa en el primer bar que encuentre, eso es lo que voy a hacer...

—No, por favor... Te vendría mejor rezar. Rezar te dará más fuerza que el whisky.

Daba la impresión de que no oía lo que le decía.

—Era mi madre la que estaba allí dentro, blanca y marchita. Metida en esa cámara frigorífica... —Las lágrimas le caían por las mejillas—. Era como una flor aplastada, sin color alguno...

—Larry, cariño, lo sé, lo sé. Es terrible. Pobre Mina. Pero emborracharte no te ayudará lo más mínimo...

Los mimos y lloros de Kylie lograron convencer a su marido de que volviera al descapotable. Condujo despacio el coche, secándose las lágrimas, hasta el Moonlite Motel. La dirección del establecimiento había tenido la poca delicadeza de ofrecerles la habitación en la que se había alojado Mina. No había otra disponible, debido a la inesperada afluencia de visitantes. La aceptaron. Habían hecho limpieza, aunque de forma apresurada, y Kylie encontró en la papelera una arrugada hoja de papel. Su suegra había comenzado a escribir una carta en ella: «Joe, cabrón...».

—Lo que no consigo entender —dijo Larry, dirigiéndose al minibar—, es qué significa eso de «Envejecimiento prematuro». No confío en los médicos de Utah: seguro que el hotel los habrá sobornado. Cariño, ¿te importa ir al final del pasillo y traer hielo?

Ella se puso delante de él.

—Te quiero, Larry, y necesito tu apoyo. ¿No te das cuenta de que todavía estoy temblando? Pero eres como un niño glotón. Tus padres te rechazaron, lo sé, lo he oído un millón de veces. Y te escuchas constantemente en eso, como un niño pequeño. Te has escuchado siempre. Muy bien, si quieres tenerme a tu lado, deja de ser un niño y preocúpate por cosas más importantes.

—¿Has oído alguna vez que un niño bebiese whisky Wild Turkey? Jamás superaré la muerte de mi madre, porque debía haber cuidado de ella. Ella me amaba. Me amaba, Kylie. Algo que mi padre no hizo nunca.

—¡Larry! —gritó ella—. Por favor, ¡deja de pensar en ti mismo! Preocúpate por lo que le ha pasado a Mina. ¿Qué demonios vamos a hacer? El amor humano no es perfecto, de acuerdo, pero Joe te quiere, y lo hace lo mejor que sabe. Pero ni siquiera sabemos dónde está...

—Iré yo a por el hielo, no te moleste —se puso de pie—. Siempre te pones de parte de Joe. Ya estoy acostumbrado, y ahora me voy a por una copa mientras tú

cotorreas, si no queda otro remedio.

Ella se dirigió hacia la maleta que había puesto sobre la cama. La había abierto sin llegar a deshacerla. Se habían registrado hacía solamente una hora y habían ido directamente desde el motel a la sala de la funeraria.

—No pienso cotorrear, querido. Lo que pasa es que no nos entendemos. Ya he tenido bastante. Me voy. Tú me abandonaste en Hawai. Ahora te abandono yo en Enterprise, Utah.

Cerró de golpe la maleta. Cuando se dirigía a la puerta, Larry corrió para ponerse delante de ella. Kylie agitó con fuerza la maleta y le golpeó en el estómago.

Casi sin aliento, Larry se apartó de su camino.

Una vez que se hubo marchado, Larry se encaminó, encogido, hacia el sofá, tratando de soportar el dolor. Tras tomar un poco de aire, cogió la botella de Wild Turkey que había traído en su maleta. La levantó hasta que recibió el destello de la luz de la ventana que Kylie había dejado abierta y le hizo un saludo.

—Solos tú y yo, viejo amigo —dijo.

Más tarde, salió tambaleándose y se compró una hamburguesa en el Chock Full O'Nuts cercano al Moonlite. Después bajó la persiana para evitar la brillante luz del sol. Terminó dejando la botella vacía sobre el alféizar de la ventana y se sumió en un pesado sueño, roncando con una facilidad que parecía tener entrenada.

Llegó la noche. El cartel de neón parpadeaba fuera, registrando el paso de los minutos. Los coches entraban y salían del aparcamiento. Larry seguía durmiendo y tuvo un sueño nada tranquilizador.

Pareció recibir una visita de su madre, que se colocó frente a él, pálida, sin sangre, con los ojos rojos. Imploraba sus cuidados. Se inclinó sobre él con un movimiento gradual, como para no asustarlo.

«¡Oh!», susurró, Larry era su amado hijo —tan amado. Ahora lo necesitaba más que nunca.

La brisa nocturna sacudió la persiana. Aleteó hacia el interior de la habitación, golpeando la botella de whisky vacía. Daba golpecitos de forma intermitente. La botella cayó y chocó contra el suelo.

Larry se despertó, aterrorizado. Se incorporó, gruñendo, asiéndose la cabeza, y paseó la mirada por toda la oscurecida habitación.

—¿Madre?

Estaba solo.

El glorioso día estival bañaba la fachada de la residencia de Bram Stoker. Una hilera de hayas rojas recién plantadas separaban la casa de la calle, refulgente bajo el temprano sol de la mañana. Los árboles parecían de cobre, como si una sirvienta acabase de sacarles brillo.

El carruaje, con sus dos caballos pardos, se detuvo ante la entrada de la casa.

Apareció Stoker, resplandeciente bajo su sombrero, charlando alegremente. Tras él salía Joe Bodenland, que caminaba despacio y no decía nada. Su rostro tenía un aspecto mortecino y ceniciento. Stoker lo ayudó a subirse al carruaje.

La señora Stoker estaba de pie junto al arriate, hablando con Spinks, el joven jardinero. Ella también se había vestido con sus mejores galas y, unos instantes después, se acercó al carruaje y James, el conductor, la ayudó a instalarse en él.

—Spinks está preocupado por el mildú de las rosas —dijo—. Y yo también.

Las ruedas del carruaje crepitaron sobre la gravilla al comenzar a moverse.

—Son muy bonitas las flores azules del arriate, querida. ¿Cómo se llaman?

—Sí, este año están mucho mejor. *Lobelia Sjphilitica*. Un nombre gracioso.

Tras dejar atrás el sendero de entrada y bajar por la colina, las torres y las agujas de Londres aparecieron a lo lejos. Stoker y su mujer se mostraban intranquilos por el gran acontecimiento. Se pasaron el viaje arreglándose la ropa el uno al otro, limpiándose mutuamente motas de polvo imaginario y colocándose el pelo. No hacían más que pensar qué harían durante el solemne acto. Bodenland iba sentado en su sitio, encogido, y sólo hablaba cuando se dirigían a él.

El carruaje los llevó a la espléndida estación de Paddington, construida por uno de los súbditos más ingeniosos de la reina, Isambard Kingdom Brunel. El jefe de estación se acercó a ellos y los acomodó en un vagón de primera clase.

Stoker se sentó con el sombrero de copa inclinado de una manera graciosa, y encendió un gran puro.

En Windsor, la estación estaba decorada con banderitas de colores y había una banda de instrumentos de viento tocando música. Un secretario particular de la reina salió a su encuentro y los acompañó, con aire marcial, hasta el palacio, en el que ondeaba, perezosa bajo el sol, la bandera nacional.

Cuando entraban en el patio del castillo en un cupé, la campanada de un reloj les indicó que faltaba un cuarto de hora para las once. Llegaban con tiempo de sobra, ya que la ceremonia era a las doce del mediodía. Un pelotón de guardias reales estaba desfilando y una banda de música interpretaba alegres melodías. La señora Stoker aplaudía, complacida, con sus enguantadas manos.

—¡Qué maravilla! —Dijo Stoker, con la misma impresión, mientras asentía mirando a los miembros de la banda—. Es una pena que tu padre no esté aquí para verlos, Flo.

La muchedumbre tenía la mirada fija en las puertas; los niños agitaban pequeñas banderas británicas.

Descendieron del carruaje, ayudados de manera ceremoniosa. Los escoltaron hasta la sala de recepciones, donde otros personajes célebres, llenos de medallas, esperaban con actitud relajada, fumando cuando era posible. El mismo Irving se les unió minutos después y le presentaron a Bodenland.

Henry Irving caminaba dando largos pasos, quizá para dar la impresión de que era más alto de lo que en realidad era. Tenía el aspecto de un lobo hambriento. Sobre su espléndida cabeza, el pelo se veía veteado aquí y allá por mechones grises; lo tenía largo y su corte era bastante irregular, dándole un toque bohemio a su apariencia. Hizo su característico gesto de enarcar las cejas, mirando a los allí reunidos con el objeto de que se dieran cuenta de su presencia; acto seguido, centró su atención en Stoker y sus acompañantes.

—Tengo amistad con su compatriota, Mark Twain —dijo Irving—. Lo conocí durante nuestra última gira por Estados Unidos. Un hombre muy divertido.

Se sentó junto a ellos y tamborileó con los dedos en su sombrero de copa.

—Parece que aquí no podemos beber, Henry —dijo Stoker.

Sin embargo, sirvieron café en tazas de porcelana que suscitaron gran admiración por parte de la señora Stoker. En realidad, no dejaba de admirarse por todo lo que veía.

Cuando llegó la hora, los condujeron a una espléndida sala de recepción de color escarlata. El mobiliario lo componían varias sillas de rígido respaldo en un extremo y un sencillo trono, sobre una tarima, en el otro. La decoración se completaba con algunos óleos colgados en la pared, enmarcados generosamente y que representaban escenas de batallas. En una habitación contigua, un cuarteto tocaba una suave música.

La reina Victoria entró escoltada en la sala y se dirigió al lugar del trono. Se sentó en él sin ningún gesto de ostentación. Era una mujer pequeña y gruesa, vestida de negro, con una banda azul sobre uno de los hombros. Nombró a media docena de caballeros con la espada ceremonial, sin dejar traslucir un interés excesivo por aquel acto. Tal y como ordenaba el protocolo, no entabló ningún tipo de conversación con sus súbditos cuando éstos, tras recibir el honroso nombramiento, se ponían en pie.

A Irving le llegó su turno. Subió los tres pequeños escalones y se arrodilló ante su reina. Ella tocó sus hombros con dos movimientos de la espada.

—Nos sentimos muy honrados, Sir Henry —dijo, y sonrió.

—Oh, ha sonreído —susurró la señora Stoker en el oído de su marido.

El asintió con vigor.

La interpretación del himno nacional puso fin a la ceremonia.

Más tarde, tras abandonar el castillo en compañía de Irving, todo el mundo hablaba de la sonrisa de la reina. Estaban de acuerdo en que había estado maravillosa, y también en que tenía un aspecto realmente formidable para su edad.

La señora Stoker se volvió hacia Bodenland.

—No ha dicho usted gran cosa acerca de este memorable acontecimiento, señor. ¿Qué le ha parecido? Ya tiene usted una magnífica historia que contar a la señora Borderland. Estoy convencida de que no tienen nada tan impresionante en los Estados Unidos.

—Puede que sea así, señora. No tenemos reyes en nuestro país, ya que es una república. Todo este despliegue, este enorme castillo, ¿no lo pagan los bolsillos de los británicos normales y corrientes? Y en lo que respecta a su reina, y sin ánimo de ofender, ¿no son los ingleses pobres los que mantienen en pie todo el lujo del que se rodea?

—Eso es una completa estupidez, Joe —dijo Stoker—. La reina es una dama verdaderamente espartana. No come casi nada desde que murió el príncipe consorte.

—¿Quiere usted decir que no hay pobres en América? —dijo Florence.

—Yo no he dicho eso, señora Stoker. Por supuesto que hay pobres, pero son pobres con esperanza. Pueden —si se me permite utilizar esta expresión algo pasada de moda— recorrer por sus propios medios el camino que va desde su humilde cabaña hasta la Casa Blanca. Por el contrario, dudo que ningún inglés pobre pueda recorrer el camino que va desde Whitechapel hasta el trono.

—No sabe usted lo que dice, señor Borderland —dijo Florence, molesta.

Después de la ceremonia hubo un gran almuerzo, organizado en los salones de banquetes junto a Whitehall y al que asistió, ni más ni menos, que el primer ministro, Lord Rosebery.

Como de costumbre, Bram Stoker tenía que permanecer al lado de Irving, pero en una ocasión se acercó a su nuevo amigo y se lo presentó a la primera actriz de Irving, Ellen Terry. El hermano de Ellen Terry, el también actor Fred, estaba con ella, pero Bodenland no dirigió una sola mirada hacia él.

Ellen Terry era, simplemente, la mujer más hermosa que había visto nunca. Llevaba un vestido de seda de color azafrán, con dibujos realizados mediante hilos de colores, trenzados a mano, y pequeñas joyas. El vestido hacía juego con su atractivo color de piel y con unos ojos —él lo sentía así— que lo comprendieron nada más mirarlo. Bodenland estaba tan abrumado por la impresión, totalmente nueva para él, que fue incapaz de decir algo coherente. Algún tiempo después sólo podría recordar vagamente el gesto que hizo con la cabeza, a un tiempo lleno de orgullo y de modestia. Recordaba la forma en que su boca —aquella deliciosa boca— se movía, pero no las palabras que salieron por ella.

Se volvió para hablar con alguien. A decir de Bram Stoker, toda la luz del sol parecía estar contenida en Ellen Terry.

Pero su amigable hermano, Fred, se quedó unos momentos y señaló a Bodenland algunos notables que iban acudiendo a la mesa.

—Ese de ahí con chaqueta de solapas verdes es un compatriota suyo, Edwin Abbey. Buen artista, pero, siendo americano como es, no acabará enterrado en Westminster Abbey. —Se rio de su propia gracia y comenzó a hablar como si de una carrera de caballos se tratase—. ¿Ve usted a quién está estrechando la mano? Es un viejo caballo de guerra, Alma Tadema: se ha adelantado a Henry por un cuerpo; ya

había sido nombrado caballero. Formidable pintor, rediseñó la toga romana para el *Coriolano* de Henry... ¡Ah!, y ahora, apareciendo por la recta de tribuna... ¿ve aquella dama con el turbante con plumas de águila un tanto ostentosas? No es otra que la señora Perugini, hija del recientemente fallecido novelista Charles Dickens. Ese caballero de aspecto tan serio que está saludando a Bram... es uno de sus mejores amigos, Hall Caine, otro novelista, felizmente aún entre nosotros.

—¡Oh, aquí llega alguien a quien es toda una delicia ver! —Exclamó Fred Terry cuando un hombre de aspecto excéntrico y una enorme cabeza poblada de flotante cabello, irrumpió en el lugar y fue a dar un efusivo abrazo a Irving—. Es el genio musical polaco del momento. Paderewski. Son viejos amigos, como puede ver. Un tipo muy romántico, al parecer. —De hecho, una vez que todos los invitados estuvieron sentados, y antes de empezar a comer, convencieron a Paderewski para que se sentara al magnífico piano y tocara un minué compuesto por él mismo, atacando las teclas con tanta energía que parecía estar actuando en nombre de todo el pueblo polaco.

Tras un aplauso entusiasta, el nuevo caballero se levantó y pronunció un discurso, también aplaudido con devoción; a continuación, realizó su famosa interpretación de *Las campanas*, la dramática historia de un hombre que vive atormentado por haber cometido un crimen aún no descubierto. El aplauso ahora fue tumultuoso. Ellen Terry, sentada entre Irving y Lord Rosebery, sonreía como un ángel.

Comenzó el banquete.

Camareros frenéticos transportaban ingentes cantidades de comida; con gran aplomo, traían platos llenos y retiraban los vacíos. El vino se servía sin pausa en copas de cristal tallado, y era tal la cantidad que se consumió que los hombres, embutidos en sus elegantes trajes, entraron en un estado apoplético y sus mejillas se pusieron tan coloradas como los propios caldos de Burdeos.

Algo asustado por la pantagruélica celebración, Bodenland apenas comía y bebía pequeños sorbos de su clarete. Florence Stoker, sentada junto a él, trataba de entretenerlo contándole historias de la familia Balcombe.

Se dio cuenta, obviamente, de que él no prestaba mucha atención.

—¿Es usted uno de esos hombres que considera la conversación con una mujer como algo insustancial? —preguntó, mientras presentaban ante ellos un pastel en forma de torre que recordaba al Mont Blanc, hecho con base de bizcocho, brandy y azúcar helado.

—Muy al contrario, señora. Creo que ésa es una actitud equivocada.

No podía dejar de mirar a Ellen Terry; todas sus sensaciones acerca del siglo XIX quedaron alteradas por ella.

Cuando salieron por fin, con paso titubeante, a la luz del día londinense, débil luz solar que caía sesgada a través de árboles perfectamente alineados, se encontraron

con una turba de mendigos que suplicaban algo de comida o de dinero.

Stoker cogió por el codo a Bodenland y lo condujo entre los brazos que se estiraban. Bodenland miraba con lástima los rostros cadavéricos, pálidos, pero, al mismo tiempo, encendidos, de ardientes ojos, gentes cuyos harapos semejaban mortajas. Se preguntaba si Stoker habría sacado su imagen de los no-muertos de aquella muchedumbre melancólica que pululaba, por millares, a lo largo del submundo de Londres.

Consciente de su interés, Stoker se detuvo y abordó a un chaval de escasa estatura, sin zapatos ni nada que le cubriese las piernas, que alzaba una mano huesuda hacia ellos. Stoker sacó una moneda de su bolsillo y le preguntó qué hacía para ganarse la vida.

—Era rastreador, señor, como mi padre. Pero los tiempos son duros y hay que pelear sin descanso. Una limosna, señor, Dios le bendiga.

Cogió la moneda y se largó a toda prisa por una calle lateral.

—¿Qué es un rastreador? —preguntó Bodenland cuando subían al carruaje.

—Rastreador de mierda de perro —dijo Stoker, tapándose la boca con el sombrero para que su mujer no pudiese escuchar—. Ese desgraciado probablemente trabaja para los curtidores de Bermondsey. Utilizan la mierda para curtir el cuero. He oído que se trata de una ocupación muy provechosa.

—Ese chico estaba hambriento.

—No te puedes fiar de las apariencias.

Volvieron a casa a última hora de la tarde. Las luces ya estaban encendidas cuando James llevó los caballos al establo.

Se produjo un enorme ajeteo en el recibidor al despojarse todos de los abrigos y Van Helsing no hacía más que quejarse, impaciente por comprobar que aquella salida no había ido en perjuicio de sus responsabilidades médicas. Se las arregló para dar un par de vueltas alrededor de Stoker cuando éste entraba en la salita de estar, antes de caer rendido en el sillón que estaba bajo el Bronzino.

Stoker tiró con fuerza de una cuerda enganchada a una campana con el objeto de pedir un poco de vino.

—¡Vaya día que hemos tenido! —dijo—. Ha sido un honor para toda la profesión teatral, sin duda. ¿Está usted de acuerdo, Joe?

Joe se había acercado a la ventana para contemplar la remolona luz del día que iba dejando de iluminar el jardín.

—Qué hermosa es Ellen Terry —dijo, como si estuviese soñando.

Mientras el criado servía el vino, Van Helsing acudió presuroso junto a Stoker y se apoyó en una rodilla, con una actitud parecida a la que Irving había adoptado unas horas antes. Subió la manga de Stoker y le administró una inyección con una larga jeringuilla plateada.

Stoker hizo una mueca de dolor.

—Es mi amigo el que necesita de sus cuidados, Van —dijo Stoker. Se incorporó y se dirigió hacia el lugar en que se encontraba Bodenland, con la mirada perdida en los bosques. Al volverse Bodenland, Stoker vio las dos reveladoras marcas en el cuello y comprendió lo que había ocurrido.

—Mejor será que traiga yodo, Van. El señor Bodenland se ha cortado afeitándose. —Llevó a Bodenland hasta un cómodo sillón y le hizo sentarse. Tras dedicarle una mirada de compasión, chasqueó los dedos—. Sé lo que necesita.

Un minuto después, tras mirar en el mueble donde guardaba el vino, trajo un vaso lleno de un líquido rojo y se lo dio a Joe.

—¿Qué es esto? ¿Vino?

—Láudano. Lo dejaré como nuevo.

—Dios... Bueno, estamos en 1896... —Bebió despacio, a sorbos, y se fue encontrando un poco mejor.

—Debería irse de aquí de inmediato, Joe. Es usted un hombre marcado. Sé que se ha quedado más de la cuenta por mi culpa, pero ahora creo que tiene que irse a casa mañana por la mañana. Está más claro que el agua.

Bodenland se puso en pie, temblando ligeramente. Respiró con ganas.

—Estoy bien, más o menos. Déjenme que les diga algo, ya que han sido tan amables y hospitalarios conmigo. A pesar de las experiencias vividas en mi viaje a Inglaterra —y eso que no me he atrevido a contarles todos los extraños sucesos acontecidos en él— me he esforzado por negar la realidad de... de los vampiros. Para ser honesto, pensé que eran una fantasía inventada por usted en la novela que está a punto de acabar. Incluso cuando hablaba de ellos, tenía la impresión de que estaba loco. Ahora sé que no lo está.

—¡Que el Cielo sea alabado! Soy yo el que siempre ha pensado que estoy loco o me falta poco para estarlo.

—Y yo estoy muy feliz de que se haya convencido, señor Bodenland —dijo Florence, pronunciando su nombre correctamente como signo de gratitud.

—Gracias. Permítanme terminar. Desde luego, aún estoy preocupado por mi mujer, Mina, y por mi familia. No puedo quitarme de encima la idea de que ha ocurrido algo terrible. Pero... al infierno, Bram, después de la experiencia de anoche, sería una cobardía largarse y abandonar ahora, irse a casa como si nada hubiese pasado. No pude ayudar a mi viejo amigo Bernard Clift. Bueno, no voy a dejar en la estacada a mi nuevo amigo también. Me quedo, y juntos combatiremos esta desgracia.

Stoker lo sorprendió al abrazarlo.

—Es usted un tipo estupendo, sin duda. —Apretó la mano de Bodenland con emoción—. Ha tomado una valiente decisión.

La señora Stoker se levantó como una exhalación, soltó en la alfombra el aro de su bordado y lo besó en la mejilla.

—No me hace gracia que meta a mi marido en líos, pero ha hablado usted como un hombre: como un soldado. Vamos a beber una copa de jerez y brindaremos por usted.

—Y nos fumaremos un puro —dijo Stoker—. Por lo menos, yo sí.

Esta reacción levantó el ánimo de Joe y lo ayudó a abandonar su reciente indolencia.

—No perdamos más tiempo. Puede que yo no sea cristiano, pero se podría decir que esto será una búsqueda cristiana. —Mientras hablaba, cogió el Nuevo Testamento de una mesita y lo alzó, agitándolo, como si se tratase de una prueba—. Empezamos mañana.

—Y nos prepararemos esta noche —dijo Stoker, con el puro en la boca.

Stoker salió de la sala y su mujer se acercó a Bodenland.

—Mi querido padre estaba lleno de sabiduría, como corresponde a un hombre que fue teniente coronel y sirvió en Crimea. Una vez me dijo que suceden muchas cosas imposibles. Lo relevante es decidir en cada momento cuáles de ellas creer y cuáles no.

—Sabio consejo, señora.

—Los consejos de mi padre siempre lo eran. Aún no he decidido acerca de los imposibles que usted plantea, pero me gustaría preguntarle algo, si no le importa: suponiendo que fuera posible, de algún modo, aventurarse en el futuro tal y como uno se aventura en la ciudad de Londres, ¿podría saber si la última novela de mí querido Bram tendrá éxito? —Se rio, como pensando que acababa de formular una pregunta un tanto estúpida para la hija de un gran militar.

—Bram la titulará *Drácula*, como ya les dije, no importa cómo la llame por el momento. Tendrá un gran éxito y será traducida a muchas lenguas. ¿Puedo hacerle yo una pregunta, señora Stoker?

—Sin duda alguna.

—¿De qué piensa que trata la novela de su marido?

—Asegura que espera reafirmar las virtudes tradicionales, tan femeninas, de la cristiana decencia inglesa, maternal, angelical...

—¿Sin tocar el tema del sexo?

—Por favor, no sea grosero. No hablamos de esos asuntos. —Levantó una mano haciendo un leve reproche.

—Le pido disculpas, señora. La mayoría de los lectores consideran *Drácula* como una historia de terror, a pesar de lo que diga Bram. Su propia madre le escribirá desde Irlanda y le dirá que es más horripilante que el maravilloso *Frankenstein* de Mary Shelley. La última vez que vi a mi nuera, o quizá la penúltima, estaba leyendo la

novela de Bram. Todo el mundo en este planeta —desde China hasta el Amazonas— probablemente conoce el nombre de Drácula. Una fama casi sin precedentes, señora Stoker.

—Bien, no me agrada en absoluto la fama de ese villano, el tal Drácula, pero me encanta todo lo demás. Algunos nombres, al igual que algunos cuerpos, es mejor enterrarlos y olvidarlos.

IX

OSCURECÍA EN LOS BOSQUES ENTRE los que se encontraba la casa. El crepúsculo estaba dominado por las nubes. Spinks, el jardinero, ayudado por los dos hombres, cargaba en el tren del tiempo balas de fabricación casera y riñes que Stoker poseía.

El extraordinario vehículo fue objeto de una detallada inspección que suscitó silbidos de admiración en Stoker e hizo a Spinks rascarse la cabeza varias veces. Este último adoptó un aire filosófico.

—Si funciona, funciona, señor, y no hay que preocuparse de nada más. Mi estómago funciona, pero no necesito saber ni cómo ni por qué.

—Muy acertado, sí señor —coincidió Stoker—. Cuanto menos sepas sobre tu estómago, mejor funcionará, sin duda. Encienda un farol, ¿quiere? Ha oscurecido muy temprano hoy.

A medida que las tinieblas iban envolviendo a los tres hombres, mientras la Tierra se movía girando para quedar a expensas de su propia sombra, las antiguas fuerzas de la oscuridad comenzaban a desperezarse. Al no estar sujetas a los avatares de la vida, tampoco se veían afectadas por la fatiga. Al mismo tiempo que ellos cargaban el tren del tiempo, Bella, en otro tiempo viva, descendía una destartalada escalinata que conducía hasta una cripta.

De nuevo había despertado del marasmo en que se sumía durante las sagradas horas de luz diurna. El cabello se le esparcía por los hombros. Alrededor de sus labios había una palidez mortal. Su fragilidad se mostraba en la parsimonia con que bajaba la deteriorada escalera. Ningún hombre vivo, temeroso de su propia debilidad, sería capaz de resistir el atractivo de la malograda Madonna.

Pero ella misma, fuente de terror, también podía sentir miedo. Se dirigía a una cita con su Señor.

El ambiente de la cripta, tenebroso y maloliente, le procuró cierta seguridad. Su agudo oído captaba las gotas producidas por la humedad, el susurro de una araña en su tela y todas las melodías de dientes afilados surgidas de la atmósfera en descomposición. También le agradó el hecho de que la vidriera del muro lateral sólo dejase penetrar un débil haz de luz rojiza procedente de los estertores del crepúsculo.

Había tumbas por todas partes. Un ataúd abierto yacía muy cerca y dejaba escapar su hedor. Bella se quedó junto a él, vagamente iluminada, esperando, inmóvil por completo.

Alguna clase de señal, quizá un simple cambio de la presión del aire en aquel húmedo y mórbido lugar, la llevó a ponerse de rodillas y alzar las blancas manos hasta ponerlas sobre su pecho. Abrió la boca y las macilentas encías hicieron que sus dientes pareciesen aún más largos y puntiagudos que nunca.

En la penumbra se materializó, lejana, una figura portentosa. Durante un instante fue casi invisible. Entonces empezó a avanzar en dirección a la mujer arrodillada. La distancia que debía recorrer era infinita, pero se movía a una velocidad increíble. De pronto llegó hasta su lado, arrojado por la ígnea oscuridad. Su rostro era alargado, pálido: daba sensación de poder. Unos cuernos sobresalían de las protuberancias que se veían entre sus recios y desordenados cabellos.

No había majestuosidad en él. Se trataba de una presencia brutal ante la que Bella no podía tomar otra actitud que la de sumisión.

Se dirigió a él como Señor y Conde, y dijo que Bodenland sería eliminado de manera implacable, tal y como lo había sido el otro profanador de tumbas, Clift. Ella no le dejaría escapar. Más que hablar, gruñía como una esclava con su profunda voz.

No era posible dudar del poder del monstruo, erguido como estaba, con sus cuernos y su verdadero aspecto. Tampoco se podía dudar de la horrible moral de su fuerza... o de la triste nota que albergaba su voz cuando respondió.

—Esposa y prometida mía, no estés tan segura. Nada está escrito. Muéstrate fuerte aunque tiemble de miedo tu interior. No olvides que los Voladores debemos estar siempre en el lado negativo de la Humanidad, ser su oscuro reverso. De lo contrario, perderíamos todo poder de atracción para ella.

—Nuestro poder de atracción, nuestra oscuridad, es nuestra fuerza, Gran Señor.

No le hubiera hecho falta hablar. Su voz procedía del abismo y tanto sus ojos como su boca mostraban encendidas las luces del infierno.

—A pesar de todos nuestros poderes, jamás dejaremos de ser esclavos de la imaginación humana. Te enfrentas a un hombre cuya fuerza mental es mayor de lo normal.

—Venceré, Señor, porque he aprendido mucho de ti.

—Únicamente en los dominios de la Muerte, allí donde los humanos no pueden entrar, tenemos nosotros la supremacía total. Recuérdalo, hija y prometida mía.

—Lo hago y siempre lo haré.

—Entonces, ven a mí. —Él se había elevado. Con un grito, Bella dejó que su cuerpo, semejante a un cadáver, cayera en sus brazos.

La oscuridad era aún más densa en los bosques sobre los que se alzaba la casa. Bodenland estaba en el interior del tren del tiempo, almacenando munición, víveres y otros objetos de utilidad, así como el bate de críquet de Stoker, que él consideraba algo así como su mascota de la suerte; decía haber ganado varias centurias con él, y que eso era muy buena señal a la hora de viajar a través de largos periodos de tiempo.

Al examinar los viejos rifles, Bodenland llamó la atención del hombre del pelo rojo para exponerle sus dudas acerca de ellos.

—Pero ya tenemos la prueba de que son eficaces —dijo Stoker de forma pausada y mirando a su amigo—. ¿O acaso lo ha olvidado? Fue una bala de éstas la que acabó

con el vampiro que estaba en la vieja tumba de su colega. No habrá problemas. Y recuérdelo, Joe, esos bichos tan feos son astutos, pero no tienen sentido común: no poseen inteligencia humana. Un loco me lo dijo en el manicomio.

Bodenland se puso en cuclillas a la entrada del tren.

—Estaba pensando en ese mismo asunto desde el punto de vista de las teorías evolucionistas.

—¿Está hablando del darwinismo? —el ancho rostro de Stoker se iluminó con la incierta luz del farol.

—Exacto, Bram, sabemos que los vampiros evolucionaron hace millones de años a partir de alguna otra forma de vida. Se adaptaron a vivir como parásitos. En sus bocas fueron desarrollándose elementos que les permitían chupar sangre y también adquirieron cierto tipo de poder telepático e hipnótico para atraer a sus víctimas. Esos cambios se tuvieron que dar en detrimento de otra capacidad. Bien, a lo largo de millones de años, a medida que su aspecto se iba acercando más o menos al del *homo sapiens*, no llegó a aparecer en ellos el neocórtex.

—Pero pueden hablar.

—Sí, pueden, pero no parece que les guste demasiado. Poseen una mente de lo más simple. Intenta que se aprendan las reglas del béisbol. ¡Imposible! Además, creo que han perdido otra habilidad. ¿Te parece descabellado pensar que su gran potencia sexual está motivada porque, en realidad, son seres frustrados sexualmente que han perdido la capacidad de reproducirse?

Stoker bajó la mirada, dirigiéndola hacia la hierba pisoteada bajo sus pies.

—Spinks —le dijo al joven jardinero que, cerca de él, estaba escuchando con los brazos en jarras—, será mejor que vuelvas a casa. Esta conversación no es para ti.

Una vez que el joven hizo lo que se le había ordenado, Stoker dijo:

—Entiendo lo que quiere decir, Joe. Los vampiros no pueden hacerlo, si exceptuamos a Drácula. Lo único que les gusta es chupar. Cuellos, claro.

—Entonces, ¿cómo se perpetúa su especie?

—Ahí está el problema. Si no se les levanta, la población baja.

—Lo que hacen es reclutar adeptos, ¿no? Reclutan seres humanos para las hordas de los no-muertos. Y a los que dejan de ser humanos se les seca también el cerebro.

Stoker se recostó en el tren y miró, a través de la bóveda de hojas, hacia el cielo casi oscuro, en el que una bandada de grajos realizaba un vuelo un tanto tardío.

—Está diciendo que hay dos razas entre los vampiros, de la misma manera que la Humanidad se equilibra con todas las que se encuentran entre la raza blanca y la negra. Una de ellas son los ex humanos. ¿Y cuál es la otra?

—Murciélagos vampiros gigantes. O sus equivalentes en el mesozoico. Es decir, pterodáctilos y pteranodontes. De devorar carroña a lanzarse sobre cualquier forma de vida hay un paso muy pequeño.

—No, no —dijo Stoker con vehemencia—. No lo acepto. No acepto que esas criaturas sin cerebro sean capaces de fabricar este impresionante vehículo y viajar en el tiempo. ¿Puede explicar eso, Joe? Seguro que no.

Bodenland rio al tiempo que se ponía de pie con un salto.

—No. Pero lo haré...

—Volvamos a casa.

Caminaron, cansados, colina arriba, a través del bosquecillo, mientras charlaban amigablemente y se ponían de acuerdo en salir temprano la mañana siguiente.

Cuando llegaron a la zona del cuidado césped, con la casa a la vista, Van Helsing se les acercó. Al ver que estaba a punto de soltar un discurso, Stoker sonrió ampliamente y levantó una mano.

—No hable, Van. Joe y yo estamos embarcados en una cruzada y nada nos detendrá.

—No está usted en condiciones, señor Stoker, créame.

—En condiciones o no, pienso ir. He arreglado todo con Irving. Pensamos que es posible acabar con los vampiros y vamos a hacerlo. ¿Quiere venir con nosotros?

Van Helsing se quedó de piedra.

—Si no tienen ustedes más remedio que partir en tan peligrosa misión, mi ineludible deber será permanecer aquí para proteger a la señora Stoker.

Stoker acarició su brazo.

—Tiene usted razón, Van. Admiro su gran sentido del deber.

Aspiró el aire que llegaba con una brisa.

—Tengo la sensación de que volverá a haber algo maligno por ahí dentro de poco, Joe... y lo digo sin intención de asustar a nuestro doctor.

—«No deberás tener miedo de los horrores de la noche...».

Stoker completó la cita por él:

—«... Ni de la flecha que vuela durante el día. Ni de la pestilencia que camina en la oscuridad: ni de la enfermedad destructora del mediodía». Suena como si los viejos salmistas estuvieran siempre atormentados por nuestros amigos, ¿no crees?

Aún no había oscurecido del todo en los extensos jardines del manicomio cercano. Débiles luces ardían en el edificio, sin iluminación en el exterior. Las ruinas de la vieja abadía situada tras el manicomio no habían conocido luz alguna desde que la artillería de Cromwell derribara sus viejos muros. Y en cuanto a aquellos amplios y descuidados jardines, a un tiempo tan cercanos a Londres y a épocas arcaicas, retenían la naturaleza de lo salvaje por doquier, abrazaban la oscuridad en horas tempranas y no la abandonaban hasta bien avanzada la mañana.

En su celda, en la esquina más septentrional del ala norte del manicomio, Renfield estaba de rodillas, rezando, contando, tarareando, recitando nanas, meneando la cabeza como un péndulo, víctima de uno de sus ataques. Al igual que

Bram Stoker, había oído algo en la brisa, y sabía que la maldad pululaba por el exterior. A un rincón de su cerebro llegó el recuerdo del grandioso sonido de bronce de la banda del Ejército de Salvación, que tocaba en la barriobajera calle en la que vivía con su familia en una mísera habitación alquilada; reprodujo la melodía golpeando con los puños en la pared inmunda: «Las campanas del infierno hacen talán talán talán». Hacían chocar los címbalos en la palabra «Infierno», mientras él, casi desnudo, del tamaño de una gamba, escondido bajo una de las camas de aquella habitación con un hermano aún más pequeño que él, no tenía más remedio que contemplar al ogro alcoholizado que era su padre mientras éste golpeaba a su madre, hasta matarla, con la pata de una silla; y la banda tocaba triunfalmente en la calle, ahogando los últimos gritos de ella: —«Para ti pero no para mí a li a li»—. Finalmente, su puño se estampó contra la piedra gris.

En una de las paredes de su celda, fuera de su alcance, había una luz eléctrica, protegida por una malla para evitar actos vandálicos.

Un vigilante miró hacia el interior de la celda y dijo con tono jovial:

—Fuera luces, Renfield, viejo amigo. Vamos a llevarnos bien, ¿vale?

El loco rodó sobre su espalda.

—Por favor, no enciendas la oscuridad, Bob. Déjame la luz, te lo suplico. Algo está ocurriendo en la cripta, y es peor que las babosas y los caracoles y las colas de los cachorros de perro. Déjame la luz. Ummmm.

—Lo siento, viejo, son órdenes, hay que apagarla. Son las nueve.

—Guau, guau, guau —daba vueltas por el suelo, ladrando—. Bob, Bob, hay un gran perro aquí, está conmigo. Me va a comer. Déjame la luz, mis últimas palabras...

—Lo siento, amigo, no veo ningún perro.

Cerró de un portazo la celda y apagó la luz del loco desde el exterior.

El lobo llegó de inmediato.

Apareció de entre unos arbustos azotados por el viento, muy lejos de allí, y se encaminó con rapidez hacia Renfield. Renfield, enseguida, emitió un largo aullido y corrió hasta el rincón más alejado de la celda. El lobo apretó el paso. Estaba a considerable distancia, pero se acercaba a gran velocidad.

Un intenso movimiento circular, algo semejante a una ventisca, se produjo en la celda en el momento en que el lobo se cernía sobre su presa. En el último momento, su forma cambió. Se convirtió en el conde Drácula.

Renfield se hizo un ovillo en su rincón, de nuevo tenía el tamaño de una gamba y, con la misma mirada con la que contempló el asesinato de su madre, ahora miraba indefenso.

—Ummmm.

El conde Drácula estaba vestido de manera fastuosa. Su rostro era vacuno, con aquellos cuernos y una piel que parecía maquillada con alguna sustancia azulada. A

veces la Muerte llega con aspecto de payaso.

—Has estado hablando con un vecino, Renfield. Sabes más de lo que es conveniente para ti.

—Seré tu esclavo, mi amo. Lo sabes. Ummmm. Ummmm. Seré tu esclavo. Conseguiré sangre. No...

El Conde levantó al loco en el aire, retorciéndole el cuello. Lanzó su cuerpo con enorme violencia contra una de las paredes encaladas de la celda.

Bob lo encontró por la mañana y dejó escapar una lágrima.

—Pobre diablo. No le haría daño ni a una mosca...

La oscuridad ya era total y Bodenland estaba en su habitación. La instalación de gas dejaba escapar un siseo. La apagó y trató de escuchar. La brisa había cesado. La quietud de la desconocida campiña inglesa llegó hasta él.

—Qué silencioso es el siglo XIX —dijo, casi en voz alta. Gracias al gas y al uso generalizado de la electricidad, la gente había cambiado, se había hecho más activa al llegar la noche, había olvidado las antiguas amenazas que la oscuridad ocultaba. Pero, a lo largo de los siglos anteriores a éste, no había existido defensa alguna para combatir lo que venía tras la puesta del sol. Los candiles y las velas se habían revelado como una frágil protección contra los depredadores de la noche.

Se sentó en una silla y volvió a reflexionar. Trataba de comprender por qué el símbolo cristiano de la Cruz aterrorizaba a los vampiros... si es que era cierto que los aterrorizaba. Aquella idea había que comprobarla. ¿Sentían todos los vampiros el mismo miedo?

Juntó ambas manos por las yemas de los dedos y pensó.

Todos los vampiros... Los hechos indicaban que todos los vampiros eran similares, aunque Drácula y algunas lamias, que probablemente no eran verdaderos vampiros, tenían extraordinarios poderes. Por lo demás eran tan parecidos como...

Como otros grupos de animales, como las ovejas y cualquier clase de ganado. No se distinguían individuos entre ellos. Y los seres humanos debían de carecer de esa individualidad cuando comenzaron su evolución a partir del mono. Por tanto, tuvo que haber una época en la que la individualidad —el rasgo que diferencia a la Humanidad incluso de los mamíferos más desarrollados— apareciese para iluminarlo todo. Su luz señaló el fin del dominio de los vampiros. Un caballo no es capaz de defenderse de un vampiro, al igual que no sabe abrir una puerta; un hombre sí puede.

Aquel gran momento de la evolución, el despertar del espíritu individual, debía de ser algo muy reciente.

Dejó que sus pensamientos vagaran. Bodenland no estaba muy acostumbrado a mirar en su interior, como buen hombre de negocios deseoso de economizar esfuerzos. Sin embargo, no por ello dejaba de lado su conciencia, una especie de ente que lo observaba desde fuera, como un espectador al margen de los acontecimientos

cotidianos.

Pero muchas religiones antiguas habían celebrado ceremonias que demostraban que los hombres de entonces no se comportaban ni se veían como individuos, sino como simples elementos de un conjunto. Si era posible sacrificar carneros o esclavos para salvar un alma, si miles de cautivos servían para salvar miles de almas —como ocurría entre los aztecas— eso quería decir que todas las almas eran iguales, intercambiables. La conciencia individual se abrió paso muy lentamente.

Hacia el siglo VI a.C. ya se dieron algunos signos de aquel despertar, gracias a grandes hombres como Confucio, Buda y los filósofos griegos.

Las religiones a las que sustituyó el cristianismo adoraban objetos de madera, imágenes talladas sin ningún hálito vital. Aquellas imágenes estaban en consonancia con los fuegos del sacrificio. La introspección solitaria de la oración era una idea novedosa. Nadie se aventuraba cuarenta días y cuarenta noches en el desierto para encontrar al dios Baal.

Jesucristo encarnaba algo nuevo y revolucionario: el valor del individuo. La idea de la salvación individual estaba relacionada con el triunfo de la conciencia. Había cambiado el mundo, o la mayor parte al menos. La época era propicia para aquellos conceptos... ¿acaso no fue en ese mismo periodo en el que comenzaron a expandirse otras grandes religiones? ¿Y todas con el mismo fundamento?

En un principio, los vampiros primitivos tenían como presas a criaturas sin conciencia individual. Eran su alimento natural. El peligro, para ellos, creció hasta límites insospechados cuando se vieron obligados a atacar a individuos impredecibles... y la Cruz simbolizaba aquel peligro y todo lo que ellos temían.

En Bodenland surgió la esperanza.

Se sentó unos instantes, pensativo, fortaleciendo su mente, reacio aún a aceptar del todo la idea de la existencia de los vampiros. Sin embargo, sorprendido, ahora sí estaba dispuesto a aceptar muchos de los principios del cristianismo, de unas creencias de las que se había mofado sin piedad toda su vida. Por esa razón se había negado a casarse con Mina por la iglesia. Quizá Kylie y Larry tenían algo importante, después de todo.

Se levantó y anduvo de un lado a otro del dormitorio, preparándose para el reto que se le venía encima, el más grande que jamás hubiese tenido ante él. Tras dudar sólo un momento, salió de la habitación y se precipitó escaleras abajo. Abrió sin hacer ruido la puerta de atrás y salió a la fría noche que lo aguardaba.

En el patio, las estatuas permanecían como bloques de hielo. Nada turbaba el silencio, la luz era tenue, la luna estaba oculta por una nube. La hilera de árboles que delimitaban el fondo del jardín era tan negra como un antiguo océano.

Todos los sentidos de Bodenland se pusieron en guardia, de una forma sobrenatural, nada más darse cuenta de que había allí una estatua de más. Era la

figura de una mujer, de pie, en una postura extraña, con la cabeza echada hacia atrás y dejando al descubierto el cuello y la garganta. Incluso antes de saber que aquella figura era Bella, había visto, tras ella, muy cerca, algo más oscuro que la noche, moviéndose, lanzando débiles gruñidos. Creyó atisbar la piel de un animal, pero no podía decir si se trataba de hombre o bestia. Ella, Bella, estaba envuelta en el abrazo sin oponer resistencia.

Fuese lo que fuese, alzó la mirada con un fogaño de amarillentos ojos rasgados y saltó con agilidad y rapidez el seto bajo que había en un extremo del patio; desapareció de su vista.

Con un movimiento letárgico, Bella estiró el cuerpo y se colocó la ropa. Se acercó a Bodenland con decisión, mostrando unos blancos dientes en un gesto que hubiera podido ser una sonrisa.

El cuerpo de Bodenland, enfrentado ahora a lo sobrenatural, se sumió en una especie de parálisis. ¡Buen ejemplo de pérdida de la individualidad! Pero estaba preparado para aquel encuentro y los instintos que albergaba en su cerebro le permitieron recuperar el control, como si se viese obligado a nadar en un profundo pozo.

Estaba más hermosa que la otra vez. Parecía brillar con luz propia. En ella se combinaban la inocencia y la candidez de una niña y lo erótico de una prostituta; y aquellas cualidades de virginidad y depravación parecían ser más complementarias que opuestas.

Se acercaba a él caminando por los adoquines, totalmente segura de su poder. A él, aquella actitud le hizo relajarse. Fingió sucumbir a sus encantos y, a cambio de su amor, prometió la entrega del tren así como su ayuda en la inminente ofensiva que se preparaba contra la Humanidad.

—¿En tan poco estimas mi amor? —Como contraste con sus graciosas formas, llegaba aquella profunda voz, a veces dura, a veces melodiosa.

—Ya que conoces el futuro, sabrás dónde podemos encontrar el arma definitiva que acabe con la Humanidad —dijo él.

—Puedo prescindir de ti siempre que lo desee. —Pronunció aquellas palabras como afirmando una realidad indiscutible, sin arrogancia.

—Por supuesto. Tú no puedes comprometerte. Lo comprendo.

—¿De veras lo crees? Pero puedo decirte dónde se puede hallar el arma definitiva. La bomba de superfusión está —estará— en el Gran Imperio libio de Trípoli, conocido como el Imperio del Silencio.

—He oído hablar del Imperio del Silencio.

—Nosotros lo derrotamos. Su última defensa, la superbomba, está en la capital, en el año 2599, y espera que la hagan estallar. Tras esa fecha, la historia humana —esa historia tan breve— termina.

—¿Eso es definitivo?

—Ni siquiera el pasado es definitivo. Una vez que desaparezca el Imperio del Silencio, ya no habrá armas nucleares. Y tampoco estarán sus inventores. Pero tú puedes vivir para siempre, Joe.

Ejercía una gran atracción emocional sobre él, una atracción que ni el odioso gruñido de su voz era capaz de borrar. Joe puso una rodilla en tierra, dominado por la vista de la señal que aquella mujer tenía grabada en su frente.

En medio del relámpago de empatía que se dio entre ellos, a través de aquellos ojos de otro mundo, él fue capaz de percibir el modo en que ella lo veía. Su tamaño había disminuido hasta convertirse en un ratón que correteaba, huyendo lentamente, a lo largo de un rodapié. A punto de atraparlo había un enorme toro: era una figura nada femenina, más bien un monstruoso ser masculino deseoso de dar el golpe fatal.

A medida que aquel rostro se le acercaba, podía ver mejor sus dientes, que brillaban impolutos y fascinantes como los colmillos de una cobra.

Era el momento de actuar. Con un gran esfuerzo, sacó el Nuevo Testamento del bolsillo y lo puso ante sus ojos, con la Cruz dorada hacia ella.

Bella emitió un silbido, semejante al de un gato, y retrocedió. Durante unos segundos, en su lugar hubo una especie de informe masa negra, algo que parecía haberse desgarrado del suelo. Después comenzó a volar y se fue hacia el oeste, aullando, en dirección a los jardines del manicomio.

Bram Stoker salió de las sombras, por detrás del cobertizo, blandiendo un revólver.

—¡Joe, amigo!

Joe estaba tirado en el patio y tenía la cabeza entre las manos. Stoker tocó su hombro.

—Ahora lo cree. Ha visto que funciona.

Joe se rio, nervioso:

—Gracias a Dios que no utilicé una copia de su libro.

—No importa, esa zorra se hubiese quedado ahí leyendo toda la noche hasta que los primeros rayos del día hubiesen penetrado en su cuerpo.

—No me hable de penetrarla. Tiemblo sólo de pensarlo.

—No creo que su nido le hubiese gustado mucho. Tiene que haber en él más gusanos que en una mortaja.

—Ya lo sé. —Stoker le ayudó a levantarse. Se miraron uno al otro y rieron, dándose palmadas en la espalda mutuamente.

El doctor Van Helsing salió de su escondite, pálido y tembloroso.

—¡Qué aparición tan horrible! ¿Está seguro de que se ha ido, señor Stoker?

Stoker miró frenéticamente a su alrededor, fingiendo estar aterrorizado, y Van Helsing dio un paso atrás.

—Me temo que no, Van, se ha ido, aunque creo que no muy lejos. Seguimos siendo su objetivo. Acaba usted de conocer una lamia, Joe. Eso es Bella, una lamia, un vampiro con poderes especiales. Incluso los no-muertos tienen sus rangos: tenientes, y hasta tenientes coroneles, supongo. Es capaz de presentarse con apariencia masculina o femenina, no importa.

—¿Qué sexo tiene? —preguntó Bodenland.

—Ninguno. Neutro. Eso es lo que yo pienso.

—¿Podemos matarla?

—Oh, creo que lo mejor sería irse a la cama, señor Bodenland —dijo el médico—. Piense en su salud... es muy tarde. El aire nocturno...

—Mi salud mejoraría mucho si el mundo estuviese libre de estos horrores. —En un acceso de irritación nerviosa, se volvió hacia el doctor.

—¿Cómo ha quedado ahora su visión científica del mundo, doctor Van Helsing? ¿Cómo encaja Bella dentro de sus teorías?

—Tendré que reflexionar sobre ello... Después de todo, uno sólo puede estar vivo o muerto... ¿no cree? —Miró a Bodenland con gesto desvalido.

Bodenland echó la cabeza a un lado.

—Puede haber muchos estados distintos entre los muertos y los no-muertos. Doctor, en mi época he buceado bajo hielos antárticos de dos metros de espesor. Allí, en el fondo, a veinte metros de la superficie, en medio de un frío inimaginable, hay vida. Animales. Se arrastran, se alimentan, se reproducen. En aquel territorio, el más apartado que pueda imaginarse, algunos de ellos —la cochinilla, por ejemplo— se hacen más grandes que sus equivalentes de zonas templadas. Este hecho no deja de sorprenderme. Puede que estas criaturas, vampiros, lamias y los demás... puede que vivan en una región aún inexplorada, en una tierra de hielos antárticos espirituales. Quizá han caído en un abismo metafísico. Si conociéramos todos los detalles, probablemente sentiríamos piedad por lo que una vez fue Bella.

—¿Piedad? Está usted diciendo tonterías, Joe —dijo Stoker—. Los seres despiadados no merecen piedad.

—¿Cree que su suegro hubiese estado de acuerdo con eso?

Stoker dio unos pasos hasta llegar al límite del patio y contempló la noche. Hizo una seña a Bodenland y dijo, en voz baja:

—Mire, Joe, no podemos irnos mañana al Imperio del Silencio, dejando esa horrible cosa merodeando por aquí. Me preocupa la seguridad de Florence. No creo que el doctor fuera de mucha ayuda en caso de que hubiera necesidad de una acción drástica y urgente. Todo lo que requiera más valor que el administrar un supositorio lo convertiría en un cero a la izquierda.

—En el cobertizo hay mazos y estacas, los he visto. Estoy decidido a acabar con este horror, cuente conmigo... pero, ¿cómo podríamos seguir su rastro?

—He visitado el manicomio últimamente. He hablado con uno de los locos. Investigación para la novela y esas cosas. El manicomio fue construido muy cerca de una abadía en ruinas, como le dije, y esa abadía tiene una cripta; los que dirigen la institución todavía la utilizan de cuando en cuando. Por ejemplo, cuando hay brotes de gripe y de golpe se les muere la mitad de los internos. Tengo mis sospechas acerca de esa cripta.

—¿Por qué no hacemos una visita? Ahora.

—No te separes de tu Nuevo Testamento. Puede que Bella tenga allí su refugio... un lugar en el que esconderse durante el día. Podemos atajar por el bosque.

—Y su médico puede hacer guardia en la casa mientras estamos fuera.

Aunque habían tomado aquella decisión con una gran tranquilidad, Stoker cogió a Bodenland del brazo y lo condujo al cálido interior de la casa. Le hizo sentarse, se dirigió al mueble en el que guardaba las bebidas, y regresó con dos vasos repletos de un humeante líquido oscuro.

—¿No será láudano? —dijo Bodenland, alzando una ceja y con una ligera sonrisa.

—Esto es ron —dijo Stoker—. Es lo que toman los soldados de la Marina y el Ejército británicos antes de entrar en acción. ¡A su salud, amigo mío! «Lo que fuimos capaces de hacer en el pasado, lo volveremos a hacer de nuevo».

La peleona bebida tenía un fortísimo sabor.

Una vez vacíos los vasos, partieron hacia la abadía en ruinas.

La marcha, a oscuras, con la única luz de un farol, no fue fácil. Caminaron a través de una extensa zona boscosa y ascendieron por un barranco, junto al arroyo que por él descendía; después subieron una cuesta y llegaron a los altos muros de ladrillo del manicomio.

—Vamos a rodear el muro —dijo Stoker, casi sin respiración—. Creo que había puertas y un paso de carruajes en los viejos tiempos.

Bodenland no dijo nada. Para él ya estaban en «los viejos tiempos».

Escucharon la llamada de un búho mientras caminaban junto al muro. A Bodenland empezaba a agradecerle aquella expedición, a medida que el ron iba contrarrestando los espeluznantes efectos de la lania. Le encantaba la idea de regresar a la Inglaterra victoriana y, en su mente, cobraba forma una fantasía en la que, una vez terminada aquella aventura, se traía a Mina en el tren del tiempo para que hiciese un detallado estudio de la época. El, por su parte, podría filmar el gran terremoto de San Francisco si lo planeaba como es debido. Mientras su cabeza se entretenía con aquellas historias, llegaron a las puertas de madera de las que había hablado Stoker.

Eran de roble, enormes, imponentes, y reforzadas con planchas de hierro. El farol no llegaba a alumbrar su parte más alta. Algún ladronzuelo había hecho un boquete

en un panel lateral para entrar y, gracias a él, pudieron deslizarse en los terrenos del manicomio delimitados por los muros.

Cayeron sobre la hierba alta y sin cuidar. Stoker tarareaba *Lillibullero* entre dientes.

La gigantesca y oscura estructura del manicomio, refugio de los desahuciados por la sociedad, recortaba su perfil en el cielo nocturno. Alguna que otra luz jalonaba su nada hospitalaria solidez. Cerca de allí había otra edificación de aspecto aún más desolador. Se aproximaron a las ruinas de la abadía. Lo que quedaba era poco más que el armazón, pero en otro tiempo aquel lugar había sido una avanzadilla de estudio y veneración en el largo transcurrir de la Edad Media. Sólo los murciélagos vivían en lo que había llegado a albergar a una próspera comunidad. Hacía ya mucho tiempo que nadie era acogido allí.

Los dos hombres, tras esquivar un zarzal, llegaron hasta las ruinas. No pudieron sustraerse a la atmósfera solemne que los envolvía y que emanaba de las viejas piedras, de las almas perdidas y de lo inevitable del paso del tiempo. Stoker se quedó callado. No tenían sensación de miedo, más bien lo contrario: sólo una impresión de santidad, de todo lo sagrado a lo que se había dedicado la construcción de la antigua mole. Cromwell ya no estaba allí. Permanecía el deseo de alcanzar una vida más pura.

Bordearon un bosquecillo de acebos. Encontraron una construcción algo más moderna, también en ruinas, alojada en el declinante regazo del edificio principal. Allí era donde los fundadores del manicomio, en el siglo anterior —porque eran siglos lo que aquel lugar acumulaba— depositaban los cadáveres de los internos abatidos por diversas epidemias. El olor a gato hacía daño al llegar a la nariz. Stoker, alumbrando el camino con el farol, se abrió paso a través de unas ortigas a la entrada de la cripta.

—Hemos llegado. ¿Preparado?

—¿Quiere que vaya yo primero?

—Joe, me toca a mí. «Los seiscientos entraron cabalgando en el Valle de la Muerte».

La cripta ya no tenía puertas. También se habían caído las tablas con las que habían cerrado el acceso en tiempos recientes. El farol dejaba ver, balanceándose, los restos de un tablón. Bodenland lo apartó. Se miraron el uno al otro, sus rostros notaban incorpóreos en la penumbra que lo envolvía todo. Entonces, Stoker tomó aire y entró.

La oscuridad era más oscura en el viejo edificio y el frío era aún más frío.

El adoquinado del suelo estaba totalmente cubierto por una espesa hierba. Avanzando con cuidado, llegaron a unos escalones anchos y de poca altura por los que comenzaron a descender, conscientes de que se internaban en las fauces de la

ruinosa estructura. Los escalones de piedra, en pésimas condiciones, peligrosos, llevaban hacia abajo al tiempo que a Bodenland le hacían recordar algo desagradable. Había estado allí antes... ¿No se trataba del sueño olvidado?

Se encontraría a Kylie al final de la escalera, en la cripta.

Entraron en la cámara subterránea.

En la profunda cripta había ecos, pero ningún signo de vida. Stoker se acercó a Bodenland y éste levantó el farol por encima de su cabeza para contemplar la lúgubre escena. Vieron tumbas de abades, muertos hacía mucho tiempo, entre los gruesos pilares que sostenían el peso del edificio. En un húmedo muro lateral estaba la vidriera que, bien había logrado escapar del paso del tiempo, bien había sido restaurada por algún chiflado anticuario Victoriano. No se oía ningún movimiento, excepción hecha de los casi inaudibles ruidillos de las ratas.

—Nada —dijo Stoker con un susurro—. Vámonos.

—Espere.

Algo se había movido un poco más allá del círculo de luz producido por el farol. Bodenland dio unos pasos hasta llegar junto un ataúd de piedra que estaba en un viejo catafalco. La tapa no estaba bien encajada. Temeroso de lo que podía ver allí dentro, la puso en el suelo con gran esfuerzo.

Era el cuerpo de un hombre, hinchado, negruzco, que con una mano agarraba el vestido que llevaba puesto. Era Bella, aunque sin pelo. Tras sólo unos instantes dejó de ser un cadáver. Despertó. Sus ojos ardieron de odio en aquel lugar en el que se había refugiado. En su frente resplandeció el signo de los vampiros.

Se estiró gruñendo. Trató de poner sus garras en la garganta de Bodenland. Él se zafó y retrocedió. Agarró un trozo roto de la tapa del ataúd. Llevaba grabada la Santa Cruz. La alzó mostrándola. La criatura cayó de espaldas, lanzando gruñidos, humeante, luchando por escapar de su encierro.

Stoker le dio a Bodenland un mazo y una estaca de madera.

—¡No hay otra forma, Joe!

Joe quiso quejarse. Pero la criatura se estaba levantando de nuevo. Bajó la estaca. Con un salvaje golpe de mazo, atravesó la caja torácica de aquella cosa. Crujió como un tablón podrido. Aquel ser emitió un grito que, más que de dolor, parecía de ira, y cogió a Bodenland por la muñeca con sus dos manos para llevarlo hacia él. Con veneno en la boca, alzaba la desnuda cabeza para morderle el brazo.

Bodenland golpeó otra vez, con el brazo que tenía libre, descargando el mazo sobre la estaca. Surgió un chorro de sangre negra. Dio un tercer golpe y los gritos de la criatura se hicieron continuos. Se dobló sobre sí misma en su agonía, elevando sus zarpas en una especie de parodia de la oración. Un nuevo y vigoroso golpe con el mazo hizo brotar más sangre de la herida. Unos afilados dientes mordían los pálidos labios. Las manos se desplomaron.

Mientras moría, retorciéndose, una débil voz de soprano gritó: «¡Gracias, buen Jesús!». Poco a poco, el rostro desencajado fue sustituido por unas placenteras facciones que de nuevo era posible reconocer como las de Bella. Durante unos momentos, los contempló la tranquila cara de una niña. Pero, una vez terminado su sufrimiento, envejeció a toda velocidad. Lo que quedó allí fue una cosa vieja y mustia que descansaba sobre la sangre. Bodenland permaneció absorto, con el mazo en la mano, bastante tiempo después de que se hubiese completado la horrible transformación.

Volvió en sí.

—Vámonos de aquí.

Stoker dijo:

—El piloto del tren está en el cobertizo. Tenemos a esta vieja chica aquí. Son dos cuerpos, ¿qué explicación podríamos dar? La policía le hará preguntas a Flo y no voy a consentirlo. —Se agarró a una columna para controlar sus temblores.

—Entiendo. Si los metemos en el tren mañana, podemos hacer que se pierdan en algún olvidado rincón del tiempo. ¿Cómo llevamos hasta su casa este horror?

—No podemos llevarnos el cuerpo de Bella tal y como está. Tiene que haber algún ataúd para indigentes ahí fuera. La transportaremos en él.

En el exterior había un montón de ataúdes que aguardaban para ser enterrados en el cementerio del manicomio. Con manos temblorosas, colocaron los restos de la lamia en uno de ellos y lo taparon. Acarrearon la pesada carga alejándose de las ruinas y atravesaron los destartalados portones, caminaron por los campos, por el bosque, y llegaron a casa.

Para su sorpresa, Florence los estaba esperando, embutida en una bata guateada y un gorro de dormir. No hizo ninguna pregunta, aparte de interesarse por el éxito de la misión. Estaba seria, pero su comportamiento era totalmente eficaz: cuando los hombres entraron, cerró la puerta tras ellos y, mientras se calentaban en la cocina, les preparó un ponche caliente. Todos sus movimientos tenían una precisión militar.

La leche caliente estaba enriquecida con cerveza fuerte y diversas especias. Bodenland y Stoker, sin dejar de mirar al suelo, se sentaron en un extremo de la mesa a beber.

La superficie de la mesa era rugosa debido al intenso uso al que había sido sometida a lo largo de los años. Los bultitos de la madera sobresalían como si fueran la piel de un oso polar recién salido del agua del Ártico. Tenía una gran semejanza con el sabor de la bebida que estaban tomando.

Los hombres no se miraban. Aunque sabían muy bien que acababan de vivir una horrenda experiencia, su memoria dejó de lado la naturaleza exacta de lo que habían hecho. Donde debía situarse el recuerdo, no había más que un muro de olvido. El ente llamado Bella había desaparecido sin dejar rastro tras él.

X

LA LUZ DE AQUEL AMANECER era la más delicada que Bodenland había visto jamás. La elegante casa de Stoker, que ocupaba la parte más alta de la colina, los dulces jardines y sus flores, el estanque lleno de peces: todo estaba envuelto en una tranquilidad que, para él, destilaba el sabor de una época extraordinaria. Estaba a punto de abandonar el siglo XIX. Aunque era consciente de las injusticias que existían en él, no podía evitar una triste sensación de melancolía. Quizá los británicos fueran responsables de muchos desmanes, pero de lo que no se podía dudar era del enorme interés con que siempre habían contemplado y tratado la naturaleza.

Spinks, el jardinero, había decidido acompañar a Stoker y Bodenland, bajo el pretexto de que su patrón necesitaba de alguien que cuidase de él. Spinks era un joven de aspecto recio, moreno y de lustrosa piel, con hundidos ojos de mirada intensa. Stoker tenía sus dudas sobre el peligro al que podrían verse expuestos, pero Spinks dejó claro que estaba dispuesto a cualquier aventura. Stoker se rascó la barba y dijo:

—Oh, muy bien...

Florence salió con ellos al jardín. Había dado órdenes a las sirvientas para que preparasen una generosa cesta de comida. Puso aquel tesoro en manos de su marido antes de besarle y decirle adiós. Él le dio un cariñoso abrazo.

—Cuida del jardín, querida.

—Tendré que trabajar el doble mientras tú y Spinks estéis fuera.

—Ya lo sé. Quizá no me eches de menos tanto como a él.

—Vuelve pronto, querido. Y recuerda lo que decía papá: «Con la frente siempre bien alta».

Se volvió de manera impulsiva, puso sus brazos alrededor del cuello de Joe y lo besó en la mejilla.

—Nadie más que yo tiene la culpa de la interminable y frenética actividad de que siempre ha hecho gala Bram —le dijo al oído—. Pero no todos los aspectos del matrimonio son del agrado de una dama. Cuide de él... es lo que más quiero en el mundo.

—Desde luego, cuidaré de él, señora Stoker. —Besó su maquillada mejilla, pensando lo bien que le caía aquella mujer, a pesar de todos sus prejuicios. También pensó que había conocido a dos buenas personas y las estaba poniendo en peligro. Había algo destructivo en él, sin duda.

Los dos hombres partieron, andando por el césped. Spinks los seguía y van Helsing iba detrás como un corderito. Volvieron la vista atrás e hicieron un gesto de despedida. Florence estaba junto al cenador con un pañuelo en la mano. Lo agitó para

decir adiós, como buena hija de soldado que era.

Las sombras aún lo cubrían casi todo y los oblicuos rayos de sol recaían sobre el tren del tiempo. Los dos ataúdes con los restos de Bella y el piloto ya estaban dentro.

Van Helsing se interpuso entre ellos y el vehículo cuando estaban a punto de entrar.

—Señor Stoker, ¿puedo suplicárselo una vez más? Quédese en casa. No le hará ningún bien ir a lugares extraños.

Stoker respiró profundamente.

—Le agradezco su preocupación, Van. Recuerde las palabras del salmista: «La Tierra pertenece al señor, así como todo lo que en ella hay». Cuide de Florence.

Van Helsing hizo ademán de rebatirle, pero se mordió el labio inferior y volvió sobre sus pasos. Bodenland lo miró, incapaz de comprender por qué se emocionaba al ver a aquella frágil figura desaparecer entre los árboles, en dirección a la vieja casa.

Pensó: Mi vida tiene sentido para mí, un sentido muy claro. Pero qué difícil era encontrar el sentido de la vida de los demás.

Y aquel bosquecillo, que hasta entonces le había parecido un lugar tan acogedor, adquirió un nuevo aire. Le hizo pensar en la vida de los árboles, de la naturaleza, del reino vegetal, de un mundo que se multiplicaba sin necesidad de pensar ni de aspirar a nada semejante al pensamiento. Era pura presencia. De pronto lo sintió: la personalidad de los árboles no era algo indiferente, sino más bien estúpido y sólo destinado a perdurar. Todos aquellos hermosos árboles pequeños tenían en su interior la ambición de convertirse en gigantes del bosque, de eclipsar a los que los rodeaban. Si se quedaba allí el tiempo suficiente, se harían mucho más altos y lo asfixiarían incluso a él. Si no se movía, crecerían a través de su propio cuerpo.

Junto a Stoker y Spinks, Bodenland se subió a la cabina y cerró la puerta. Se sentó a los mandos, consciente de que no sabía muy bien cómo utilizarlos. Cuando puso en marcha el motor principal, los generadores rugieron con fuerza. En algún lugar, de algún modo, se estaba consumiendo una inmensa cantidad de futura energía solar.

Programó los controles para llegar al año 2599. Las coordenadas globales aún exigirían algunos cálculos adicionales. Se mordió los labios, aún no se resignaba a creer del todo lo que estaba sucediendo y estaba ansioso por hacer que los expertos de su tiempo estudiaran aquella milagrosa maquinaria. Tras él, Spoker habló con su habitual tono de voz, tranquilo y agradable.

—Vaya, mi querida niña nos ha dado también una botella de champán. —Levantó la botella, envuelta en una servilleta de tela, y se la mostró a Bodenland—. Brindemos por el año 2599.

—Por el año 2599... ¡Y por el Imperio del Silencio!

¡Y al Imperio del Silencio fueron! Habían pasado muchas horas cuando el tren se

situó de nuevo en el tiempo real. Se vieron en un lugar en el que el calor era abrasador y la luz, cegadora, en el que no se oía nada ni se veía ningún movimiento. No se trataba del periodo carbonífero... parecía que Bodenland había sido capaz de dominar los mandos para hacer que el tren del tiempo se materializase en un lugar irreal.

Contemplaron la vista sin hablar durante un buen rato.

—No imaginaba que el futuro sería algo así, señor —dijo Spinks, obviamente decepcionado.

—Un poco escaso de árboles y de gente —asintió Stoker—. Y demasiadas plantas de remolacha forrajera.

—Pero no se puede decir que no sea silencioso...

Se quedaron mirando una amplia extensión de tierra totalmente llana bajo el cielo azul, sin una sola nube. Una fina niebla, quizá polución, se extendía siguiendo infinitas hileras de plantas con hojas verdes. Las plantas crecían en surcos hasta tan lejos como alcanzaba la vista y no parecían acabarse nunca.

Uno tras otro bajaron del tren. Nada se movía en la inmensidad que tenían ante ellos. No había árboles ni sombras en la lejanía. No volaba ningún pájaro.

La contemplación de aquella monotonía sólo la rompía un edificio de dimensiones espectaculares. El tren se había detenido al lado, tan cerca que en aquel momento estaban bajo su sombra, a pesar de que el sol se situaba prácticamente en el cenit. Su colosal altura les impedía ver la cubierta. No parecía tener ningún rasgo arquitectónico especial. No había ventanas a lo largo del liso y brillante muro gris junto al que se encontraban, buscando, con todos los sentidos alerta, cualquier signo de vida. El muro, las llanuras, el límpido cielo: todo ello podía haber formado parte de un dibujo en un libro de texto.

—La remolacha forrajera se ha adueñado del planeta —dijo Stoker mientras observaban el deprimente paisaje—. El señor Darwin no contaba con esto.

—Hace calor. Eso está claro —dijo Spinks, y se remangó.

Bodenland tenía la impresión de estar rebuscando en lo más recóndito de su mente como un ciego deambulando por un laberinto. Aún no recordaba lo que había ocurrido en la cripta, pero intentó traer a su memoria las palabras que le dirigió Bella en el patio.

—¿Es posible que en este edificio, sea lo que sea, esté guardada la superbomba de la que nos habló nuestra amable vecina, la lamia?

—Aquí hay una puerta o algo parecido —dijo Spinks, señalando. Unos metros más allá, había una ligera hendidura, gris como el muro, que quedaba oculta por la sombra del edificio. Se acercaron.

Nada hacía pensar que se tratase de una puerta. No tenía pomo ni cerradura. Stoker hizo fuerza con su robusto hombro pero no se movió en absoluto.

—Ahí hay un panel.

—Se trataba de una especie de placa, muy difícil de ver y no más grande que la mano de Bodenland. Éste la tocó y la puerta se deslizó, abriéndose, hacia un lado.

Entraron en el edificio.

El interior estaba tan oscuro que necesitaron algún tiempo para adaptar sus pupilas, deslumbradas por la brillante luz de fuera. Un poco después, fueron capaces de ver lo que allí había. El alto techo que tenían sobre sus cabezas cubría una gran extensión de terreno. Arriba, colgando de vigas metálicas, vieron gigantescos fluorescentes apagados. Su función debía de ser la de acelerar el proceso de crecimiento de las plantas. Pero la mayor parte del espacio la ocupaban filas y filas de un cultivo no muy necesitado de luz: hongos con forma de antiguo sombrero de culi y de más de un metro de diámetro. Las manchas de su superficie no eran precisamente agradables para el ojo humano. Bodenland partió un pedazo de uno de los hongos y lo olió con desconfianza.

—Parece que estamos en un vivero agrícola —dijo—. Puede que no necesite cuidados humanos. ¿No hay allí una máquina o algo así?

Miraron hacia el lugar indicado. Un objeto de gran tamaño y con forma de caja surgía de la penumbra lejana. Se iba acercando y realizaba algún tipo de actividad, con lentitud, pasando junto a las hileras de los repulsivos hongos. Unos pequeños dedos se agitaban al final de un brazo mecánico.

—Está haciéndoles cosquillas a esos hongos venenosos —dijo Spinks, a cuya risa le sucedió un eco duradero—. No es lo que yo llamo arte de la jardinería.

—¿Esto es todo lo que el futuro tiene que ofrecernos? Vaya una estafa —dijo Stoker—. Me quedo sin dudarlo con el viejo siglo XIX. Creí que al menos veríamos automóviles voladores y globos.

—Por no hablar de las superbombas. Vamos, esto no es nada. A ver qué hay tras aquella puerta.

Buena parte de la luz que entraba en el vivero llegaba a través de una puerta situada en el lado opuesto al del acceso que ellos habían utilizado. Estaba abierta. Cruzaron todo el lugar para llegar hasta ella.

Desde aquella segunda puerta, la vista era algo más interesante. Las hileras de plantas verdes aún se extendían en todas direcciones, sin que se viese dónde terminaban, pero también había una carretera recta que salía del vivero y recorría la llana campiña. Y a lo lejos, a menos de dos kilómetros, había una ciudad. La polución cubría los campos y parecía señalar, como un dedo, en la dirección de la urbe. La ciudad misma, a pesar de estar medio tapada por la neblina, se mostraba como un conjunto de contenedores de plástico con formas irregulares y colocados en posición vertical.

Los hombres no dejaban de mirar, impresionados.

—Si las coordenadas que puse en el ordenador son las correctas, eso debe de ser Trípoli, la capital del Gran Imperio Libio, o Imperio del Silencio.

—Y deberíamos estar en 2599, a la hora del té.

—Bien, Bram, voy a echar un vistazo, ¿le parece bien?

Junto a la puerta había un despacho acristalado que parecía hacer también funciones de vestuario. No era muy distinto de los que Bodenland había hecho instalar en sus propias oficinas. Entró y vio varias taquillas con monos de trabajo, cascos y máscaras fotocrómicas. Lanzó una a Stoker.

—Tienen graves problemas de contaminación en el siglo XXVI. Tantos como en el XX. —Se puso uno de los monos, un casco y una máscara.

—Información es lo que necesitamos, más que nada. Esa ciudad es el lugar que buscamos. Si hay una bomba de superfusión, como nos han dicho, la encontraré. Los no-muertos no la utilizarán contra la Humanidad. Será la Humanidad la que la use contra ellos.

—¿Dónde?

—Habrá que averiguar muchas cosas antes de saberlo. Pásenlo bien. Volveré.

—¡Vaya!, entonces no tiene tan clara la diferencia entre el heroísmo y la locura. —Agarró la mano de Bodenland, como gesto de admiración.

Bodenland le dedicó una sonrisa mientras se alejaba. No quedaba más remedio. Había que ir a la ciudad.

Trípoli estaba más lejos de lo que había calculado y el calor era más intenso de lo que creía. Pasó una hora antes de que llegase al puente, bajo el que cruzaba un canal casi seco. Hasta ese momento no se había encontrado con nadie. Se internó en los suburbios de la ciudad y, poco después, se encontró en una de sus principales arterias.

Tuvo que detenerse para descansar, apoyándose en una pared desnuda.

La fatiga no estaba causada por la caminata. Lo que le ocurría, más bien, era que se había sumido en una profunda depresión. Mientras luchaba por sobreponerse, a su cabeza llegaban diversas razones a las que achacar aquel estado, desde el melancólico paisaje en el que habían aterrizado hasta los negros presagios relacionados con su mujer, pasando por el horripilante suceso de la lamia o al aislamiento del resto del mundo conocido. Y, finalmente, también se le ocurrió la idea de que podría tratarse de una especie de efecto de desfase temporal tras haber viajado a lo largo de milenios, similar al desfase horario que se experimenta tras atravesar diversas franjas horarias en avión: un fenómeno que los viajeros del tiempo aún ni se habían molestado en mencionar.

Más tarde se dio cuenta de que había sido víctima de un tipo de depresión que ataca, de manera específica, a las personas activas de gran creatividad e inventiva. En aquel momento estaba en un mundo extraño, rodeado de extraños que jamás sentirían afecto por él ni reconocerían sus logros. Odiaba aquella sensación de vacío, por

completo carente de los impulsos y la energía que estaban en el origen de todos sus trabajos.

Dejó aquellos pensamientos echando a andar con decisión, colocándose la máscara para protegerse del hedor causado por la polución que invadía las calles.

Trípoli se mostraba como una confusa mezcla de Chandilar, Houston y el viejo Bagdad. Sólo fue capaz de reconocer los rasgos más característicos de un entorno urbano; el resto, todo lo que suponía un avance con respecto a su época, hubiera exigido bastante más tiempo para comprenderlo. Aquella ciudad era a la que iba todo el mundo. Avanzó a empujones y codazos, sin hostilidad, pero sin consideración alguna. La mayoría de los hombres —no vio a ninguna mujer— vestía al estilo musulmán y llevaba cascos antipolución profusamente decorados, totalmente distintos al suyo, diseñado con absoluta sobriedad. No había un solo vehículo con ruedas. Los que veía eran poco más que una barra estrecha que se desplazaba a menos de un metro del suelo. Bodenland los asoció con los palos de escoba de las brujas.

Se dejó arrastrar por la multitud. Tras pasar por otro puente, la muchedumbre llegó a una amplia plaza. Allí la gente estaba organizada en grupos definidos, muchos gritaban agitando los puños. Había pancartas. Los policías tenían una presencia destacada, vestidos con uniformes verdes y armados hasta los dientes.

Bodenland era consciente de que llamaba la atención por su aspecto, tan diferente al de los demás con su mono amarillo y el casco sin adornos; un policía se acercó a él con aire desafiante. Bodenland no podía ver bien su rostro, oculto tras la máscara fotocromica.

El policía le pidió los papeles.

Bodenland intentó de inmediato perderse entre la masa de gente, pero otros dos policías lo sujetaron. Una porra le golpeó la nuca.

El mundo pareció retroceder ante él. Sólo percibía un montón de caras borrosas, de gritos, y después se encontró en el interior de algún lugar con más policías. Cuando recobró del todo el conocimiento, estaba solo en una pequeña celda. El batiburrillo de voces estridentes que escuchaba a su alrededor le hizo pensar que Trípoli tenía una población carcelaria muy numerosa.

Se acercó, tambaleándose, hasta el único banco de la celda. Se sentó y comenzó a frotarse cuidadosamente las cervicales.

Florence Stoker salió temprano al jardín y se puso a pensar en el Cielo. Estaba de pie junto al estanque, contemplando el reflejo del cielo azul en el agua. Quizá la Tierra era un simple reflejo distorsionado de algún lugar mejor. La Tierra sería un lugar mejor si Bram estuviera con ella. Rezó por él.

Caminaba despacio por el césped de croquet, observando el largo arriate, objeto especial de sus cuidados. Vio que durante la noche algo les había ocurrido a las

delfinias.

Van Helsing salió de entre unos arbustos cercanos y saludó. Su silenciosa aparición sobresaltó un tanto a la mujer.

—Doctor Van Helsing, se acerca usted a la gente de una forma demasiado cautelosa. Mi padre, el teniente coronel, hubiera sospechado que tiene usted algo de *patán*. Los *patanes* son capaces de robar las sábanas de la cama mientras una persona está durmiendo sobre ellas. Mire lo que han hecho con mis mejores *delfinias*. ¡Qué lástima!

—¡Ahí está la culpable! —El médico señaló una inmensa babosa amarilla, completamente estirada, que estaba a punto de esconderse bajo una piedra—. Déjeme que le dé su merecido a esa bestia.

—Ni se le ocurra hacer tal cosa. Déjelo, doctor. La pobre criatura tiene tanto derecho a vivir su breve vida como nosotros a vivir la nuestra. La culpa es mía. No le dije a Spinks que echara hollín alrededor de las plantas antes de embarcarse en esa aventura de Bram.

Miró hacia la casa bañada por el sol, con su invernadero y la pequeña aguja coronada por la veleta. Pensó en Spinks. Por la tarde iría al pueblo a ver a su madre. Le llevaría un jamón y mermelada de frambuesa.

—Hice lo que pude para convencer al señor Stoker de que se quedase, señora —dijo Van Helsing, como leyendo sus pensamientos.

Ella seguía con la mirada a la babosa que se ocultaba bajo la piedra, dejando un brillante rastro tras ella.

—Sí, ya lo sé... usted siempre hace lo que puede, doctor. Pero mi dolor es un dolor del espíritu, no del cuerpo, eso es algo que debería admitir.

—Bueno, veamos. Le aseguro que no existe el «espíritu» en el sentido en que usted lo utiliza, es decir, como una simple respuesta ante una situación, tal y como ocurre con los animales. El señor Darwin ha demostrado que descendemos del mono.

—Sí, y supongo que el asado de ternera descende de la vaca.

Él tosió.

—No exactamente. Los seres humanos tenemos el don de la inteligencia.

—Y el asado el don de la mostaza.

—No me toma usted en serio, señora.

—Lo siento, doctor. Si fuese un mono, quizá lo haría. No quiero ser maleducada, pero creo que sé bastante más sobre mi atribulado espíritu que el señor Darwin. Por favor, déjeme con mis flores y mis babosas gigantes.

Van Helsing hizo una reverencia y se retiró. La señora se quedó sola haciendo pequeños arreglos en su placentero jardín.

La criatura que antes había sido Mina Legrand estaba furiosa; se sentía confusa y frustrada.

»Esto es cosa de Joe. Nos ha caído encima por su culpa. Una plaga. Estoy ardiendo, como si estuviese en el infierno, pero tengo frío. Estoy helada, no puedo comer. ¿Dónde estoy? Es como si... no lo entiendo, como si estuviera muerta. Muerta, de alguna manera. Todo es de color gris.

»Es cosa de ese hombre. Sí, ¿cuándo fue?... en la habitación del motel. Me ha caído encima por su culpa. Lo sé. Una plaga. La sífilis. Quizá el sida. ¿En qué estaba pensando? No puedo comer ni beber. Tengo mucha sed. Espera...

»Ese terrible... No, no puede ser, no seduje a mi propio hijo... ¿Con quién estaba en aquella asquerosa cama? ¿Con Larry, con Kylie? Qué perversión. Y aquellos terribles monstruos. Oh, ¿por qué no puedo pensar con claridad? Mi cerebro cada vez funciona peor, se desmigaja, siento como si me cayeran posos de café por las orejas y la nariz.

»Mierda... tengo algo en la sangre. Sí, debe de ser el sida, mi castigo por haber pecado. No, al cuerno con ello... que me dejen morir. Me muero de sed.

»El mundo: nunca pensé que hubiera una maldición tan horrible en él.

»¿Dónde está este lugar? Sálvame, Joe, sálvame, maldito seas, estoy en el infierno. "Necesito beber, algo... sangre..."

Mina había salido de su cajón y recorría con paso inseguro la sala de la funeraria. Estaba oscuro; la única luz era la que llegaba de los carteles de la calle y de los faros de los automóviles que pasaban por allí. La tenebrosa y elegante criatura del Moonlite Motel se había marchado una vez cumplida su misión: su morbidez había desaparecido con ella.

Entre maldiciones, y con un llanto sin lágrimas, aquel ser que había sido Mina se tambaleó hasta encontrar el apoyo de un ataúd. La tapa se deslizó hacia un lado y dejó al descubierto el cuerpo de una mujer de más de sesenta años, embellecida por el maquillaje, que sería incinerada a la mañana siguiente. Una tapa de cristal la protegía del contacto con el aire.

Mina se aferró a las asas del ataúd. Miró a la mujer muerta a través del cristal y le habló, primero tratando de persuadirla, después amenazándola. Le habló de amor... de amor eterno. El cadáver no respondió: seguía devolviéndole la serena imagen de la muerte, con los ojos cerrados y el rostro bronceado por el maquillador. Ni uno solo de los teñidos cabellos había quedado fuera de su sitio. No hubo respuesta para los gritos y los susurros de Mina.

«Eres igual que Larry. Nunca contestas. Te enseñaré lo que es el amor...». Logró retirar con sus manos la tapa de cristal y ésta cayó, haciéndose añicos, al suelo.

Mina se subió al ataúd. Arrancó la mortaja del cadáver y se inclinó sobre él. Susurrando cariñosamente, comenzó a mordisquear la garganta justo por debajo de la línea donde acababa el maquillaje.

La noche también fue agitada para Larry.

A medianoche, la compasión pudo con los instintos y Kylie regresó al motel, donde encontró a su marido llorando, tirado en el suelo en medio de un charco de vómitos.

Al principio no pudo entender su violento comportamiento y se sintió ofendida por ello.

Pero era una joven de buenos sentimientos y fue al Chock Full O'Nuts a comprar dos hamburguesas y un termo de café descafeinado. Con eso y paracetamol trató de aliviar el malestar de su infeliz marido.

Cuando ya se encontraba algo mejor, Larry le contó, avergonzado, el obscuro sueño en el que aparecía su madre. Kylie, que trató de no reírse al comienzo de la narración del sueño, vio cómo la historia se alargaba y Larry hablaba sin dejar de llorar.

—Sabes que Mina está muerta —dijo Kylie. Localizó bajo el sofá la botella vacía de Wild Turkey y lo miró enfadada—. Deberías tener cuidado con el alcohol, cariño. No creo que sea lo mejor para superar el dolor que sufres.

Él se echó las manos a la cabeza y apretó con fuerza.

—Necesito más café, Kylie. No merezco que te portes tan bien conmigo, pero te juro que ella estuvo aquí. Papá me echará la culpa de lo que ha pasado cuando vuelva, y no será justo, no.

Ella cruzó los brazos y se puso andar de un lado para otro.

—Alguna vez deberás asumir tu responsabilidad por algo, Larry. Sabes muy bien que tu madre está en la funeraria. La hemos identificado, ¿te acuerdas? Estás teniendo alucinaciones.

El se puso de pie, temblando.

—Me voy a dar una ducha, cariño, y pienso dejar de beber. Lo prometo. Pero me jugaría la vida a que mi madre... ¿Qué estoy diciendo? ¿La vida? Eso es: la maldición de las tumbas de Clift. Tú dijiste que había algo maligno en ellas, y tenías razón. Mi madre se ha... se ha convertido en un vampiro. Eso es... se ha convertido en un vampiro.

Kylie lo miraba asustada y meneaba la cabeza intentando tranquilizarse.

—No se permiten vampiros en Enterprise City: es malo para el turismo. Ve a darte esa ducha.

—Vale... y gracias por volver conmigo, cariño. Te lo agradezco de veras. Pondré tu nombre a mi próxima maqueta. Iremos por la mañana a la funeraria y echaremos un vistazo... ya sabes, a Mina. Si hay alguna señal interesante —estigmas—, y yo te digo que la habrá, pienso actuar. Verás que no soy tan pusilánime como piensas.

—Métete en la ducha, ¡salvaje! —Sonriendo, hizo ademán de darle una patada.

Después durmieron, aunque su sueño no fue demasiado tranquilo. Por la mañana fueron a una heladería, Trix's Licks, que estaba junto a Main Street. A través del

crystal podían ver la funeraria, al otro lado de la calle, mientras trataban de reunir el valor suficiente para entrar. La propia Trix les trajo sus helados de fruta mientras esperaban tranquilamente sentados al lado del mostrador. Kylie sonrió dándole las gracias y volvieron a mirar con aire sombrío.

Como suele ocurrir en los matrimonios jóvenes, ambos habían cambiado de opinión a lo largo de la noche.

—Estoy preocupada por tu problema con la bebida, Larry, cariño, es cierto. Pero sé que no eres alcohólico. Has tenido una mala experiencia. ¿Para qué negarlo? Quizá tu madre te visitó de verdad. La nota que dejó —«Joe, cabrón...»—, ¿no demuestra que tenía algún problema serio? Es posible que se haya convertido en un vampiro.

Larry negó con la cabeza.

—No creo en vampiros durante el día. Creo que esa novela que estás leyendo te está absorbiendo el coco.

Ella rio.

—Ahora hablas como tu padre. La Iglesia tiene muy clara la batalla entre el Bien y el Mal. Es muy antigua. Creer en vampiros y demonios es algo que viene de muy, muy atrás, y debe de haber buenas razones para ello.

El no respondió y Kylie lo observó, sentada frente a él, con los codos en la barra y una pajita roja entre sus labios rosados. Él miraba, calculador, al lado opuesto de la calle, hacia la vidriera de la funeraria. Quizá está pensando en hacer negocio con ellos, pensó ella, pero se arrepintió en el acto de aquella maldad.

Sin embargo, la cuestión que seguía sin dilucidarse era la de si su matrimonio iba a ser siempre así. ¿Sería ella capaz de mantenerse firme siempre, de seguir amándolo, de estar con él y lograr que reaccionara ante todo lo que no fuese simplemente rutinario? ¿Por qué tenía siempre que estar limpiando sus vómitos? ¿Y siempre estaría diciéndole lo que tenía que hacer y dándole consejos? ¿Por qué no podía ser al revés?

Porque si se paraba a pensarlo un momento, lo cierto es que no le apetecía lo más mínimo seguir haciendo el papel de madre. Le apetecía mucho más ser la hija obediente. ¿No se sentía mucho mejor con Joe, con su actitud autoritaria, que con su hijo?

—Tú y tu padre, con vuestro racionalismo a ultranza, siempre tratáis de negar la existencia de lo sobrenatural. —Aquello fue una especie de codazo verbal.

Larry movió la cabeza hacia los lados.

—Vivimos en la era de la ciencia.

No había manera de hacerle cambiar de idea. Sin perspectiva religiosa no hay auténtica vida. Tenía que permanecer junto a él, intentar que adquiriese esa perspectiva: por su propio bien tanto como por el de Larry. No podía vivir en una isla, debía hacer algo por los demás. De lo contrario, estaría tan muerta como él. Pobre

Larry. Sí, pobre.

¿En qué pensarían los vampiros la mayor parte del tiempo? Quizá no pensaban. Pero, si reflexionaba sobre ello, ¿en qué pensaba Larry? En revistas de chicas, en echar polvos, en el Wild Turkey y en tartas de queso (con sabor a frutas del bosque) para meter en el congelador...

—Lo que quiero decir —dijo él, volviéndose hacia ella haciendo un esfuerzo— es que si borras esas tonterías de tu mente, desaparecerán, ¿entiendes, cariño? De la misma forma en que puedes convencerte de que no vas a coger un resfriado.

—Muy bien. ¿Y qué ocurre si esas tonterías no se te van de la cabeza? A lo mejor no te queda más remedio que hacerles frente y no huir de ellas. Dices que estamos en la era de la ciencia: la era de la cámara de gas. Entonces, sé científico y afronta los hechos. Tu madre intentó chuparte la sangre, es lo que dijiste. Y mucho peor. Trató de tener una relación sexual contigo.

Él se preguntaba, deprimido, si su matrimonio sería siempre así, con Kylie haciéndole perder los nervios constantemente. Esa mañana no tenía fuerzas para rebatir sus argumentos: le dolía la cabeza.

Sin dejar de temblar, presionó sobre su helado y la fresa quedó en la parte de arriba.

—No me lo recuerdes. Pensar en mi madre...

—Tenemos que ayudarla. Si Joe pudiese dar su opinión, estaría de acuerdo.

—Sin duda. Es la maldición de la tumba de Clift —repitió, cogiéndole una mano—. Lo haremos entre los dos.

Miraron hacia el otro lado de la calle algo más animados.

Al lado de la funeraria había un almacén de madera. «Maderas Enterprise», ponía en un gran cartel. «Madera tallada a su disposición. Cercas. Estacas».

Un poco después, el calvo encargado de la funeraria los saludó cuando entraban en el local. Sus manos revoloteaban esa mañana como palomas buscando acomodarse en su traje de color claro. Kylie le mostró un ramo de flores que había comprado y el hombre asintió mecánicamente y sin interés.

—Su malograda madre se encuentra en un ataúd. Por desgracia, hemos sufrido un pequeño accidente esta noche. Vándalos, una pena... Old John atrae a muchos indeseables de otros estados... han profanado el establecimiento.

—¿Qué ha ocurrido exactamente?

El encargado parpadeó varias veces y las palomas revolotearon de nuevo.

—Un Lugar de Descanso no es el adecuado para la necrofilia, señor.

—Comprendo, pero... ¿Podríamos darle el último adiós a mi madre?

Consiguió sonreír y movió la cabeza asintiendo.

—Nosotros, los que por el momento hemos logrado esquivar la Guadaña de la Muerte... nos sentimos reconfortados al contemplar el semblante de los que han

entrado en la vida eterna...

Condujo a la joven pareja hasta el sanctasanctórum, en penumbra, en un ambiente de recogimiento, y donde un cartel diseñado para consolar a los afligidos decía: «El sol vuelve a salir cada mañana». Kylie apretó con fuerza la mano de Larry.

El encargado desató un lazo de color malva y apartó la tapa del ataúd de Mina con un elegante movimiento.

Mina yacía en la semioscuridad con las manos cruzadas sobre el pecho. Tenía una expresión severa, su boca estaba roja. Tras quitar la tapa, sus párpados se movieron. Abrió los ojos y los miró fijamente.

Después habló con una voz espesa, como llena de moho.

—Larry, te necesito. No soy... lo que piensas... Ven a mí.

El pequeño encargado se largó rápidamente. Larry se puso en pie de un salto, sin poder apartar la vista de la distorsionada versión de aquel rostro que le había sido tan amado.

—Madre, estás muerta. ¿No lo sabes? Muerta.

—No, no... Más allá de la muerte... algo distinto. Espero la vida eterna. Y te espero a ti si vienes conmigo. Y a tu padre. —Su boca se movía, pegajosa y encarnada. Las promesas que hacía eran desmentidas por el ávido gesto que mostraba la cara.

Mientras él miraba hacia abajo, las manos de ella se asieron a los lados del ataúd, blancas en su esfuerzo por levantar el cuerpo.

—No pagaré ese precio, mamá.

Kylie corría como loca tras el encargado de la funeraria, pidiendo a gritos un sacerdote para que viniese a administrar los últimos sacramentos.

Larry también gritó.

—¡Libraré a papá de ese destino! —Sacó la estaca de madera que había estado ocultando bajo la sudada camisa.

Se echó encima y se la hundió a Mina entre las costillas.

El grito que dio no era de este mundo. En su agonía, clavó sus manos en él, al tiempo que se inclinaba, doblando de ese modo la fuerza con la que la estaca se hundía en su corazón.

Finalmente se quedó inmóvil y él retrocedió con la cara llena de arañazos.

—Ya ves —dijo a gritos—. Puedo hacerlo, puedo hacerlo.

Juntó con ternura las manos de su madre dentro del ataúd. Su rostro recuperó los rasgos de la mujer que había amado tan intensamente durante toda su vida.

Sollozaba.

—Que Dios te bendiga, mamá —dijo. Las lágrimas caían sobre ella. Titubeando, llegó hasta la oficina, donde Kylie estaba llorando—. Venden crucifijos, Larry. Compraré uno y lo pondremos en el ataúd. ¿Querrás hacerlo por mí?

—Ya lo he hecho. Ahora descansa en paz. Me atreví. Era lo que había que hacer, ¿verdad?

Ella lo rodeó con los brazos.

—Lo has hecho muy bien. Tendrás que explicárselo a Joe cuando vuelva... si es que vuelve.

XI

LA LLEGADA A AQUELLA EXTRAÑA CIUDAD de Trípoli hizo que Joe Bodenland cayera en las garras de la depresión, su vieja enemiga. Tras verse encerrado en la celda de una comisaría, su estado de ánimo cambió de forma radical. Los nuevos retos siempre le elevaban la moral.

La celda no era nada lujosa y sus condiciones higiénicas eran, cuando menos, dudosas. No podía dar más de cuatro pasos a lo largo y tres a lo ancho del habitáculo. Sin embargo, en el pasillo contiguo llameaba un aparato de televisión. Aunque con dificultad y sin apreciar el efecto tridimensional de la pantalla, le era posible verla y eso le permitió adquirir información. Se enteró de la desesperada situación en que se encontraba el Imperio del Silencio en aquel año de 2599.

Estaba atrapado en un futuro aún más negro de lo que había imaginado. Un meteorito gigante, previsto mucho tiempo antes por los astrónomos y otros científicos, había hecho impacto en el hemisferio norte, destruyendo, o sumiendo en el caos total, las viejas civilizaciones de Europa y América del Norte. La atmósfera se había llenado de barro y de polvo, así como del humo causado por extensos incendios forestales. El sol quedó oculto casi por completo. Hubo dos años de durísimo invierno. Los Voladores aprovecharon su oportunidad con la falta de luz. Con la ayuda del tren del tiempo, llegaron desde el pasado y desde el futuro para atacar y ejercer su dominio sobre las desorganizadas naciones de la Humanidad.

El nombre de Imperio del Silencio se debía a que no existía ningún otro estado con el que relacionarse. El resto de las culturas del hemisferio norte había desaparecido. El mismo se encaminaba ya a su propia extinción.

Bodenland supo todo esto en muy poco tiempo, porque el canal de televisión no emitía más que discursos políticos: discursos desde un estudio o al aire libre y dirigidos a multitudes de miles de personas. Discursos destinados a provocar la rebelión en la última etapa del Imperio.

Aquello era más que suficiente para mantener ocupada la mente de Bodenland. Era incapaz de albergar la poco razonable esperanza de ser liberado o de que Stoker, siempre lleno de recursos, acudiera en su ayuda.

Sin embargo, las horas pasaban. Le dieron alimentos y bebida. Se comió un buen pedazo de pan, una rebanada de queso de cabra y una rodaja de piña medio podrida.

Un guardia recorrió el pasillo y apagó la televisión. Joe pasó allí la noche. A la mañana siguiente su estado de ánimo era mucho más rebelde. Se negó a ver o escuchar la televisión. La celda estaba situada de tal manera que hacía imposible el contacto con otros presos. No dejó de caminar hasta que llegó un guardia con una llave, abrió la puerta y lo condujo por el pasillo hasta el mostrador del registro.

Allí había un hombre alto, vestido con holgadas ropas grises y un oscuro casco con visera. Mediante un simple gesto, indicó a Bodenland que se acercara.

Bodenland miró al guardia.

—Puede irse —dijo el guardia con aspereza.

—No me han acusado de nada. ¿Por qué demonios me han traído aquí?

El extraño le tiró de la manga mostrándole la puerta.

—¿Quién coño es usted?

—El dinero puede comprar muchas cosas aquí, incluso la libertad. ¿Quiere irse o prefiere quedarse en la cárcel?

—Ya veo. —Sin decir nada más, Joe siguió al hombre alto hasta el exterior del edificio. No miró atrás.

Una vez en la calle, se detuvo.

—No piense que no estoy contento por haber salido, pero ¿quién es usted?

—Llámeme Alí, señor Bodenland. Represento a un cuerpo oficial que da la bienvenida a los extranjeros: los libios no hacen tal cosa. ¿Por qué iban a hacerlo? Vivimos los últimos días del Imperio del Silencio. Pero usted no tiene por qué pasarlos en una apestosa celda. Vamos, por aquí cerca hay un lugar tranquilo en el que podemos tomar algo. —El hombre de gris le hizo una reverencia.

Aquí hay gato encerrado, pensó Bodenland. Alguien quiere que siga dando guerra.

Al menos había sombra en aquel tranquilo local. Bodenland se despojó del casco; estaba cegado por la deslumbrante luz del sol y no pudo ver gran cosa al entrar. Protegida por un toldo de gran tamaño, aunque sin cristales, la cafetería daba a una enorme plaza. La plaza bullía de actividad. Bodenland no tuvo oportunidad de fijarse mucho en ella porque su anfitrión lo llevó a una mesa del fondo, allí donde la oscuridad era casi total.

Allí se sentó, chasqueó los dedos e inmediatamente les trajeron dos jarras de latón, repletas de café y con grandes asas, así como dos copas de agua.

—¿Quiere comer algo?

—No, gracias.

Ambos se quedaron en silencio. Bodenland, presintiendo el peligro, esperó a que el misterioso Alí hablase.

—Libia está sufriendo un gran acoso. De ahí la intranquilidad de la población. Ha llegado su hora. Debe de ser algo parecido a lo que ocurrió en Bizancio en su largo declive, antes de su desintegración. El deseo de resistir se mezcla con la resignación.

Seguía sin probar el café y aún tenía bajada la visera.

—A la raza humana le queda poco tiempo. El tan alabado cerebro, el neo-córtex, no era una baza tan buena como parecía.

—Parece que se alegra, Alí. ¿No existe una superbomba que los libios podrían

utilizar contra sus enemigos?

—Ah, la bomba F. Bueno... Es bien sabido que los Voladores no son capaces de inventar nada. Lo suyo no es la tecnología.

—¿Y qué es lo suyo? Tengo mucho que aprender.

—Lo aprenderá, estoy seguro —dijo con una sonrisa que era a duras penas visible en la penumbra de aquel rincón—. Como le iba diciendo, lo suyo no es la tecnología. Pero si echan mano de las armas de destrucción humanas, los Voladores pueden imitarlas en sus propias fábricas y hacer que se vuelvan contra sus inventores. Esas fábricas son invulnerables, ya que están situadas en un futuro muy lejano, la era final en la que el sol cada vez ilumina menos la Tierra.

Bodenland jugaba, distraído, con la correa del casco que había dejado en la mesa.

—¿Y cómo puedo ayudarle en todo esto, en esa historia de victoria o derrota, dependiendo del punto de vista desde el que se vea?

—Hablemos del tren del tiempo, señor Bodenland.

—Oh, sí.

Cogió el casco y, tomando impulso con el brazo, lo estampó contra la cara de su interlocutor. Se puso en pie de inmediato y echó a correr. Había percibido el brillo de los colmillos de Alí en una de sus sonrisas.

En los alrededores del vivero agrícola nada se movía. Nada, excepto el joven Spinks.

Spinks, de poco más de veinte años, estaba en buena forma física. Su saludable color era el propio de alguien que ha vivido su vida al aire libre. No hacía más que recorrer, a buen paso, la distancia que había entre el lugar en el que estaba el tren del tiempo y el muro del inmenso edificio. Bram Stoker estaba sentado a la sombra con la espalda apoyada en la pared, mirando sin mostrar gran interés.

—Te veo bien, Spinks. ¿No has pensado en enrolarte en el Ejército?

—¿Yo, señor? No.

—Es una lástima, una verdadera lástima. Mi suegro, James Balcombe, entró en el Ejército siendo muy joven y llegó muy arriba. Hubiera podido ser coronel, de no ser por un general que... Bueno, no importa. Luchó en la Guerra de Crimea y ganó una medalla.

—Mi abuelo también luchó en la guerra de Crimea, señor. Se ganó una pata de palo.

Stoker calló unos instantes.

—Bueno, eso es mala suerte. Hablando de suerte, a Joe no parece que le esté yendo muy bien. Llevamos esperando aquí una eternidad. Quizá debería ir y ver en qué está metido. Por cierto... ¿Hemos acabado ya con ese pato asado que nos hizo la señora Stoker?

—Queda un ala, señor, y una rodaja de pepino.

—Mejor lo dejaremos para después. Nos hará falta —se levantó y se estiró—. Esos malditos demonios nos tienen atrapados aquí. Hay que temer siempre a los no-muertos porque envidian a los vivos... ¿cómo no iban a hacerlo? Irlanda es un lugar hermoso, pero no para verlo bajo tierra.

Sin dejar su servicio de guardia, Spinks dijo:

—Hay algo que no acabo de entender. Si los vampiros pueden viajar en el tiempo con este tren, ¿por qué no saben qué es lo que está pasando ahora? ¿Cómo es que no se han dado cuenta de que estamos aquí?

Stoker, al tiempo que se secaba la cara, dijo:

—Hace calor para pensar en esos problemas, Spinks. Pero ten en cuenta que, de acuerdo con lo que el señor Bodenland dice, millones y millones de años contemplan la Tierra; más tiempo del que incluso grandes intelectos como el tuyo y el mío son capaces de imaginar, por lo tanto ni hablemos de los cerebros de mosquito que tienen los vampiros. Les sería imposible reflexionar acerca del tiempo contenido en un año o siquiera en un minuto.

—¿Y si han pasado con otro tren?

El hombre del pelo rojo negó con la cabeza.

—Eso no puede ser. El tipo que viajaba con nosotros en esa caja —ni más ni menos que el piloto— le dijo a Joe que sólo había un tren, y era el que nosotros teníamos. —Se quedó pensativo unos segundos—. Aunque no entiendo por qué ha de haber sólo un tren.

—Me temo que no puedo ayudarle en eso, señor.

La conversación les infundió algo de nerviosismo. Sin embargo, estuvieron de acuerdo en que no podían haber caído en una trampa, ya que los vampiros no atacaban durante el día debido a su ftofobia.

La jornada, por otro lado, estaba empezando a ser calurosa hasta extremos insoportables. Decidieron entrar en el vivero. Dentro se estaba bastante más fresco.

—Esto está mejor. ¿Cómo andamos de limonada y de whisky?

—Hay poco y deberíamos reservarlo, señor. Se me ocurre una idea para pasar el tiempo: jugaremos una partida de críquet francés.

—No hay mucha luz que se diga para jugar al críquet, Spinks... Bueno, sí, ¡qué diablos! ¿Por qué no? Buena idea. ¡Me pido Hampshire! Ve a por el bate y la bola al tren, que yo soy un fenómeno.

La contaminación era aún más densa junto al Palacio del primer ministro, en la plaza principal de Trípoli. Todos los hombres llevaban cascos, siempre decorados con profusión, para defenderse del aire envenenado, y muchos de ellos se ponían encima su kufía. Con la habilidad de un carterista, Bodenland robó un gran pañuelo de los que vendían en un puesto callejero y se lo lio alrededor de su propio casco para pasar desapercibido.

Parecía haberse deshecho de Alí, aunque estaba convencido de que había más agentes de los no-muertos infiltrados entre la muchedumbre, aguardando a que se produjera el colapso del Imperio del Silencio.

Y quizá no quedarán más de unos pocos días para que llegase ese momento.

Muchas de las tiendas estaban cerradas a cal y canto. Algunas mostraban tristes mensajes de despedida. Se iban familias enteras con algunas de sus posesiones terrenales cargadas en burros o en carretillas, desesperadas por escapar de un destino inevitable. Bodenland buscó un abogado, pero daba la impresión de que todos los profesionales cualificados habían abandonado Trípoli amparándose en la oscuridad de la noche. Entre los miles de ciudadanos que aún permanecían en la ciudad, se extendía una agitación cada vez más intensa, casi como si quisieran dar la bienvenida al inminente fin y, ahora que estaba tan cerca, desearan que llegara de una vez. Lo que más se teme es lo que en secreto se ama.

A mediodía, la mayoría se arrodilló para orar mirando hacia La Meca, ciudad inexistente desde hacía tiempo. Después, el primer ministro salió del Palacio y se dirigió al pueblo en nombre del emperador.

El primer ministro era un hombre alto y de ademanes solemnes. El gentío gritaba su nombre y trataba de acercarse a él agitando los brazos, chocando contra la barrera de seguridad que mantenía a la plebe alejada del majestuoso edificio.

Hablaba desde la escalinata del Palacio y la acústica del lugar amplificaba su voz hasta repartirla por toda la plaza. Miles de personas escuchaban, pero no todas ellas lo hacían con paciencia.

De la puerta de uno de los muros del Palacio salió un grandísimo cubo negro envuelto en la bandera Libia. El cubo era transportado sobre una plataforma metálica con ruedas, empujada por todas las manos que lograban aproximarse a ella. Lo sacaron de forma ceremonial y lo situaron en el lugar de la plaza en el que esperaba un camión con remolque de tipo góndola.

La vista del cubo negro provocó un bramido atronador, a un tiempo entusiasta y lastimero. El primer ministro había dejado claro que aquel cubo contenía el arma definitiva de la nación Libia, la única que había sido capaz de fabricar: la bomba F.

Había llegado su última hora y no sabían cómo utilizar la bomba contra los Voladores. Era inútil como arma defensiva. Sin embargo, él, en nombre del emperador y su pueblo, no iba a permitir que la bomba F cayera en manos de sus enemigos. ¿Acaso no era una decisión acertada?

Un impresionante rugido de la multitud asintió ante su propuesta.

Muy bien, llevarían aquel mortífero objeto al desierto y lo harían explotar muy lejos de allí. Nadie resultaría dañado.

Mientras el primer ministro continuaba hablando, alguien sacó del cubo un modesto maletín pintado de rojo y verde. Dos hombres, moviéndolo con gran

cuidado, lo ataron con correas en el remolque del camión que aguardaba.

Y el primer ministro dijo:

—Oremos, pueblo mío, para que la sabiduría y la protección de Alá nos guíen en esta hora de dolor.

A continuación, toda la gente congregada en la plaza se arrodilló y las cabezas tocaron el suelo. De ellas se elevaba un llanto de súplica.

Nadie estaba mirando en esos momentos. Bodenland, de un salto, se colocó junto a la cabina del camión y apuntó con un revólver a la cabeza del conductor.

—¡En marcha! —ordenó Bodenland, sin disimular su desesperación.

El conductor, con los ojos como platos, puso en marcha el vehículo.

—Más rápido —dijo Bodenland.

Unos segundos después, habían salido de la plaza y se dirigían a las afueras de la ciudad.

Parecía que aquel lugar estaba en medio de la nada. Ni el paisaje antártico podría haber resultado tan monótono. El desierto no era un auténtico desierto, el romántico desierto lleno de ondulaciones, dibujos, dunas, en el que la arena crea formas sin fin semejantes a jeroglíficos. Se trataba de un lugar completamente llano y pedregoso sin ningún rasgo que recordase el atractivo de un criptograma. La misma carretera no era más que un sendero de polvo a través de la desolación. Y así había sido durante siglos.

—Nos hemos equivocado —dijo Bodenland.

No podían regresar a la ciudad. Su revólver seguía apuntando a la cabeza del hombre mientras pensaba qué hacer. El conductor seguía al volante con cara de circunstancias.

Bodenland forzaba la vista a través la película de polvo que había por todas partes, y trataba de ver si se producía algún movimiento en el deslumbrante panorama de intensa luz que había ante él. Sacó la cabeza por la ventanilla y vio dibujada una línea que cruzaba el desierto. Reverberaba como el agua hirviendo a causa del calor. Cuando estuvieron algo más cerca, comprendió que era una valla de varios kilómetros.

Se trataba de una alambrada de gran altura que dividía el paisaje en dos. No era capaz de ver ni el principio ni el final de cada sector. Lo único que rompía la continuidad era una puerta situada en el centro: hacia ella se dirigía el camión.

Junto a la puerta había un puesto de guardia con techado metálico que refulgía bajo la potente acción del sol.

—Continúa —gritó Bodenland, dando un puñetazo en el salpicadero—. Por la puerta.

—No... No es una buena idea, por favor... —El conductor pisó el freno. Se detuvieron con gran estruendo delante de la puerta, patinando, envueltos en una nube

de gravilla, y con un lateral del vehículo mirando al puesto de guardia. Antes de que el polvo se hubiera asentado del todo, cuatro guardias musulmanes se precipitaron desde el interior de la caseta con las carabinas preparadas y rodearon el camión.

Un atronador altavoz dio signos de vida.

—El traidor debe rendirse. Baja del camión, traidor.

El conductor, con el rostro empapado de sudor, movía los ojos aterrorizado.

—No me dispare, por favor. Tengo familia. Este juego se ha terminado para usted.

Los cuatro guardias bajaron con malos modos a Bodenland. Después de todo, el revólver no estaba cargado. Odiaba llevar encima un arma cargada.

Lo llevaron bien sujeto ante el comandante de puesto.

En el interior de la caseta había un ventilador que no aliviaba el bochorno. En un extremo se veía una serie de literas, vacías tras el toque de alarma. En la pared del fondo, tras la mesa del comandante, tenían colgada una jaula con un pequeño pájaro, un pinzón. El pinzón era rojo y amarillo y estaba apoyado en su palo, cantando a pleno pulmón como si acabara de descubrir el paraíso.

El comandante tenía la piel muy pálida y era extremadamente joven. Llevaba un poblado bigote negro para disimular esos defectos.

Se puso en pie, sacó pecho y señaló al prisionero.

—Eres un espía. Quedas arrestado por el robo de la bomba F. El primer ministro ha dado orden de ejecutarte. ¿Tienes algo que decir en tu defensa?

Bodenland clavó su mirada en él.

—Por supuesto que sí, capitán. ¿Ve usted ese pequeño pájaro que tienen prisionero ahí? Si estuviera en libertad y tuviese un nido lleno de polluelos, ¿no cree que lo defendería con todas sus fuerzas en caso de verlo en peligro? No dudaría en luchar incluso contra un águila. ¡Ustedes los libios poseen una superbomba y la van a hacer explotar en el desierto! Están locos. Estoy de su parte en esta guerra contra los Voladores, y creo que deben arrojar la maldita bomba sobre ellos. No la desperdicien, aunque sea lo último que hagan. Déjeme ir, capitán. La tiraré donde pueda hacer daño de verdad. No sean estúpidos. Consígame una brújula y suélteme.

El joven capitán lo escuchó con gesto amable y asentía ante las palabras de Bodenland.

Entonces dijo:

—Me temo que usted no comparte nuestra filosofía de vida. Alá tiene sus propios caminos y nosotros debemos seguirlos. Cualquier otra vía es una ofensa contra Dios.

—¿Cree usted que a los no-muertos les importa algo Alá?

Pero el capitán ya se estaba dirigiendo al cabo.

—Llévense a este hombre y fusílenlo.

Bodenland hizo un rápido movimiento inclinándose por encima de la mesa del capitán con la intención de quitarle la pistola, pero el oficial retrocedió haciendo gala

de sus reflejos. Dos hombres sujetaron a Bodenland boca abajo sobre la mesa.

Lo llevaron hacia la puerta retorciéndole los brazos y con las manos en la espalda, aunque Bodenland no dejó de luchar en ningún momento. El pájaro aleteó, asustado, en la jaula.

Un guardia, muy nervioso, entró corriendo.

—Capitán, algo viene hacia aquí.

—Nuestro relevo...

—No, no, capitán, por el oeste. Venga a verlo.

Aquel acontecimiento era, sin duda, tan extraño, que todos salieron rápidamente al desierto para mirar hacia el oeste, al otro lado de la valla.

Había surgido por la línea del horizonte. Venía a toda velocidad hacia ellos. Era difícil saber de qué se trataba; sus contornos estaban muy borrosos.

El capitán se atusó el bigote y miró a Bodenland con aire de sospecha.

Bodenland no tenía ninguna duda. Sabía muy bien lo que era: el tren del tiempo. El viejo Stoker venía en su ayuda justamente cuando más lo necesitaba. Sólo se hacía una pregunta: ¿por qué venía por el oeste y no desde la ciudad? La intuición del capitán le hacía oler el peligro.

—Que todo el mundo se ponga a cubierto —ordenó. Su actitud era tranquila y autoritaria; Bodenland no pudo evitar sentir admiración por ello.

—Estén preparados y disparen cuando yo lo diga.

Una vez en el interior del pequeño y caluroso refugio cerraron la puerta y se pusieron junto a la ventana. El capitán se hizo cargo de la vigilancia de Bodenland, apuntándole con un revólver.

—Tranquilícese —dijo Bodenland—. Es un amigo mío.

El contorno del tren del tiempo se fue definiendo a medida que la velocidad descendía. Se contrajo, irradiando energía mientras lo hacía, y se detuvo al traspasar la alambrada. El polvo volvió a posarse.

No bajó nadie.

—Estoy aquí, Bram —gritó Bodenland.

Como respuesta, varios cañones de grueso calibre asomaron por los huecos de las ventanas del tren. Apuntaban hacia el puesto de guardia.

Una voz metálica retumbó por todo el desierto, exigiendo que entregasen a Bodenland.

Intentó comprender lo que había sucedido. Llegó a la evidente conclusión de que Stoker y Spinks habían sido capturados y ya no tenían el control del tren.

La voz metálica repitió su demanda.

El capitán gritó:

—Entregaré a Bodenland si me garantizan que los demás no sufrirán ningún daño.

Tras una pausa, unas figuras tapadas de pies a cabeza saltaron del tren y procedieron a descargar la bomba F del camión.

—Los no-muertos —gimió uno de los guardias. Bajó su arma y se escondió bajo la mesa.

—Sólo queremos a Bodenland. Los demás no tienen nada que temer —dijo la voz.

—Es una trampa, capitán —dijo Bodenland—. Son los no-muertos, los Voladores. Déjeme un arma y venga conmigo. Vamos a por ellos. Podemos cogerlos por sorpresa.

El capitán le sonrió algo molesto.

—Tengo que velar por la seguridad de mis hombres. Lo siento. Váyase. Y buena suerte.

—Muy bien.

Triste, salió a la luz del sol. Cuatro de las camufladas figuras cargaban en el tren, con gran cuidado, la bomba F dentro de su maletín rojo y verde. La terrible mole del tren dominaba toda la escena, con los cañones confiriéndole una especie de falsa vitalidad en el momento en que se movieron para apuntar hacia él. Caminaba despacio, tratando de encontrar alguna posibilidad de escapar, pero no veía ninguna.

Una figura vestida de negro apareció por la primera puerta del tren y le hizo un gesto para que se acercase. Bodenland siguió andando al mismo ritmo. Subió a bordo y cuatro hombres armados y con amplias viseras lo recibieron.

—Es una pena que unos mierdecillas como vosotros no soporten la luz del día. Hace un tiempo estupendo.

Nadie contestó. Lo empujaron hacia el primer compartimento donde también habían colocado la bomba F.

Desde allí veía el puesto de guardia y el pálido rostro del capitán, mirando a través del cristal. Un segundo después sonaron los cañones del tren.

El puesto desapareció. Los cañones dispararon hasta que sólo quedó un cráter ennegrecido. El ruido cesó, el humo se esparció por el desierto libio.

—Lo siento por el pajarito —dijo Bodenland.

Uno de los cadavéricos no-muertos entró en el compartimento y se puso frente a él.

—Te reunirás con el conde Drácula inmediatamente.

—No tengo ninguna prisa.

—Sígueme. Coge la bomba. No explotará.

Cuando iban por el pasillo, vio que el conductor del tren se dirigía a la cabina. Bodenland le gritó: «¡Tú!». ¿No se trataba acaso del hombre que había capturado y encerrado en el cobertizo de Stoker cinco siglos antes? Quizá estaba equivocado.

¡Un momento! De repente tuvo una idea increíble. Se estaba enfrentando a las

paradojas del tiempo. Podía ser que tanto la captura como el encierro del conductor estuvieran aún por llegar. En ese caso, todavía cabía la esperanza.

El conductor lo miró fugazmente y no pareció reconocerlo; desapareció al entrar en la cabina. El tren comenzó a moverse casi de inmediato.

El pasillo se estiró. Dio la sensación de que todo se hacía más dúctil e inseguro. Era como estar en el interior de una serpiente que se retorció de dolor. A medida que avanzaban hacia la parte trasera del tren, ésta se alejaba más y más, sujeta a la acción de velocidades relativas que nada tenían que ver con el desplazamiento espacial real.

Lo llevaron a un gran compartimento totalmente pintado de negro y le dijeron que aguardara allí al Conde. Con él se quedó un guardia. El compartimento se expandió pero, al reducirse la velocidad del tren, recuperó su tamaño normal.

Unos minutos después, una sombra y un humo que no olía a humo invadieron la estancia, y apareció el conde Drácula, cornudo y gigantesco, más demonio que hombre. Su rostro parecía el de una calavera pintarrajeada. Bodenland se puso en pie con un ademán de desafío. Era como ponerse ante un gul de las peores pesadillas de la niñez, irreal, pero más terrorífico que cualquier realidad conocida.

Fue tal el impacto que le produjo aquella visión que a Bodenland le resultó muy difícil pensar, especialmente en los primeros momentos del encuentro. Hizo todo lo posible por quedarse con los rasgos de la aparición. Con el tiempo, al igual que le había ocurrido en el caso de Bella, casi no pudo acordarse de los detalles; era como si el Conde maldito ejerciese sobre él el mismo influjo que una enfermedad cerebral: la desintegración de los engramas y la desfiguración de la memoria.

Stoker, en una conversación con Henry Irving, había dicho que la imagen de Drácula le resultaba atractiva. Pero en la ficción. En la realidad, entre el actor y el monstruo no existía gran parecido. Era cierto que Drácula tenía una enorme cabeza, el cabello largo y oscuro con mechones blancos y peinado hacia atrás. Así lo llevaba Irving. Ambos tenían también una amplia frente. Pero la de Drácula era pétrea y brutal, un simple pedestal del que surgían dos pequeños cuernos llenos de costras como los de las cabras.

No había, por tanto, nobleza alguna en aquel cráneo. Era braquicefálico y, en su parte posterior, no se unía al cuello formando una curva: caía completamente recto. Las mandíbulas eran prominentes; incluso en reposo, los fuertes y afilados dientes casi se le salían de la boca. Sólo los labios mostraban algo de color. Un rojo malva que expresaba a un tiempo lujuria y crueldad, y en cuyo contorno asomaban los dientes a modo de dedos aferrados a una cortina. Cuando los labios se curvaban al hablar, ambas mejillas se contraían hasta parecer un par de perineos.

Se hacía difícil pensar que aquella criatura había sido humana alguna vez y, cuando utilizaba sus poderes de forma plena, era prácticamente imposible creerlo.

Drácula comenzó a hablar y lo hizo con aquella voz ronca que Bodenland

recordaba muy bien, la voz de Bella, una voz compartida, una característica común para hablar a los seres humanos vivos. Como si en la turbia atmósfera del lugar se hubiera conjurado aquel nombre, Bella fue la primera palabra que salió de los labios de Drácula.

—Bella fue enviada para obligarte a ir al Imperio del Silencio. Tal y como planeamos, nos has entregado la bomba F. No te necesitamos para nada más, Joe Bodenland, pero no tenemos intención de hacerte daño. ¿Acaso no te proporcionamos aquella hermosa visión en la que tu joven nuera llegaba hasta tu lecho? Te garantizo que, si te comportas como es debido, volverás a disfrutar de ella.

—Puedo vivir sin eso. —Hablar le resultaba dificultoso. A pesar de que el ambiente vibraba por el horror, Bodenland logró controlar su respiración y no claudicó. Pero aquel ser monstruoso era como la misma muerte. Su presencia parecía aniquilarlo todo. Aun así, había algo que quería saber—. Suponiendo que me hayas atrapado y que no tenga ninguna posibilidad de escapar con vida, dime una cosa. Tú, Padre de la Mentira y la Oscuridad, antítesis de la ciencia... ¿cómo has sido capaz de crear este tren del tiempo?

—Tu visión científica te ciega, Joe Bodenland. Deberías abrir tu mente a una oscuridad que es mucho más amplia que tu débil luz. Nos encontramos en un punto de inflexión en la historia, un momento en el que los humanos se convierten en ratones de nuevo y dejan de ser criaturas pretenciosas que sueñan con descubrir nuevos planetas. Nos hemos dedicado a estudiar este periodo durante largo tiempo y hemos anticipado tu llegada en nuestro tren. En lo que respecta al tren... requiere una cantidad colosal de energía para alterar el paso del tiempo y contener el flujo del gran río. Para obtener esa energía ha sido necesario oscurecer casi del todo el sol. Es lo que nos conviene, así como también nos conviene aprovecharnos de la ciencia cuando se puede usar contra la religión y contra Dios...

La espesa voz se ahogó con sus últimas palabras. Un hedor de putrefacción invadió la nariz de Bodenland. Sintió miedo al pensar que el tren iba rumbo hacia aquel futuro tan negro en el que los Voladores eran amos y señores y nada existía excepto la muerte.

—No has respondido a mi pregunta acerca del tren.

La respuesta le llegó como una onda atronadora.

—Joe Bodenland, no necesitas saberlo. Este tren es el instrumento gracias al cual los Voladores dominaremos el mundo, tal y como lo hubiéramos hecho hace mucho tiempo de no ser porque siempre hemos sido muy pocos, unos cien cada siglo, y por culpa del enorme poder de la Cristiandad. Con el tren del tiempo hemos conseguido agruparnos a lo largo de todas las épocas y hemos logrado ser fuertes.

—Entonces, vosotros lo habéis inventado, a pesar de no poseer conocimientos científicos.

—Basta de sermones —la fabulosa figura soltó una rugiente carcajada—. Nosotros no creamos una máquina tan compleja. ¿Cómo hubiese sido posible? Fue el hombre, vosotros tenéis cerebro, aunque no os sirva para comprender lo breve que es la vida y lo larga que es la muerte. Ven, mientras llegamos a nuestro destino, te enseñaré la diferencia entre los vivos y los no-muertos.

A Bodenland le daba la impresión de que aquellas horrendas palabras se revolvían en su mente, cavando un túnel en ella, como si hubiese entrado allí un gusano. Las balbucientes frases recorrían sus conexiones neuronales como toda una progenie de gusanos, privándole del pensamiento. Una oscuridad que es mucho más amplia que tu débil luz. No te necesitamos para nada más. Lo breve que es la vida y lo larga que es la muerte.

Sin voluntad, siguió a la augusta figura por el pasillo del tren, que marchaba a toda velocidad. Todo estaba difuminado y en penumbra, al gusto de los fotofóbicos no-muertos. Los satánicos guardias que se apiñaban en el corredor se levantaron las viseras para mostrar, tranquilamente, sus rostros pálidos como la muerte y unas mejillas que parecían recién rasuradas.

Luchaba por aclarar su mente. Recordó lo que pensaba Stoker acerca de la relación entre el vampirismo y la fase terminal de la sífilis. Los humanos se convierten de nuevo en ratones. Ha sido necesario oscurecer casi del todo el sol. Una máquina tan compleja. No era capaz de mantenerse al margen de los ruidos. ¿No se estaría volviendo un demente? Permanecer durante tanto tiempo sumido en aquella Oscuridad podía llevar a cualquiera hacia la locura.

Trató de devolver algo de lógica a su cerebro y consiguió hablar. Sólo logró repetir la pregunta que ya había formulado.

—El tren... ¿Cómo es posible? ¿Cómo lo creasteis?

El ser que caminaba delante de él ni siquiera volvió la cabeza. La respuesta vino envuelta en su habitual tono burlón.

—En un futuro cercano, el tiempo del que procedes, vuestro gobierno de Washington prohibirá tu programa de eliminación de residuos tóxicos por considerarlo demasiado peligroso. Ese invento inercial tuyo dormirá el sueño de los justos, Joe Bodenland. Dormirá hasta que nosotros lo despertemos.

»No hacemos más que aplicar tus descubrimientos, y para ello emplearemos científicos humanos como esclavos dentro de millones de años. Tus ideas son las que permiten la existencia de este tren. Por eso te queremos ofrecer una oportunidad. Eres quien ha hecho posible viajar en el tiempo. Eres el instigador del triunfo de los no-muertos, Joe Bodenland... de su triunfo sobre Libia y el resto del mundo de los vivos.

No era del todo consciente de lo que significaban aquellas palabras. Paradójicamente, era el propio veneno en forma de gusano del Señor Drácula el que

lo protegía del impacto que debía suponer la anterior revelación. Se estaba sumiendo en un océano de ignorancia, levantaba las manos, se ahogaba.

Aquella extraordinaria novela de Bram Stoker, aún en manos de su modesto autor antes de que estuviera publicada, impresa, encuadernada... Había puesto al mundo en guardia ante los peligros del vampirismo. Y contenía, al mismo tiempo, el mensaje cifrado del sufrimiento personal de Stoker, ocasionado por la enfermedad que llevaba causando estragos en la especie humana desde hacía siglos. Al escribir la gran novela sobre vampiros, Stoker creó la obra maestra del siglo XIX sobre la sífilis.

En el proceso de escritura, de manera intuitiva, había realizado un diagnóstico acertado: aquellos dos venenos para la sangre estaban muy relacionados.

Sin embargo, Stoker jamás hubiera imaginado quiénes eran los lejanos ancestros de la especie vampírica, nacida de un depredador alado de sangre fría allá en las verdes llanuras del mesozoico. Lo que nadie hubiese sido capaz de prever era la retorcida manera en que aquellos parásitos habían logrado infiltrarse en un futuro tan distante como sus orígenes. Lo hicieron gracias al túnel que el talento científico de Bodenland había abierto para atravesar los cuantos de tiempo.

A Joe lo abrumaba su responsabilidad en aquel asunto y no terminaba de aceptarla. Tiraba de él hacia abajo como un enorme peso atado a un marinero que tratara de salvarse en medio del océano, sin posibilidad alguna de ayuda.

Pero era consciente.

Por decirlo de algún modo.

Una criatura espantosa le mojaba la cara con una esponja. El agua fría producía vapor al tocarlo. Había alcanzado tal grado de insensibilidad que podría encontrarse, perfectamente, encajado entre cristales.

Lo habían llevado a un lugar que le resultaba misteriosamente familiar. Una celda de tortura. Poco a poco recobró el conocimiento.

El aire era casi de color negro. Se apretaba contra su rostro como un cojín viejo. Drácula estaba allí, más negro aún que la oscuridad.

Bodenland intentaba dominarse con todas sus fuerzas.

¿Por qué reconocía los instrumentos de tortura almacenados tras las puertas de cristal? Y aún peor...

Porque la mayor parte del compartimento la ocupaba una pesada mesa de madera. Los cortes y las rajadas que había en ella le daban un aspecto similar al de una enorme tabla de carnicero.

Sobre la mesa, aprisionado contra su superficie por medio de barras de hierro, yacía un hombre desnudo. El color de su cuerpo era el de un pez muerto, con bultos grises y azulados que parecían casi luminiscentes en la semioscuridad. No estaba muerto. Sus colmillos aún se movían y trataban de morder una varilla de hierro que le impedía hablar.

Al contemplar aquella imagen tan digna de lástima, la mente de Bodenland se despertó. Estaba en el compartimento por el que él y Bernard Clift habían entrado en el tren del tiempo. Y allí vieron a esa pobre criatura atormentada que no podía escapar de sus torturadores ni siquiera por medio de la muerte.

El vampiro prisionero dio un grito ahogado, le dieron vueltas los ojos mirando a su amo y señor, suplicando clemencia. Drácula no le prestó la menor atención y se limitó a levantar una mano para hacer que un ayudante se acercase a la mesa.

El cuerpo del prisionero había sufrido todo tipo de mutilaciones. Le habían afeitado la cabeza. Justamente por encima de las cejas habían pintado una línea roja alrededor del ecuador del cráneo.

Los apagados ojos del preso se volvieron, temerosos, para ver lo que se disponía a hacer el ayudante.

—Este ser repugnante no hace más que pedir clemencia —dijo Drácula con su voz fría y brutal. Un músculo se movía en su pálida mejilla—. Pero la clemencia no es una alternativa disponible.

Una desagradable sensación corroía a Bodenland y le atenazaba la garganta. Haciendo un gran esfuerzo, preguntó acerca del crimen que había cometido aquel prisionero, previendo que a él le tenían reservado el mismo tipo de castigo.

De la respuesta de Drácula se podía deducir que estaba encantado con la historia que le tenía que contar: en sus propias palabras, «una historia de lo que vosotros llamáis superstición, imponiéndose a lo que denomináis ciencia».

El ser que estaba amarrado a la mesa de tortura era un no-muerto. En vida había sido un científico, un sabio: muchos otros se inclinaban ante su inteligencia. Se llamaba Alwyn. Lo habían capturado en su siglo para trabajar junto a otros parecidos a él en el lejano futuro, allí donde las condiciones de vida eran más apropiadas para los Voladores de lo que lo habían sido en los tiempos antiguos.

—Alwyn trató de escapar de la esclavitud con una máquina voladora —dijo el Señor de la Oscuridad—. Pero mis poderes son de tal magnitud que puedo volar a velocidades más elevadas que esas máquinas. Volví a apresar a Alwyn e hice que lo ataran a esta mesa durante milenios. Ahora carece de toda posibilidad de pensamiento.

—Eres un monstruo.

—Lo hemos convertido en uno de los nuestros, Joe Bodenland. Ahora lo comprobarás.

Levantó su horrible dedo índice un par de centímetros y ordenó a un ayudante que se acercase a la mesa.

—Te interesará ver esto, Joe Bodenland. Así comprenderás muchas de las cosas que no eres capaz de entender. De esa manera, sabrás apreciar las dificultades con las que nos vemos obligados a trabajar los no-muertos. —Mientras hablaba, hizo otro

escueto gesto a modo de mandato.

Su ayudante se inclinó sobre el prisionero y éste se orinó de miedo. Dio dos golpecitos en un lado del cráneo afeitado con la larga uña de uno de sus dedos. Después dio un tercer golpe algo más fuerte.

La parte de arriba del cráneo se separó del resto por donde estaba pintada la línea roja y cayó rodando por el suelo. Varias moscas salieron volando y la boca de la víctima se llenó de espuma.

Dentro de la cavidad craneal yacía un pequeño y pastoso cerebro semejante a una bola de helado sin ninguna división entre sus hemisferios.

En vida del que había sido el científico Alwyn, explicó Drácula, su cerebro tenía características plenamente humanas. La invasión de la sangre de los vampiros, con sus comandos de células hostiles, marchitó el neocórtex, que terminó desprendiéndose como una hoja amarilla y chamuscada.

Alwyn perdió su identidad. Dejó de ser un *homo sapiens*.

—Sois una plaga —dijo Bodenland—. No sois más que una plaga, una enfermedad contagiosa.

Drácula sonrió dejando ver sus colmillos en la oscuridad.

—Esa piltrafa ya no es humana. Dudo que recuerde quién fue o quién será dentro de varios siglos. Podríamos decir que se ha convertido en un simple esquema de sí mismo.

Su profunda voz contenía el eco funerario de una risilla burlona.

—Así somos, Joe Bodenland, así somos nosotros, muy diferentes a ti. Y así es nuestro cerebro, como el que estás viendo ahora. De estructura parecida a la del cerebro humano, pero sin el neocórtex, la parte que hace posible el pensamiento.

—Querrás decir la conciencia.

—Los animales no tienen conciencia, Joe Bodenland. Sin embargo, cuidan de sus semejantes. No provocan guerras, no organizan persecuciones, no crean campos de concentración. Nosotros, los Voladores, tampoco lo hacemos. El neocórtex es un advenedizo en el mundo natural, un añadido perjudicial. Es la verdadera plaga.

»Antes de la aparición del neocórtex —que no es más que una mutación casual producida sólo dos millones de años antes de que tú nacieras— pasaron muchos millones de años de tranquilidad. Durante todo ese tiempo, una gran variedad de criaturas se desarrolló con la única ayuda del cerebro primitivo. Ahora, ese equilibrio natural, destruido en épocas recientes, será restablecido.

»¿Cómo? Ja, con la ayuda de la bomba F. La bomba F, Joe Bodenland, uno de los máximos logros de vuestro alabado neocórtex...

Cuando reía, alcanzaba su apariencia más espeluznante. Aquella risa coincidió con una inclinación hacia atrás de la cabeza mientras se mesaba la indomable cabellera, al tiempo que dejaba ver los colmillos y las pálidas encías. El sonido que

acompañó al repentino espasmo carecía de entusiasmo. No duró más de un segundo y la fría mirada se posó en su oponente de inmediato, de tal manera que no bajó la guardia más de lo estrictamente necesario. Una risa primaria, pensó Bodenland.

Tuvo una breve visión de aquellos siglos sempiternos de los que le hablaba la bestia que estaba ante él, siglos de colmillos y de caza que aseguraba la supervivencia, siglos en los que el tiempo se ignoraba, en los que ningún ser vivo contaba las salidas y las puestas de sol.

En la penumbra del agobiante compartimento, las puertas acristaladas de los muebles con instrumentos de tortura devolvían el reflejo de hileras de dientes brillantes que constituían la única iluminación de la estancia. Los siempre vigilantes ojos de Drácula lanzaban intermitentes ráfagas de luz. La pobre víctima de la mesa realizaba pequeños movimientos para los que precisaba de un enorme esfuerzo, en lo que venía a ser una especie de tai-chi de los moribundos. Si ya era difícil ver en presencia de Drácula, más difícil aún era pensar.

Bodenland intentó mantener un tono científico en la conversación.

—Has hablado del neocórtex. Representa el punto más alto de la evolución hasta el momento. Su complejidad está muy por encima de la del cerebro primario. Sois criaturas frustradas, extinguidas en la naturaleza al igual que los herbívoros gigantes, vuestras presas originales. Sois fósiles, Drácula, atrapados entre la vida y la muerte. Haré lo posible por exterminaros.

Hablaba con más valor del que en realidad sentía en su interior. Se veía obligado a resistir el poder hipnótico de Drácula utilizando hasta el último gramo de fuerza que le quedaba.

El oscuro espectro habló de nuevo.

—Tu especie ve a la mía como la encarnación del mal. He estado observando a los tuyos desde hace siglos, desde que se apiñaban en cavernas para defenderse de los hielos. ¿Y acaso en todo ese tiempo ha pasado un solo día, o una sola noche, en que no hayáis provocado la muerte de alguien? Mujeres sometidas a humillaciones de todo tipo, niños víctimas de abusos, recién nacidos despeñados por acantilados, esclavos golpeados sin piedad, predicadores lapidados, brujas ahogadas, pueblos quemados, guerras sin sentido... una letanía de asesinatos cometidos con todo tipo de modalidades, más de las que los no-muertos seríamos capaces de ejecutar. Vuestros pecados no tienen fin y son intencionados. Nosotros no podemos evitar hacer lo que hacemos.

Bodenland agitó la cabeza y se llevó las manos a las sienes. Las palabras ardían. Los gusanos se movían en su interior.

—Sólo puedes ver la maldad humana porque tú eres el Mal. —La sequedad de la garganta le dificultaba la respiración y le hizo toser. Sólo pudo decir—: ¿Qué me dices de esta gran victoria: de esta víctima tuya?

Señaló a la criatura aprisionada en la mesa.

—Mis ayudantes le volverán a colocar el cráneo en su sitio. Sobrevivirá. Después de todo, es uno de los no-muertos. No puede morir. Lo puedes considerar una paradoja.

Pensó que tendría que verse en aquel maldito vehículo de nuevo —¿estaba en el pasado o en el futuro?— y suspiró profundamente.

—¿Qué me dices acerca de las verdaderas paradojas, las paradojas científicas de los viajes en el tiempo?

La respuesta de Drácula sonó como un trueno distante y atenuado.

—Para ti, e incluso para los que no poseemos neocórtex, las paradojas del tiempo se superan gracias al consumo de energía, al igual que la propia energía es capaz de pasar por los metales más gruesos y duros. Millones de voltios conducen este tren a través del tiempo y acaban con todas las paradojas. La electricidad lo puede todo. Y tú lo sabes muy bien.

Bodenland se quedó en silencio.

Drácula comenzó a desvanecerse en una nube de humo. Mientras desaparecía, habló otra vez.

—Ahora vamos a recoger a tu amigo el escritor de historias.

En el interior del inmenso vivero, varios robots con forma de caja se movían entre las hileras de hongos, cuidando de ellos casi en silencio, toqueteándolos y acariciándolos. En medio de los ecos que se extendían bajo el amplio techado, un ruido se imponía sobre los demás, el agradable sonido de una rama de sauce golpeando sobre el cuero.

—Espabila, Spinks, chico... Hampshire te está dando una auténtica paliza.

—Creo que está bajando la intensidad de la luz, señor —dijo el jardinero casi sin aliento por el esfuerzo del juego.

La luz, en efecto, era muy tenue. Spinks había fallado ya varios golpes. Su falta de habilidad le daba alas a Hampshire, que estaba siendo muy superior. Los globos de Spinks eran demasiado fáciles como para resistirse.

Llegó la siguiente bola. Stoker la golpeó con vigor. La pelota voló sobre la cabeza de Spinks y pasó a través de la puerta abierta.

—¡Seis! —Gritó Stoker al tiempo que Spinks desaparecía por la puerta—. No hay duda. No puedes conmigo, chico. Está clarísimo.

Se puso a pensar mientras permanecía allí de pie, solo en la inacabable penumbra del edificio. Tengo que mantener todo lo alta que pueda la moral de Spinks. Vaya un loco inconsciente que soy al haberlo traído en esta expedición. Su anciana madre me lo reprochará cuando regresemos. Si es que regresamos. Quizá no debería haber confiado en ese tipo que procede del futuro. Me sentí halagado sólo porque sabía algo sobre mi novela... me engañó. Qué tonto soy. ¿Por qué no me lo ha impedido Flo?

Sus meditaciones se vieron bruscamente interrumpidas.

Desde el extremo opuesto del vivero llegó una luz deslumbrante. Un objeto móvil de gran tamaño apareció con enorme estruendo por el lugar en que estaba la pared, viajando a una velocidad infinita. La luz decayó a medida que perdía inercia y el objeto frenó hasta detenerse. Era el tren del tiempo.

Stoker dio un paso atrás, titubeando, y se aplastó contra la pared más cercana sin poder apartar sus incrédulos ojos de aquella aparición.

Mientras se paraba, el tren se abrió camino entre diversas filas de hongos cultivados y se detuvo a escasos metros de donde estaba él. Como era habitual en aquella máquina, se contrajo de manera completamente increíble, y terminó con el aspecto de un vulgar vagón de tren. Allí estaba, aguardando en el tenebroso ambiente, sin moverse y sin que pudiera adivinarse ningún tipo de iluminación.

—No puedo creer lo que ven mis ojos —dijo Stoker—. Si te habíamos aparcado ahí fuera. —Quería llamar a Spinks, pero no se atrevió. Spinks seguía en el exterior del edificio.

Stoker dejó caer el bate de críquet, anonadado al ver a Joe Bodenland bajar del tren con la bomba F en su maletín verde y rojo. Lo empujaban dos de los Voladores que, obviamente, eran capaces de soportar los niveles de luz de la estancia. Salieron unos veinte más: el ejército de la palidez absoluta.

Stoker recuperó el bate con la intención de defenderse.

De forma casi simultánea, se vio apuntado por una pistola.

—Hasta los australianos juegan con más deportividad que vosotros —dijo—. Volved a vuestras tumbas, ¡escoria!

—Lo siento, Bram —gritó Bodenland—. Hemos caído en la trampa de Bella. Tranquilícese. Tenemos problemas.

—Eso parece.

Stoker dejó de hablar al ver al conde Drácula salir del tren, se puso la mano en la frente y se tambaleó con un gesto de sorpresa y horror digno de su maestro, Henry Irving. Por primera vez se enfrentaba al personaje que, hasta entonces, sólo había existido en su propia imaginación.

El siniestro ser se conducía bajo un paraguas de sombra. Su mera presencia parecía hacer que bajase la temperatura. Las cohortes que lo acompañaban quedaban empequeñecidas a su lado. Cuando empezó a hablar, con aquel gruñido que tenía por voz, Drácula se dirigió a Bodenland y a Stoker.

—Vosotros dos, hombres de pensamiento preclaro, os libraréis de lo que más teméis. No os uniréis a las huestes de los no-muertos. A cambio, tendréis el honor de hacer explotar, personalmente, esta bomba F. De esa manera daréis fin al Imperio del Silencio y habréis acabado para siempre con cualquier resistencia humana contra mí.

Se volvió hacia los guardias y les ordenó que confinaran a Bodenland y Stoker en

la parte delantera del tren... junto con la bomba F.

Se llevaron juntos a ambos hombres sin ningún miramiento y ellos no opusieron resistencia.

—Piense algo —dijo Stoker, impaciente.

—Ya lo hago. Pienso en Mina. —Yo estaba pensando en terminar mi novela.

Callaron al recibir varios golpes. Al tiempo que los empujaban hacia el interior, estaban sacando cables de alambre. Drácula observaba todo con altivez.

Spinks tardó un buen rato en encontrar la pelota que Stoker había golpeado con tanta brillantez. La bola había pasado por la puerta, llegó al exterior y terminó bajo el tren del tiempo. Cuando la hubo recuperado, volvió al vivero... y se paró en seco en cuanto vio lo que estaba sucediendo.

Entonces, sin pensárselo dos veces, entró rápidamente y encendió los grandes fluorescentes del techo, destinados a controlar el crecimiento de las cosechas. El vivero se inundó de una potentísima luz. Los Voladores lanzaron agónicos chillidos. Tiraron las armas y, descontrolados, a duras penas pudieron mantenerse en pie.

Bodenland y Bram Stoker se quedaron de piedra ante la irrupción, por la puerta del lado opuesto del edificio, de otros dos Bodenland y Stoker, armados y disparando balas de plata. Sus rostros mostraban una amplia sonrisa.

Los vampiros levantaban los brazos y caían al suelo en medio del tiroteo. Algunos se hacían pedazos y quedaban reducidos a polvo bajo el efecto de la intensa luz que caía del techo.

Drácula, protegido por la sombra que le procuraba su ayudante, consiguió deslizarse hasta quedar a salvo dentro del tren.

El tren comenzó a difuminarse casi enseguida; se estremeció hasta adquirir un tamaño mucho mayor. Como si fuese una serpiente, salió disparado y desapareció sin dejar rastro. Drácula había escapado.

Cuando se hubo desvanecido, Bodenland recuperó el control de la situación. Lanzó un grito de júbilo.

—¡Bram, rápido! ¡Por aquí!

Echó a correr con la bomba F en su poder y Bram lo siguió por la puerta por la que había entrado Spinks. Al pasar junto al jardinero, le dio una palmadita en el hombro.

—¡Buen trabajo, compañero!

El tren del tiempo estaba en el exterior, inmóvil bajo la sombra del inmenso edificio. Allí se veían las hileras de las plantas de remolacha, los campos sin fin, el cielo infinito... y también sus esperanzas para el futuro.

Subieron a bordo. Stoker cerró enérgicamente la puerta mientras Bodenland ponía en marcha el generador. El tren comenzó su desagradable alargamiento cuando las coordenadas temporales que se le imponían lo devolvían al pasado: a diez minutos

antes, para ser exactos.

Los motores, diseñados para saltar millones de años, chirriaron como si no creyeran aquello. Finalmente, obedecieron.

—Tenemos la bomba, Joe, ¿por qué no volvemos a casa?

—Debemos salvarnos a nosotros mismos. Es la paradoja, Bram.

—¿La paradoja, Joe?

—Sólo hay un tren del tiempo, ¿lo recuerda? Me lo dijo el piloto.

—Lo siento, no entiendo nada.

—Un tren. El que estaba dentro del vivero de hongos era éste, pero en otro momento de su existencia.

—¿Adónde ha ido?

—Regresaré, porque yo estaré dentro de él. Y aquí estamos... retrocedemos diez minutos en el tiempo. Coja esas pistolas y las balas mágicas.

Salieron a toda prisa tras haber cargado las pistolas con las balas de plata de Stoker. Todo sucedió tal y como habían visto diez minutos después. Pero, mientras miraban con ansiedad a su alrededor, vieron que el tren del tiempo venía a toda velocidad desde el horizonte y en dirección a ellos, obligándoles a tirarse al suelo.

—Yo voy ahí —dijo Bodenland, rechinándole los dientes—. Acabo de ver la destrucción de un puesto de guardia y he tenido una conversación de lo más desagradable con Su Majestad en persona.

Stoker metió una última bala en el cargador y cerró de golpe el arma.

—Estoy seguro de que hablaron de muchas cosas.

—No se parecía demasiado a Henry Irving.

—Sir Henry Irving, por favor.

—¡Venga! ¡Vamos allá! —gritó. El tren en movimiento se contrajo y se desvaneció en el interior del vivero agrícola.

Bodenland se dirigió al edificio corriendo y Stoker fue tras él. Rodearon la parte de atrás. Era más grande de lo que ninguno de los dos había pensado —al menos setecientos metros tuvieron que recorrer hasta la puerta de aquella zona— y en su camino encontraron todo tipo de gigantescos aperos agrícolas.

Hicieron un pequeño descanso para recuperar el aliento, se acercaron a la entrada y se prepararon para utilizar sus armas.

Bodenland, mientras echaba un vistazo desde la puerta, esperaba el momento en el que Spinks entrase por el otro lado. Cuando el jardinero encendió las luces del techo, entró sin perder un segundo y Stoker lo siguió. Allí estaba el tren y allí estaban los fotofóbicos no-muertos, sumidos en el más absoluto descontrol a causa de la potente cortina de luz. Y allí se vieron a sí mismos, Bodenland y Stoker, a quienes habían llevado junto a la parte delantera del tren, desconcertados por completo.

—¡Fuego!

Dispararon las balas de plata sin cesar y la derrota de los vampiros les procuró una enorme satisfacción. No pudieron ver a Drácula, protegido por la sombra del tren. Apenas había terminado el breve tiroteo cuando el tren dio una sacudida, su tamaño aumentó, se difuminó y desapareció.

Se quedaron allí unos instantes, jadeantes, victoriosos, viéndose a sí mismos abandonar la escena por la otra puerta para retroceder diez minutos en el tiempo.

Se acercaron a Spinks con gritos de alegría y lo abrazaron. Spinks estaba totalmente sorprendido.

—¡Vaya espectáculo! Lo más grande que había visto hasta ahora había sido la caza de conejos.

—¡Alégrate, Spinks! «No servirás a dos amos».

—Oh, me ha encantado, señor. Tengo que reconocer que ha hecho usted una jugada maestra.

Pero Stoker apoyó su brazo en la puerta y la frente en el brazo.

—La próxima vez que hagamos algo así me traeré a todo el ejército británico conmigo.

—Voy a celebrar nuestra espléndida victoria dándome una ducha —dijo Bodenland—. Todavía tengo encima el olor de aquella horrible cárcel de Trípoli. Sólo necesito cinco minutos.

—Yo también iré —dijo Stoker—. Spinks, amigo, mantén los ojos abiertos mientras tanto.

El vivero agrícola estaba equipado con duchas más que aceptables. Pronto los dos hombres estuvieron bajo el chorro de agua caliente mientras cantaban el coro de *Il Trovatore*, desafinando con gran entusiasmo.

—Nuestro próximo paso será viajar al remoto pasado para borrar de la faz de la Tierra la primera colonia de vampiros —dijo Bodenland, mientras se secaban con los infrarrojos—. Se lo debemos a Bernard y al resto de la Humanidad.

—Sí, sí, no puedo estar más de acuerdo —dijo Stoker, e hizo una pausa. Tras unos segundos, dijo—: ¿Qué significa ser un vampiro, Joe? Quiero decir, si uno se para a pensarlo... Es una absoluta perversión. Las Escrituras hablan de Jesucristo y dicen que no deseaba la muerte de los pecadores, sino que se deshiciesen de su maldad —y de la maldad de otras personas, supongo— y que vivieran. Lo que ofrece Drácula a sus siervos es lo contrario. ¿Acaso viven? Mueren para toda la eternidad y siempre dependerán de otras especies para alimentarse. En lugar de disfrutar de la luz del Cielo, están atados a la oscuridad de la Tierra. No es el tipo de inmortalidad que yo desearía. Es el Cristianismo puesto del revés.

—Tal y como usted lo describe en su libro, son la reencarnación de una antigua y terrible plaga.

Stoker se rascó algunas de las zonas más velludas de su gran cuerpo pelirrojo.

—«Su garganta es un sepulcro abierto, sus lenguas han dejado salir la mentira; el veneno del áspid está bajo sus labios», dice el salmista. Eso nos lleva de nuevo a la cuestión del sexo...

Se calló mientras se vestían. Entonces explotó.

—¿Qué me dice del sexo, Joe? Me da la impresión de que en el futuro no se le saca mucho jugo. No parecen saborearlo como debieran. ¿Cómo son las mujeres? ¿Podría disfrutar con ellas si estuviera libre de esta enfermedad?

—No estamos planeando un viaje al futuro, si eso es lo que está usted pensando.

—Oh, me fascinan las mujeres. Siento que todas las mujeres vivas son mis iguales... todas excepto Flo. ¿Le he dicho que estuvo a punto de casarse con Oscar Wilde? Me he acostado con muchas locas. Tienen cierta... cierta esencia... No sé muy bien cómo llamarlo. Como un sueño olvidado. Por eso me gustan más. Por la misma razón que entre todos los poetas yo prefiero a los lunáticos, Clare, Smart, William Cowper, el joven Shelley, que estuvo a punto de ser confinado en un manicomio cuando aún estudiaba en Eton.

—Estaba tan cuerdo como cualquiera. Era poeta, pero un hombre normal. —Su hombre normal era un bicho raro. Bodenland soltó una carcajada.

Stoker abundó en la idea ya expuesta.

—Esos pobres y miserables vampiros no practican el sexo, ¿verdad? Al menos, no como nosotros lo entendemos. ¿El futuro del que usted procede es acaso una época de debilidad? ¿Está liofilizado, pasteurizado, por así decirlo? Yo he bajado a las cavernas, he estado en soportales llenos de cagadas de perro, en los más fétidos lugares, en un millar de habitaciones infestadas de piojos, en todas y cada una de las malolientes esquinas de la ciudad. Imagino que todo eso habrá desaparecido a finales del siglo XX...

—Bram, en lo que se refiere a Londres...

La repentina entrada de Spinks lo interrumpió.

—Caballeros, varios de esos extraños tipos vienen hacia acá. Van montados en máquinas de guerra. No se trata de una visión muy agradable, la verdad.

Se calzaron las botas y echaron un vistazo por la puerta abierta del vivero. Los soldados del Imperio del Silencio avanzaban... en aparatos que parecían monopatines con motor y, lo que era aún más formidable, en tanques que tenían el aspecto de barcos, armados hasta los dientes.

—Quieren recuperar la bomba —dijo Bodenland—. Vamos.

Spinks subió el primero al tren y los demás llegaron corriendo tras él. Mientras Stoker cerraba la cabina con un portazo, Bodenland ponía en marcha los motores. Las primeras granadas comenzaron a caer en el vasto campo de remolacha, después el mundo libio se desvaneció y desapareció de su vista a medida que adquirían más velocidad.

El tren viajaba por el túnel del tiempo hacia el pasado. Bodenland suspiró aliviado y se giró para mirar a Stoker. Este estaba clavado a su asiento y se secaba el sudor de la frente.

—Ahora, Bram, antes de que Drácula ataque de nuevo, sugiero que vayamos hasta el mesozoico y hagamos acto de presencia en la gran reunión familiar que ha de tener lugar en la bahía de Hudson, como nos dijo Bella.

Stoker negó con la cabeza.

—Estoy agotado, lo siento. Creo que necesito los cuidados de Van Helsing... aunque jamás hubiese creído que viviría para oírme decir algo así.

Bodenland se acercó a él.

—Qué desconsiderado soy, Bram. Se comporta usted como un viejo granuja y me olvido de que está enfermo. Haremos una parada en 1999: parece que ya domino los controles de este tren. En cuanto vea que Mina y los demás están bien, cogeremos un poco de penicilina y nos desharemos de esa enfermedad suya en un abrir y cerrar de ojos. —Excelente.

Estaba sentado con la cabeza agachada y respiraba con dificultad. Llegó Spinks con una botella de coñac que también formaba parte de la espléndida cesta de la señora Stoker.

Tras beber un par de tragos, Stoker volvió a animarse.

—Líbreme del dolor que me aflige y volveré a dar guerra como antaño. El aparejo de bodas se atrofia si no se utiliza con regularidad.

Soltó una risotada algo miserable y continuó con la misma actitud durante un buen rato. Bodenland comenzaba a impacientarse.

—Descanse un poco, Bram. Beba más coñac. Yo tengo que ocuparme de un asunto.

Se dirigió a la parte de atrás del tren del tiempo, que ya había adquirido su máximo tamaño. Tenía el revólver en la mano y recordó la horrenda aparición con la que él y Clift se habían enfrentado en aquel mismo pasillo. Ahora no había nada. A pesar de que el corredor permanecía en su habitual penumbra, observó un débil resplandor rojizo ardiendo a lo lejos. Era poco más que una sugerencia de color. Especuló con que se podía tratar de una especie de efecto *doppler* producido por su desplazamiento en el tiempo; la parte trasera del tren expandido quizá estuviese varios siglos por detrás del vagón delantero.

En el tren no se encontraba ninguno de sus melancólicos ocupantes anteriores, con la excepción del que Bodenland había visto en la cámara de tortura.

Allí estaban las mismas puertas de cristal delante de los retorcidos trozos de hierro, las mismas espesas cortinas, la misma mesa, llena de cortes provocados por la práctica de un arte cruel, el mismo sofocante ambiente de sufrimiento eterno. Y la misma víctima, prisionera como un denostado Prometeo en su roca del tormento.

Una vez más, Joe Bodenland tuvo la sensación de vivir en un sueño perdido, la sospecha de que a lo largo de los días de su vida consciente una parte casi autónoma de su mente se había sumergido en ensoñaciones indudablemente más oscuras, más intensas, que estaban en consonancia con una existencia protolítica.

La criatura tumbada sobre la superficie de madera aún conservaba la tapa del cráneo. Como si de un huevo mágico de Pascua se tratase, una banda de color indicaba el lugar por el que se abría. Debatiéndose bajo los hierros que lo sujetaban, el prisionero hizo un esfuerzo inmenso que le hizo poner los ojos casi en blanco para mirar a un Bodenland dubitativo e inmóvil en el umbral de la estancia. Su boca ribeteada de espuma luchaba por librarse de la barra de hierro que la mantenía cerrada.

Bodenland rodeó la mesa y levantó la pistola junto al corazón de aquel ser. A bocajarro, disparó una bala mágica de plata. La ruidosa detonación invadió el compartimento. Una de las ventanas del armario se hizo añicos como para permitir que el alma del prisionero tuviera algún lugar por donde escapar. La desgraciada criatura sufrió tal convulsión que una de sus muñecas logró liberarse del hierro que la inmovilizaba y se alzó hacia el techo. Entonces volvió a caer y sus ajados tendones azules quedaron colgando como un amasijo de cuerdas a un lado de la mesa.

Bodenland, de manera instintiva, hizo la señal de la Cruz.

—Amén —susurró—. Adiós, Alwyn...

Sus atormentados rasgos recuperaron la paz. El cuerpo, aprisionado durante tanto tiempo y de forma tan aberrante, empezó a descomponerse, los miembros se desinflaron, despidieron un horrendo olor y se licuaron.

El terrible discurso que Drácula había pronunciado en aquel lugar, y que indudablemente revelaba la actitud de cualquier depredador hacia su presa, aún permanecía vivido en la mente de Bodenland. Una vez más había realizado un acto de violencia para defender lo que consideraba justo; pero desconocía qué juicio definitivo pudiera merecer tal acción. Exhausto, se dirigió a la salida, en busca de la amigable compañía de Stoker y procuró pensar en asuntos más agradables.

Spinks lo saludó nada más verlo entrar en la cabina. Tenía en sus manos una botella de Moët & Chandon aún sin abrir.

—Vino, mujeres y música, señor... aunque en este caso no tengamos ni mujeres ni música.

—Spinks, estamos en deuda contigo —dijo Bodenland—. Cogeré un vaso y brindarás con nosotros, claro que sí.

Spinks, dudando, miró a su patrón, pero Stoker, que estaba con mucho mejor ánimo, empezó a cantar con voz de barítono «Piensa en ese par de ojos centelleantes».

Bodenland le quitó la botella a Spinks y se unió a la melodía mientras llenaba los

tres vasos.

—Por varios pares de ojos centelleantes —dijo Stoker, levantando el vaso—. Por nuestras mujeres... ¡y por las demás!

—Eso me recuerda algo, Bram. A pesar de todos los horrores que hemos sufrido, no me he olvidado de la belleza de su renombrada Ellen Terry... aún más adorable que un dulce sueño. Hábleme de ella. ¿La conoce desde hace mucho tiempo?

—Ah, ese tiempo siempre me parecerá muy poco. Hasta el aire que respira rezuma alegría, como si tuviese toda la luz del sol contenida en ella.

—¿Alguna vez usted se ha...? Quiero decir, usted es un hombre con un enorme apetito sexual y habrá tenido la tentación de...

Dejó inacabada la frase al ver que la ira de un furioso Stoker alcanzaba cotas que Bodenland no había percibido aún en él.

—¿Cómo se atreve siquiera a insinuar algo así? Ellen no es una puta, canalla yanqui. Hasta el último poro de su piel es tan puro como el aire de la montaña. Si no estuviera tan débil le daría un puñetazo simplemente por haberlo pensado.

—No era mi intención ofender. —No dijo nada más, incapaz de comprender el porqué de la violenta reacción de Stoker.

El rostro de Stoker seguía enrojecido.

—Y otra cosa. Un hombre jamás bebe con su jardinero. Eso es algo que va en detrimento de ambos. Fuera de aquí, Spinks.

Spinks salió de la cabina, aparentemente avergonzado, pero se llevó su vaso.

El ambiente permaneció cargado durante un tiempo. Bodenland fue a echar un vistazo a los controles. Stoker se inclinó hacia atrás y cerró los ojos diciendo:

—No tengo por qué ofenderme, Joe. Ellen es una mujer excepcional. Si en el mundo no hubiese más que oscuridad y enfermedades y muerte... entonces, ¿para qué vivir? Doy gracias a Dios por las mujeres como Ellen Terry. Espero ir al encuentro de mi Hacedor pensando en ella... No es que me agrade la idea de abandonar mi envoltura mortal dando tumbos en el tiempo de esta forma tan poco natural...

—Pronto estará usted curado.

—... Sobre todo porque, lo juro por mi vida, no me entra en la cabeza cómo es posible que estemos dando tumbos de siglo en siglo. ¿Qué le dijo aquel odioso monstruo? ¿Que la electricidad podía acabar con todas las paradojas?

—¿Eso? Oh, eso debió de haberlo oído y lo repite sin más. No sabía lo que decía. Drácula no tiene conocimientos científicos. No puede pensar, ya lo sabe.

Con un suspiro, Stoker dijo:

—Entonces yo estoy igual que Drácula. ¿Podría usted explicarme de qué va todo este asunto del tiempo?

Bodenland miró distraídamente al techo de la cabina.

—Debe saber que cuando utilizamos los términos «tiempo» o «espacio» desde una perspectiva científica, su significado no es el que usted les da en la vida cotidiana. Nuestra ciencia utiliza esas palabras para designar una estructura integral que contiene la totalidad de los fenómenos de cualquier tipo que uno pueda considerar. En este sentido, el «tiempo» posee su propia fase espacial, con todos los elementos y polinomios que se incluyen en el ámbito matemático de su totalidad. Cuando nuestros expertos trabajaban en la teoría de lo que se convirtió más tarde en nuestro sistema inercial, lograron aislar el denominado «atractor».

—Drácula es un «atractor».

—Aquí el término tiene un significado matemático. Diversos puntos que estén muy alejados unos de otros llegan a acercarse bajo la influencia de un «atractor», y de esa forma, de acuerdo con nuestra hipótesis, es posible crear «sumideros» dentro del tiempo real, con lo que llegamos a hacer que el tiempo periódico simplemente quede en suspenso. El tiempo se detiene, si usted prefiere decirlo así.

Tras emitir un nuevo suspiro, Stoker alzó la cabeza y dijo:

—No entiendo una palabra. Y eso que he arbitrado partidos de críquet y todo ha ido como la seda.

—La ciencia del caos es de una enorme complejidad. De cualquier manera, siempre hemos sido conscientes de que los cálculos realizados en nuestras ecuaciones inerciales sólo tenían en cuenta un «atractor» aislado. En la realidad, el conjunto del tiempo está compuesto de innumerables «atractores». Los ordenadores del futuro, mucho más potentes que los nuestros, tendrán capacidad para enfrentarse con una multitud de ellos.

»En mi opinión los fractales... oh, un fractal no es más que un “atractor” que contiene una estructura completa, no importa con qué frecuencia la magnifique uno. Un fractal es como la eternidad. Y en él está el secreto de los viajes en el tiempo. Con las matemáticas tradicionales ya superadas, se entra en el concepto de multidimensionalidad, donde una serie de elementos de “tiempo” puede trasladarse, al cambiar de “atractor”, a otro conjunto con otros elementos. Se puede dar el caso de que se crucen dos fractales y, entonces, el “movimiento” real a lo largo de millones de años es, en realidad, un ligero desplazamiento.

Bebió otro trago.

—Bueno, ésa es mi hipótesis. Trabajaré sobre ella cuando vuelva a casa. Desde luego, para llevar esta teoría a la práctica será necesario un consumo impresionante de energía si queremos obtener un primer movimiento a través de los cuantos de tiempo.

—Seguro que todo eso tiene sentido... pero no para mí, Joe —dijo Stoker, mesándose la barba, como si intentara liberar unas cuantas neuronas—. Entonces, ¿qué fue de aquello de que «El Tiempo es como una corriente que no deja de fluir»,

como decía el poeta, o eso de que el Tiempo es una insigne flecha? ¿Cómo encaja todo eso entre sus fractales?

—Si le soy sincero, no encaja de ninguna manera. No son más que metáforas del tiempo basadas en la vieja concepción de las matemáticas clásicas. No significan nada. Son tan obsoletas como el concepto del éter luminiscente. El tiempo no es así. Se mueve, pero no fluye sin más... excepto en lo que se refiere a la experiencia que perciben las entidades biológicas como usted y como yo. Quizá se trate de un megaf fractal de cierta complejidad.

—¡Que el Cielo nos asista!

XII

LA BRONCÍNEA FACHADA DEL EDIFICIO de la Bodenland Corporation reflejó la imagen de un presuroso gusano mecánico que se contrajo nada más detenerse en el jardín, delante del ala administrativa. Saltaron las alarmas y, de inmediato, los vigilantes se presentaron en el lugar. Retrocedieron con ademán respetuoso al ver a Joe Bodenland aparecer por la puerta de la cabina.

—Quédense aquí —les dijo—. Defiendan este preciado vehículo con sus propias vidas.

Se volvió e intentó convencer a Bram Stoker para que bajase también. Stoker se mostraba algo reacio a salir.

—Temo que su época sea demasiado para mí. Hasta el aire huele distinto.

—Todo el mundo sabrá quién es usted, Bram. Dallas es un sitio magnífico.

—¿Mejor que Trípoli?

—Muchísimo mejor.

—¿No hay plantas de remolacha forrajera?

—En absoluto.

Stoker descendió del tren, seguido por Spinks, sin soltar el bate de criquet para defenderse en el caso de que hiciera falta. Miró a su alrededor con la boca abierta.

—¡Mi madre! —fue todo lo que dijo Spinks.

Stoker deambuló por la hierba y observaba, desconfiado, la perfección con la que estaba cortada.

—¿Quién le corta el césped, Joe? Es un trabajo maravilloso. Incluso mejor de lo que el padre de Spinks hubiese sido capaz en sus buenos tiempos... ¿Y vive aquí? Una mansión enorme... ¿Y es toda de cristal? ¡Increíble! Pero será muy fría en invierno, ¿no? Sólo tiene ventanas y no hay paredes.

Bodenland miró su reloj y se dirigió con paso enérgico a la puerta del ala administrativa. Con aire distraído, dijo:

—Pronto se acostumbrará. La gente es muy parecida a la de su época.

—No, ¡si saben lo que es un fractal no pueden serlo, hijo mío!

Bodenland condujo a Stoker y a Spinks hasta su propio apartamento. Rose Gladwin, la secretaria, casi se desmaya al ver a Bodenland.

Tras sus gritos de bienvenida, Bodenland le confió a sus amigos y le dio instrucciones precisas para que los alojaran en el mejor hotel de Dallas, les abrieran una cuenta bancaria y, en general, para que cuidase de ellos de la mejor forma posible. Mientras llamaba a su médico para que se ocupase de la enfermedad de Stoker, Rose Gladwin fue a toda prisa al despacho contiguo y telefoneó a Waldgrave.

—¿Cómo le digo a Joe lo que le ha pasado a Mina Legrand? —Lo conozco mejor

que tú, Rose. Voy enseguida y yo mismo se lo diré.

—Max... va a ser terrible para él.

—Lo sé.

Larry estaba en Gondwana Ranch con Kylie, manejando una de sus maquetas. Su padre apareció con el Suzuki todoterreno. Dejó caer el mando del control remoto y corrió para darle la bienvenida en su regreso a casa.

Pero el enfado y la tristeza que dejaba traslucir el semblante de Joe era algo que Larry jamás había percibido en él con aquella intensidad. Retrocedió ante esa impresión inicial. ¿Por qué, quería saber Bodenland, por qué Larry no había sido capaz de proteger a su madre? ¿Por qué había permitido que muriera? Kylie trató de abrazarlo pero él la apartó. ¿Por qué se había producido aquella violencia en la funeraria? ¿Por qué, por encima de todo, Mina se había convertido en la víctima de Drácula?

Ante la incesante ráfaga de preguntas, Larry comenzó a pronunciar su propio monólogo, tímidamente al principio, después con más decisión. Mina había insistido en estar sola. Nadie les había dicho que iba a hacer caída libre. No tuvieron noticias de ella hasta que fue demasiado tarde. En cuanto a lo de la estaca en el corazón, le hizo falta reunir mucho valor y lo había hecho por su bien, lo había hecho también por el bien de su padre. Todo lo que había hecho en la vida había sido por su padre. Se había dedicado al negocio de la alimentación para no competir con su padre.

—¿También te emborrachas por mí? —preguntó Bodenland.

—Eso es injusto y estúpido, Joe —dijo Kylie—. Larry, sin duda alguna, bebe por tu culpa. Quizá no hayamos sido capaces de proteger a Mina... pero, ¿dónde estabas tú cuando le hacías falta? No cargues tu responsabilidad sobre los demás.

Ahora le tocó a Joe callarse ante aquella elocuencia.

Su hermoso rostro estaba encendido por la excitación. Ella había sido tan culpable como Larry por lo de la estaca. Tenían que matar el mal que anidaba en Mina si querían salvar su alma inmortal... en la cual al menos ella creía. Si el mal sobrevive, el bien perece.

—Estoy de acuerdo, Kylie —dijo él—. Si el mal sobrevive, el bien perece.

—Y, sin embargo, si no existe el mal, el bien no tiene razón para existir. Por eso el Señor permitió que el pecado entrase en el Jardín del Edén.

—Al final me vas a convertir a la fe cristiana.

—No, Joe. No estoy segura de que tú encajes en la fe cristiana. Podría hacerte incluso más difícil de lo que ya eres.

Eran muy pocas las personas de las que hubiese aceptado una observación así, pero su sonrisa lo desarmó. Durante un instante, pensó en la descripción que Bram Stoker había hecho de Ellen Terry: toda la luz del sol parecía estar contenida en ella. Ante él tenía un caso muy parecido.

—Al menos sí creo que Mina tenía un alma inmortal.

Se volvió hacia su hijo y levantó la mano.

—No debía haberte hablado con tan malos modos. Perdóname. Era mi desesperación la que hablaba por mí.

Entonces detalló a Larry sus planes para rescatar a su madre de entre los muertos.

Mina, vestida con su mono verde, se dirigió a la ventana de la habitación del motel y la abrió. La tarde declinaba. Estaba mirando hacia el aparcamiento cuando el cartel de neón se iluminó con las palabras MOONLITE MOTEL.

Se dio la vuelta, se despojó de la ropa y entró en la ducha.

Un poco más tarde, embutida en su albornoz, se preparó un margarita e intentó escribir una carta. «Joe, cabrón...», empezó, pero no pudo proseguir. Se preparó una segunda copa y se dedicó a hacer llamadas telefónicas. La noche ya se cernía sobre Enterprise. Estaba hablando con su hermana, en París, y en aquel momento un murciélago entró volando por la ventana.

—Oh, vaya, Carrie, se ha colado un murciélago en la habitación.

Colgó el teléfono y se puso en pie sin dejar de mirar a aquel ser volador. Mientras lo observaba, su forma cambió y se convirtió en un hombre de elegante apariencia, peinado para atrás y de cabellos brillantes. Transfigurada, dejó caer el albornoz y se quedó desnuda. Pero la ávida mirada del hombre, que avanzaba hacia ella, se mantuvo fija en la blancura de su cuello.

—Hola —dijo ella—. ¿Quieres beber algo? Me estaba emborrachando sola.

—No, gracias —dijo él—. Nada de alcohol.

Ya estaba casi a su lado cuando la puerta se abrió de golpe. Bodenland entró corriendo y con una mano le mostraba el pequeño crucifijo de oro de Kylie. Lo blandió como un arma ante los ojos del elegante caballero. El hombre gritó de dolor y al instante cayó de espaldas, encogiéndose por momentos, humeando, hasta que recuperó su primitiva forma de murciélago. Bodenland fue a por él, cerró la ventana y golpeó a aquella criatura con rabia, persiguiéndola en su alocada carrera por la habitación en la que se veía atrapada. Cogió una revista y golpeó al murciélago tras arrinconarlo. Una vez en el suelo, saltó sobre él y lo aplastó con el pie; el animal empezó a chorrear sangre y, finalmente, murió.

Bodenland se volvió hacia Mina.

Se abrazaron, se besaron y ambos derramaron lágrimas y más lágrimas. Después, en el tren del tiempo, viajaron juntos a Dallas, al futuro, sólo unos días después.

Allí se produjo otro encuentro extraordinario. Mina volvió a ver a Larry y a Kylie. Larry temblaba mientras abrazaba a su madre, a la que recordaba, la última vez que la vio, sangrando en su ataúd.

Más tarde los presentaron a Stoker y a Spinks. Spinks estaba resplandeciente con su nueva cazadora. Stoker se puso a las órdenes del médico con el objeto de recibir

tratamiento adecuado para su dolencia.

Los ojos de Stoker brillaron al ver a Kylie. Le cogió la mano durante mucho más tiempo del que era necesario y la colmó de cumplidos tal y como él consideraba que sería conveniente para una joven y seductora dama del futuro.

—Casualmente estoy leyendo su novela, señor Stoker... y me aterroriza. No sé cómo puede usted imaginar situaciones tan terribles. Aunque, la verdad, supongo que deberíamos compadecernos de los pobres vampiros, predestinados como están a una existencia tan triste. En realidad, no son más que otra minoría oprimida más, ¿no piensa usted lo mismo?

—Esto..., bueno, mi estimada jovencita, jamás había pensado en ellos desde ese punto de vista. Para mí no eran más que los malos de la historia: una plaga, para ser más precisos.

—¿Puedo preguntarle si cree usted en el cielo y en el infierno?

Stoker pareció desconcertado y dijo que, después de todo lo que había ocurrido, debería tener una respuesta tajante para aquella pregunta.

Kylie sonrió y dijo:

—Ya veo, señor Stoker. Usted piensa que si algo no debe existir, entonces no existe. Por eso todos nosotros tenemos problemas a la hora de creer en Drácula y en el Diablo. Pero Drácula tiene que ser una creación más de Dios Todopoderoso.

El se tiró del pelo de su poblada mejilla y le dijo a Bodenland:

—Esta nuera suya tan guapa hace preguntas que ni siquiera me había planteado. Necesitaré tiempo para pensar en esos asuntos. Mi cerebro no parece funcionar del todo bien en 1999.

—¿Qué tal ha encontrado el hotel? —Preguntó Mina, que llegó a tiempo para rescatarlo—. Supongo que lo verá todo muy extraño, teniendo en cuenta las costumbres de su tiempo. A todos se nos ha vuelto el mundo del revés últimamente. —Dejó escapar una risa que denotaba cierta inseguridad y miró a Kylie de refilón.

—El hotel es muy agradable, sin duda —dijo Stoker, en respuesta a la pregunta de Mina—. La máquina de hielo es un invento digno de mención. Pero echo de menos las exquisitas atenciones de criados como los que tenemos en casa. Lo que sí me gusta mucho son sus tarjetas inteligentes para no usar dinero. Abolir el dinero es la mejor de las ideas que nadie haya podido tener nunca.

—¿Qué ha comprado?

Stoker trató de ser cauto.

—Bueno, he descubierto revistas con fotografías de hermosas chicas sin ningún tipo de ropa. Y nos hemos tomado la libertad de adquirir un magnífico par de ataúdes en Nieman Marcus —uno de hombre y otro de mujer— ya saben, para los restos de Bella y el piloto. Mañana tendrán un más que apropiado y cristiano entierro en el cementerio.

—Buena idea, pero no hay tiempo para eso —dijo Bodenland con brusquedad—. Ya se divertirá más tarde. Esta noche nos vamos otra vez en el tren del tiempo. Ya sabe usted por qué, y creo que también sabe a qué lugar.

La inmensidad de las planicies del mesozoico. Hacia el sur se recortaba una irregular línea de colinas y peñas. Desde sus faldas, la tierra se extendía, lisa, en dirección al norte, hacia los densos bosques de árboles caducifolios. En otro tiempo, un río había serpenteado a lo largo de la llanura, pero ahora estaba casi seco y de él no quedaba más que una serie de lagos en las zonas donde se formaban sus meandros. El terreno no presentaba ningún otro accidente digno de destacar. La hierba crecía por todas partes, salpicada aquí y allá por matojos de pequeñas margaritas blancas.

En un lugar de aquellos llanos comprendido entre dos de los lagos, una multitud de figuras comenzaba a agruparse. La magnificencia del paisaje que las rodeaba y las densas nubes que se apilaban en el horizonte les daban apariencia de enanos.

Aquellas figuras caminaban como hombres. Iban vestidas de negro y tenían aspecto de seres humanos. Otras volaban en círculos por encima de sus cabezas y poseían alas duras como el cuero que extendían por completo. Junto a los seres voladores había otros que, de alguna manera, se parecían a ellos. Pero sus rostros presentaban un aire más claramente reptiliano, con grandes y crueles bocas repletas de dientes afilados.

Todos ellos eran observados con fascinación e impaciencia por varios humanos escondidos en las cercanías. Era la primera vez que veían criaturas prehistóricas, excepción hecha de la prematura excursión de Joe Bodenland al Carbonífero y su encuentro con el anfibio que se había apoderado del cuerpo de Clift.

El tren del tiempo estaba oculto bajo las palmeras que crecían en una depresión del terreno, situada entre las inestables colinas que marcaban el final de la llanura. De pie junto al tren, y observando la reunión que se iba fraguando ante ellos, estaban Joe, Mina, Kylie y Bram. No muy lejos, Larry le echaba una mano a Spinks para enterrar los dos ataúdes y, al mismo tiempo, refunfuñaba:

—¿Por qué no los tiras por ahí? No hay nada sagrado en enterrar a alguien en el cretácico, aunque sea en un ataúd Nieman Marcus.

—Larry —dijo Spinks con gran seriedad—, el tiempo no importa en lo que a un cadáver se refiere. Lo único importante es que tengan un entierro digno.

—¿Quién, los vampiros? Una mierda.

Spinks seguía cavando sin inmutarse.

—Puede que sean vampiros, y por eso he grabado su símbolo en ambos ataúdes, pero ya han pagado por sus crímenes. No olvide que una vez fueron seres humanos, Larry. Incluso en esta extraña y terrible tierra aún hay razones para distinguir entre el Bien y el Mal.

—¡No me sermonees!

—Detrás de los sermones, Larry, si me permite decirlo, está la intención de mejorar el alma de alguien.

—¡Dios! —exclamó Larry. Tiró al suelo la pala, levantó las manos y se fue.

Al final, los ataúdes se quedaron sin enterrar, porque Bodenland los llamó a todos para que fuesen testigos de un raro fenómeno.

El cielo estaba cambiando de color, las capas de nubes se congelaban. Se estaban cuajando las masas de vapor, retorciéndose como si sufriesen algún tormento.

Era evidente que la multitud de la llanura se había percatado de aquella peculiaridad.

Hasta ese momento, los no-muertos habían estado muy ocupados en conducir, a través de terrenos desérticos, rebaños de hadrosáuridos y otras especies similares hasta corrales con cercas de pinchos. Aquellos monstruos con pico de pato caminaban con gran docilidad, aunque sus melancólicos quejidos llegaban a los oídos de los distantes espectadores. Estaba clara la razón de su docilidad; uno o dos de los dinosaurios que iban en cabeza habían sido domesticados y tenían la función de líder. El resto de los grandes reptiles los seguía.

Varios de los no-muertos se estaban dando un festín con sus cautivos.

El festín se interrumpió y cesó el pastoreo. Todos y cada uno de los seres que había en la planicie se quedaron inmóviles, mirando hacia arriba. Stoker se santiguó.

—¡Dios mío, esto parece el Segundo Advenimiento o algo así! —exclamó.

—No se olvide de que El aún no ha venido siquiera una primera vez —dijo Mina, con sequedad—. Jesucristo no tuvo mucha presencia en el mesozoico que se diga.

Los seis se acurrucaron en su escondite y fijaron la mirada en las nubes del horizonte lejano. Se movían al unísono y a gran velocidad, y cada vez se hacían más oscuras mientras los rayos les ponían un nudo en el estómago. La luz del cielo decayó, se tiñó de un tono ocre y la masa de nubes se elevó hasta tapar el sol.

Una enorme columna de sombra se abatió sobre la llanura. Y la columna se convirtió en una rampa, sobre la cual se pudo divisar, descendiendo, la figura del conde Drácula.

Drácula bajó hasta el suelo, adquirió forma casi humana y alzó los brazos. Las hordas que atestaban el lugar comenzaron a acercarse a él, obedientes ante su señal.

—Muy bien —dijo Bodenland—. Su reunión está a punto de empezar. Me gustaría que también nosotros tuviéramos una algo más breve. Su rostro estaba lleno de arrugas y parecía cansado.

—Siento un gran afecto por todos. Sé que he sido algo autoritario en el pasado. La familia ha tenido sus dificultades. Eso espero poder remediarlo.

Ahora nos encontramos ante una situación de vida o muerte y quiero que todos estemos más unidos que nunca...

Stoker bufó, molesto:

—Venga ya, Joe. El duque de Wellington no le escribió un soneto a su mujer en Waterloo.

—Un momento, Bram. Nos enfrentamos a una responsabilidad que yo solo no puedo asumir. Todos debemos tomar parte en ello. Tenemos aquí la bomba F, el arma destructiva más poderosa que hemos conocido, y existe la posibilidad de arrojarla sobre Drácula y sus huestes. Podemos terminar con ellos de una vez y para siempre. Necesito que estemos todos de acuerdo. ¿Tiramos la bomba?

—Eso es lo que hemos venido a hacer —dijo Stoker enseguida—. Vamos allá, Joe. Este acto de destrucción ya se predijo en las Escrituras.

—Pero si lo hacemos, también nos convertiremos en asesinos de masas. No seremos mejores que nuestros enemigos. Ya he descubierto en el pasado que si matas a alguien estás destinado a ocupar su lugar. ¿Qué piensan los demás?

Las dos mujeres empezaron a hablar a la vez. Kylie sonrió a su suegra y, con un gesto de asentimiento, le indicó que continuara ella.

—Yo pienso que no debes tirar la bomba, Joe, ya que lo preguntas —dijo Mina—. Por una simple razón de carácter práctico. No destruiré a los vampiros. Tú me dijiste que empezaron a decaer como especie con capacidad reproductora mucho antes de la llegada del hombre: las dos tumbas de Bernard constituyen el único vestigio que hemos encontrado...

—Y bien —dijo él, impaciente.

—Bueno, supongamos que la bomba F no funciona. Nunca se ha probado. La tiramos, Drácula descubre que estamos aquí y nos mata.

—No, Mina, la bomba F funcionará.

—No lo sabes, Joe.

—Sí que lo sé. Tengo la prueba. Los modernos mapas de Canadá contienen esa prueba. El gran círculo de la bahía de Hudson, que en nuestro tiempo conocemos como un mar interior, es el cráter que dejó la bomba F al estallar en la tierra que allí había. Funcionará perfectamente. Kylie, ¿cuál es tu objeción?

La chica lo miró con aire desafiante.

—La mía es una objeción religiosa, como puedes imaginarte. Pero tiene mucho que ver con tus dudas. Un arma destructiva como esa bomba F no puede acabar con el mal. Sólo lo propagaría.

—Kylie, cariño, a pesar de todo lo que hemos pasado, aún me cuesta creer en la existencia de esos seres malignos y sobrenaturales. ¡Mi mente se resiste a aceptarlos! Los veo más bien como una plaga. Pero ahí están, allí abajo, miles de ellos, procedentes de todas las épocas y de las más diversas regiones. Tenemos la posibilidad de acabar con dos males al mismo tiempo: ellos y la bomba F. Piénsalo bien. Larry, ¿qué opinas tú?

Larry hizo un gesto algo despreciativo.

—Estoy contigo, Joe, no tengo ni que pensarlo.

Spinks dio un paso al frente y dijo:

—Si se me permite decir algo al respecto, señor Bodenland...

—Por supuesto. Pero rápido.

Spinks lanzó una breve mirada a su patrón y habló.

—Muy bien. Supongamos que no lanzamos la bomba. ¿Vamos a volver a nuestras respectivas épocas tan tranquilos? Así no se ganan las guerras. En la vida hay ocasiones en las que nos vemos obligados actuar de un modo en que no quisiéramos, con la esperanza y el deseo de hacer el bien. Hay guerras buenas y guerras malas, buenas causas y malas causas. Yo digo que ésta es una buena guerra provocada por una buena causa. Tiremos la maldita bomba y volvamos a casa de una vez.

Se puso colorado al notar que todos lo miraban.

—Cuatro contra dos, señoras —dijo Joe—. ¿Quieren cambiar de opinión?

—No —dijo Kylie.

—Sí —dijo Mina—. Si la bomba va a funcionar, digo que la utilicemos. No me gustaría que lo que me ha pasado a mí les ocurriese a otros. No... No soy capaz de desentrañar todas las implicaciones morales de este asunto, pero no tengo dudas sobre la perversa condición de esas criaturas de ahí, por eso, sí, vamos a arrojar la bomba sobre ellas sin perder más tiempo.

Bodenland miró a Kylie sin decir una palabra. Ella le devolvió la mirada y después bajó la cabeza.

—Joe, cariño, sé que soy nueva en la familia, pero no puedo decir que sí a esto. Me educaron en la creencia de que los seres humanos no tienen derecho a arrogarse el poder sobre la vida y la muerte de otros. Y lo creo con firmeza. Además... Bueno, fíjate, si yo dijera que sí, ¿no sería preocupante que toda una familia estuviese de acuerdo? Sí, muy bien, asesinemos a unos cuantos miles de seres. ¡Toda una familia! ¿No es repugnante?

Stoker soltó un gruñido.

—¿Qué familia se pondría por completo de acuerdo en nada? Pequeña, creo que todos nosotros comprendemos sus escrúpulos. Pero somos cinco contra uno. Usted irá al Cielo, los demás partiremos hacia algún otro lugar. Vamos, Joe, Larry... la bomba.

Con un suspiro, Bodenland dijo:

—Estás en minoría, Kylie, querida. Cinco a uno.

—Es una decisión democrática —dijo Larry, intentando abrazarla, pero ella se apartó.

—No me has apoyado —dijo ella—. ¿Es que no te das cuenta de que el mal está entre nosotros?

—Y también ahí abajo, Kylie —dijo él, señalando hacia las llanuras.

Se pusieron manos a la obra de inmediato.

Los pteranodontes seguían sobrevolando, por encima de sus cabezas con alas desprovistas de plumas. Mina y Stoker vigilaban, cada uno desde un extremo del tren, mientras Kylie lloraba en el interior. Bodenland y su hijo estaban en cuclillas colocando la bomba F bajo una nueva maqueta dirigida por control remoto.

—Es una réplica de la Fortaleza Volante de los años cuarenta, Joe —dijo Larry con entusiasmo—. Va como un tiro.

—La bomba F no explota con el impacto. Cuando estés preparado, yo giraré este dial rojo —señaló el maletín—. Entonces comenzará el proceso controlado de fisión; en el momento en que la temperatura alcance varios miles de grados se disparará la fusión esencial. A pesar del tamaño, la detonación de esta bomba será muchísimo más potente que la de cualquier otro artefacto explosivo que los Estados Unidos hayan utilizado en el siglo XX.

—Lo que no acabo de entender —dijo Spinks, que seguía mirando, absorto— es por qué esos vampiros se presentan con tanto desparpajo a plena luz del día. Recuerden el modo en que empezaron a resquebrajarse en cuanto yo encendí las luces en aquel vivero agrícola, y...

—No hay tiempo para esos pequeños rompecabezas ahora, Spinks —dijo Bodenland poniéndose en pie.

Larry levantó el avión con la bomba roja y verde sujeta a la parte de abajo. Hizo un gesto negativo con la cabeza, alzó una ceja y miró a su padre. Ambos estaban pensando lo mismo: aunque el avión tenía una envergadura de unos ocho metros, quizá la bomba fuera demasiado pesada para él.

Entonces dio comienzo la siguiente fase de la pesadilla. Todas las energías psíquicas de los que allí estaban se concentraron en el lanzamiento del avión... y Larry seguía teniendo sus dudas. Dijo que iría hasta el mismo borde del precipicio para tomar el suficiente impulso. Su padre alegó que era demasiado peligroso. Sin embargo, Larry echó a correr a toda velocidad, con el cuerpo medio doblado sobre el avión.

—En cuanto lo veas en el aire, regresa, ¿de acuerdo?

Larry no respondió.

—¿Quieren que lo acompañe? —preguntó Spinks.

—No. Haz que todo el mundo entre en el tren, Spinks, ¿quieres? Tenemos que largarnos antes de la explosión, de lo contrario nos hará papilla.

Todos parecían deambular, sin saber qué hacer, pero sin separarse. Los grandes lagartos alados de gruesa piel aún volaban, gigantescos, por encima de sus cabezas, como ángeles del infierno, describiendo círculos en torno a la lejana figura del conde Drácula.

Stoker saltó del tren, con una pistola de gran tamaño en la mano.

—Es una bengala tipo Edward —dijo, emocionado—. Ilumina el cielo entero.

—No la necesitamos. La bomba iluminará todo el mundo. Vuelva al tren. Tenemos que estar preparados para irnos cuando Larry regrese.

Pero Stoker estaba poseído por la excitación del momento. Comenzó a recitar con una entonación repiqueteante.

—«¡Llegará el día en el que todo arderá como en un horno. Y todo el orgullo, sí, y toda la maldad, serán reducidos a cenizas...!».

Kylie se puso detrás de él y dijo:

—¿Y qué más cosas matará la bomba además de a los vampiros? ¿Qué me dice de los inocentes animales, de los árboles, de la tierra misma? Quizá ustedes no tienen ninguna clase de conciencia ecológica, tal y como la conocemos en 1999.

—Es lo que dice la Biblia, querida. «Pisaréis sobre los portadores del mal, porque ellos no serán más que cenizas bajo las plantas de vuestros pies».

—Quizá prefiera usted entrar y sentarse tranquilamente a mi lado, señor Stoker. No creo que sea cosa nuestra infligir castigos tan devastadores que, en realidad, pertenecen a un poder mucho más elevado.

Miró su rostro casi siempre resplandeciente.

—Es usted una dama muy atractiva, para ser una liberal —dijo—, pero no pienso perderme este acontecimiento por nada del mundo.

Bodenland se había alejado tras abandonar la protección de las palmeras. Estaba preocupado por su hijo. Larry había desaparecido al otro lado de unos promontorios. Bodenland estaba convencido de que los pteranodontes que los sobrevolaban eran capaces de atacar y matar a un hombre.

Larry se había situado en una inclinación del terreno, un lugar en que el piso era arenoso, poco firme. Se arrodilló, sin aliento. Ante él se abría el precipicio como una corriente de piedras rotas que terminaba desembocando en la amplia llanura. No podía ir más allá, aunque la reunión de los no-muertos aún estaba muy lejos. Su única esperanza era que la maqueta fuese capaz de recorrer volando toda aquella distancia.

Puso en marcha los motores de la maqueta Fortaleza Volante. Se encendieron a la vez sin dar ningún problema. Durante unos instantes se mantuvo inmóvil, incapaz de deshacerse del avión. Entonces lo lanzó. Descendió con suavidad, tomó impulso desde la pared del precipicio y comenzó a subir despacio, dirigiéndose exactamente hacia la execrable congregación.

Larry se puso en pie y se quedó mirando, maravillado ante la belleza y la potencia del Boeing. La bomba brillaba bajo su fuselaje. El proceso de fisión ya estaba en marcha.

Mientras volaba, el avión seguía ascendiendo de manera gradual. Todo el cielo estaba despejado. Le resultó fácil seguirlo con la vista y no tuvo necesidad de retocar mucho su trayectoria. El ruido de los motores se oía cada vez más lejano. Entonces

vio una escuadrilla de pteranodontes que iba hacia el aparato, como si fuesen aviones de combate iniciando un ataque.

De pronto, el peligro se hizo evidente. Larry dejó caer el control remoto, se giró y empezó a correr para volver al tren del tiempo. La carrera era penosa. Tropezó una vez y cayó de bruces. Miró hacia atrás.

Uno de los lagartos voladores se agarraba a un ala del avión. Estaba a punto de tirarlo.

En aquel momento, algo deslumbrante llenó el aire de la llanura.

Se levantó y volvió a correr. Su padre había venido a su encuentro y le hacía señas para que se diese prisa.

Se echó en sus brazos.

—Eres un valiente —dijo Joe—. Rápido... no tenemos más de un minuto. Hay que salir de aquí.

Bram Stoker, que había insistido en disparar la pistola de bengalas, entró en el tren por delante de ellos. Los demás ya estaban allí. Aún con los ojos irritados, Kylie se colgó del cuello de Larry nada más verlo entrar. Bodenland cerró violentamente la puerta y se sentó a los mandos. La detonación de la bomba F fue un acontecimiento de proporciones colosales. Fue como si una inmensa puerta se cerrase de golpe a la entrada del Infierno. Las primeras ráfagas de calor, acompañadas de un ruido ensordecedor, hicieron desaparecer la llanura y todo vestigio de vida sobre ella. A continuación comenzaron a producirse interminables oleadas de emisiones de radiactividad.

La columna de fuego que se elevó hacia la estratosfera parecía algo sólido: como un inmenso árbol que fuera a quedarse allí para siempre. Desde sus ramas superiores surgían emanaciones de energía que lanzaban sucesivas capas de polvo entre los recién nacidos vientos, nuevos ocupantes de la atmósfera terrestre. El cielo se oscureció... y así permanecería durante días, como un pulmón que se estuviese descomponiendo mientras dejaba de respirar. El sol se eclipsó.

El ambiente invernal que provocó el suceso, la devastación climática del hemisferio norte, iban a tener consecuencias irreversibles, como la extinción de los dinosaurios del cretácico, y se terminaron grabando en las piedras del planeta Tierra hasta ser descubiertas por los científicos, millones de años más tarde, en lo que se bautizó como la frontera K/T.

De todo aquel caos, sus instigadores no vieron nada en absoluto. El tren del tiempo se había expandido y había desaparecido, sumergiéndose en la recurrente estructura formada por los años.

XIII

AQUELLO ERA, EN CIERTO SENTIDO, una reunión familiar y, como cualquier reunión de esa índole, estuvo aderezada con los recuerdos de lo que había sucedido en tiempos pasados. Pero aquel encuentro tenía asignados un tiempo y un espacio muy particulares. Habían regresado a 1999 y se encontraban sanos y salvos en Gondwana Ranch, con el tren del tiempo aparcado, semejante a un antiguo monumento, en el lugar en el que antaño jugaron los hijos y los nietos de Joe. La familia estaba agrupada junto a la piscina y Mina les preparaba las bebidas apropiadas para la fiesta.

El tren estaba en una zona que conocían como La Playa. Un muro de piedra gris aislaba el área de juegos de la piscina. Allí habían jugado, hacía mucho tiempo — pero, ¿cuánto tiempo es mucho?— los huérfanos Molly y Dick, allí habían enterrado una máquina, y también allí habían zumbado las abejas entre los jazmines.

Joe Bodenland guardaba aquellos recuerdos en su cerebro junto con otros mucho menos placenteros. Los queridos Molly y Dick estaban en el colegio. Pronto regresarían. ¿Y qué fantasías dominarían su imaginación y los impulsarían en su breve recorrido por el camino de la vida?

Desde luego, que no fueran las de los viajes en el tiempo. Hacían pensar de una manera demasiado intensa en la fugacidad de la vida individual. Eran como nadar en medio de la noche en el océano Pacífico tras haber dejado muy atrás la costa, la luz del día, la tierra firme, todo...

Empezó a pensar que estaba algo borracho... bueno, ¿cuántas de los generosos margaritas de Mina se habían bebido allí sentados, al lado de la piscina? Y estaba feliz... o al menos todo lo feliz que podía estar.

No importaba que Kylie cotorrease. A una chica a la que le sentaba tan bien el bikini no le hacía falta decir nada interesante. No importaba que Bram Stoker divagase, haciendo reír a la gente con sus cotilleos sobre el mundillo teatral de un siglo atrás. No importaba que su amada Mina hablase sobre su próximo festival de caída libre en las Rocosas. No importaba que Larry se diese importancia por haber comprado una cadena llamada Softways, fuera lo que fuera, con la que su negocio ampliaba su radio de acción y llegaría hasta Denver. No importaba nada de todo aquello.

Washington podía esperar hasta el lunes. Aquel fin de semana deseaba pasarlo en pleno aturdimiento. Un aturdimiento realmente triunfal, no había duda alguna.

Con la mano derecha, y ademán perezoso, cogió la bala de plata que estaba sobre la mesa, junto al vaso casi vacío.

—Ya ha terminado todo —dijo—. El viejo Bram y el joven Spinks deben volver a la Inglaterra victoriana y todo este maldito asunto se habrá acabado para siempre.

Spinks, que llevaba puesto un bañador que Larry le había proporcionado, era el único que escuchaba.

—Señor, se puede decir no hay nada que me ligue a mi pueblo, excepto mi madre. No existe ninguna jovencita que me espere. Me gustaría quedarme y ponerme a su servicio. Podría encargarme de los jardines. O quizá pudiese enrolarme en la policía, si utilizan pistolas.

—Eres joven. ¿Por qué no? América es una tierra de oportunidades.

—La vida de 1896 no me parecía muy interesante como simple jardinero, a pesar de mi profundo respeto al señor Stoker y a su esposa. —Seguía hablando en voz baja—. Creo que los Estados Unidos, en 1999, parecen... bueno, señor, un poco más divertidos. Entienda que...

—Continúa, Spinks. Tómate otra copa. Sírrete tú mismo.

—Me gustaría poder ver eso tan increíble que ustedes llaman televisión y también otros inventos. Además... bueno, señor Bodenland, me encantó la forma en que arrojamos la bomba sobre aquellos malditos vampiros. Fue divertido, ¿no cree?

—No para ellos. Spinks soltó una carcajada.

—Yo quiero decir que lo fue para mí. ¿Recuerda que le pregunté cómo era posible que los vampiros se presentaran en pleno día, teniendo en cuenta que no soportaban la luz desde hacía siglos? No me respondió, así que llegué a una conclusión por mí mismo. Cuando la bomba F explotó, ¿qué estaban haciendo? Estaban todos mirando hacia arriba y vieron el resplandor de la bengala. De ahí que podamos deducir que el pánico que le tienen a la luz y a la desintegración sea algo... heredado. Un recuerdo colectivo. ¿No cree usted que puede ser algo así? Bodenland se incorporó, alarmado.

—Dios, Spinks, puede que tengas razón... Si es cierto, eso quiere decir que algunos sobrevivieron. De no ser así, ninguno hubiese heredado nada. No digas una palabra sobre esto a la familia.

—Claro que sobrevivieron, señor. No tardaron mucho en acudir una vez que usted y el señor Clift desenterraron los dos ataúdes.

Esta observación llegó a los oídos de Bram Stoker, que se acercaba despacio con una toalla alrededor de sus hombros poblados de vello rojizo.

—Sí, Joe, yo quería preguntarle algo. ¿Pueden explicar sus fractales cómo esos dos ataúdes pudieron viajar de Canadá a Utah... si es que son los mismos, claro está?

La familia, Mina, Larry y Kylie, estaban riéndose de algo que Larry acababa de decir. Bodenland los miró con aire de complicidad y se levantó.

—Bien, chicos. Se ha acabado todo. No sé las respuestas. A pesar de la ciencia, aún hay demasiados misterios por desentrañar. Pero que no me lo pregunten a mí. Que se lo pregunten a algún genio del siglo cincuenta. Lo único que yo quiero es mantener unida a mi familia y llevar una vida sin sobresaltos.

Stoker acarició su hombro y luego apretó con fuerza.

—Joe, es usted un gran tipo. Pero nunca descansará tranquilo mientras tenga la prueba de que Drácula aún existe y sigue adelante con sus repugnantes intenciones.

—¿Y?

Stoker señaló hacia el tren del tiempo, que permanecía en silencio bajo el sol de Tejas.

—Al contrario que la bomba F, ese tren no es un arma maligna. Usted mismo es, en gran medida, su creador, y yo lo veo como instrumento del bien, no del mal. Pero lo que debe hacer una vez que me haya devuelto a mi hogar, con mi esposa e Irving, es destruir el tren. Que no quede ni un pedazo en pie. Arrancar de cuajo cualquier nexo entre el pasado remoto y el presente y el futuro. De esa forma Drácula no tendrá ninguna oportunidad.

—Bram, no puedo hacer eso. Necesito que mi gente trabaje para duplicar la tecnología del tren. No puedo destruirlo. Es demasiado valioso.

Stoker negó vigorosamente con la cabeza.

—Debe destruirlo. No permita que su gente trabaje en él. ¿No lo entiende? Le pido perdón por mi brutalidad del siglo XIX. ¿No entiende que si trabajan en él usted resolverá ese enigma de los fractales del que yo no comprendo una palabra y entonces será responsable de los viajes en el tiempo? Se convertirá en un nuevo Frankenstein. Y sería consciente de que, tarde o temprano, el tren caería en manos de Drácula. Y eso es lo que nunca debería ocurrir.

Una vez convencido, Bodenland actuó sin perder tiempo. Llevó a Bram Stoker sano y salvo de vuelta a brazos de Florence y se despidió muy cariñosamente de ellos. Ayudado por Larry y Spinks, quienes ya formaban parte de su entorno más cercano, preparó el tren del tiempo para su viaje final por el desierto de Escalante.

Y así sucedió que, viajando hacia adelante en el tiempo, el tren se encontró consigo mismo viniendo en dirección contraria.

Dos «atractores» colisionaron.

Todas las ventanas de Enterprise se hicieron añicos a raíz de este espectacular choque. El cartel de la funeraria también fue reducido a pedazos que se desparramaron sobre los ataúdes del interior. El tren quedó destruido por completo y hallaron trozos de metal del tamaño de confeti dispersos por Old John.

—Ha sido fácil —dijo Joe a Mina.

—No, ha sido genial —dijo Larry, en el momento que su padre iniciaba una explicación técnica. Sonriendo, Kylie encendió la televisión y se dirigió al otro lado de la habitación para deshacer el equipaje; no le interesaban las explicaciones técnicas.

—Y —concluyó Bodenland—, como Larry me enseñó, el control remoto puede hacer maravillas. Lo descubrimos hace tiempo.

Mina cogió su mano y la apretó con fuerza.

—Cuanto menos remoto sea el futuro en el que estemos, mejor.

—Seguro —dijo Larry riendo y fue a ver qué hacía Kylie.

Al pasar junto al televisor, vio que el canal por cable ponía una vieja película. Bela Lugosi descendía por las escaleras de aquel diabólico castillo de los Cárpatos, en la vieja Transilvania. Larry lo apagó antes de que los demás pudieran ver las imágenes.

Pero cuando llegó junto a su mujer y le pasaba el brazo por la cintura, ella abrió la cremallera de uno de los bolsillos laterales de la maleta y sacó su manoseada copia de la famosa novela de Stoker, impresa, encuadernada y publicada, pero, eso sí, firmada por su propio autor.

FIN

Nota del autor

INCLUSO LA MÁS EXTRAVAGANTE FICCIÓN está basada en hechos reales.

He intentado no tomarme demasiadas libertades con Bram Stoker, su mujer, Florence, Ellen Terry y Sir Henry Irving. Los siguientes libros me han sido de ayuda:

—Bram Stoker: *Personal Reminiscences of Henry Irving*. 1907.

—Ellen Terry: *The Story of My Life*. 1908.

—Edward Gordon Craig: *Ellen Terry and Her Secret Self*. Sin fecha.

—Richard Ellman: *Oscar Wilde*. 1987.

—H. Chance Newton («Carados»): *Cues and Curtain Calls*. 1927.

Así como las dos biografías de Stoker:

—Harry Ludlam: *A Biography of Drácula: The Life Story of Bram Stoker*. 1962.

—Daniel Farson: *The Man Who Wrote Drácula: A Biography of Bram Stoker*. 1975.

[Este último ofrece detalles acerca de la muerte de Stoker en 1912 a causa de la sífilis].

Confío en que esta historia deje bien clara mi admiración por Stoker.

En cuanto a la maravillosa fantasía urdida por Stoker, existen incontables ediciones y reimpresiones, de las cuales he utilizado tres:

—La copia que leí de niño y tanto me aterrorizó, editada por Ryder & Co., sin fecha.

—La edición de *The World's Classics* de 1983, que incluye una interesante introducción de A.N. Wilson.

—*The Annotated Drácula*, con introducción, notas y bibliografía de Leonard Wolf. Ilustraciones de Satty. 1975. [Wolf incluye también una filmografía].

Mis primeras consideraciones sobre *Drácula* aparecieron en:

—*The Survey of Modern Fantasy Literature*, volume 1. Edición a cargo de Frank N. Magill (Salem Press, 1983).

—*Trillion Years Spree*, por Brian Aldiss y David Wingrove. 1986.



BRIAN W. ALDISS, Nació en Norfolk (Inglaterra) en 1925. Tras combatir en la segunda guerra mundial y viajar por toda Asia, trabajó como librero en Oxford. En 1954 ganó su primer premio literario, concedido por *The Observer*. Dirigió la revista de ciencia ficción *Sf Horizons*, que fundó junto con Harry Harrison en 1966, asimismo, fue director literario de *The Oxford Mail* y corresponsal de *The Guardian*. En 1978 se hizo cargo del área de ciencia ficción de Penguin Books y pasó a presidir la British Science Fiction Association.

Escritor, crítico y destacado antólogo, es autor de, entre otras obras, *Frankenstein desencadenado*, *El tapiz de Malacia*, *Invernáculo*, *El momento del eclipse*, *Informe sobre probabilidad A*, la trilogía de Heliconia (*Heliconia Primavera*, *Heliconia Verano*, y *Heliconia Invierno*), así como de algunos poemas y un libro de viajes. Entre los múltiples premios que ha recibido, cabe destacar el Nebula (1956 y 1965), el de la British Science Fiction Association (1971, 1973, 1982 y 1985), el Hugo (1962, por *Invernáculo*) y el John W. Campbell Memorial por *Heliconia Primavera* (1982). Se le considera uno de los mayores exponentes de la corriente literaria de la New Wave, y ha sido revalorizado últimamente gracias a la adaptación cinematográfica de su obra por parte de Spielberg con *Inteligencia artificial*. En 2005 fue ordenado Caballero del Imperio Británico.

Aldiss es un escritor preocupado por la condición humana, de modo que su obra roza lo biográfico, repleta de sensaciones e imágenes evocadoras de la juventud y plagada de inquietudes respecto a la percepción de la realidad y a la ambigüedad de

nuestro mundo, que aún lo terrible y lo fascinante, lo bello y lo repulsivo.